SÉNECA

TRATADOS MORALES

Edición
Pedro Rodríguez Santidrián

COLECCIÓN AUSTRAL

TRATADOS MORALES

CIENCIAS/HUMANIDADES

SÉNECA

TRATADOS MORALES

Edición
Pedro Rodríguez Santidrián

COLECCIÓN AUSTRAL

© *De la edición: Pedro Rodríguez Santidrián*
© *De la traducción: Pedro Fernández Navarrete*
© *Espasa Calpe, S. A., 2005*

Diseño de cubierta: Tasmanias

Depósito legal: M. 17.231—2005
ISBN 84—670—1862—3

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: UNIGRAF, S. L.

ESPASA

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Vía de las Dos Castillas, 33. Complejo Ática - Edificio 4
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, por Pedro Rodríguez Santidrián 9
La persona y el tiempo 11
Perfil humano 15
Su obra y Filosofía 16
Su estilo: fondo y forma 21
Presencia de Séneca en la historia del pensamiento ... 22
Séneca en España 24

BIBLIOGRAFÍA 27

TRATADOS MORALES 29
De la Providencia 29
De la firmeza del sabio 50
De la felicidad 75
De la vida retirada o del ocio 108
De la serenidad del alma 118
De la brevedad de la vida 155
De la clemencia 186

CONSOLACIÓN A POLIBIO 225

Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza.

FEDERICO GARCÍA LORCA

A Federico Santos,
compañero y amigo.
Vives siempre en mi recuerdo.

INTRODUCCIÓN

Un doble propósito está presente en esta nueva versión de los *Tratados morales* de Séneca, originariamente conocidos como *Diálogos*. El primero es actualizar la traducción que hiciera Pedro Fernández Navarrete en 1627, y que Espasa Calpe ha venido ofreciendo durante más de cincuenta años en su ya clásica colección Austral. La traducción es un modelo de prosa ajustada al texto latino, pero un tanto extraña al lector medio, no acostumbrado al castellano clásico. Nos hemos esforzado en hacer una lectura fácil del texto senequiano siguiendo, naturalmente el texto latino [1]. Un segundo propósito, pero no menos importante, es ofrecer el pensamiento y el mensaje que el autor dio a los hombres de su tiempo. Los *Tratados morales* son el referente más destacado dentro de su extensa obra. Por otra parte, la circunstancia del segundo milenio de su nacimiento (3-4 antes de Cristo) nos brinda la oportunidad de presentar a un maestro con el que se han educado tantos hombres de todos los tiempos, y, que tanto estamos necesitando. Un maestro más actual hoy que nunca. "Tras la destrucción de idealismos políticos y religiosos de origen humanista e idealista, pero de resultados desilusionantes, nos hallamos ante un cierto va-

---

[1] Pedro Fernández Navarrete, *Tratados morales*, traducción directa del latín, Espasa Calpe, Madrid, 1961, 4.ª ed.

cío, apenas disimulado por lo políticamente correcto y por el consumismo", comenta el profesor Rodríguez Adrados [2]. Y añade: "Es curioso que el periodo más universalista de la historia del mundo, el nuestro, sea a la vez el menos universalista: el que todo lo centra en un presente con tanta riqueza como miseria y convierte el pasado y lo lejano en nuevo decorado tan llamativo, a veces, como este definitivo uniforme. Es 'lo otro'. Lo verdadero es lo nuestro, de lo que no logramos evadirnos, aunque a veces nos fatigue o nos desilusione 'el aquí y el ahora'" [3].

Esto se aplica de una manera especial a los jóvenes para quienes "valores como la honradez, la responsabilidad y la lealtad, la sencillez, el dominio de sí mismo y la sensibilidad revelan la primacía de valores relativamente *blandos*" [4]. Otro de los rasgos de la juventud española se encuentra en su ansiada tendencia a anclar su vida en el presente, rasgo que engloba al 73 % de los encuestados. El 55 % no está dispuesto a creer en nada que no resuelva problemas concretos.

Para estos jóvenes y menos jóvenes van dirigidos los *Tratados morales* de Séneca. Su filosofía del *vir fortis,* del dominio de sí mismo, de la fidelidad a la propia conciencia, de la entrega y servicio a los demás, de la comunicación y amistad con los grandes maestros de la antigüedad, será una medicina contra su pensamiento y su forma de vivir una vida *light.*

Permítansenos ahora unas notas introductorias que sitúen al personaje y al texto de su obra. Hablaremos: de la persona y tiempo de Séneca; de su obra y filosofía; de los tratados morales; de su estilo: fondo y forma; de la presencia de Séneca en la historia del pensamiento y de Séneca en España.

---

[2] Rodríguez Adrados, Francisco, "No sólo el aquí y el ahora", *ABC,* 12-7-2003, pág. 3.

[3] "Informe de la Universidad Complutense sobre ideas y creencias de los jóvenes", *ABC,* 5-7-2003, pág. 43.

[4] Ibídem, pág. 43.

LA PERSONA Y EL TIEMPO

Son muchos los problemas que surgen en el estudio de la vida y las obras de Séneca. Sobre todo a la hora de fijar fechas, datar las obras, valorar su filosofía y enjuiciar su vida y su doctrina. Desde su nacimiento hasta su muerte tropezamos con un baile de fechas y una serie de sombras al interpretar los aspectos más íntimos de su vida, como la incompatibilidad de la doctrina estoica de que hace gala con su vida de lujo o sus silencios y complicidades con los emperadores a quienes aconsejó, tal como nos refieren Dión Casio, Tácito y otros. Desde entonces hasta hoy, estos aspectos siguen repitiéndose como verdades absolutas, quedando sometido el autor a la duda. Todo esto no impide que lo consideremos como el más ilustre exponente del estoicismo de la época imperial, un maestro del recto pensar y del justo obrar, con una vida apasionante. Trataremos de dar una breve explicación a esta paradoja.

La vida de Séneca (c. 3 a.C. - 65 d.C.) nos lleva al primer periodo del Imperio que comienza con Augusto. Lucio Anneo Séneca nació en Córdoba entre los años 3 y 4 de nuestra era. Su padre era de una familia bien acomodada de la Bética, perteneciente a la orden ecuestre, aunque no sabemos si su origen estaba formado por colonos romanos instalados en Hispania o era una familia autóctona romanizada. De su padre sabemos que nació en Córdoba hacia el año 55 a.C. Parece que pasó largos periodos de tiempo en Roma y que frecuentó los círculos literarios, de retóricos y declamadores profesionales que hicieron de él un destacado *rhetor* o maestro de retórica. En uno de sus viajes a la capital de la Bética, casó con Helvia, excelente mujer y madre, de la que tuvo tres hijos. El mayor, Lucio Anneo Novato, más tarde pasó a formar parte de la familia de Junio Galión, de la que por adopción tomó el nombre de Lucio Junio Galión. El segundo fue nuestro Lucio Anneo Séneca. Y el tercero, Lucio Anneo

Mela, cuyo hijo, M. Anneo Lucano, es el poeta, autor de *Pharsalia,* sobrino, por tanto, de Séneca.

Muy pocas son también las noticias respecto a su infancia. Sus primeros catorce años parece que transcurrieron en Córdoba, desde donde pasó a Roma "en brazos de su tía", hermana de su madre, Helvia. Aquí inició su primera formación, que comienza, como era tradicional en la capital del Imperio, por la escuela del *grammaticus,* para pasar después a la del *rhetor* o retórico, un paso imprescindible en la vida de cualquier romano que quisiera entrar en la administración del Estado. "En la adolescencia comenzaba la retórica, fundada en el estudio de los prosistas, o mejor, oradores, y también historiadores cuyas obras proporcionaban los *exempla,* es decir, las anécdotas y casos similares que un buen retórico debía saber invocar en gran número" [5]. "La inmensa mayoría de adolescentes a los que sus familias hacen dar la mejor educación, se conformaban con lo dicho" [6].

Algunos, como Séneca, emprendían la tarea de iniciarse en retórica y filosofía, que se complementaban. "Enseñaban a buscar las ideas, a encontrarlas, a organizarlas lógicamente y a expresarlas con claridad y elegancia. Estas disciplinas se consideraban idóneas para preparar hombres capaces de hacer frente a las situaciones y a los trabajos más diversos" [7]. En este primer encuentro con la filosofía, Séneca tiene por maestro a Sotión, filósofo alejandrino de tendencias pitagóricas. Sin duda, la influencia de este maestro, que prescribía una dieta exclusivamente vegetariana, exenta de carne, influyó en su salud. Por sus epístolas sabemos que fue también discípulo de Papirio

---

[5] André Aymart, *Historia general de las civilizaciones. Roma y su Imperio,* Destino, Barcelona, 1980, tomo II, pág. 600.

[6] Ibídem, pág. 601.

[7] Ibídem, pág. 601.

Fabiano, de tendencia más estoica, y, sobre todo, de Atalo, que dejó en Séneca una profunda y definitiva impronta estoica[8].

Tras estos estudios y, debido a su quebrantada salud, pasa a vivir con su tía en Egipto, casada con G. Galerio, prefecto de Egipto desde el 16 hasta el 31 d.C. Aquí debió permanecer hasta el año 31, en que emprendió viaje de vuelta a Roma. Un viaje, por cierto, muy accidentado, pues el marido de su tía pereció en el mar con la nave que les llevaba.

Ya en Roma, empieza su carrera política, entrando al servicio del Estado como cuestor, primer escalón de la carrera política representante del emperador en el senado (34-35 d.C.). Dentro de esta misma función política pasa a tribuno de la plebe (37-38 d.C.) o defensor de los derechos del pueblo. Su carrera política culmina el año 49 d.C. con el título de pretor o magistrado, que tenía a su cargo la jurisdicción civil. Parece que su actuación en el senado fue brillante como orador y como hombre de mundo en los círculos de Roma y en la corte. Este triunfo de Séneca despertó la envidia de Calígula, quien le ordenó suicidarse el año 39, pero, por mediación de una de las amantes del emperador, éste revocó la pena de muerte, comentando que Séneca se hallaba enfermo y próximo a morir. En ese momento, Séneca quedó reducido al silencio, dando así lugar a sus primeros escritos, como veremos después. Durante el reinado de Calígula sabemos también que Séneca perdió a su padre, se casó con Pompeya Paulina, que le acompañó en su muerte, y tuvo un hijo con ella a quien perdió muy pronto.

El sucesor de Calígula, Claudio, protagonizó un hecho doloroso para Séneca: acusado de adulterio con Julia Divila, hermana de Calígula, fue condenado a muerte. A petición de

---

[8] Dion Casio, *Hist. y Romanos*, LX, 10; San Agustín, *Ciudad de Dios*, VI, 10.

Claudio le fue conmutada la pena de muerte por el exilio a la isla de Córcega; este exilio se prolongó desde el año 41 hasta el 49 d.C. Ocho años de exilio fueron para Séneca un duro golpe y al mismo tiempo una etapa de reflexión, en la cual fue madurando en su carrera de político y de escritor. Tenía en torno a los cuarenta y cinco años.

Este mismo año culmina su carrera política con la pretura. La influencia de Agripina, mujer del emperador Claudio, hizo que fuera llamado a Roma en el 49, donde empezó a ejercer de pretor el año 50. Se rodeó de muchos amigos, incluido el prefecto de la guardia pretoriana, Sexto Afranio Burro, convirtiéndose, además, en preceptor del futuro emperador Nerón. En el año 54, tras el asesinato de Claudio, Séneca y Burro pasaron a tener la máxima influencia: la oración fúnebre leída por Nerón como nuevo emperador fue redactada por Séneca. En ella prometía libertad para el senado y el final de la influencia de la corte de hombres y mujeres. Amparados por Agripina emprendieron reformas fiscales y judiciales, así como una actitud más humana con los esclavos. Por su parte, Burro nombró a Córbulo como jefe del ejército que aplastó a los partos y redujo la rebelión de Budica en Britania. No obstante estos tiempos, Séneca y Burro fueron los favoritos de un tirano. Sin duda por eso, observa Tácito: "nada en los asuntos humanos es mas inestable y precario que el poder que no es apoyado por su propia fuerza interior". En el 59 tuvieron que condonar o reconocer su intervención en el asesinato de Agripina. Burro murió el año 62 y Séneca comprendió que no podía continuar. Entonces se le permitió retirarse del servicio al emperador los tres años siguientes. Hasta su muerte se dedicó a escribir sus mejores obras filosóficas. En el 65 sus enemigos le denunciaron de haber tomado parte en la conspiración de Pisón para matar a Nerón. Éste le conminó a suicidarse abriéndose las venas. Afrontó la muerte con fortaleza y serenidad.

PERFIL HUMANO

Hemos dado los datos mínimos de la formación de Séneca y su participación en la política de tres emperadores: Calígula, Claudio y Nerón. ¿Qué perfil humano nos ofrece su actuación como hombre y como político? La solución a este problema nos la ofrecen los estudios sobre Séneca, donde se nos presentan tanto su vida privada como su vida pública. Es el historiador Dion Casio quien primero nos habla de la contradicción de Séneca entre su doctrina como filósofo-consejero y su comportamiento [9]. Para darnos cuenta de esto basta con leer la obra de Séneca *Consolación a Polibio,* donde exagera y adula a Claudio, mientras que muestra su desprecio al mismo emperador ya muerto en su obra *Apolocoquintosis,* donde lo convierte en una calabaza. El contraste es todavía más visible si consideramos que la *Laudatio funebris* de Claudio, pronunciada por su sucesor, Nerón, en el funeral, es atribuida a Séneca por algunos autores [10]. En estas tres obras Séneca nos da una visión distinta y contradictoria de Claudio como hombre y como emperador: figura ideal en *Consolación a Polibio* y gobernante pésimo en *Apolocoquintosis.*

El segundo aspecto del perfil es su condición de hombre rico en contraste con sus repetidas alabanzas a la pobreza y desprendimiento de las cosas, según la doctrina estoica. Parece que nuestro autor poseía *villae,* como consignó después en sus cartas, amén de propiedades en Egipto. Suilio, su enemigo, habla de sus riquezas, fruto de los intereses debidos al préstamo y de los favores de Nerón. Encontramos, pues, un divorcio entre su teoría y la práctica, que el mismo Séneca defiende con la doctrina de

---

[9] Dion Casio, *Hist.* 61, 10-3, describe una vida suntuosa de Séneca, mientras que Tácito nos habla de una vejez sencilla y austera, *Anales,* XV, 45.

[10] Tácito, *Anales,* XIII, 3; Suetonio, *Vida de los doce césares,* 9.

que el sabio se muestra indiferente, pero no rechaza las riquezas. Éstas incluso pueden ser ocasión para realizar el bien.

Y, ¿qué decir de su actitud política durante el reinado de Nerón, que fue sin duda uno de los reinados más cargados de crímenes y atrocidades de la historia de Roma? Varias son las interpretaciones a este hecho. ¿Es un hipócrita que escribe en sus obras una doctrina excelente y que en su política se limita a aceptar las pautas marcadas por Nerón, dejando a un lado lo escrito? ¿O siendo la política el arte de lo posible nos impide ver su faceta fundamental? Así fue visto y así ha llegado hasta nosotros este pensador tan vivo hoy como cuando vivió.

SU OBRA Y FILOSOFÍA

La obra de Séneca que acabamos de ver, tanto política como social, se continúa y prolonga en su actividad literaria escrita. Sacó la filosofía de las escuelas y trató de aplicar los principios filosóficos a la práctica política y a la vida real. Séneca ha llegado hasta nosotros más como pensador y escritor que habla a todo hombre de cualquier estado y rango social. El escritor filósofo deja en segundo plano su actuación política de consejero de los emperadores.

Educado en la filosofía estoica, su pensamiento se basa más bien en el estoicismo de la *Stoa* nueva romana, tomada principalmente de sus maestros Posidonio y Panecio. Pero su discurso es más bien ecléctico y con claros elementos escépticos que contrastan con el dogmatismo estoico. En contraposición a Marco Aurelio, que sometía la ética al logos de Zenón, Séneca carga los rasgos personalistas del *vir fortis,* habla de superar el destino e incluso la naturaleza. Presenta la vida del sabio más como un combate, en el que es vergonzoso ser derrotado, que como un descubrimiento de

la verdad [11]. Desconfía del ideal de la *Apatheia* y tiende a sustituirlo por el del luchador, que aun si cae "lucha de rodillas".

"Para Séneca la filosofía es el *studium virtutis,* guía de la vida honesta, contemplativa y activa al mismo tiempo; por eso, desprecia las cavilaciones y las sutilezas de los dialécticos y no soporta ninguna discusión teórica. La filosofía es búsqueda y aspiración del sumo bien y condición de la verdadera sabiduría. Busca en su filosofía la razón íntima del universo o principio en torno al cual es posible conjugar los múltiples y contradictorios aspectos de la experiencia. Por ello, Dios, los dioses son el principio consistente e inteligente de la unidad orgánica del universo. Para él Dios no es indiferente al universo: es providencia, razón operante, presencia animadora y vivificante" [12]. Lo que hace el alma en el cuerpo del hombre es lo que hace Dios en el universo, motor y vivificador de todo.

De estos principios de su filosofía moral saca todas las conclusiones sociales que hoy llamaríamos derechos humanos: *a)* Considera la esclavitud cruel e inhumana. *b)* La humanidad que se encuentra en todos los hombres exige ser amada y no odiada. *c)* Por eso, el odio y la ira de clase han de reemplazarse por la amistad, la ecuanimidad y el interés por los demás. *d)* Los más débiles, enfermos y desgraciados han de ser socorridos y curados. *e)* El hombre debe ser educado desde su infancia en el respeto de su propia persona, en el desarrollo armónico del cuerpo y del espíritu, y ha de ser enseñado a defenderse de la sublevación de las pasiones de un saber equivocado. *f)* Es muy peligroso el contagio de la masa o multitud que oprime al individuo. Resulta fácil acomodarse a la opinión pública y abdicar de la propia perso-

---

[11] "Séneca", *Nueva enciclopedia Larousse,* Planeta, Barcelona, 1983.

[12] "Séneca", *Diccionario de Filósofos,* Río Duero, 1986.

nalidad, aceptando pasivamente las creencias y opiniones comunes. El antídoto contra esto es el aislamiento, como conquista de la propia interioridad, y la selección de los amigos [13].

Todos estos puntos adquieren toda su fuerza desde la grandeza misma del hombre que: *a)* Consiste en soportar con seguridad las amarguras del exilio, de la pobreza, de las enfermedades y de la vejez, es decir, las adversidades provenientes de los hombres y del destino. *b)* Antes que hacerse esclavo de las pasiones, renunciando a ser uno mismo, el sabio escoge la muerte, optando por la libertad. *c)* La vida es sufrimiento y lucha. El valor del hombre consiste en no doblegarse bajo el peso de la vida, sino en lograr que triunfe la fuerza del espíritu. Esta lección está resumida en estas dos palabras: *sustine et abstine. d)* La muerte es la ley suprema del universo. Pensar en la muerte sin vanos temores significa conquistarse para la eternidad. Liberada de la pasión del cuerpo, el alma recorrerá la inmensidad de los cielos y todo mal quedará vencido para siempre. *e)* El hombre debe prepararse para este encuentro todos los días de su vida con el ejercicio de la virtud, conquistando con coraje y esfuerzo la perfecta armonía espiritual: sólo aquí está el secreto de una felicidad no engañosa. *f)* Finalmente, toda la filosofía senequiana se reduce a seguir la naturaleza.

El lector encontrará todos estos principios en la lectura reposada de los *Tratados morales*. Encontrará sobre todo la frase genial que tantos lectores han encontrado en él a lo largo de estos dos milenios. Su obra no es la de un profesor sistemático, sino la de un maestro de virtud que va desgranando frases como perlas.

He aquí los títulos de las obras de Séneca: *a)* Las consolaciones: *Consolación a Marcia,* 40 d.C.; *Consolación a Elvia,*

---

[13] Séneca, *Diálogos,* estudio preliminar, traducción y notas de Carmen Codoñer, Tecnos, Madrid, 2001, 3.ª ed.

42 d.C.; *Consolación a Polibio,* 43 d.C. *b)* Tratados morales: *De la ira,* 41 d.C.; *De la serenidad del alma,* 53 d.C.; *De la brevedad de la vida,* 55 d.C.; *De la firmeza del sabio,* 55 d.C.; *De la clemencia,* 56 d.C.; *De la felicidad,* 58 d.C.; *De los beneficios,* 59 d.C.; *De la vida retirada o del ocio, De la Providencia,* 63 d.C. *c)* Ciento veinticuatro cartas en dieciocho libros, tituladas: *Epístolas morales a Lucilio,* 62-64 d.C. *d)* Otras obras: *Apolocoquintosis,* 54 d.C.; *Cuestiones naturales,* 62 d.C.; *Moralis Philosophiae libri,* 64 d.C. *e)* Tragedias: *Hércules furioso; Las Troyanas; Medea; Hipólito; Edipo; Agamenón; Tiéstes; Hércules; Las Fenicias; Octavia.*

Estas tragedias fueron escritas en distintos momentos de su vida.

De esta inmensa obra de Séneca hemos elegido para nuestra antología siete de los *Tratados morales* o diálogos y *Consolación a Polibio.* Una palabra sobre estos dos géneros literarios. Para el resto de las obras, el lector dispone de una bibliografía abundante.

Consolación a Polibio

Sabemos que ya los griegos crearon este género literario. Bajo la denominación de *logos paramythetikos,* los filósofos se vieron atraídos por el estudio del alma humana y sus sentimientos, derivando hacia la corrección de los que consideraban perjudiciales, como la tristeza o el dolor por la pérdida de los seres queridos. Los latinos llamaron a esta composición *Consolatio,* dándole una finalidad más precisa, como es aliviar las penas de los desdichados, mitigar el dolor de los afligidos por alguna desgracia o enfrentarse al destino mediante un discurso ético elevado. Fueron muchos los filósofos de todas las escuelas que cultivaron este género, por lo que la consolación adquirió unos contenidos híbridos, según los puntos de inflexión de las distintas escuelas y filósofos.

Séneca escribió tres consolaciones: a Marcia, a Polibio y a Helvia, su madre. Estas consolaciones nos han sido transmitidas dentro de la denominación común de *Diálogos.* Así vienen señalándose en el Código Ambrosiano del siglo XI, que contiene diez obras bajo el título expreso de *Los doce libros de diálogos de Séneca.* Aquí, por razones ya conocidas, sólo hemos incluido *Consolación a Polibio.* El lector podrá comparar por sí mismo las diferencias y las semejanzas entre diálogos y consolaciones [14].

Diálogos-Tratados morales

Es difícil dar una idea clara de lo que entendemos aquí por diálogos. Sabemos por Quintiliano que muy pronto se llamaron diálogos: "Andan por ahí —dice—, discursos suyos, obras en verso, epístolas y diálogos". Parece difícil probar que Séneca les diera tal nombre. Anteriormente a él, Platón y Cicerón nos dejaron el ejemplo vivo de lo que entendieron por diálogo, sea en su género dramático o narrativo. En Séneca "no hay precisiones de lugar, tiempo y ocasión, no hay introducción de personajes ni intervenciones de los mismos. Una réplica a todo ello lo constituye la presencia de inserendos, como los llama Andrieu: *inquit, at ille, inquis,* salpicados a lo largo de la obra; inserendos que, por otro lado, no son privativos de los tratados que se nos han transmitido bajo el nombre de diálogos" [15]. Cierra la cuestión H. Álvarez Regueras diciendo que "la coincidencia de algunos rasgos formales, como la presencia general de un destinatario y las apariciones ocasionales de un interlocutor ficticio que actúa como contrapunto o repulsivo de las opiniones del autor" [16].

---

[14] Séneca, *Diálogos, op. cit.,* págs. XXVII-XXVIII.
[15] Suetonio, *Calígula,* 53, 2, XVI.
[16] Quintiliano (X, 1, 125; XII, 2, 23).

SU ESTILO: FONDO Y FORMA

Siguiendo la opinión de los diferentes estudiosos de la obra senequiana, trataremos de simplificar los juicios que ha merecido respecto a su estilo. Digamos primero que los diálogos "pueden ser representativos de toda la obra en prosa de este autor. Por tanto, cualquier reflexión de carácter literario sobre alguno de los grupos, diferenciado por criterios externos es válida para el resto" [17].

Las opiniones sobre el estilo de Séneca vienen de lejos, casi de su misma época. Suetonio nos transmite por boca de Calígula dos juicios ya famosos sobre la prosa senequiana. Calígula califica sus composiciones como *meras commissiones* o simples piezas de lucimiento. Por lo que se refiere al estilo, dice de él que es *harena sine calce:* arena sin cal [18]. Para Calígula son composiciones de lucimiento, pero sin trabazón alguna, a base de una combinación de elementos dispersos.

En la misma línea negativa se sitúa Quintiliano [19]. Después de alabar el valor de las sentencias que esmaltan sus escritos, rechaza el estilo en que están expresadas. La consecuencia, según él, es que los temas tratados no reciben con esas frases agudas el tratamiento que merecen. Sin duda, a los reparos de Quintiliano hay que oponer la admiración que sentía por el estilo ciceroniano, bien trabado, grave y solemne. La crítica moderna considera el estilo de Séneca desde otro punto de vista: "los estilos cambian con la época. Cada época se siente afín a un modo de expresión distinto y Roma no puede suponer una excepción. El

---

[17] A. Traina, *Lo stile "drammatico di filosofo Séneca"*, Bolonia, 1974, citado por Carmen Codoñer en *Diálogos, op. cit.*, pág. 32.

[18] Séneca, *Cartas morales a Lucilio*, traducción y prólogo de Jaime Bofil y Ferro, Orbis, Barcelona, 1984, tomo I, págs. 8-9.

[19] "Séneca", *The New Encyclopaedia Britannica.*

lenguaje de Séneca en su realización formal es consecuencia de la tendencia a la interiorización y de su esfuerzo por predicar tal postura a sus contemporáneos, y eso en sus aspectos más concretos, en la construcción sintáctica incluso" [20].

PRESENCIA DE SÉNECA EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO

Hay que reconocer que una propaganda hostil persiguió siempre a la figura de Séneca. Acabamos de ver cómo Quintiliano criticó su estilo y su influencia pedagógica y Tácito se mantiene ambiguo respecto a su puesto en la historia del pensamiento. No obstante, la difusión del estoicismo en el mundo romano del Imperio mantuvo viva su filosofía. Se le abrieron nuevos horizontes cuando los mismos cristianos reconocieron en Séneca ciertas afinidades con el cristianismo. No nos referimos, claro está, a su encuentro con san Pablo y a su supuesta y espuria correspondencia con el apóstol. "Más valor tienen los estudios y lectura que hicieron de él san Agustín y san Jerónimo, entre otros. Las obras de Séneca consolaron a Boecio en la prisión. Su pensamiento fue un componente de la cultura latina durante la Edad Media que fue difundido a través de múltiples antologías. Conocido de Dante, Chaucer y Petrarca, sus tratados morales fueron editados por Erasmo. En los siglos XVI y XVII, la prosa senequiana, tanto en su estilo como en su contenido, sirvió de modelo para ensayos, sermones y escritos moralizantes. Sirvan de ejemplo Calvino, Montaigne y Rousseau. A partir del siglo XIX fue objeto de estudio de filósofos, científicos, historiadores y estudiantes de literatura" [21]. El modelo de tragedia de Séneca alcanzó su má-

---

[20] Séneca, *Diálogos,* estudio preliminar, traducción y notas de Carmen Codoñer, *op. cit.,* págs. XXXI-XXXIV.

[21] "Séneca", *The New Encyclopaedia Britannica.*

xima expresión en la tradición neoclásica francesa con Pierre Corneille y Jean Racine, que encontraron en su prosa la forma y grandeza de estilo. Por su parte, los dramaturgos ingleses de la época isabelina hallaron en los temas de Séneca la sed de sangre y de venganza propia de los ingleses. La tragedia senequiana está también en el *Hamlet* de Shakespeare [22].

Terminamos este apartado con una alusión a las *Cartas a Lucilio* y a las tragedias. Hará muy bien el lector si quiere adentrarse en el pensamiento de Séneca leyendo sus cartas. Compuestas ya en sus últimos años, en los que se encontraba alejado de la vida política y social, "nos dan un clarísimo concepto de las ideas y del vivir de aquel hombre desconcertante, medio austero, medio sibarita; de las ideas y del vivir de aquella época... es un libro de una riqueza inagotable; afluyen a esta obra los más diversos y contradictorios experimentos: Platonismo, Epicureísmo, Estoicismo. La fatiga ante un poder político absoluto, que no lograba hallar justificación, las secretas inquietudes que agitaban sus almas... las cartas —añade— son una guía moral; antes se refieren a la conducta, a las normas de ésta y a su justificación ideológica. La preocupación fundamental queda situada más que en la estructuración de las ideas en la formación del carácter... Su lectura puede procurarnos una lección de energía moral, de grandeza de alma tan útiles en todo momento, especialmente en nuestra época" [23].

Por lo que se refiere a las tragedias, escritas en verso suelto, forman parte del pensamiento y estilo de Séneca. Son reelaboración de los dramas de Eurípides, Esquilo y Sófocles. Y sirvieron de inspiración a la dramaturgia moderna.

---

[22] "Séneca", *The New Encyclopaedia Britannica.*

[23] Séneca, *Cartas morales a Lucilio,* traducción y prólogo de Jaime Bofil y Ferro, Orbis, Barcelona 1984.

SÉNECA EN ESPAÑA

"Resulta conocida la influencia que la obra senequista ofreció en los planteamientos del denominado prerrenacimiento castellano, cuya nota distintiva fue la de orientarse como un movimiento desenvuelto en el seno de las cortes literarias aristocráticas durante la primera mitad del siglo XV, en tiempos del reinado de Juan II Trastámara (1406-1454). El renacimiento caballeresco así definido se nutrió de los ideales neoestoicos, el Séneca *moralis,* merced a la confusión propiciada en el círculo petrarquista entre Séneca joven y Séneca viejo".

"A su ventajosa consideración contribuyó asimismo su nacionalidad hispana, así como la supuesta correspondencia con san Pablo. En la misma tónica, y ya antes del advenimiento de las influencias italianas de la Península, la difusión de los escritos espurios y originales del filósofo cordobés, hacía demasiado tiempo, desde el siglo XIII, de los centros cortesanos y arzobispales de una misma cultura caballeresca durante la Edad Media.

"La comunicación cultural de la obra de Séneca llevada a cabo en la corte literaria de Juan II encontró fervientes estudiosos en la mayoría de sus corresponsales, principalmente Alonso de Cartagena, Nuño de Guzman, Fernán Pérez de Guzmán, Rodrigo Sánchez de Arévalo, Antón de Montoro, etcétera. De entre estos y otros muchos debemos señalar a Alonso García de Cartagena (1385-1456), judío de nacimiento y converso cristiano, que desempeñó funciones de gran político en la corte de Juan II. Fue nombrado obispo de Burgos (1417), entregándose al servicio de la Iglesia no sólo en España sino en toda Europa. Su vocación intelectual en la Universidad de Salamanca, así como su labor espiritual, hacen de él un personaje imprescindible para entender la política. Tradujo por primera vez al castellano *Los Tratados y las tragedias de Séneca,* que señala el clímax en la acepta-

ción eclesiástica del clásico durante este primer renacimiento castellano, así como la etapa de fervor humanístico (1421-1424) del prelado, entusiasmo posteriormente matizado. Para K. Bluher, Cartagena es el traductor y comentador más importante de Séneca. Por otra parte, O. Dicamilo considera al obispo como el primer humanista español"[24].

No es este el momento de hablar de otras traducciones suyas, como la que hizo de *De Officiis* de Cicerón. Tampoco nos detendremos en otros autores que durante el Renacimiento vertieron otras obras de Séneca. Sí haremos mención de Santiago Pedro Fernández Navarrete, que a principios de 1627 traduce los *Tratados morales*. Este autor, como vimos al principio, ha tenido varias ediciones hasta nuestros días y es el que nos ha hecho de guía en esta nueva traducción que hoy ofrecemos[25].

El estudio que desde el siglo XIX se viene haciendo de la historia y de la filosofía romana ha puesto los ojos en Séneca, no como simple inspirador de pensamientos filosóficos, ni transmisor de una filosofía estoica plural, sino de una filosofía propia claramente sugestiva. Se ha estudiado a Séneca, se le ha traducido, ya parcialmente, ya en sus obras completas. En estos dos últimos siglos ha pasado a ser uno de los filósofos más estudiados y leídos no sólo en el mundo académico, sino también en el gran público. En España tenemos muchas y buenas traducciones como podrá ver el lector en la bibliografía.

Nuestro trabajo se une a la labor de tantos estudiosos y especialistas que pretenden darnos una nueva visión de la figura de Séneca y de su amplia producción. Si con ello hemos dado una muestra de lectura más fácil y más ajustada al

---

[24] Marina Gurruchaga Sánchez, *Algunas observaciones acerca de los Tratados de Séneca traducidos por Don Alonso de Cartagena.*

[25] Ya hemos hablado de la traducción hecha por Santiago Pedro Fernández Navarrete en 1627.

texto latino, creemos haber hecho una obra buena y necesaria. Precisamente era esto lo que intentábamos: un pensamiento claro y un pensamiento fácil sobre todo para los jóvenes que se adentran en el mundo de las ideas. Queremos que Séneca sea nuestro no sólo porque "aire de Roma Andaluza / le doraba la cabeza", sino porque hacemos nuestro su modo de pensar. Con razón se ha dicho que los *Tratados* son el referente principal de las demás obras del cordobés.

Quiero dedicar esta traducción a la memoria de un amigo que ha seguido durante años con auténtico interés la marcha de mi trabajo, poniendo a mi disposición su selecta biblioteca. No pudo verlo terminado. Murió en la primavera del año 2003. Gracias, Federico Santos: tu ayuda te hace un verdadero Mecenas. Gracias también a cuantos de una forma u otra me han ayudado y alentado.

BIBLIOGRAFÍA

TEXTOS DE SÉNECA

Lucio Anneo Séneca, *Dialogorum Libri Duodecim,* edición de L. D. Reynolds, Oxford, 1977.

—, *Ad Lucilium Epistulae Morales,* Oxford, 1965.

—, *Obras completas,* versión de Lorenzo Riber, Madrid, 1943.

—, *Diálogos,* estudio preliminar, traducción y notas de Carmen Codoñer, Madrid, 2001, 3.ª ed.

—, *Sobre la clemencia,* traducción y notas de Carmen Codoñer, Madrid, 1988.

—, *Diálogos: Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio. Apocolocintosis,* versión, traducción y notas de Juan Mariné Isidro, Madrid, 1996.

—, *Epístolas morales a Lucilio,* traducción de Ismael Roca, Madrid, 1986.

—, *Tragedias,* traducción de Jesús Luque Moreno, Madrid, 1979.

—, *Escritos consolatorios,* traducción de Perfecto Cid Luna, Madrid, 1999.

—, *Tratados morales,* traducción de Pedro Fernández Navarrete, Madrid, 1946, 4.ª ed.

ESTUDIOS SOBRE SÉNECA

BONNER, S. F., *La educación en la Roma Antigua,* Barcelona, 1984.

CASTILLO, C. (dir.), *Onomásticom Senecanum,* Pamplona, 1995.

CONDE GUERRI, M. J., *La sociedad romana en Séneca,* Murcia, 1979.

CURCHIN, *La España romana, conquista y civilización,* Madrid, 1996.

ELORDUY, E., *Vida y escritos,* Burgos, 1965.

—, "Séneca preceptor de Nerón", actas del Tercer Congreso Español de Estudios Clásicos, Madrid, 1968, tomo I, págs. 42-83.

FONTÁN, A., *Séneca político y filósofo,* Madrid, 1947.

GRIMAL, P., *L. Annaei Senecae. Operum Memoralium Concordantia,* Nueva York, 1975, tomos I-II.

—, *Sénèque et le Stoïcisme Romain,* París, 1989.

GLAY, M. L., *La Religión Romaine,* París, 1971.

USCATESCU, G., *Séneca, maestro contemporáneo,* Madrid, 1965.

TRATADOS MORALES

DE LA PROVIDENCIA [1]

A Lucilio

I. Me preguntas, Lucilio, cómo se explica que, estando gobernado el mundo por una Providencia, los hombres buenos estén sometidos a tantos males. Entenderás la razón de esto más fácilmente cuando hable de ello en el contexto de la obra y pruebe que la Providencia interviene en todas las cosas y que Dios está con nosotros. Y puesto que te agrada separar una pequeña parte del todo, y que se dilucide este punto, dejando intacto el tema principal, voy a

---

[1] Como en casi toda la obra de Séneca, la datación de este tratado es incierta. Los autores se dividen entre los años 41 al 49 d.C., periodo del exilio en Córcega, y el año 62, bajo el reinado de Nerón y cuando ya estaba retirado de la vida política. Está dedicado a Lucilio, como las *Cartas* y las *Cuestiones naturales*. Este hecho hace sospechar a muchos que fue escrito en la época tardía del 62. En cuanto al tema, veremos que es una exposición que Lucilio hace a Séneca al principio: "¿Por qué suceden desgracias a los hombres buenos, si existe la providencia?". La respuesta es contundente. La providencia existe. El resto del tratado se extiende en la prueba de la existencia de la providencia, tema muy debatido en la filosofía antigua, sobre todo entre estoicos y epicúreos. (Véase Introducción).

acometer una tarea no difícil, como es la defensa de los dioses.

Sería superfluo en este momento demostrar que esta gran fábrica del mundo no puede subsistir sin la conservación por parte de alguien y que el curso y las revoluciones de las estrellas no se debe al ímpetu del azar. Resulta que las cosas que mueve la casualidad, invierten su ritmo y terminan muchas veces chocando. Por el contrario, es el imperio de la ley el que dirige esta velocidad sin tropiezo, llevando tantas cosas por tierra y por mar y tantas lumbreras clarísimas que resplandecen en ordenada disposición. No es posible que este orden sea fruto de la materia errante. Ni que las cosas unidas por azar estén dispuestas con tan gran arte como lo está el gravísimo peso de la tierra; y que los elementos unidos por el azar no gozan de la suficiente capacidad para que el enorme peso de la tierra se mantenga inamovible y sea en torno a ella la huida del cielo en su carrera. Tampoco el azar puede hacer que los mares no aumenten su capacidad, a pesar del desagüe de los ríos, así como que gérmenes pequeñísimos engendren plantas gigantes.

Ni siquiera esos mismos fenómenos que parecen confusos, como las lluvias, las nubes, la caída de rayos, incendios provocados por el cuarteamiento de las cumbres de los montes, temblores del suelo convulsionado y demás accidentes que se repiten en torno a la zona tempestuosa de la tierra, aunque imprevistos, no se mueven sin razón. Todos ellos tienen sus causas, no menos que los que se han visto como milagros en lugares insólitos: las aguas calientes en medio de las olas y las nuevas y espantosas islas que surgen en el vasto mar. De la misma manera, quien las vea desnudas, cuando se retira el mar para volverlas a cubrir al poco tiempo, ¿podrá creer que es aquel fenómeno un movimiento ciego de las aguas que, ora se retraen y retiran hacia dentro, ora se encrespan, ora las fuerza a volver y a recobrar en gran crecida su asiento? Porque lo cierto es que crecen gradualmente y aparecen en una hora y día fijo, según la atracción de la luna

a cuyo albedrío obedece el flujo del océano. Queden estos fenómenos para el lugar oportuno, sobre todo, porque tú no dudas de la Providencia, sino que te quejas de ella.

Mi propósito es hacerte amigo de los dioses que son buenos con los buenos. Tampoco la misma naturaleza consiente que las cosas buenas dañen a los buenos. Pues entre Dios y los hombres justos existe una cierta amistad que engendra la virtud. ¿He dicho amistad? Debiera decir más bien una estrecha amistad e incluso una cierta semejanza. Porque el hombre bueno sólo se diferencia de Dios en la brevedad de la vida. Es su discípulo, imitador y criatura suya, a quien Él, padre magnífico, exige con rigor la virtud y educa con más aspereza, como lo hacen los padres rigurosos. Si vieres, por tanto, que los hombres justos y amigos de los dioses son víctimas de trabajos y fatigas y que caminan cuesta arriba; y si por el contrario los malos se entregan frívolamente a toda clase de placeres, convéncete de que nos complacemos en la modestia de nuestros hijos y nos deleita la libertad de los hijos de los esclavos. A los primeros, los sujetamos con una más severa disciplina y fomentamos la libertad de movimientos de los segundos. Lo mismo hace Dios, quien no abunda en deleites con el hombre bueno, sino que le prueba, le endurece y le prepara para sí.

II. ¿Por qué, entonces, suceden tantas cosas adversas a los hombres buenos, si decimos que a un hombre bueno no le puede suceder nada malo? Porque las cosas contrarias no se mezclan. Lo mismo que los muchos ríos y lluvias y el caudal de tantas fuentes no cambian ni atenúan siquiera el salobre sabor del mar. De la misma manera, tampoco trastorna el ánimo del varón fuerte el cúmulo de adversidades. Siempre permanece él mismo. Y cuanto le sucede, lo transforma en su mismo color, porque es más poderoso que todo lo que le viene de fuera. No estoy diciendo que no lo sienta, sino que los vence y que, además se yergue sereno y recio contra los embates que le acometen. Juzga que todas las cosas adver-

sas son una prueba y una experiencia de su valor. Pues, ¿qué varón honesto no apetece una prueba a su medida y no desafía el peligro por cumplir su deber? ¿Y qué persona activa aguanta la holganza? Vemos, en efecto, cómo luchan los atletas, que practican el culto de la fuerza, con los más esforzados y cómo exigen a sus preparadores que usen contra ellos todas sus energías, consintiendo heridas y malos tratos, hasta el punto de que si no encuentran un adversario de fuerza igual a la suya, arremeten contra muchos a la vez. Es que la virtud languidece si no tiene adversario. Es entonces cuando la virtud llega a su grandeza, necesita su fuerza y su capacidad de resistencia.

Has de saber que los hombres buenos han de hacer lo mismo: no han de temer contratiempos ni dificultades y no han de quejarse de su suerte. Tengan por bueno cuanto les suceda y conviértanlo en provecho propio. Lo importante no es cuánto, sino cómo lo sufres. ¿No adviertes con qué diferente cariño tratan a sus hijos los padres y las madres? Ellos hacen que se levanten pronto para dedicarse a sus estudios, no les consienten ociosidad alguna, ni siquiera en los días de fiesta, ni en sus horas libres, hasta hacerles sudar y tal vez derramar lágrimas. Las madres, por el contrario, procuran meterlos en su regazo y cobijarlos a la sombra: que nunca estén tristes, que no trabajen ni lloren. El corazón de Dios para los buenos es el de un padre y los ama como un padre, que pone a prueba a sus hijos. Les prueba con fatigas, dolores, infortunios, para hacerlos verdaderamente fuertes. La inacción engendra la gordura, que resiste el trabajo y queda abrumada por el movimiento e incluso por el propio peso. La felicidad que no ha sido sometida a pruebas no sabe sufrir golpe alguno. Pero a quien ha sufrido continuas contrariedades, los obstáculos le curten y no se rinde a los infortunios; hace frente al mal y, aunque caiga, sigue luchando cuerpo a tierra. ¿Te extrañas, acaso, de que ese Dios grande, amador de los buenos, que los quiere perfectos y nobilísi-

mos, les concede la fortuna para que se debatan con ella? Yo no me asombro cuando los veo enardecidos, pues los dioses se complacen en el espectáculo que ofrecen los varones generosos cuando luchan con las calamidades. Es para nosotros un auténtico placer contemplar a ese joven de ánimo constante esperando con el venablo a la fiera que le embiste y aguanta impávido al león que le acomete. Y el espectáculo es tanto más grato, cuanto es más noble el que lo ejecuta.

No son estas cosas las que arrastran las miradas de los dioses. Son juegos de niños y entretenimientos de la frivolidad humana. Es otro el espectáculo que puede ser contemplado por Dios, siempre atento a su obra. Y el espectáculo digno de Dios es el varón fuerte que lucha a brazo partido con la fortuna adversa, sobre todo, cuando fue él quien la suscitó. Te confieso que no veo otra cosa más hermosa en el mundo a los ojos de Júpiter que el espectáculo que ofrece Catón[2]. Tras repetidos quebrantos, se mantuvo inmutable y erguido en medio de los vaivenes de la república. "Aunque todo el imperio, decía, haya venido a las manos de un solo hombre; aunque las legiones ocupen la tierra y la flota el mar; y aunque los soldados de César cierren las puertas, Catón tiene por donde salir. Con una mano se hará ancho camino a la libertad. Este puñal que durante las guerras civiles se ha mantenido limpio de sangre ciudadana e inocente dará término a una obra buena y loable, dando a Catón la libertad que él no consiguió para su patria. Emprende, alma mía, la obra mucho tiempo meditada y libérate de las miserias de la humanidad. Ya Petreyo[3] y Juba se enfrentaron a muerte y cayeron muertos uno

---

[2] *Marco Porcio Catón* de Útica (95-42 a.C.), biznieto de Catón el Censor. Fue partidario de Pompeyo en el enfrentamiento con César. Después de la derrota de Farsalia pasó a África, donde fue gobernador de Útica. Al ser derrotados los pompeyanos en Tapso, se suicidó (42 a.C.). Véanse notas 11 y 34.

[3] *Marco Petreyo,* partidario de Pompeyo luchó en Tapso. *Juba,* rey de Numidia, también partidario de Pompeyo. Derrotados ambos en Tapso, juramentaron darse muerte mutuamente. Véase nota 11.

a mano del otro. Acuerdo doloroso y noble del destino, pero no va con mi grandeza". "¡Tan vergonzoso es para Catón pedir para otros así la muerte como la vida!".

Veo muy claro que los dioses contemplaron alborozados cómo aquel gran varón, acérrimo vengador de sí mismo, estaba pensando en la salud ajena y disponiendo la huida de los fugitivos. E hizo lo mismo cuando hundió la espada en su pecho santo; cuando esparció sus entrañas por el suelo, sacando así con su propia mano su purísima alma, demasiado noble para que la espada la manchara. Y estoy cierto también de que si la herida no fue del todo certera y eficaz, fue porque no era espectáculo suficiente para los dioses inmortales ver sólo un espectáculo del heroísmo de Catón. Le fue retenido y devuelto el vigor para que se mostrara en prueba más difícil todavía. Mantuvo y recobró la virtud para que pudiera mostrarse tal cual era en la prueba más difícil todavía, porque no se necesita tanto valor para ir a la muerte, como para salir de nuevo a su encuentro. ¿Cómo no habían de alegrarse los dioses en la contemplación de su discípulo que corría a su liberación con tan clara y memorable muerte? La muerte es un triunfo aun para aquellos hombres que no dejan de celebrar la muerte, a pesar de que la temen.

III. A medida que vaya avanzando nuestro discurso te demostraré que no son males aquellos que lo parecen. Te diré ahora que esas cosas que tú llamas asperezas, adversidades, abominaciones son ante todo provechosas a aquellos que las padecen. Después, los dioses prestan a la generalidad de los hombres mayor cuidado que a los individuos particulares. Y, finalmente, porque son premio de los que las aceptan y castigo de los que las rechazan. He de añadir que estas cosas son fruto del destino y que, precisamente, acaecen a los buenos. Te diré, por fin, que no has de compadecer para nada al varón bueno que, aunque se le pueda llamar desdichado, nunca puede serlo.

Dije al principio que de todas estas proposiciones, la más difícil parece ser la primera, pues afirmé que las cosas que más tememos y de las que nos horrorizamos, son favorables a los que las padecen. ¿Puede ser de algún provecho, me dirás, ser desterrado, caer en la pobreza, dar sepultura a los hijos y a la mujer, ser víctima de la ignominia o vernos privados de algún miembro? Si te extrañas de esto, también te pasmará ver cómo algunos curan sus enfermedades con hierro, fuego, con hambre y con sed. Y si te pones a pensar que a algunos, como remedio heroico, les raen y les descubren los huesos, les abren las venas y amputan algunos miembros que no se podían conservar sin daño del cuerpo, llegarás a concederme que ciertos males aprovechan a quienes los sufren. Y, por el contrario, muchas otras cosas que se alaban y apetecen, resultan nocivas para quienes se deleitan con ellas. Tal sucede con los hartazgos y embriagueces y otras cosas que matan deleitando.

Entre las muchas y magníficas sentencias de nuestro Demetrio[4], guardo una muy sabrosa y que aún suena en mis oídos. "Para mí, decía, nadie me parece tan desgraciado como aquel a quien nunca sucedió cosa adversa. Nunca tuvo ocasión de probarse, pues todo le sucedió a medida de su deseo, incluso se anticipó a él. Los dioses tuvieron un mal concepto de él, pues le juzgaron indigno de dominar su fortuna, que huye de todo indolente". Como si dijera: "¿Por qué he de enfrentarme yo a este adversario? Abandonaré las armas inmediatamente, no quiero emplear contra él todo mi poder. Una sola amenaza le ahuyentará, no es capaz de resistir mi mirada. Buscaré otro con quien pueda venir a las manos. Me da vergüenza luchar con un hombre dispuesto a dejarse vencer".

---

[4] *Demetrio "el Cínico"*, contemporáneo de Séneca. Filósofo muy estimado de Séneca, quien le cita repetidas veces. Fue exiliado a Grecia por Nerón el año 63 d.C. y volvió a Roma con Vespasiano.

Es una ignominia para un gladiador entrar en combate con un inferior, porque sabe que no es un título de gloria vencer a quien es vencido sin peligro. Lo mismo hace la fortuna que siempre busca a los más fuertes y a los que le son iguales. De los otros, pasa de ellos con desdén. Arremete contra el más tenaz y erguido, disparando contra él toda su fuerza. Ensaya el fuego con Mucio[5], la pobreza con Fabricio, el destierro con Rutilio, los tormentos con Régulo, el veneno con Sócrates y la muerte con Catón. Las grandes lecciones de heroísmo sólo se encuentran en la fortuna adversa. ¿Es un desdichado Mucio porque con su mano diestra apretó la tea ardiente del enemigo infligiéndose a sí mismo las penas de su error y poniendo en fuga con su mano abrasada al rey, a quien no pudo ahuyentar con su mano armada? ¿Hubiera sido más feliz calentándola en el seno de la amiga? Y, ¿es infeliz Fabricio por cavar sus campos en los días de descanso durante el gobierno de la República? ¿Y por qué hizo la guerra tanto a Pirro[6] como a las riquezas? ¿O por qué, sentado al calor de la lumbre el viejo triunfador cenaba las mismas hierbas que él mismo había cultivado en sus campos? ¿Hubiera sido, quizás, más feliz si llenara su vientre con pescados de remotas playas o estuviera ahíto de aves rarísimas? ¿O si avivara su estómago inapetente con ostras del Adriático o del Tirreno? ¿O si con grandes montones de frutas

---

[5] *Gayo Mucio Escévola* (s. VI a.C.). Intentó quemar su mano, como castigo a sí mismo por haber querido matar a Porcena, rey etrusco. *Gayo Fabricio Luscinio* sobresalió por su pobreza; fue delegado ante Pirro. *Publio Rutilio Rufo,* ejemplo de honestidad en los tribunales, fue condenado al destierro por los "caballeros" romanos. Hombre culto y amante de la filosofía, muy citado por Cicerón. *Marco Atilio Régulo* (s. III a.C.). Luchó en la primera guerra púnica, derrotando en África a los cartagineses y siendo después derrotado por ellos (225 a.C.). Enviado a Roma para firmar un tratado, instó según la leyenda, que no se firmara, a sabiendas de que si volvía a Cartago sería torturado y moriría. Su ejemplo es citado por muchos autores.

[6] *Pirro,* rey de Epiro (s. III a.C.). Véase nota 34.

adornara hermosos venados y jabalíes, cobrados con la muerte de muchos monteros? ¿Fue también infeliz Rutilio por haber sido condenado por los que habrán de responder de esa condena ante todos los siglos? Porque sufrió con igual temple de ánimo que le fuera arrebatada la patria que el haberle levantado el destierro; y porque fue el único que negó toda ayuda al dictador Sila[7] y, cuando fue llamado a Roma, no sólo no se volvió atrás, sino que se alejó más. "Vean esas cosas, respondió, quienes en Roma son presa de tu felicidad. Vean la sangre derramada en el foro y las cabezas cortadas de los senadores en el lago Servilio[8], lugar de expolio de los proscritos de Sila. Vean también las hordas de asesinos que a cada paso se encuentran vagando por la ciudad y los muchos miles de ciudadanos romanos degollados en un mismo lugar, tras haber jurado fidelidad o, por mejor decir, justamente por haberla jurado. Que vean todo esto los que no pueden elegir el destierro".

¿Será, acaso, más feliz Sila porque, cuando baja al foro se abre camino con espada y consiente que le muestren las cabezas de los varones consulares y que el cuestor le diga el precio de los asesinatos en los registros públicos? ¡Y todo esto hace el que dictó la ley Cornelia! Pasemos a Régulo. ¿Qué mal le hizo la fortuna al convertirlo en dechado de fidelidad y de paciencia? Clavos penetran sus pies y allí donde recuesta su cuerpo extenuado, se acuesta sobre sus heridas, con sus ojos abiertos en un insomnio perpetuo. Cuanto mayor fue su tormento mayor será su gloria. ¿Quieres saber por qué no se arrepintió de haber estimado la virtud a tal precio? Basta con que le cures y déjale volver al senado: allí verás

---

[7] *L. Sila,* de sobrenombre "Félix", adoptado por él a raíz de su triunfo sobre Mitrídates (86 a.C.), y de su proclamación como dictador (80 a.C.). Véanse notas 60, 66 y 89.

[8] *Lago Servilio,* lugar donde se despojaba a los cadáveres de sus pertenencias.

cómo sigue en el mismo parecer. ¿Crees más feliz a Mecenas[9], quien atormentado por los celos de su voluble mujer, se le devolvía el sueño con el son dulce de una música que le llegaba de lejos? Aunque quede adormilado con el vino y, aunque el ruido de las aguas le transporte a otros mundos y engañe su mente inquieta con mil deleites, Mecenas se despertará de la misma manera en sus blandas plumas que Régulo en su cruz. Porque éste se consuela al ver que sufre sus trabajos por la virtud y en medio de los sufrimientos levanta su mente al motivo que los causa. Al otro, por el contrario, mustio y hastiado por los muchos placeres, más que el padecer le aflige la causa que los mismos tormentos que padece. Todavía los vicios del linaje humano no han llegado a tal extremo que, en la duda de tener que elegir, fuesen más los que quisieran nacer Régulo que Mecenas. Y si hubiera alguno que tuviera la osadía de confesar que quisiera ser más Mecenas que Régulo, este tal, aunque se lo calle, quisiera más ser Terencia[10].

¿Piensas que fue Sócrates maltratado porque bebió la cicuta que le preparó el verdugo, como medicina de inmortalidad, mientras disputaba de la muerte hasta la propia muerte? ¿Y crees que se portó mal con él, porque poco a poco se fue apoderando de él el frío, se le heló la sangre y sus venas se pusieron rígidas? ¡Con cuánta más razón debemos envidiar a Sócrates que a aquellos que beben en cuencos de rocas preciosas y a quienes efebos afeminados, castrados o de dudosa virilidad, hechos a toda suerte de ultrajes, escancian la nieve en copa de oro! Todo lo que éstos beben lo convierten con tristeza en vómitos, mientras paladean el amargor de su bilis, cuando Sócrates, alegre y decidido apuraba su veneno. Por lo que respecta a Catón, del que ya hemos hablado mucho y del que todos los hombres confirman unánimes que

---

[9] *Gayo Mecenas,* amigo y consejero de Augusto, conocido como protector de escritores y artistas (s. I d.C.).

[10] *Terencia,* mujer de Mecenas.

alcanzó la suma felicidad, porque le eligió la naturaleza para vencer en su persona todo lo que los hombres temen. ¡Pesadas son las enemistades de los poderosos, sí, pero se opondrá a la vez a Pompeyo [11], a César y a Craso! Cosa dura es que los más viles le precedan en honores: pospóngasele a Vatimio. Trágico es meterse en guerras civiles: él luchará en todo el orbe de la tierra por tan justa causa con tanto denuedo como mala suerte. ¿Es grave quitarse la propia vida? Pues, hágalo. ¿Y qué conseguiré con ello? Que conozcan todos que no es una desgracia aquello de lo que juzgué digno a Catón.

IV. Las cosas prósperas y plebeyas llegan hasta las almas viles y plebeyas, pero superar las desdichas y todo lo que suscita el terror en los mortales es propio del varón magnánimo. Vivir siempre feliz y pasar sin una pena en el alma es ignorar la otra mitad de la naturaleza. Afirmas ser un gran hombre, pero, ¿cómo lo podré saber si la fortuna no te brinda la ocasión de mostrar tu virtud? Te lanzaste a las carreras y a la competición de los juegos olímpicos, pero no tuviste competidor: llevarás la corona olímpica, pero no conseguiste la

---

[11] *Pompeyo,* citado varias veces en las obras de Séneca. La vida política y militar de Pompeyo, comienza en los años 73-71 a.C., durante la rebelión de los esclavos dirigida por Espartaco. En el 70 a.C. ejerce el consulado con Craso. En el 67 a.C. termina la guerra contra los piratas, para tomar después, en el 66 a.C., el mando supremo del ejército contra Mitrídates; en el 60 a.C. forma el primer triunvirato con Craso y César. En el año 55 a.C. es consulado de Pompeyo y Craso. En el 52 a.C. es elegido cónsul, por lo que se le encarga la defensa de la república frente a César. Entre el 49 y el 46 a.C., guerra civil entre Pompeyo y César. Es derrotado en la batalla de Farsalia. En los años 48-47 a.C. César persigue a Pompeyo hasta Egipto, donde después fue asesinado. *Gayo Julio César,* escritor, general y hombre de estado romano (102-44 a.C.). *Craso Marco Lucinio,* uno de los triunviros del año 60 a.C., compartió el consulado con Pompeyo. El año 70 a.C., *Vatinio,* cuestor de dudosa reputación durante el consulado de Cicerón, fue nombrado pretor por Pompeyo, en detrimento de Catón. Véanse notas 3, 18, 34, 35 y 60.

victoria. No te aplaudo como a campeón vencedor, te felicito como si hubieses conseguido el consulado o la pretura, pues has sido elevado a un honor. Lo mismo puedo decir al varón bueno si no ha tenido algún acontecimiento penoso que le diera la ocasión de demostrar la fortaleza de su espíritu. Te juzgo desdichado por no haber sido nunca desdichado. Te has pasado la vida sin adversario: ni siquiera tú mismo sabrás nunca hasta dónde alcanzan tus fuerzas. La experiencia es necesaria para el conocimiento propio. Sólo haciendo la prueba, sabe cada cual lo que puede saber o hacer. Sin duda por eso, se ofrecieron algunos a los males que no les acometían y buscaron la ocasión para que brillara su virtud, que se hubiera extinguido en la oscuridad. Los grandes hombres encuentran su gozo en la adversidad, de la misma manera que en la guerra los soldados valientes. Yo mismo oí una vez a Triunfo [12], gladiador en tiempos de Tiberio César, quejarse de la escasez de luchas circenses: "Lástima de tiempo perdido, decía". La virtud tiene querencia de los peligros y pone los ojos en el camino que lleva y no en lo que ha de sufrir, pues es parte de su gloria mucho de lo que ha de padecer. Los soldados auténticos se glorian de sus heridas y muestran como su mejor fortuna la sangre que corre. Y, aunque los que vuelven de la batalla sin heridas hayan hecho las mismas hazañas, las miradas y la simpatía van dirigidas a los que vuelven heridos. Te digo que Dios cuida de aquellos que quiere sean más valientes, dándoles oportunidad de hacer algo noble y valeroso en medio de las dificultades. En la tormenta conocerás al piloto, al soldado en el combate. ¿Cómo podré saber tu estado de ánimo en la pobreza, si estás cargado de riquezas? ¿Y cómo podré conocer tu entereza para sufrir la ignominia, la impopularidad, si has envejecido gozando de los aplausos de la plebe, apoyándote

---

[12] *Tiberio César,* sucesor de César Augusto en el año 26 d.C., con el nombre de Tiberio Julio César. Véase nota 60.

siempre en su inquebrantable apoyo y rindiéndote a sus favores? ¿Por dónde podré saber con qué ecuanimidad sufrirás la muerte de tus hijos, si gozas todavía de los que engendraste? Te he visto consolar a los otros, pero te admiraría de verdad si te viera consolándote a ti mismo y si suprimieras toda compasión hacia ti mismo.

Os pido, por favor, que no os atemoricen aquellas pruebas que los dioses inmortales ponen como estímulos al alma. La adversidad es ocasión de virtud. Y con razón serán llamados miserables los que se anegan en una felicidad desmedida, donde como en un mar tranquilo los detiene una calma nunca rota. Cualquier trance que les sucediere será una novedad: las cosas adversas atormentan más a los faltos de experiencia. El yugo es más pesado a las testudes jóvenes. El solo temor de las heridas espanta al soldado bisoño. El veterano, en cambio, mira con audacia su propia sangre, pues sabe que con ella consiguió muchas veces la victoria.

Estos hombres a quienes Dios ama los endurece, prueba y ejercita. Por el contrario, a quienes parece que halaga y perdona, los reserva para males futuros. Erráis, por tanto, si creéis que queda alguna excepción: también le tocará su parte a quien por largo tiempo fue feliz, pues aquel que parece dispensado, no deja de ser un aplazado. ¿Por qué prueba Dios a los mejores con enfermedades, quebrantos o tribulaciones? ¿Y por qué en los ejércitos se encomiendan a los más valientes las operaciones más peligrosas? El general siempre envía en comisión de servicio nocturno a los más selectos para preparar una emboscada al enemigo, para explorar el camino o para desalojar a un centinela. Ninguno de ellos dice que recibió agravio del general al ser enviado a estas operaciones. Antes al contrario, piensa que tuvo de él un buen concepto. Que todos aquellos a quienes se mandan pruebas, que sólo a los medrosos y cobardes hacen llorar, digan lo mismo: "Dios nos ha juzgado dignos de experimentar en nosotros todo lo que la naturaleza humana puede padecer".

Huid, pues, de las delicias; huid de esa atosigante felicidad con que se marchitan las almas como amodorradas en una perpetua embriaguez, si no les sucede algo que les recuerde su condición humana. Aquel que se guarda siempre del viento detrás de las vidrieras y cuyos pies calentaron con fomentos, repetidas veces mudados y cuyos comedores templa el calor que circula por debajo y a lo largo de las paredes, cualquier ligero viento le molestará. Y no sin peligro, porque toda desmesura es peligrosísima y daña, en grado sumo el exceso en la felicidad. Trastorna el cerebro, hace surgir en la mente vanas fantasías y extiende espesa niebla ante el error y la verdad. ¿No será preferible, por tanto, una falta de felicidad continua con la práctica de la virtud, a perecer en infinitos e inmoderados placeres? La muerte es más llevadera con ayuno: la abundancia la hace reventar. Los dioses siguen con los hombres buenos la misma norma que los maestros con sus discípulos: procuran que trabajen más aquellos de quienes tienen mayores esperanzas. ¿Acaso los lacedemonios aborrecen más a sus hijos porque ponen a prueba su valor viéndolos azotar en público? Los mismos padres les animan a sufrir con valentía los azotes y cuando están ya despedazados y medio muertos les piden que sigan sufriendo los golpes que les dan y siguen recibiendo nuevas heridas sobre las ya recibidas. ¿Por qué admirarnos, entonces, de que Dios ponga a prueba a los espíritus generosos? ¿Es, por ventura, blando el aprendizaje de la virtud?

La fortuna nos azota y nos lacera: sufrámoslo. No es crueldad, es lucha: cuantas más veces vayamos a ella, más fuertes seremos. La parte que más ejercitamos de nuestro cuerpo es la más firme. Conviene que nos pongamos en manos de la fortuna para que ella nos haga fuertes contra ella misma: poco a poco nos hará iguales a sí. La presencia continua del peligro nos hará despreciarlo. Así es como el cuerpo de los marineros se endurece para los embates del mar; y los labradores encallecen sus manos y los brazos de

los soldados se tensan para lanzar los dardos y los corredores tienen sus miembros ágiles. El miembro más sólido es el que más se ejercita.

Por la paciencia llega el alma a despreciar el poder de los males. Llegarás a saber lo que puede la paciencia, si te pones a considerar las ventajas que reporta el trabajo a los pueblos que carecen de todo, pero que son fuertes por su indigencia. Contempla todas las naciones donde ha puesto sus reales la paz romana. Hablo de los germanos y de todos aquellos pueblos trashumantes que vagan por las riberas del Danubio. Un invierno perpetuo y un cielo nublado los oprime siempre; chozas cubiertas con paja y hojas las defienden de las lluvias; bailan sobre las lagunas endurecidas por el hielo y cazan las fieras para sustentarse. ¿Te parece que éstos son desgraciados? Nada causa desventura, nada es mísero, cuando la naturaleza lo ha convertido en costumbre, pues con el andar del tiempo llegan a causar placer aquellas molestias que comenzaron por necesidad. Tampoco tienen casa ni domicilio estable, más que los que les señala el cansancio de cada día; su comida es vil y la han de buscar con sus manos; horrorosa la inclemencia del cielo, los cuerpos sin abrigo. Y todo esto que para ti es una calamidad, para innumerables pueblos es la vida.

¿Por qué, pues, te maravillas de que sean puestos a prueba los buenos para verse así fortalecidos? No hay árbol recio y firme sino aquel que el viento azota con frecuencia, pues sus mismas raíces se hunden y fortifican en la lucha contra los elementos. Por el contrario, el árbol que crece en valle abrigado y acariciado por el sol es frágil. Mucho aprovecha, por tanto, a los hombres buenos para que nada les intimide, moverse entre tribulaciones y soportar con ecuanimidad las cosas que no son de suyo males, sino para los que las sufren mal.

V. Ten en cuenta además que es un bien para todos, que los varones mejores, por así decirlo, luchen y den buenos ejemplos. El propósito de Dios y también del hombre sabio, es

demostrar que todas las cosas que el vulgo apetece o que teme ni son buenas ni son malas. Sabríamos que son buenas, si Dios sólo se las diera a los hombres buenos, y que son malas, si no las castigara más que a los malos. La ceguera sólo sería detestable si nadie perdiera los ojos más que aquel a quien se los han de sacar. Por tanto, carezcan, enhorabuena, de luz Apio y Metelo [13]. Las riquezas no son un bien: téngalas, pues, Helio, el rufián, para que los hombres vean el dinero en el burdel que también consagraron en los templos. El mejor medio de que Dios dispone para desacreditar las cosas deseadas es darlas a los malos y negárselas a los buenos.

"Bien está, dirás, pero no parece justo que el hombre bueno sea mutilado, punzado o encadenado y que los malos anden libres y afeminados". ¿Y no es igualmente injusto que los varones fuertes empuñen las armas, pasen las noches en los campamentos y hagan la guardia en las trincheras con las heridas vendadas, mientras andan por la ciudad tranquilos y seguros los eunucos, profesionales del impudor? ¿No es injusto también que las nobilísimas vírgenes [14] hagan vela por la noche para ofrecer los santos sacrificios, cuando las mujeres de mala reputación gozan de un sueño profundo? El trabajo llama a los mejores. Y el senado está reunido en consejo para deliberar todo el día, al mismo tiempo que los más ruines ciudadanos matan el tiempo en el campo o se reúnen en las tabernas o pierden las horas en las tertulias. Y esto mismo sucede en la gran república del mundo, los buenos trabajan, se sacrifican y sin ser forzados siguen gustosos a la

---

[13] *Apio Claudio "el Ciego";* al que se debe la construcción de la vía Apia de Roma. *Lucio Cecilio Metelo* (s. III a.C.). Perdió la vista al intentar salvar, en un incendio del templo de Vesta, la estatua de Minerva.

[14] *Vírgenes Vestales.* Alusión a las vírgenes que cuidaban del culto y del fuego de Vesta, que no se debía apagar nunca. Eran elegidas por el Pontifex Maximus.

fortuna. No se ven arrastrados por ella, sino que la siguen y van a su paso y se adelantarían a ella, si supieran adónde les conduce.

Recuerdo a este propósito haber oído esta poderosa razón de Demetrio: "De una sola cosa, oh dioses inmortales, puedo quejarme de vosotros. Y mi queja es que antes de ahora no me hayáis manifestado vuestra voluntad. De haberlo sabido, me hubiera adelantado a cumplir estas cosas a las que ahora estoy dispuesto a cumplir. ¿Queréis quitarme los hijos? Para vosotros los crié. ¿Queréis algún miembro de mi cuerpo? Tomadlo. No os ofrezco gran cosa, pues pronto habré de dejarlos todos. ¿Queréis mi vida? ¿Por qué no la habré de dar? La restituiré sin demora, pues es lo primero que me disteis. Recibiréis de mí todo lo que me pidiereis, pues lo doy a quien os lo quiere dar de antemano. No me quejo de que me lo pidáis, pues preferiría ofrecéroslo a tener que entregarlo. ¿Qué necesidad hay de quitarme lo que era vuestro? Podéis aceptármelo, aunque ni aun así me lo quitaréis, porque nada se quita sino a quien lo retiene. No sufro coacción alguna, ni me veo obligado por Dios, sino que me conformo con Él, pues, todo sucede por una ley infalible y eterna. Los hados nos guían y en el momento mismo de nacer quedó ya determinado todo el tiempo que está reservado a cada uno. Una causa depende de otra y el orden eterno de las cosas fija el curso de los negocios tanto públicos como privados".

Por todo lo cual, se han de sobrellevar todas las cosas con fortaleza, porque no todas suceden por azar, como creemos, sino que todas ellas están encadenadas por un orden o ley. Hace ya tiempo que fue decretado cuánto has de gozar, cuánto has de llorar. Y aunque la vida de cada uno parezca ser muy diferente, a fin de cuentas, se reduce a este punto: el paradero de ella es uno e igual para todos. ¿A qué, pues, indignarse? ¿De qué quejarse? A esto vinimos al mundo. Que la naturaleza use de sus cuerpos como ella quiera, pues, ella los formó. Nosotros contentos y fuertes en toda contingen-

cia, que no hay nada nuevo que sea nuestro. ¿Qué ha de temer, entonces, el hombre virtuoso? Entregarse al destino, pues es cosa grande ser arrebatado con el universo. La misma razón que hubo para mandar a los hombres vivir así y morir así, obliga a los dioses, porque un curso irrevocable lleva por igual a las cosas humanas y divinas. Un mismo creador y legislador del universo escribió los secretos del destino, pero él fue el primero en seguirlos: una vez mandó y siempre lo ejecuta.

Dirás, entonces: "¿Por qué Dios no fue justo en la distribución del destino, asignando a los buenos la pobreza, las heridas y la muerte violenta?". El artífice no puede cambiar la materia: es ella la que sufre. Hay cosas que no pueden separarse, porque tienen tal coherencia que son indivisibles. Así, los temperamentos indolentes, siempre amodorrados o en una vigilia semejante al sueño, están compuestos por elementos inertes. La composición de un varón siempre vigilante necesita un destino más recio. Su camino no será llano, habrá de ir cuesta arriba y cuesta abajo, engolfarse en la tormenta, gobernando su nave por mar alborotado. Teniendo la fortuna en su contra, habrá de sufrir muchas adversidades, ásperas y duras, que tendrá que dominar y allanar. El fuego purifica el oro, la adversidad a los hombres fuertes. Se da cuenta de la altura a que ha de subir para ser virtuoso y sabrá que no se llega por caminos fáciles. "Arduo, dice, es el inicio de mi carrera, de tal manera que ni los caballos de las aurora, recién salidos del sueño, se atreven a emprenderla. Es tan alta que cuando llega a lo más alto del cielo, ni yo mismo me atrevo a mirar a la tierra y al mar, aterrorizado como estoy del pavor con que tiembla mi pecho. Sucede lo mismo cuesta abajo: en su precipitado descenso necesita una dirección firme. Entonces la misma Tetis [15], que me recibe en las

[15] Ovidio, *Metamorfosis,* II, 63 y sigs.

agitadas ondas, me acoge medrosa de que no caiga en el precipicio".

"Ese camino me agrada; me subo al carro", dijo, al oír esto, aquel generoso mancebo. "Tan tentador es ir por él, aun a riesgo de precipitarse, que el alma fuerte no consiente que el miedo se apodere de su ánimo".

"Y para que aciertes en el camino y no te desvíe error alguno, irás entre los cuernos del adverso Tauro, por el arco de Sagitario y por las fauces del violento Leo". El joven contestó: "Unce el carro. Estas cosas que tú crees que me atemorizan, me acucian mucho más". "Ya es tarde para llegar allí donde el sol tiene miedo". Seguir las sendas trilladas es de apocados y cobardes. La virtud camina por las alturas.

VI. "Entonces, ¿por qué permite Dios que a los buenos les suceda algún mal?". Te equivocas: Dios no lo permite, aleja más bien de ellos todos los males: los crímenes, las fechorías, los malos pensamientos, la ambición desmedida, la sensualidad ciega y la avaricia sedienta de lo ajeno. ¿Es que hay quien pida a Dios que pague las deudas de los hombres buenos? Se adelantan ellos con el desprecio de las cosas externas. Demócrito [16] se desprendió de las riquezas, juzgándolas un peso para las almas buenas. Entonces, ¿por qué te admiras de que Dios permita que ocurra al hombre bueno lo que éste eligió para sí? Los hombres buenos pierden a sus hijos. ¿Y por qué no, si alguna vez los matan ellos? Son desterrados. ¿Y qué? ¿No abandonan ellos mismos su patria, sin querer volver a ella? Los matan. ¿Y cómo no, si alguna vez ellos mismos se quitan la vida?

¿Para qué, pues, sufren algunas enfermedades? Pues para enseñar a otros a sufrirlas, por algo nacieron para ser ejemplo. Piensa, por tanto, que Dios les dice: ¿de qué os podéis

---

[16] *Demócrito de Abdera,* famoso filósofo atomista (460-370 a.C.), se distinguió por el desprecio de las riquezas. Véanse notas 42, 63 y 79.

quejar de mí, vosotros a quienes agradan las cosas rectas? A otros les di espíritus falaces, engañando así a las almas frívolas con la ilusión de un largo sueño: les rodeé de oro, plata, marfil, que en su interior son pura miseria. Ésos a quienes tenéis por afortunados, si los contemplarais, no por lo que manifiestan, sino por lo que esconden, son miserables, sórdidos, torpes, pintados como las paredes de sus casas, adornadas sólo por fuera. Esta felicidad no es sólida y maciza: es una costra y aun delgada. Resplandecen y engañan mientras les es permitido estar en su dicha, apareciendo en la forma en que ellos quieren ser vistos. Pero, cuando les sucede algo que los desconcierta y descubre, entonces se delata cuánta y cuán real era la fealdad que encubría un postizo resplandor.

A vosotros os di bienes seguros y permanentes, mayores y mejores cuanto más detenidamente los miréis y examinéis. Os di el valor para despreciar todo miedo, el hastío de lo que otros desean. No resplandeceréis por fuera, porque vuestros bienes están dentro. Así el mundo desdeña lo interior, porque está contento con el espectáculo de sí mismo. Todo el bien lo encerré dentro y vuestra felicidad consiste en no necesitar la felicidad. "Diréis que os suceden muchas cosas tristes y duras de llevar". Porque no podía hurtaros a ellas armé vuestras almas contra todas. Y en esto aventajáis a los mismos dioses. Que no os espante la pobreza: nadie vive tan pobre como nació. Despreciad el dolor, que tendrá fin o acabará con vosotros. No os espante la muerte porque o acaba con vosotros o transforma vuestra existencia. No os amedrente la tortura: no le di flechas para herir vuestra alma. Y, sobre todo, determiné que nada os mantuviera vivos a la fuerza: está abierta la puerta. Si no queréis luchar, podéis salir huyendo. Y por eso, de todas las cosas que necesitáis, quise que la muerte fuese la más fácil de todas. La vida es una pendiente: se deja llevar por sí misma. Pensad un poco y veréis qué breve y expedito es el camino que os lleva a la li-

bertad. No os puse tantas dilaciones en la muerte como en el nacimiento: porque si tardaseis tanto tiempo en morir como en hacer fortuna, tendría sobre vosotros un dilatado imperio. Todo tiempo y lugar os enseñará cuán fácil es repudiar a la naturaleza y devolverle su don. Aprended a morir entre los mismos altares y los ritos solemnes de los sacrificantes con que se implora la vida. Los cuerpos recios de los toros se derrumban al golpe de una pequeña herida. Y una mano del hombre derriba los animales más robustos; y un cuchillo fino separa la nuca de la cerviz. De este modo, cuando se corta el nervio que une el cuello con la cabeza, cae a tierra aquella gran mole. No está el espíritu en lo profundo, ni hay que sacarlo a punta de hierro. Tampoco es menester herida alguna que escudriñe las entrañas: la muerte ronda la cercanía. Ni siquiera señalé un lugar determinado para estos golpes: se puede entrar por cualquier lado. El punto mismo que llamamos morir, aquél en que el alma se separa del cuerpo, es tan breve que su misma rapidez le hace imperceptible. Ya sea que un nudo apriete la garganta, o que el agua impida la respiración; ya que la dureza os rompa la cabeza, o que al sorber fuego interrumpáis el ritmo de la respiración, la muerte es rápida. ¿Por qué teméis, si dura tan poco tan prolongado temor?

DE LA FIRMEZA DEL SABIO [17]

A Sereno

I. No sin razón me atrevería a decir, Sereno, que entre los filósofos estoicos y los demás que se entregan a la sabiduría, existe una misma diferencia que entre los hombres y las mujeres. Porque, aunque unos y otros concurren a crear la vida en sociedad, los unos han nacido para mandar y los otros para obedecer. Los demás son como médicos caseros y de familia, que aplican a sus pacientes medicamentos suaves y blandos, no curando de la mejor y más rápida manera, sino simplemente como pueden. Por su

---

[17] Nos encontramos también en este tratado con la dificultad de su datación. Por razones internas del diálogo y de otras obras de Séneca los estudiosos concluyen que se puede datar entre los años 47 al 63 d.C. Otros prefieren una fecha un poco distinta (51-63 d.C.). El diálogo va dirigido a Anneo Sereno, a quien dedica además *De la vida retirada* y de *De la serenidad del sabio*. Sereno figura en Tácito entre los amigos de Séneca y Nerón, Plinio "el Viejo" nos dice que era *praefectus vigilum,* el prefecto de la guardia pretoriana. Nos presenta como modelo de sabio estoico a Catón que estuvo siempre por encima de las injurias y de las ofensas que se le hicieron: "Así el sabio aunque se le golpee no recibe heridas, las injurias no le alcanzan". Distingue después entre injurias y ofensas. El que busca la sabiduría ha de estar en contacto con los grandes hombres. Véanse notas 43 y 48.

parte, los estoicos introducidos en un camino varonil, no se preocupan de que parezca ameno a los que han de caminar por él. Se preocupan más bien de liberarnos cuanto antes, conduciéndonos por ellos a aquel alto monte, que está fuera del alcance de los dardos y que descuella por encima de la fortuna. Porque los caminos a los que somos llamados son ásperos y escarpados. ¿Es que por caminos llanos se llega a las alturas? Pero no son tan abruptos como algunos piensan.

Sólo los comienzos son angostos, ásperos y abruptos y, al parecer, inaccesibles, del mismo modo que ciertos parajes vistos de lejos suelen parecer escarpados y huidizos, cuando la distancia engaña la vista. Después, a medida que se acercan a ella, lo que el error de los ojos convertía en un bloque macizo, se va abriendo poco a poco. Entonces, lo que por la distancia parecía un despeñadero, se convierte en una apacible vertiente.

Poco tiempo ha que, hablando de Marco Catón te indignaba, pues, te solivianta toda iniquidad y que su época le hubiera comprendido tan poco. Pues, habiendo sobresalido por encima de los Pompeyos y de los Césares, le había colocado por debajo de los Vatinios [18]. Y te parecía indigno que, por impugnar una ley injusta en pleno foro, le hubiesen arrebatado la toga, y que desde la tribuna hasta el Arco de Fabio, fuese arrastrado a manos de una facción sediciosa, teniendo que aguantar baldones, salivazos y toda clase de ultrajes de un populacho enloquecido. Te respondí entonces que más justo era que te condolieras de la república, que, de un lado por P. Clodio y de otro por Vatinio, y cualquier hombre perverso habían tratado de vender, no

---

[18] *Publio Vatinio,* cuestor de dudosa reputación en el consulado de Cicerón. Posteriormente nombrado pretor, una vez eliminado Catón. *P. Clodio,* tribuno de la plebe. Murió a manos de Milón en el año 52 a.C. Véanse notas 11 y 70.

comprendiendo que, corruptos por la ciega codicia mientras ellos vendían a la república, se vendían a sí mismos.

II. Por lo que respecta a Catón, te mandaba que estuvieras tranquilo. Te decía que ningún sabio puede recibir injuria ni afrenta, y que los dioses nos dieron a Catón por el más cierto dechado de varón sabio que en los primeros siglos a Ulises y Hércules. A éstos, nuestros estoicos les proclaman sabios, invencibles en sus trabajos, despreciadores de los deleites y vencedores de todos los miedos. Catón no lidió con fieras, pues seguir a éstas es de agrestes cazadores, ni persiguió a los monstruos con hierro o fuego. Tampoco vivió en tiempos en que se podía creer que el cielo se sostenía sobre las espaldas de un hombre [19], sino en un mundo desarrollado, que, habiendo desechado su antigua credulidad, había llegado a la más refinada cultura. Catón peleó contra el soborno y contra otros infinitos males, contra la inmensa codicia del poder de aquellos a quienes no parecía suficiente el orbe dividido entre los tres. Él solo se mantuvo firme contra los vicios de la república que iba degenerando y se hundía con el peso de su misma grandeza. Y en cuanto estuvo de su mano, retrasó la caída de la república hasta que, al final, arrastrado y arrancado con ella, vino a ser compañero de su ruina. Y así murieron juntos él y la república, pues ambos eran dos instituciones indisolubles. Porque ni Catón vivió más que la libertad, ni la libertad más que Catón. ¿Piensas tú que a tal varón pudo injuriar el pueblo por haberle despojado de la pretura y de la toga, o porque cubrió de saliva aquella sagrada cabeza? El sabio siempre está seguro y ni la injuria ni la afrenta pueden afectarle en lo más mínimo.

---

[19] *Ulises* prototipo de hombre inteligente, protagonista de la *Odisea*. *Hércules*, el mayor de los héroes y hombre sabio, según los estoicos.

III. Me parece intuir que tu ánimo está en ascuas y alborotado. Te dispones a gritar, diciendo: "Esto es lo que quita crédito a tu doctrina. Prometes grandes cosas y que no sólo no se pueden desear, pero ni siquiera creer. Por un lado dais razones magníficas, afirmando que el sabio no puede ser pobre y, por otro, confesáis que suele faltarle esclavo, casa y vestido. Decís que no puede estar loco y no negáis que puede estar enajenado y emitir ideas poco cuerdas, atreviéndose a todo aquello que la enfermedad le obligare. Negáis que el sabio no puede ser esclavo y admitís que puede ser vendido y hacer lo que se le manda, haciendo todos los deberes serviles que le manda su amo. Con lo cual, dejando a un lado tu alta arrogancia, vienes a decir lo mismo que los demás, mudando tan sólo los nombres de las cosas. Sospecho que sucede lo mismo en lo que decís, cosa hermosa y magnífica a primera vista: que el sabio no puede recibir injuria ni afrenta. Pero importa mucho saber si colocáis al sabio por encima de la indignación o de la injuria. Porque si me decís que la soportará con buen ánimo, no tiene privilegio alguno, pues ocurre una cosa tan ordinaria como la paciencia, que se aprende con la repetición continuada de injurias. Y si me decís que no puede recibir injuria, es decir, que nadie ha de intentar hacérsela, entonces, ahora mismo lo dejo todo y me hago estoico".

Yo no me propuse adornar al sabio con honores imaginarios de palabras, sino ponerle en un lugar tal a donde no llegue injuria alguna. Y, ¿qué? ¿Será porque no hay quien provoque y tiente al sabio? Nada hay tan sagrado en la naturaleza que no se vea manchado con un sacrilegio. Pero no por eso las cosas divinas dejan de estar en tan sublime altura, aunque haya alguien que sin poder hacer huellas en ellas, se atreve a herir una grandeza superior a él. Llamo yo invulnerable no aquello que no puede ser herido, sino aquello que no puede ser manchado. Con un ejemplo te daré a conocer al sabio. ¿Se puede dudar de que es más segura la fuerza no vencida que la que no ha sido atacada? Inciertas

son las fuerzas no experimentadas, pero con razón se tiene por segura aquella fuerza que rechaza todas las acometidas. Has de saber, por tanto, que es de mejor temple el sabio a quien ninguna injuria daña, que aquel que nunca recibió ninguna. Yo llamaré varón fuerte a aquel a quien no rinden las guerras ni tiene miedo al enemigo, que se levanta en armas. Y no daré este nombre a aquel que se regodea en ocio pingüe en medio de pueblos inactivos.

Lo que yo digo es que al sabio no le ofende injuria alguna. Y así, no importa que les disparen muchos dardos porque a todos es impenetrable, a la manera que hay ciertas piedras cuya dureza es inexpugnable al hierro. Y el diamante no puede cortarse, herirse, ni mellarse, sino que rechaza todo lo que voluntariamente se le opone. Y así como hay cosas que no se consumen con el fuego, sino que conservan su dureza y su forma en medio de las llamas; y como los altos escollos quebrantan las olas del mar, sin que en ellas aparezcan indicios de la crueldad con que son azotadas durante tantos siglos: así es de sólido el ánimo del varón sabio. Ha recogido tanta energía que está tan seguro de la injuria como de esos objetos que acabo de mencionar más arriba.

IV. Pues, ¿qué? ¿Faltará, por ventura, alguno que intente hacer injuria al sabio? Lo intentará, pero no llegará hasta él. Porque le hallará a tal distancia apartado de las cosas inferiores, que ninguna fuerza dañosa podrá hacer llegar hasta él su acometida. Y aunque los poderosos, los elevados en el mando y los que se sienten fuertes por el sometimiento de sus esclavos intentaran dañar al sabio, sus ataques serán tan débiles y tan alejados de la sabiduría, como los dardos que lanzan a lo alto el arco o la ballesta, pues una vez perdidos de vista, se precipitan hacia el suelo, muy lejos de haber tocado el cielo. ¿Piensas tú que aquel rey estólido, que oscureció el día con una nube de saetas, llegó con alguna de ellas a oscurecer el sol? ¿O crees que con las cadenas que lanzó al

mar pudo encadenar a Neptuno? Sucede lo mismo con el cielo al que no llegan las manos del hombre y al que nada dañan a la divinidad los que arrasan templos o funden sus estatuas: así, todo lo que se intenta contra el sabio, proterva, insolente y soberbiamente se intenta en vano[20].

"Mejor fuera, dirás, que nadie intentara hacerle ofensa". Cosa difícil deseas al linaje humano: la inocencia. Más interesaría a los que quieren hacer injuria al sabio, no hacérsela, porque lo que interesa al sabio es no recibirla, pero aunque se le haga, no la puede padecer. Te diré, incluso, que no sé si el sabio muestra más claramente su fuerza manteniéndose impasible ante los ataques. De la misma manera que la mayor prueba de un general en material y en hombres, es la completa seguridad con que se mantiene en tierra enemiga. Distingamos, si te parece, Sereno, la injuria de la ofensa. La primera es, por su naturaleza, más grave; la segunda, más leve. Es grave solamente para los más delicados, pues él no hiere a los hombres, los ofende. Pero es tan grande la falta de energía y la vacuidad de los ánimos, que hay quienes piensan que es lo más acerbo que les puede suceder. Hallarás algún esclavo que prefiera ser azotado a ser abofeteado, y que juzgue más tolerable la muerte que las palabras injuriosas. Hemos llegado a tal desatino que nos atormenta, no tanto el dolor, cuanto la opinión del dolor. Somos como niños a quienes dan miedo la sombra, las máscaras deformes o una cara sañuda y les hacen llorar; los nombres desapacibles al oído y los movimientos de los dedos y otros espantajos que les hacen huir por miedo a una acometida imprevista.

V. La injuria se propone hacer el mal a alguien, pero la sabiduría no deja lugar al mal. Porque para ella no hay otro mal,

---

[20] Se refiere a *Jerjes,* llamado por Séneca rey estúpido. *Neptuno,* dios del mar. Véase nota 80.

sino la torpeza, que no puede entrar allí donde entraron ya la virtud y el honor. La injuria, por tanto, no puede llegar al sabio. Pues si injuria es padecer algún mal, y el sabio no puede padecerlo, es evidente que la injuria no pertenece al sabio. Toda injuria es una merma del sujeto en quien recae, pues no es posible recibirla sin detrimento o de la dignidad o del cuerpo o de cosas que están fuera de nosotros. Pero el sabio no puede perder nada: todo lo lleva consigo, nada deja al albur de la fortuna, todo lo tiene bien asegurado. Y está contento con la virtud que no necesita de cosas fortuitas. Por lo mismo, no puede crecer ni menguar, pues lo que ha llegado a la cumbre de la perfección no tiene ya a donde pasar. La fortuna no quita sino lo que dio: pero no da la virtud, por tanto, no la quita. Es libre, inviolable, firme, incontrastable, y de tal manera se endurece contra los golpes del azar que ni siquiera la tuerce y mucho menos la vence. Tiene los ojos impertérritos ante los golpes terribles de las cosas, sin inmutar su rostro, ora se le pongan delante sucesos prósperos ora adversos. En consecuencia, no pierde nada, que le podría causar sentimiento, porque sólo posee la virtud de la que no puede ser desposeído nunca: de las demás cosas apenas si usa.

¿Quién, pues, se lamenta de la pérdida de lo ajeno? No puede, por tanto, hacerse injuria al sabio, si ésta no puede dañar las cosas que el sabio tiene por propias, porque están aseguradas en la virtud. Demetrio, por sobrenombre Poliorcetes, tomó la ciudad de Megara, y habiendo preguntado al filósofo Estilpón si había perdido alguna cosa: "Nada, le respondió, todas mis cosas las llevo conmigo". Ahora bien, todo su patrimonio había sido incautado y el enemigo había raptado a sus hijas y su patria había caído bajo un poder extranjero. Y el rey le interrogaba desde lo alto de su carro de triunfo, rodeado de las armas del ejército vencedor. Su respuesta le arrebató la victoria y él, a pesar de haber perdido la ciudad, confesó no sólo haber salido invicto, sino indemne. Tenía consigo los bienes verdaderos en los que las manos no pueden hacer presa. Y los

que tenía por advenedizos y sometidos a los caprichos de la fortuna le habían sido robados y disipados. Y por esta razón no los amaba como propios, pues, todo lo que está fuera del hombre, es frágil e insegura posesión. Juzga tú ahora si este sabio a quien ni la guerra ni el enemigo, ducho en conquistar ciudades, pudieron quitar cosa alguna. ¿Se la podrá quitar el ladrón, el calumniador, el vecino poderoso o un rico cualquiera que ejerce el reino de una vejez que, por no tener hijos, se hace respetar como rey? Entre las espadas relumbrantes y entre el tumulto militar del botín, entre las llamas y la sangre, entre las ruinas de una ciudad saqueada, y entre el fuego de los templos que caían sobre sus dioses, sólo hubo paz en este hombre [21].

VI. No hay, pues, motivo para que juzgues por atrevida la promesa que te hice, porque, si tienes de mí poco crédito, te daré un fiador. Y si no puedes creer que haya tanta firmeza y tanta grandeza de espíritu en un hombre, él mismo se adelanta y dice: "No hay motivo para que dudes de que quien nació hombre puede levantarse sobre las cosas humanas, contemplando tranquilo los dolores, las pérdidas, las llagas, las heridas y los seísmos que rugen a su alrededor; soportando apaciblemente las cosas adversas y con moderación las prósperas, sin rendirse con aquéllas ni confiar en éstas. Entre tantos casos sigue siendo él mismo". Y sin pensar que hay algo que sea suyo sino es a sí mismo, y esto por la parte que es mejor. Aquí estoy yo para servirte de ejemplo: al golpe del ariete caído en las murallas bajo este destructor de ciudades; desmorónense las altas torres por minas o cavas subterráneas; crezcan los baluartes hasta equipararse con los más igualados fortines, pero ninguna máquina militar podrá conmover a un alma bien fundada. Salí ileso de las ruinas de

---

[21] *Demetrio Poliorcetes*, rey de Macedonia, uno de los sucesores de Alejandro Magno. *Estilpón*, maestro de *Zenón* y discípulo de Euclides. Véase nota 32.

mi casa, huyendo a través de las llamas que ardían por todas partes. Ignoro qué destino habrá tocado a mis hijas, ni sé si éste es peor que el de mi patria. Yo, solo y viejo, al ver que me son hostiles todas las cosas que me rodean, afirmo, no obstante, que toda mi hacienda está a salvo, íntegra e incólume, porque tengo y retengo lo que de mí tuve.

No tienes por qué juzgarme vencido ni sentirte vencedor: tu fortuna fue la que venció a la mía. Ignoro dónde están aquellas cosas que cambiaron de dueño, por lo que a mí respecta, conmigo está y estará siempre. Aquí perdieron los ricos sus patrimonios, los lascivos sus amores, y sus amadas cortesanas a costa de perder el pudor. Los ambiciosos la prefectura y el foro, así como los lugares destinados a ejercer en público sus vicios. Los usureros perdieron los registros donde la avaricia fingidamente alegre anota riquezas imaginarias: "yo, en cambio, todo lo tengo íntegro y a salvo. Puedes preguntar lo que perdieron a los que lloran y se lamentan y también a los que, por defender sus riquezas, oponen sus pechos desnudos a las espadas desnudas y a los que huyen del enemigo cargados sus senos".

Ten, pues, por cierto, Sereno, que el varón perfecto, lleno de todas las virtudes humanas y divinas, no perdió nada. Todos sus bienes estaban cercados de murallas firmes e inexpugnables. No las compares con los muros de Babilonia que traspasó Alejandro; ni con las empalizadas de Cartago o Numancia, ni con el Capitolio y su ciudadela, que conservan las señales de sus enemigos. Las murallas que defienden al sabio están seguras del fuego y del asalto, sin que haya portillo por donde entrar, porque son excelsas, inexpugnables, iguales a las moradas de los dioses [22].

---

[22] *Cartago y Numancia.* Las dos ciudades tomadas por Escipión Emiliano. La primera en el año 147 a.C., y la segunda en el 133 a.C. Véase nota 102.

VII. No tienes razón si, como sueles, afirmas que este nuestro sabio no se encuentra en parte alguna. Nosotros no fingimos este vano ornamento del ingenio humano, ni concebimos una imagen exagerada de una cosa falsa, sino que la concebimos tal como la presentamos y exhibimos. Nos damos cuenta, no obstante, que raramente y con grandes intervalos de tiempo aparece uno, porque las cosas grandes que exceden lo vulgar y lo ordinario no nacen cada día. Incluso este mismo Catón que dio motivo a nuestra disputa temo que no sea superior a nuestro ejemplo. Finalmente, aquello que lesiona ha de ser más fuerte que lo lesionado. Y la maldad no es más fuerte que la virtud. En consecuencia, el sabio no puede ser ofendido. La injuria contra los buenos no puede ser inferida sino por los malos, porque entre los buenos siempre hay paz. Los malos, en cambio, son perniciosos tanto para sí mismos como para los buenos. Y si solamente el más débil puede ser herido y el malo es más débil que el bueno; y si los buenos no pueden sufrir injuria de los que no lo son, entonces, es evidente que al sabio no puede alcanzarle la injuria.

Porque no tengo que advertirte de nuevo que no hay otro que sea bueno sino el sabio. Me respondes que "si Sócrates fue condenado injustamente, sufrió injuria". Hemos de entender que puede suceder que alguien me haga injuria y que yo no la reciba: tal es el caso de quien pudiera robarme alguna cosa de mi granja y me la dejara en mi casa. Cometió hurto, pero yo no perdí nada: alguien puede ser un culpable, aunque no haya perjudicado a nadie. Otro: un casado puede acostarse con su mujer, pensando que es la mujer de otro: él será adúltero, sin que su mujer lo sea. Alguien me puso veneno en la comida, pero mezclado con ella perdió su malignidad: al introducir el veneno se hizo reo de un crimen, aunque no me envenenó. Y no es menos ladrón aquel cuyo puñal quedó desviado al presentarle la capa.

Todos los crímenes son consumados aun antes de su ejecución respecto a la culpa, aunque no se consiga el efecto de

la obra. Pero hay cosas de tal manera unidas que la una no puede estar sin la otra. Trataré de poner más claro lo que digo. Puedo mover los pies sin correr, pero no puedo correr sin mover los pies. Puedo estar en el agua sin nadar, pero no puedo nadar sin estar en el agua; de esta misma naturaleza es lo que estamos tratando: si recibí una injuria, es fuerza que se hiciese, pero si se me hizo, no necesariamente la he recibido yo: pueden haberse presentado circunstancias que hayan desviado la injuria. Así como el azar puede abatir la mano levantada y desviar las flechas disparadas, así alguna cosa puede repeler toda clase de injurias e interceptar su camino de modo que, aunque sean muchas, no sean recibidas.

VIII. Añádase otra razón: la justicia no puede sufrir lo injusto, pues dos contrarios son incompatibles. Ahora bien, la injuria no puede hacerse sino injustamente: luego al sabio no se le puede hacer injuria. No tienes por qué admirarte cuando te digo que nadie puede hacer injuria al sabio, pues tampoco nadie le puede favorecer. Al sabio no le falta nada que pueda recibir como dádiva y el malo no puede dar nada al sabio. Antes de dar, ha de tener algo que darle, pero no tiene nada que el sabio pueda recibir con gusto. Según esto, nadie puede dañar o beneficiar al sabio, pues las cosas divinas ni desean ser ayudadas ni pueden sufrir detrimento. Y el sabio está muy próximo a los dioses y es semejante a Dios, excepto en la mortalidad. Con su esfuerzo y, teniendo como meta las cosas excelsas, reguladas y que siguen su curso igual y concorde, seguras, benignas, el sabio, nacido para el bien común y siendo útil para sí y para los demás, no codiciará nada abyecto, ni deplorará nada. Apoyado en la razón, pasará por las situaciones humanas con ánimo divino. En él no ha lugar la injuria. ¿Piensas que hablo sólo de los hombres? Tampoco de la fortuna, pues cuantas veces se encontró con la virtud se retiró perdiendo. Porque, si recibimos con ánimo plácido e igual el supremo mal, como es la muerte,

contra el cual nada pueden hacer la leyes irritadas ni las amenazas de crudelísimos rumores; y si donde se acaba el imperio de la fortuna recibimos la muerte sabiendo que no es nada una injuria, con mucha mayor facilidad llevaremos todas las demás contrariedades: daños, dolores, afrentas, cambios de lugar, duelos de familia, separaciones. Todas estas cosas aunque hieren al sabio no le hunden, ni sus acometidas una por una le entristecen. Y si soporta con moderación las injurias de la fortuna, cuánto más las de los hombres poderosos, sabiendo que son sus instrumentos.

IX. El sabio sufre todas las cosas como el rigor del invierno, la destemplanza del cielo, lo mismo que las fiebres y las enfermedades y demás accidentes fortuitos. Ni juzga tan benévolamente de cualquiera que piense que todo lo hizo guiado por la razón, algo que solamente sucede en el sabio. En todos los demás no hay consejos, sino engaños, acechanzas y movimientos desordenados de la pasión, que los atribuye todos a cosas fortuitas. Porque todo lo casual y fortuito se ensaña y enfurece fuera de nosotros. Piensa asimismo en el amplio campo que hay para la injuria en todas aquellas cosas en que estamos expuestos al peligro. Por ejemplo, en un testigo comprado, en acusaciones falsas, en gente poderosa que nos persigue irritada contra nosotros y, en fin, en todos los latrocinios que abundan entre la gente de toga. Hay también otra injuria frecuente como sustraer la ganancia de otro o el premio conseguido con tenacidad o una herencia ganada con gran trabajo, o se pierde el favor de una casa rica. De todo esto huye el sabio, que no sabe vivir ni para la esperanza ni para el miedo.

Añade a esto que nadie recibe injuria sin alteración del ánimo, pues cuando la siente se perturba, mas no siente esta perturbación el varón firme, dueño de sí mismo, de profunda quietud y placidez. Porque, si la injuria le tocara, le movería y le perturbaría. Pero el sabio carece de ira que suscita la

apariencia de injuria. Y no podría verse libre de la ira , si no careciese de injuria, pues sabe que no puede hacérsele. Por todo lo cual, sigue tan entero y alegre, exaltado por un gozo continuo, de tal manera que no se doblega ante las ofensas de las cosas y de los hombres, siéndole la misma injuria útil para adquirir experiencia de sí y poner a prueba su virtud.

Acatemos en silencio, os ruego, este intento y estemos con el alma y el oído atentos mientras el sabio está al abrigo de toda injuria. Pues no por eso, se quita nada de vuestra petulancia ni de vuestras enormes rapacidades, ni de la ciega temeridad y soberbia. Dejando seguros vuestros vicios, el sabio alcanza esta liberación. No actuamos para que a vosotros os sea ilícito hacer injuria al sabio, sino, que él pasa por alto todas las injurias y se defiende con paciencia y grandeza de ánimo. De esta suerte vencieron muchos en las contiendas sagradas, doblegados con perseverante paciencia las manos de los que lo herían. Y de este género has de pensar que es el sabio, del linaje de quienes con un ejercicio largo y constante consiguieron la fortaleza de resistir y doblegar toda la violencia del enemigo.

X. Puesto que hemos recorrido la primera parte, pasemos ya a la segunda. En ella refutaremos la ofensa con algunas razones propias y otras comunes. La ofensa es menor que la injuria. Y de ella más nos podemos quejar que vengarla, puesto que las mismas leyes no la estimaron digna de castigo. La pusilanimidad mueve esta pasión, que se encoge por algún hecho o dicho contumelioso: "fulano no me admitió hoy y sí admitió a otros". O bien: "rechazó en público mis razones e incluso, se rió de ellas". "No me puso en el centro de la mesa, sino en un extremo". Y otras semejantes, a las cuales no sé cómo llamarlas, sino pequeñas quejas de un espíritu mimado en que siempre caen los espíritus delicados y los felices. Pues, quienes tienen mayores cuidados no reparan en estas impertinencias. Los espíritus que por su natura-

leza son débiles y afeminados y por el excesivo ocio carecen de verdaderas injurias, se alteran con éstas, cuya mayor parte está en el vicio de quien las interpreta. Finalmente, quien se altera con el agravio demuestra que no tiene ni prudencia ni confianza en sí mismo y por eso, se siente menospreciado. Y este remordimiento viene acompañado de un cierto abatimiento de espíritu que se empequeñece y rebaja.

El sabio, en cambio, de nadie es despreciado, pues conoce su grandeza y está convencido de que nadie tiene tal poder sobre sí. Y no sólo vence éstas, que yo llamo miserias, sino molestias del alma, que ni siquiera las siente. Otras son las cosas que hieren al sabio, aunque no lo derriban, tales como los dolores del cuerpo, la debilidad física, la pérdida de los hijos y amigos y la calamidad de la patria abrasada en guerras. No niego que el sabio sienta estas cosas porque no le atribuimos la dureza de la piedra o del hierro. No hay virtud que no sienta la fuerza de los embates. Pero tampoco sería virtud sufrirlos sin sentirlos.

XI. Entonces, ¿qué? El sabio recibe algunos golpes, pero supera los recibidos, los sana y los calma. Aquellas otras pequeñas cosas ni siquiera las siente, ni tampoco se vale de su acostumbrada virtud para resistirlas: no las toma en cuenta o las toma a risa. Además de esto, como los agravios proceden en su mayor parte de los insolentes y soberbios y de los que no toleran su felicidad, el sabio se sirve de la buena salud y magnanimidad de su alma que rechaza su hinchada pasión. Pues esta virtud, la más hermosa de todas, supera todas estas cosas, teniéndolas por vanas fantasías de sueños o por fantasmas nocturnos, que carecen de verdadero y sólido fundamento. Y está persuadido, al mismo tiempo, de que todas estas cosas son tan bajas que no ha de tener la osadía de despreciar lo que está tan por encima de ellas.

La *contumelia* se deriva de *contemptus,* desprecio, porque nadie tacha con tal injuria más que a aquel a quien despre-

ció. Y nadie desprecia a quien tiene por mayor y mejor que él, aunque haga algo que suelen hacer los que menosprecian. Porque también los niños suelen dar golpes en la cara de sus padres y desprecian y arrancan el cabello de sus madres. El niño de leche la escupe y descubre delante de los suyos lo que ha de estar tapado y no perdona palabras obscenas. Y a ninguna de estas acciones llamamos contumelias. ¿Por qué razón? Porque el que lo hizo no puede despreciar. Y ésta es también la razón de por qué nos divierte la procacidad de lengua de nuestros esclavos contra sus señores: y su audacia, que comenzó en el señor, termina extendiéndose a los convidados. Cuanto más despreciable y objeto del ridículo es un hombre, es más desvergonzado de lengua. Y a tal efecto, hay quienes compran jóvenes esclavos procaces y azuzan su desvergüenza poniéndoles un maestro que les enseña a proferir baldones premeditados. Y a éstos no los llamamos ofensas, sino agudezas.

XII. Pues, ¿qué mayor locura puede haber que holgarse o hasta ofenderse con estas bromas pesadas y tener por insulto lo que dice un amigo, teniendo por bufonería lo que dice un esclavo? La misma disposición de ánimo que tenemos contra los niños, la tiene el sabio contra aquellos que, bien pasada la juventud y con canas siguen en la puerilidad. ¿Han, por ventura, crecido algo estos que tienen los defectos de la niñez y que han acrecentado más sus rumores? ¿Estos que no se diferencian de los niños más que por la estatura y por la forma del cuerpo y que, por lo demás son volubles y sin norte, que apetecen toda clase de placeres sin saber elegir, nunca sosegados por la reflexión sino guiados solamente por el miedo? Nadie podrá decir que entre ellos y los muchachos hay diferencia alguna, sino en que la codicia de éstos consiste en tener dados, nueces y pequeñas monedas y la de los otros es codicia de oro, plata o ciudades. Los muchachos juegan entre sí a magistrados e imitan las pretextas, los fas-

tos, el tribunal; los mayores juegan seriamente a las mismas cosas en el campo de Marte, en el foro y en el senado. Los niños levantan simulacros de casas a la orilla del mar con pequeños montones de arena. Los grandes en cambio como quien emprende una gran obra, se ocupan de levantar piedras, paredes y techos, que inventados para defensa de los cuerpos convierten en peligro suyo. Iguales son, pues, los niños y los de edad avanzada, pero el error de éstos es en cosas mucho mayores.

No sin razón, por tanto, recibe el sabio las injurias de éstos como si fueran juegos y algunas veces los amonestan con el mal y con el castigo como si fueran niños, no porque él haya recibido la injuria, sino porque la hicieron ellos y para que desistan de hacerla. De la misma manera, a las bestias se las doma con el azote, sin que por eso nos enojemos con ellas cuando se niegan a aceptar al jinete, sino que ponemos el freno para que el dolor venza la rebeldía. Con lo que podrás ver solucionada la objeción que se nos hace. "¿Por qué el sabio, si no recibe injuria ni afrenta, castiga a los que se la hacen?". El sabio no se venga de ellos sino que les corrige.

XIII. ¿Y por qué razón no has de creer que el varón sabio posee esta firmeza de espíritu, cuando tú adviertes lo mismo en otros, aunque no sea por la misma causa? ¿Qué médico se enoja con el frenético? ¿Quién lleva a mal los insultos del que tiene fiebre y se le niega el agua fresca? La misma disposición tiene el sabio para con todos que el médico tiene para con todos sus enfermos: si necesitan remedio no se desdeña en tocar las partes, ni examinar las secreciones y excrementos, ni se enfada por escuchar los insultos de los que están enfurecidos y fuera de sí. Conoce el sabio que muchos de los que deambulan con toga y púrpura, aunque tienen buen color y parece que están fuertes, no están sanos. Por eso los mira como enfermos intemperantes y no se ensaña

con ellos, aunque en actitud desvergonzada se atrevan a decir algo contra el que los cura. Y como hace poca estimación de los honores que el enfermo le hace, tampoco guarda sus agravios. Y así como hace poco aprecio de que un mendigo le honre, tampoco tiene por injuria, si algún hombre de la plebe más baja no le devuelve el saludo, cuando es saludado. Tampoco se estima en más porque muchos otros le estimen: reconoce que los ricos en nada se diferencian de los mendigos, antes son más desdichados, porque los pobres necesitan de poco y los ricos de mucho. Ni se afectará el sabio si el rey de los medos o Átalo rey de Asia corresponde a su saludo con un silencio y rostro altanero: sabe que el estado de los reyes no tiene nada que envidiar a aquel a quien en una gran familia le tocó en suerte tener sujetos a enfermos y locos. ¿Acaso me molestaré yo de que no me salude alguno de los que en el templo de César trafican comprando y vendiendo esclavos pervertidos, de que están llenas sus tiendas? No, según creo. ¿Qué de bueno tiene este sujeto bajo cuyo poder no hay nadie que no sea malo? Por tanto, así como desprecia la cortesía o descortesía de éste, del mismo modo desestimará la del rey. Tienes bajo tu mando a partos, medos y bactrianos, a los que sujetas con el miedo sin atreverte jamás a aflojar el arco por ser enemigos tuyos acérrimos, venales y deseosos de mudar de dueño[23].

El sabio no se alterará por ninguna injuria, porque aunque sean entre sí diferentes, él los juzga semejantes a todos ellos por su igual necedad. Porque si alguna vez se abatiese hasta alterarse con la injuria o el agravio, ya nunca podría tener seguridad: la seguridad es un bien inalienable del sabio. Nunca cometerá tal error, que vengándose de la injuria recibida, venga a dar honor al que la hizo. Consecuencia necesa-

---

[23] *Átalo,* uno de los tres reyes del mismo nombre con sede en Pérgamo que reinaron entre los siglos III-II a.C. Con Átalo III el reino pasó a Roma. *Partos, medos y bactrianos,* pueblos del Asia occidental.

ria es, pues, que aquel que no se molesta de ser menospreciado, se alegre de verse en buena estima.

XIV. Hombres hay tan mentecatos que juzgan poder recibir afrenta de una mujer. ¿Qué importa que ella sea rica, que sean muchos los porteadores de su litera, que cuelguen de sus orejas pesados pendientes, que ande en ancha y cómoda silla? No por eso es menos imprudente animal y si no se le añade alguna ciencia y mucha condición es una fiera que no pone freno a sus caprichos. Hay quienes se molestan por los toscos modales de los peluqueros y llaman agravio a la inaccesibilidad del portero, o soberbia en el que cuida de las visitas, o el ceño torvo del camarero. ¡Oh, que grandes carcajadas deben hacernos levantar tales ridiculeces! ¡Y cómo se debe henchir de alegría el alma cuando su quietud contempla la suma de los errores ajenos! Pues, ¿qué hacer entonces? ¿No ha de llegar el sabio a las puertas guardadas por un desabrido portero?

Si le obligare en un caso de necesidad, podrá intentar llegarse a ellos, y sea el portero que fuere, lo amansará como a un perro mordedor ofreciéndole algo de comer. Y no desdeñará el hacer algún gasto, para que le dejen traspasar los umbrales. Y, pensando que hay puentes donde se paga el tránsito, no se indignará de pagar algún tributo. Asimismo, ablandará con algún regalo a aquel que, fuere quien fuere, marcó un impuesto a sus visitas, pues vende lo que es puesto a la venta. Ruin es quien se ufana de haber hablado con libertad al portero y porque le rompió la vara, llegó hasta el dueño y le pidió lo azotase. El que porfía se convierte en competidor, y aunque venza se hace igual al vencido. ¿Qué hará, por tanto, el sabio golpeado por las bofetadas? Lo que hizo Catón cuando le golpearon en la cara: no se inmutó ni vengó la injuria: ni tampoco la perdonó, sino que negó que se la hubiera hecho: mayor ánimo fue no reconocer la injuria que perdonarla. No nos detendremos mucho en esto, pues

¿quién ignora que de estas cosas, tenidas por buenas o por malas, no parecen al sabio lo mismo que a los demás? No atiende a lo que los hombres juzgan vergonzoso o ruin, no va donde va el populacho. Y al modo que las estrellas hacen su carrera contraria al mundo, así el sabio camina contra la opinión de todos.

XV. Dejad, pues, de preguntarme: "¿No recibirá el sabio injuria si le pegan, si le arrancan un ojo? ¿No recibirá afrenta si es difamado en el foro por los gritos de los libertinos? ¿Si en un banquete regio le mandan sentarse en el lugar más ínfimo de la mesa y comer con los esclavos encargados de los servicios más ignominiosos? ¿Si, finalmente, se viere forzado a sufrir cualquier otra ignominia de esas que, con sólo pensar en ellas, ofende el pudor de un alma ingenua?". Por más que tales cosas crezcan en número y magnitud, serán siempre de la misma naturaleza. Y si no le afectan las cosas pequeñas, tampoco las grandes; y si no las pocas, tampoco las muchas. Según vuestra pequeñez sacáis la medida de un alma grande, y cuando pensáis en lo poco que vosotros podéis sufrir, ponéis un poco más alta la capacidad de paciencia del sabio. Pero su virtud le situó a él en otros confines del mundo, sin que tenga nada en común con vosotros. Por lo mismo, no se dejará anegar por las asperezas y contratiempos difíciles de tolerar, y que han de evitarse al oído y a la vista. Su multitud no le abrumará, y como resistió a cada una resistirá a su conjunto. Mal discurre el que dice: esto es tolerable al sabio, y esto es intolerable y el que pone límite a la grandeza de su alma. Porque la fortuna nos vence, si no la vencemos totalmente.

No pienses que esto es una aspereza de la doctrina estoica, pues Epicuro, a quien vosotros ponéis como modelo de vuestra inercia, y pensáis que os enseña una doctrina muelle y floja, encaminada al placer, dice: "la suerte raras veces asiste al sabio". "¡Lástima de voz apenas varonil!".

¿Quieres tú decirlo con mayor valentía y excluir radicalmente la fortuna del sabio? Pues di: "esta casa del sabio es estrecha, sin adorno, sin ruido, sin aparato. No está vigilada por porteros que con displicencia venal imponen turno en la muchedumbre de visitantes". Pero por este umbral vacío y libre de porteros no entra la fortuna. Sabe, sin embargo, que no hay lugar para ella, allí donde no hay cosa que sea suya. Y si el mismo Epicuro, que tanto se entregó al regalo del cuerpo, se yergue con brío contra las injurias, ¿qué puede parecer increíble entre vosotros o fuera de la posibilidad de la naturaleza humana? Él dice que las injurias son tolerables al sabio, y nosotros afirmamos que para el sabio no hay injurias.

XVI. Y no hay razón para que me digas que esto repugna la naturaleza. Porque nosotros no negamos que es desagradable recibir azotes, empellones y verse privado de algún miembro, pero negamos que todas estas cosas sean injurias. No les quitamos la sensación del dolor, les quitamos el nombre de injuria, que no se puede recibir si queda a salvo la virtud. Veamos cuál de los dos habla con más verdad: entrambos convienen en el desprecio de la injuria. ¿Preguntas cuál es la diferencia entre los dos? La misma que hay entre dos gladiadores fortísimos. Uno de ellos cubre la herida y se mantiene en su puesto, mientras el otro mira hacia el público clamoroso, dando a entender que no es nada y que no consiente que interceda en su favor. No pienses que es cosa grande en lo que disentimos; sólo se trata de aquello que nos es común. Ambos ejemplos nos enseñan a despreciar las injurias, que es lo que interesa, y los agravios, que yo llamaría sombras y apariencias de injurias, para cuyo desprecio no es necesario un varón sabio, sino solamente sensato, que se pueda decir a sí mismo: "Esto, ¿me sucede merecida o inmerecidamente?". Porque si tiene culpa, no es contumelia, sino castigo; y si no la tiene la vergüenza es de quien comete

la injusticia. ¿Y qué es eso que llamamos agravio o contumelia? Que bromeaste con mi calvicie, con mi miopía, con la delgadez de mis piernas, con mi estatura. ¿Y qué agravio es decirme lo que es manifiesto a todos? Nos reímos de lo que se nos dice delante de una persona, pero nos indignamos cuando nos lo dicen delante de muchas, quitando así la libertad a que otros nos digan lo que muchas veces nos decimos a nosotros mismos. Las pequeñas bromas nos divierten, con las indiscretas nos airamos[24].

XVII. Refiere Crisipo, que uno se indignó contra otro porque le llamó carnero marino. Y en el senado oímos llorar a Fido Cornelio, yerno de Ovidio Nasón, porque Córbulo le llamó avestruz pelado. Frente a otros insultos que infamaban su vida y costumbres, plantó cara manteniéndose firme, y frente a este insulto tan absurdo se le cayeron las lágrimas. ¡Tan grande es la flaqueza del ánimo cuando se aparta de la razón! ¿Y qué decir si cuando alguien remeda nuestra habla o nuestro andar o si delata un vicio nuestro del cuerpo o de la lengua? Es como si estos defectos se manifestaran más al ser imitados por otros, que cometiéndolos nosotros. De mala gana oyen algunos hablar de la vejez y de las canas y de otras cosas a las que se desea llegar. Otros enrojecieron con el baldón de su pobreza, baldón que se echa a sí mismo el que la esconde. Por tanto, a los descarados y bromistas se les quita todo pretexto de burlas y risas si tú te adelantas a ridiculizar tus propios defectos. Nadie da motivo a que se rían de él, si primero él se rió de sí mismo. Consta que Vatinio, hombre nacido para la risa y el odio, un truhán gracioso y

---

[24] *Crisipo* (s. III a.C.), sucesor de Cleantes y de Zenón en la Escuela estoica. *Cornelio Fido,* no se conservan noticias de él. *Ovidio Nasón Publio,* poeta romano (43 a.C.-17 d.C.). *Córbulo,* de la época de Claudio y Nerón. *Vatinio,* un popular bufón romano "nacido para la risa y el odio". Véanse notas 11 y 18.

charlatán hablaba mal de sus pies y de su garganta, llena de lamparones, con lo cual se libró de las pullas de sus enemigos, que los tenía más numerosos que sus achaques, y sobre todo de la elegante mordacidad de Cicerón. Si Vatinio pudo hacer esto con su cara dura y con los continuos insultos aprendió a perder la vergüenza, ¿por qué no lo había de alcanzar el que con estudios nobles y con el adorno de la sabiduría ha llegado a alguna perfección? Piensa, además, que es una especie de venganza quitar la alegría al que quiso hacer de la injuria el deleite de ella. Luego suelen decir: "¡Desdichado de mí! Siento que no debió de entenderlo". Porque el fruto de la injuria consiste en el sentimiento y la indignación del que la sufre. Por lo demás no le faltará ocasión de encontrar otro igual que te vengue también a ti.

XVIII. Entre los muchos vicios de que abundaba Calígula, tenía el extraño prurito de herir a cada uno con alguna palabra punzante, siendo él mismo materia tan propicia a la risa: tan grande era la fealdad de su palidez que daba indicios de locura; sus ojos torcidos y saltones, sobresalían bajo una frente de vieja; la deformidad de su cabeza pelada, sembrada de cabellos ralos y teñidos. Y además de esto, una cerviz llena de cerdas, las piernas muy flacas y los pies enormes. Sería el cuento de nunca acabar, referir cada una de las burlas que hizo contra sus padres, contra sus abuelos, contra toda clase de gente. Narraré sólo aquellas cosas que motivaron su ruina. Valerio Asiático fue uno de sus amigos preferidos, hombre violentísimo, incapaz de sufrir con paciencia ajenos agravios. A éste, pues, en un banquete, como si dijéramos en una asamblea, le echó en rostro cómo se producía su mujer en la cama. ¡Oh, santos dioses, que esto lo oiga un hombre! ¡Que lo sepa el príncipe! ¡Y que su licencia llegue hasta descubrir a un Príncipe, no digo a un varón consular, no a un buen amigo, sino a cualquier marido su adulterio y su fastidio! Querea, tribuno militar no tenía una voz ade-

cuada para su cargo, de timbre lánguido y sospechosa de su virilidad. A éste cuando Calígula le pedía la consigna, unas veces le llamaba Venus, otras, Príapo, tachando de afeminado a un militar armado y esto lo decía él envuelto en tejidos transparentes con calzado de lujo y brazaletes de oro. Forzole, pues, a empuñar el hierro para no tener que pedirle la consigna[25].

Éste fue el primero que levantó la mano entre los conjurados; él le derribó de un golpe en la nuca, y luego de todos los lados se levantaron infinitos puñales a vengar las injurias públicas, pero el primero que demostró ser varón fue el que no lo parecía. Pero a este mismo Calígula todas las cosas le parecían ofensas, hasta tal grado no las pueden sufrir quienes siempre están dispuestos a hacerlas. Se enfadó con Herencio Macrón porque le saludó con el nombre de Cayo; ni se quedó sin castigo el cabo de los centuriones porque le llamó Calígula aunque éste era el nombre, y no otro, con que se le solía llamar por haber nacido en los campamentos y haberse criado entre las legiones. Pero él una vez calzado el coturno, tenía por oprobio y afrenta el mote de Calígula[26].

Nos servirá, por tanto de consuelo, cuando nuestra mansedumbre dejare la venganza, pensar en quien no castigue al procaz soberbio e injurioso: vicios que no se aceptan en un solo hombre ni en una sola afrenta. Pongamos los ojos en los ejemplos de aquellos cuya paciencia alabamos, como fue Sócrates, que tomó a buena parte y riendo las sátiras que públicamente le tiraban en las comedias, no menos que cuando su mujer, Xantipa, le roció con agua sucia. A Antís-

---

[25] *Valerio Asiático,* cónsul en el 46 d.C., que intervino en la muerte de Calígula. *Querea,* principal conjurado en la muerte de Calígula. *Venus,* diosa asiática de la vegetación y del amor carnal. *Príapo,* dios griego, en su origen de la vegetación y de la viña. Identificado con Baco, Dionisos, siempre cargado de vino.

[26] *Herencio Macrón,* el centurión más antiguo de la legión.

tenes se le reprochaba que su madre era bárbara y tracia: él respondió que también la madre de los dioses era del monte Ida (Frigia)[27].

XIX. No hay que descender a la riña ni a la pendencia. Hay que llevar nuestros pies lejos de ellos, y despreciar las proposiciones de los más insolentes, porque sólo ellos pueden hacerlas. Hemos de recibir con indiferencia los honores y las afrentas del vulgo, sin alegrarnos con aquéllos ni entristecernos con éstas. De lo contrario, dejaremos de hacer muchas cosas necesarias para quitar el miedo de las ofensas, o por despecho de haberlas recibido. Y faltaremos a los deberes indispensables, tanto públicos como privados. Incluso faltaremos alguna vez a los deberes de salud, porque nos ahoga un afeminado temor a oír algo que nos desanime. Y alguna otra vez, airados contra los poderosos, descubriremos este afecto con destemplada desenvoltura.

Es un error creer que la libertad consiste en no padecer nada. La libertad consiste, no nos engañemos, en sobreponer el alma a las injurias y en hacerse tal que de sí mismo sólo venga aquello de que pueda gozarse: desasirse de las cosas exteriores, para no tener que llevar una vida inquieta, como la del que teme la rechifla y las lenguas de todos. Pues, ¿quién hay que no pueda hacer una ofensa, si puede hacerla cada uno? Pero el sabio y el que busca la sabiduría echarán mano de diferentes remedios. A los imperfectos y a los que todavía se dejan llevar por la opinión pública, se les ha de advertir que su vida ha de transcurrir entre injurias y afrentas. Todas las cosas son más tolerables a los que las esperan. Cuanto más favorecido fuere uno por linaje, fama o riqueza, tanto más valor ha de demostrar, trayendo a la memoria que los primeros grados militares luchan en la primera línea. Las

---

[27] *Xantipa*, mujer de Sócrates. *Antístenes*, discípulo y seguidor de Sócrates. Véase nota 38.

afrentas, las palabras injuriosas, los baldones y demás denuestos súfralos como vocerío de los enemigos y como flechas lejanas y piedras que sin hacer heridas pasan cerca de los morriones. Aguante las heridas más grandes como heridas que dan unas en las armas y otras en el pecho, sin dejarse caer a tierra y sin mover un pie de su puesto. Aunque te apriete y te presione con fuerza el enemigo, es vergonzoso ceder: defiende el puesto que te marcó la naturaleza. ¿Me preguntas qué puesto es éste?: el del varón.

Para el sabio hay otro auxilio, contrario a éste: vosotros estáis en la pelea, y él ya tiene ganada la victoria. No pongáis resistencia a vuestro bien y mientras llegáis a la verdad, alentad esta esperanza en vuestro espíritu; aceptad con alegría lo que es mejor y confesad con vuestra opinión y vuestros deseos: que en la república del linaje humano hay alguien invencible en el que no tiene imperio la fortuna.

DE LA FELICIDAD[28]

A Galión

I. Todos los hombres, hermano Galión, quieren vivir felizmente. Pero andan a ciegas, cuando tratan de encontrar aquello que hace feliz la vida. No es fácil, por tanto, conseguir la felicidad, pues, con cuanto mayor afán uno la busca, más se aleja de ella, si ha equivocado el camino. La misma velocidad es causa de mayor alejamiento, si el camino va en sentido contrario. En consecuencia, lo primero que hay que determinar es qué queremos y después fijarnos en el camino por donde podamos avanzar con más celeridad hacia ello. Ya puestos en el camino, habremos de entender,

---

[28] *Galión* es el mismo hermano mayor de Séneca, a quien está dedicado el tratado *De la ira* con el nombre de Novato. No sabemos en qué año adoptó el nombre de Galión, o más exactamente L. Junio Galión Anneo. Fue procónsul de Acaya entre el 52-53 d.C. El tratado se divide en dos partes, de las que la segunda nos ha llegado incompleta. La primera comienza con una definición de lo que es la felicidad. La segunda trata de cómo alcanzarla. El tema de la felicidad había sido ya tratado por la filosofía griega, principalmente por Aristóteles y Epicuro, y en la latina por Cicerón. Séneca se centra sobre todo en un punto concreto: la relación entre bien, placer y felicidad. Por lo que respecta a la fecha de su publicación, la mayor parte de los autores la sitúa en el año 58 d.C., fecha del proceso de Duilio, en el que se le acusaba de vivir contrariamente a lo que enseñaba en sus escritos. El tratado, por tanto, se convierte en una defensa personal de su autor.

cuánto hemos avanzado cada día y cuánto más cerca estamos del término del viaje al que nos empuja y acucia el deseo natural.

Porque si vagamos de acá para allá, sin otro guía que el griterío y la baraúnda discordante que nos llama hacia diferentes direcciones, malgastaremos nuestra corta vida, aunque, por otra parte, nos afanemos en cultivar día y noche nuestra alma. Decidamos, pues, adónde queremos ir y por dónde. Pero, no sin ayuda de persona experimentada, que conozca bien el camino por donde queremos ir, pues en este viaje no se dan las mismas condiciones que en los otros. En éstos siempre hay algún sendero, y los lugareños a quienes preguntamos no permiten extraviarnos. Aquí, en cambio, el camino más trillado y más conocido es el que más nos engaña.

Nada, pues, hay que cuidar tanto como no seguir al estilo de las ovejas, al rebaño de los que van delante de nosotros, con la mira puesta no allá a donde se ha de ir, sino a donde se va. Nada, en efecto, nos implica en mayores males que aceptar el rumor de la gente creyendo que lo mejor es aquello que sigue la mayoría y de lo cual se nos ofrecen numerosos ejemplos. Así no se vive racionalmente, sino por acomodación. Consecuencia de esto es esa multitud ingente de personas que se agolpan unas sobre otras: una gran catástrofe humana, en que la gente misma queda aplastada, nadie cae sin arrastrar en su caída a otro, siendo los primeros motivo de la pérdida de los que les siguen. Esto mismo lo puedes ver realizado en toda la vida: nadie se descarría solo, sino que es causa y autor del error ajeno.

Es dañoso, por consiguiente, pegarse a los que van delante. Y, como quiera que todos prefieren creer a juzgar, jamás se juzga de la vida, siempre se cree, y el error, transmitido de mano en mano, nos arrastra y lleva al precipicio. Perecemos por el ejemplo ajeno; nos curaremos si nos apartamos de la masa. Pero ahora el pueblo, defensor de su pro-

pio mal, se rebela contra la razón. Sucede aquí lo mismo que en los comicios: se extrañan de que salgan elegidos pretores, aquellos mismos que les votaron, cuando el veleidoso favor del pueblo ha invadido la asamblea. Aprobamos lo mismo que criticamos. Tal es el resultado de todo juicio, que se falla por el voto de la mayoría.

II. Cuando se trata de la vida feliz, no has de responderme como se acostumbra en el recuento de los votos: "Este partido parece ser el mayor"; pues, precisamente por eso, es el peor. No van tan bien los asuntos humanos, que lo mejor agrade a la masa: el argumento de lo peor es la turba: busquemos lo que es mejor, no lo que es más común, o frecuente, y lo que nos lleve a la posesión de la eterna felicidad, no a lo que aprueba el vulgo, muy mal intérprete de la verdad. Y por vulgo entiendo tanto a los que visten clámide como a los que llevan corona. Pues no pongo los ojos en el color de los vestidos con que se cubren los cuerpos ni confío de los ojos para conocer al hombre. Para distinguir lo falso de lo verdadero tengo una luz mejor y más segura: "Que el bien del espíritu lo descubra el espíritu". Y si éste tuviera oportunidad de respirar y de entrar en sí, oh, cómo se torturía a sí mismo, confesaría y diría: "Cuanto hice hasta aquí preferiría no haberlo hecho; cuando pienso en lo que he dicho, envidio a los mudos; cuanto deseé, lo estimo maldición de mis enemigos. Todo lo que temí, oh justos dioses, fue mejor que lo que ambicioné. Estuve enemistado con muchos y del odio volví a la amistad, si puede haber amistad entre los malos, y todavía no soy amigo de mí mismo. Me esforcé toda mi vida por alejarme de la plebe y sobresalir por alguna buena cualidad. Y, ¿qué otra cosa alcancé mas que ser el blanco de la envida y mostrar a la malevolencia un lugar donde morderme? ¿Ves a esos que ensalza la elocuencia, que corren tras las riquezas, que son adulados por el favor popular, que exaltan el poder? Todos ellos o son enemigos, o lo que es

igual, pueden serlo. Tan grande como la turba de los admiradores es la de los envidiosos".

III. ¿Por qué no busco yo más bien algo bueno que yo sienta que es bueno, y no para exhibirlo? Esas cosas tan admiradas, entre las que se detiene la gente, que uno enseña a otro estupefacto, relucen por fuera, por dentro son miserables.

Busquemos algo bueno, no en apariencia, sino sólido y valioso, y más hermoso aún por su interior. Ahondemos, no está lejos. Lo encontraremos; para ello, sólo basta saber hacia dónde has de alargar la mano. Ahora pasamos ante las cosas que tenemos delante como a tientas, tropezando en las mismas cosas que deseamos. Mas, para no dar rodeos, prescindiré de las opiniones de los otros. Resultaría largo sólo con enumerarlas y refutarlas: recibe la mía. Y cuando digo la mía, no me someto a ninguna de las opiniones de los próceres estoicos: también yo tengo derecho a opinar. En consecuencia, seguiré a alguno, a otro le obligaré a dividir su pensamiento: y quizá, después de haberlos citado a todos, no desecharé nada de nuestros predecesores. Y diré: "esto mismo pienso yo".

Mientras tanto, siguiendo la opinión de todos los estoicos me atengo a la naturaleza de las cosas: eso es la sabiduría. No desviarse de ella y conducirse según su ley y su ejemplo. Vida feliz es, pues, aquella que sigue su naturaleza, que no se puede alcanzar más que con alma sana y en perfecta posesión de su salud. En segundo lugar, que sea enérgica y ardiente, generosa y paciente, adaptada a los tiempos, atenta a su cuerpo y a lo que le pertenece, pero sin angustiarse, solícita de las demás cosas que llenan la vida, sin dejarse arrastrar por ninguna, dispuesta a usar los bienes de la fortuna, no a servirla como esclava.

Y aunque no lo mencione yo, comprendes que esto traerá consigo una perpetua tranquilidad y libertad, una vez alejadas aquellas cosas que nos irritan, o nos aterran. Porque, en

lugar de los deleites y pequeños placeres, deleznables y dañinos por su misma impureza, sobrevendrá un inmenso gozo, inquebrantable y continuado. Y también la paz y la concordia del espíritu, y la grandeza transida de mansedumbre. Porque, en efecto, toda ferocidad es hija de la debilidad.

IV. El bien, tal como lo tenemos concebido, puede también definirse de otra manera, es decir, puede entenderse en el mismo sentido, si bien con palabras distintas. Así como el mismo ejército unas veces se despliega en línea y se contrae otras, en un espacio estrechísimo; y otras veces adopta la forma de media luna, encurvándose por el centro para después estirarlo y formar línea recta, pero cualquiera que sea su disposición, su fuerza y su voluntad de luchar por la misma bandera son las mismas. Así, la definición del sumo bien puede ampliarse y desarrollarse o bien reducirse y replegarse.

Nos es, pues, permitido definir el sumo bien, diciendo: "el sumo bien es el alma que desprecia lo fortuito y se contenta con la virtud". O también: "Una fuerza invencible de ánimo, diestra y conocedora de las cosas, que domina la acción plena de humanidad y de solicitud para con los que convive".

Podemos definirla también, diciendo: "que es feliz aquel hombre para el que no existe otro bien ni otro mal que un alma buena o mala, que practica lo honesto, contento con la virtud". Un hombre que no se ensalza ni abate por los cambios de la fortuna. Un hombre, en fin, para quien no hay mayor bien que el que pueda darse a sí mismo y su verdadero placer el desprecio de los placeres. Y si quieres divagaciones, puedes presentar la misma cosa bajo uno u otro aspecto, sin cambiar su significado. Porque, ¿qué nos impide decir que la vida feliz es el alma libre, recta, intrépida y constante, que no siente el miedo y la ambición? Aquella cuyo bien único es la virtud y su único mal la vileza. Todo lo demás,

una multitud de cosas sin valor que no roban ni aumentan un átomo a la felicidad de la vida, pues vienen y se van sin aumento ni mengua del sumo bien. Quien está bien fundado, quiera o no, se sentirá inundado de una continua alegría de un supremo gozo venido de lo más hondo, pues vive contento con sus bienes sin codiciar otra cosa de sí. ¿Por qué, entonces, no ha de valorar estas cosas y compararlas con las pequeñas, frívolas y constantes movimientos de nuestro cuerpecillo? El día en que se sienta esclavo del placer, será víctima del dolor.

V. Te das cuenta ahora en qué mala y funesta esclavitud caerá quien sea presa de placeres y enfermedades sucesivas, que son los dueños más caprichosos y absolutos. Hay que encontrar, por tanto, una salida a la libertad y nada la da más que el desprecio de la fortuna. Será, entonces, cuando nazca aquel bien inestimable que es la tranquilidad del espíritu puesta a salvo y su sublimación. Y una vez ahuyentados todos los terrores surgirá del conocimiento de la verdad un gozo inmutable, así como un dulce ensanchamiento del espíritu. Con todos estos dones disfrutará, no como bienes de la fortuna, sino como emanados de su propio bien.

Y puesto que comencé a tratar este asunto con amplitud, añadiré que puede llamarse feliz aquel que, ayudado de la razón, ni desea ni teme. Porque también las piedras carecen de temor y de tristeza, así como los animales. Nadie, sin embargo, dirá que son felices, ya que no son conscientes de la felicidad. En el mismo lugar pon a los hombres, quienes, por su naturaleza embotada y el desconocimiento de sí mismos, quedaron reducidos a la condición de bestias y animales. No hay diferencia alguna entre éstos y aquéllos. Éstos carecen de razón y la de aquéllos está depravada, siendo sólo diligentes para su propio daño. Pues nadie puede llamarse feliz si está fuera de la verdad. En consecuencia, una vida en plenitud sólo se basa de forma inmutable en un juicio recto y

seguro. Un alma es pura, en efecto, libre de todo mal cuando no sólo evita los desgarrones y los pinchazos y cuando está dispuesta a permanecer firme en el lugar que eligió como suyo y a defenderlo contra los furores de una fortuna hostil.

Y por lo que respecta al placer, aunque nos invada por doquier y se infiltre por todos los caminos y ablande el alma con sus caricias y remueva unos placeres con otros, con los que solicite a todos o parte de nuestros sentidos, ¿qué mortal, a quien todavía le quede un vestigio de hombre, querría verse halagado día y noche por el cosquilleo del placer, y descuidada el alma, entregarse al cuidado del cuerpo?

VI. Pero, alguien dirá también que el alma habrá de tener sus placeres. Cierto, que los tenga y se entregue a la lujuria y sea el árbitro de todos los placeres que seducen los sentidos. Ponga después sus ojos en los placeres pasados y, acordándose de los deleites caducos, embriáguese con ellos y alléguese ya a los futuros, ordenando así sus esperanzas. Y mientras su cuerpo vive engolfado en la dulce molicie presente, apresúrese a dirigir su pensamiento a las cosas futuras. Esto me parece miseria mayor, porque tomar lo malo como bueno es locura. Nadie es feliz sin una mente sana, ni hay hombre sano, que juzgue como mejores las cosas que le han de dañar. Feliz es, pues, el varón de juicio recto, que está contento con todo lo que tiene y es amigo de sus cosas, sean las que sean. Aquellos mismos, incluso, que sostuvieron que el sumo bien reside en el placer ven en qué lugar tan bajo lo habían puesto. Sin duda por esto, niegan que puedan separarse el placer de la virtud y añaden que nadie puede vivir alegremente sin vivir también con honestidad. No veo cómo cosas tan diversas puedan conciliarse. ¿Podéis decirme por qué no puede separarse la virtud del placer? Quizás, porque todo principio de bien tiene su origen en la virtud. Y de estas mismas raíces procede todo cuanto vosotros amáis y buscáis. Pero, si estas cosas fuesen inseparables, ¿no veríamos

algunas cosas placenteras, pero no honestas? ¿Y otras, en cambio, honestísimas, pero ásperas, que se han de vivir en medio del dolor?

VII. A esto hay que añadir ahora que el placer se encuentra aun en la vida más vergonzosa. Pero la virtud no admite la mala vida. Y, además, hemos de admitir que algunos hombres son infelices, no porque carezcan de placeres, sino, precisamente, por causa de los placeres mismos: lo que no sucedería si a la virtud se mezclase el deleite, del que a menudo carece la virtud, pero que, sin embargo, nunca necesita. ¿Por qué juntáis cosas distintas e incluso contrarias? La virtud es cosa alta, excelsa y regia, indomable e infatigable.

El placer es bajo, servil, débil y caduco, cuya morada y lugar propio son los prostíbulos y tabernas. La virtud, en cambio, la encontramos en el templo, en el foro, en la curia, defendiendo las murallas, cubierta de polvo, robusta y con las manos llenas de callos. Al placer lo verás casi siempre escondido y buscando la oscuridad, merodeando por los baños y sudatorios y por lugares que temen la justicia. Es muelle, sin brío, empapado en vino y perfumes, pálido y acicalado, lleno de afeites.

El sumo bien es inmortal, no sabe dejar de existir: no conoce el hastío ni el arrepentimiento. Pues un espíritu recto nunca cambia, no se odia a sí mismo, porque siempre exige lo mejor. El placer, en cambio, se extingue cuando más agrada. Tampoco tiene mucho espacio, y, por tanto, se infla al instante y engendra tedio y al primer impulso se marchita. Y por eso no puede subsistir aquello cuya naturaleza consiste en el movimiento, y ni siquiera puede considerarse como subsistente aquello que llega y pasa con tanta celeridad y tiene su término en su mismo uso. Pues se acerca a aquello mismo que es su fin y desde su comienzo ya mira a su declive.

VIII. ¿Y cómo explicar que el placer se dé tanto en los buenos como en los malos, y que no deleite menos a los perversos su deshonra que a los buenos sus excelsas obras? Por eso los antiguos nos aconsejaron que siguiéramos la vida mejor, no la más placentera, de modo que el placer no sea el guía, sino el compañero de la voluntad buena y recta. Nos ha de guiar la naturaleza; la razón la observa y la consulta. Vivir felizmente, por tanto, es lo mismo que seguir la naturaleza. Explicaré qué significa esto: conservar con diligencia y sin miedo las cualidades corporales y las aptitudes naturales como bienes fugaces que nos fueron dados por un día; no someternos a su servidumbre ni dejarnos dominar por las cosas externas; usar de las cosas gratas y perecederas del cuerpo como en el campamento se usan los auxilios y las tropas ligeras, que tienen que servir, no mandar. Sólo de esta manera serán útiles al alma. Que el hombre no se deje corromper por las cosas externas, ni sea dominado por ellas. Que sea sólo admirador de sí mismo: confíe en la fuerza de su espíritu y esté preparado para los cambios de fortuna y sea artífice de su propia vida. Que su confianza no carezca de ciencia, ni su ciencia de constancia. Mantenga con entereza sus decisiones y no las enmiende a la hora de decidir. Y aunque no lo haya dicho, ya se entiende, este varón ha de ser ordenado y sensato y en su obrar magnánimo y afable.

La recta razón tiene su raíz en los sentidos y de allí ha de sacar los principios, pues no tiene otro punto de apoyo para dar su salto a la verdad y volver a sí misma. Del mismo modo, el mundo que todo lo abarca y Dios, rector del universo, tiende hacia las cosas exteriores, torna sobre sí mismo enteramente desde todos los sitios. Haga lo mismo nuestra mente: una vez, que haya seguido los sentidos y, a través de ellos, se haya proyectado hacia las cosas externas, vuelva a ser dueño de ellas y de sí mismo y, por decirlo así, conéctese al sumo bien. Es así como llegará a formar una sola fuerza y poder, concorde consigo mismo, y nacerá ese recto pensar que no disiente ni duda

de opiniones y conceptos, ni de sus propias convicciones. Una vez que ha dispuesto y conjuntado la mente y, digámoslo así, puestas en armonía sus partes, ha alcanzado el sumo bien. Ya no le queda maldad ni inseguridad, nada de tortuoso o resbaladizo. Lo hará todo por su propio mandato y nada quedará a la improvisación, pues todo lo que se proponga terminará bien, fácil y prontamente, sin vacilar por su parte. Pues la pereza y la vacilación denuncian inconstancia y lucha. En consecuencia, puedes afirmar sin miedo que el sumo bien es la armonía del alma: porque las virtudes han de estar allí donde existe concordia y unidad. Los vicios producen la disidencia.

IX. Pero, ¿es que tú, me dirás, no practicas también la virtud porque esperas de ella algún deleite? Diré, en primer lugar, que, aunque la virtud es motivo de placer, no por ello se la busca. Porque no sólo proporciona placer, no sólo causa deleite y nos lleva a él, sino que su práctica, aunque esté dirigida a otra cosa, lo conseguirá también. Se asemeja a un campo en el que, si bien ha sido labrado para sembrar trigo, se entreveran algunas hierbas, y aunque éstas deleitan la vista, el trabajo no se hizo por ellas. Otro fue el intento del labrador y le sobrevino todo esto. De la misma manera, el placer no es la recompensa, ni la causa de la virtud, sino algo accesorio, y no se acepta porque deleita, sino que si se lo acepta, también produce placer. El sumo bien reside en el juicio mismo y en el hábito de un espíritu bien dispuesto. El sumo bien se ha logrado cuando el alma ha sido plenamente colmada y se ciñe a sus justos límites, y ya no desea nada más. Pues nada hay fuera del todo, como tampoco hay nada fuera de los límites.

Yerras, por consiguiente, cuando me preguntas qué es lo que me mueve a buscar la virtud, pues buscas algo que está por encima del sumo bien. ¿Me preguntas qué busco en la virtud? A ella misma, pues no tiene nada mejor que ella y ella misma es su premio. ¿O te parece poco? Cuando te digo que el sumo bien es el vigor inquebrantable del alma, y su decoro, previsión,

agudeza, salud, libertad y armonía, ¿puedes exigirme, todavía algo más extenso que a lo que se refieren todas estas cosas? ¿Por qué me nombras el placer? Yo busco el bien del hombre, no el del vientre, que el de las bestias y las fieras es más grande.

X. Finges no entender lo que yo digo: pues yo niego que nadie puede vivir feliz si no vive al mismo tiempo honestamente, algo que no puede suceder a los animales mudos, ni a los que miden su bien por la comida. Clara y abiertamente afirmo, que esa vida que yo declaro grata no se puede dar sin la virtud. ¿Quién ignora que hasta los más insensatos están ahítos de esos vuestros deleites? ¿Y quién no sabe que la maldad abunda en esos placeres y que el alma misma le sugiere estúpidos y numerosos géneros de vicios? En primer lugar, la insolencia y la excesiva estima propia, la hinchazón que nos eleva por encima de los demás, el amor ciego exagerado de sus cosas, las delicias de la vida muelle por razones sutiles y pueriles, la mordacidad y la soberbia que se deleita en los insultos, a los que se añade la desidia y la indolencia de un alma débil que se duerme sobre sí misma.

La virtud da de lado todas estas cosas, nos pone en guardia y pondera los placeres antes de aceptarlos. Y si admite alguno, pues ciertamente los admite, no es esclava de ellos, ni se goza con su uso, sino en la templanza con que los disfruta. Pero, como la templanza atenúa los placeres, es una injuria al sumo bien. Tú te abrazas al placer, yo lo modero; tú gozas del placer, yo lo uso; tú lo tienes por sumo bien, yo ni siquiera lo tengo por bien. Tú en todo buscas motivo de placer, yo en nada. Y cuando digo que nada en orden al placer, hablo de aquel sabio a quien sólo concedes el placer.

XI. Y no llamo sabio a aquel que está sometido a algo por encima de sí, sobre todo si es el placer. Porque si estás sometido a éste, ¿cómo podrás afrontar el trabajo y el peligro, la pobreza y tantas amenazas que rodean la vida del hom-

bre? ¿Cómo se enfrentará a la presencia de la muerte y del dolor? ¿Podrá resistir la embestida del mundo y sus acérrimos enemigos, quien ha sido vencido por un adversario tan blando? Hará cuanto le sugiera el placer.

Está bien, ¿pero no ves cuántas cosas le aconsejaría?: "Nada torpe, dirás, le podrá aconsejar porque está unido a la virtud. ¿No ves una vez más, qué bien sumo es ese que necesita de un guardián para ser tan bueno? ¿Y cómo podrá la virtud gobernar al deleite a quien sigue, pues seguir es acción del que obedece y gobernar del que impera? ¿A las espaldas ponéis al que manda? ¡Gentil oficio dais a la virtud: repartidora de placeres!". Examinaremos con todo, si en los que con tanto desprecio hablan de la virtud, existe todavía la virtud, pues no puede mantener su nombre, si cede su puesto. Mientras tanto, y esto es de lo que se trata, déjame que te hable de muchos hombres sumidos en los placeres, a los que la fortuna colmó de bienes y que necesariamente has de confesar que son malos. Pon los ojos en Nomentano y Apicio [29], que andaban buscando, según decían ellos, todos los bienes de la tierra y el mar y que en su mesa saboreaban los animales de todos los países. Míralos tendidos en su lecho de rosas a la espera de sus comilonas, halagando sus oídos con la música, los ojos con espectáculos, su paladar con sabores. Todo su cuerpo se relaja con suaves y acariciantes masajes. Y para que la nariz no se vaya de vacío mientras tanto, se impregna de olores varios la cámara donde se hacen los honores a la lujuria. Dirás que estos hombres viven entre deleites, pero no les irá bien porque no gozan del bien.

---

[29] *Nomentano,* famoso gourmet de la época de Augusto, s. I d.C. Es citado en las sátiras de Horacio. *Apicio,* gourmet y cocinero de la época de Augusto. El último Séneca habla de él en la *Consolación a Helvia* y hace esta reflexión: "¡cuán grande era el afán de lujo de quien consideró pobreza diez millones de sestercios!". Puso fin a su vida con veneno.

XII. "Les irá mal, dices, porque intervienen muchos factores que perturban el alma y opiniones encontradas inquietarán su mente". Confieso que esto es así, pero, no obstante, esos mismos necios, volubles y expuestos a los golpes del arrepentimiento experimentan grandes placeres. Debemos confesar, por tanto, que tan lejos están de toda molestia como de toda cordura y, como sucede a muchos de ellos, enloquecen con una estupidez alegre, hasta enfurecerse de risa. Por el contrario, los placeres de los sabios son comedidos y tranquilos, un tanto lánguidos, recatados y apenas perceptibles. No vienen con reclamo y, aunque vinieran por sí mismos, no son recibidos con honores, ni aceptados con alegría por quienes los experimentan. El sabio los mezcla y los introduce en su vida como un juego y pasatiempo en las cosas serias. Dejen, por tanto, de conjugar lo incompatible y de confundir el placer con la virtud, vicio con el que se adula a los más viciosos. Ese hombre, perdido entre los placeres, dando siempre tumbos y ebrio, porque sabe que vive entre delicias, cree que también es virtuoso, porque oye que el placer no puede separarse de la virtud y pronto a sus vicios los llama sabiduría y lanza al viento lo que debiera ocultar. De esta manera, se lanzan a sus vicios, no impelidos por Epicuro[30], sino que dados a los vicios, ocultan su corrupción bajo el velo de la filosofía y se reúnen allí donde oyen alabar el placer: Ni se valora el placer de que habla Epicuro, que a mi entender es sobrio y austero, sino que vuelan tras su nombre, buscando en él un apoyo y un velo a sus desenfrenos. De este modo pierden la vergüenza de pecar, que era el único bien que les quedaba. Ensalzan todo aquello de lo que se

---

[30] *Epicuro,* citado varias veces en sus *Diálogos* por Séneca. Filósofo griego, fundador de la escuela El Jardín; vivió en Atenas entre los años 341-270 a.C. Su escuela es opuesta a la de los estoicos. No obstante, como se puede ver, en estos capítulos XII y XIII, Séneca alaba su doctrina en distintos puntos.

avergonzaban y se glorian en el vicio. Por este motivo, ni a la juventud se le permite enmendarse, ya que se da un título honroso a una torpe ociosidad.

XIII. Ésta es la razón por la que resulta perniciosa la alabanza del placer: porque los preceptos honestos quedan latentes y aparece lo que corrompe. Por mi parte, estoy convencido y lo diré a despecho de nuestros partidarios, de que Epicuro enseñó preceptos venerables y honestos y, si se miran más de cerca, hasta tristes. Reduce el deleite a algo pequeño y mezquino, y la ley que nosotros asignamos a la virtud es la misma que él asignaba al placer. Él manda que se siga a la naturaleza para la que es suficiente lo que para el vicio es poco. ¿Qué sucede, entonces? Que quien llama felicidad al ocio holgazán y alterna la gula con la lujuria, busca un buen defensor para una mala causa. Y cuando lo ha encontrado, empujado por la seducción del nombre, se entrega al placer que llevaba dentro, no al que le enseñaron. Y de esta manera, cuando comienza a juzgar que sus vicios son conformes con los principios recibidos, se entrega a ellos, pero no con timidez y recato sino a cara descubierta. Por lo mismo, no diré yo, como la mayoría de los maestros, que la secta de Epicuro es maestra de vicios, sino que está desacreditada y difamada sin razón. ¿Y quién puede saber esto, sino el que ha sido admitido en ella? El mismo frontispicio da lugar a las habladurías y suscita malas esperanzas. Es como un varón fornido en traje de mujer. Mientras te dure la vergüenza queda a salvo tu recto proceder, tu cuerpo se entrega a la deshonra, pero en tu mano hay un tambor.

Elíjase, por tanto, un honesto título y una inscripción que levante el ánimo a repeler aquellos vicios que tan pronto como vienen enervan las fuerzas. Todo aquel que se acerca a la virtud da pruebas de un espíritu generoso, y quien sigue el placer aparece débil, roto, menos hombre. Y terminará encenagado en los vicios, a no ser que alguien le enseñe a

distinguir los placeres. Así se dará cuenta de cuáles son los que están dentro del deseo natural y cuáles hay que arrojar desde el principio, pues son ilimitados y cuanto más se les satisface más insaciables son. Vaya, pues, la virtud por delante y todos tus pasos serán seguros. El excesivo placer perjudica. No hay que tener miedo al exceso en la virtud: en ella misma está la medida. No es bueno lo que con su propia grandeza padece.

XIV. ¿Se puede proponer algo mejor que la razón a quienes cupo en suerte una naturaleza racional? Y si se desea esa unión, si se quiere una vida feliz en compañía, vaya por delante la virtud, acompáñela el placer y únase a ella como la sombra al cuerpo. Pero someter a la virtud, la más excelente de todo, como sirvienta del placer, es propio de una mente incapaz de concebir nada grande. Que la virtud vaya por delante, que lleve el estandarte. Y no por eso nos faltará el placer; seremos sus señores y moderadores. Algo habrá que nos incite con sus halagos, pero nada que nos obligue a ceder. Pero aquellos que ponen el placer por delante, carecerán de ambas cosas: perderán la virtud y no poseerán el placer, sino que serán presa del mismo, porque o su carencia les tortura o su abundancia les ahoga: desdichados si no lo tienen y más desdichados si les oprime. Se asemejan a esos marineros que, sorprendidos en el mar de las Sirtes [31], unas veces se ven en la arena seca y otras sobrenadan en la impetuosa corriente del mar.

A esto conduce una intemperancia excesiva y un amor ciego de las cosas, pues quien codicia el mal en vez del bien, no lo alcanzará sin peligro. Porque así como cansamos a las fieras con fatiga y peligro, y una vez captadas, son objeto de preocupación pues a menudo despedazan a

---

[31] *Mar de las Sirtes,* dos bajos fondos de la costa mediterránea entre Cartago y Cirene.

sus dueños, así los que tienen grandes placeres se precipitan en grandes males y son presa de los que habían alcanzado. Y cuanto mayores y más numerosos son, tanto más pequeño y más esclavo de muchos es ese a quien el vulgo llama feliz. Me complace detenerme en esta comparación: así como el que busca la madriguera de las bestias y le agrada sobremanera cazar a lazo a las fieras y rodear con perros la espesura de los bosques, siguiendo sus huellas, abandona cosas más valiosas y da de lado muchos deberes, así, el que persigue el placer lo pospone todo. Y lo primero que descuida es su libertad; ni tampoco compra los deleites, sino que él mismo se vende a ellos.

XV. Pero, quizá me diga alguien: ¿qué impide que puedan unirse la virtud y el placer, formando así el bien sumo, de modo que una misma cosa sea honesta y agradable? Porque la parte de lo honesto no puede ser más que algo honesto; ni el sumo bien tendrá toda su identidad si tiene algo diferente a lo mejor. Ni el gozo que surge de la virtud, aunque sea un bien, es parte del bien absoluto, como no son la alegría ni la tranquilidad, aunque nazcan de hermosísimas causas. Estas cosas son bienes, pero consecuencia del sumo bien, no su consumación. El que une el placer con la virtud, aun cuando no los juzgue iguales, por la fragilidad de uno de los bienes debilita el vigor del otro, y al mismo tiempo, somete al yugo esa libertad que sería invencible, si no conociera nada más precioso que ella misma; porque pronto, y esa es la mayor esclavitud, se le hace necesaria la fortuna. Y luego se echa encima una vida ansiosa, suspicaz, llena de alarmas, temerosa y pendiente de las circunstancias. No das a la virtud una base sólida e inmóvil, sino que la sometes a establecerse en un terreno movedizo. ¿Puede haber algo más voluble que la espera de lo fortuito, lo mudable del cuerpo y la variedad de las cosas que le afectan? ¿Cómo puede obedecer a Dios, aceptar de buen grado todo lo que le suceda y no quejarse del destino

e interpretar favorablemente sus desventuras, quien se altera a la más pequeña punzada de los placeres o de los dolores? Ni tampoco podrá ser buen defensor o salvador de su patria ni valedor de sus amigos, si se inclina hacia los placeres.

Póngase, pues, el sumo bien en el lugar alto, donde ninguna fuerza pueda derribarlo y donde no tengan entrada el dolor, la esperanza, el temor; ni ninguna otra cosa que reduzca los derechos del bien supremo. Sólo la virtud puede ascender a tal altura y con sus pasos se ha de remontar esta pendiente: ella se mantendrá firme y soportará todo lo que sobrevenga, no sólo con paciencia, sino también con entera voluntad. Y sabrá que todas las dificultades de los tiempos son ley de la naturaleza. Y como buen soldado soportará las heridas, contará las cicatrices y al morir atravesado por los dardos, morirá amando al jefe por quien cae a tierra. Siempre tendrá en su mente aquel viejo mandato: "sigue a Dios"; pero, el que se queja, llora y gime, se ve obligado a hacer los deberes a la fuerza y contra su voluntad. Es arrebatado a donde se le ordena. ¿Qué locura es ésta de preferir ser arrastrado a seguir? La misma, a fe mía, que se experimenta cuando por maldad o desconocimiento de la propia condición, te quejas de que te falte alguna cosa o te ocurra algo penoso, o extrañarte o indignarte por cosas que suceden tanto a los buenos como a los malos, a saber: la muerte, la enfermedad, debilidades y adversidades que alteran de improviso la vida humana. Aceptemos con ánimo generoso cuanto nos toca padecer por la misma constitución del universo, ya que estamos obligados a sobrellevar las condiciones que impone la vida mortal, sin que nos turbe aquello que no depende evitar por voluntad nuestra. Nacimos en este reino y obedecer a Dios es libertad.

XVI. En la virtud está, por tanto, la verdadera felicidad. ¿Qué te aconsejará esta virtud?: que no juzgues bueno o malo lo que te suceda sin virtud o sin culpa. ¿Y después?:

que seas inconmovible incluso frente al mal que procede del bien y, en lo posible te hagas semejante a Dios. ¿Y qué se te promete por esta actitud? Grandes privilegios iguales a los divinos. No te verás obligado a nada, no carecerás de nada: serás libre y seguro, invulnerable. No intentarás nada en vano, nada te será impedimento. Todas las cosas te saldrán a tu medida y nada te será adverso, ni contra tu opinión o contra tu voluntad. Pues, ¿qué decir, entonces? ¿Basta la virtud para vivir felizmente, siendo ella perfecta y divina? ¿No ha de bastar? Incluso más que suficiente. ¿Puede acaso faltar algo al que está por encima de todo deseo? ¿Qué necesita fuera de sí quien todo lo ha vencido dentro de sí mismo? Pero el que se dirige hacia la virtud, aun cuando haya adelantado mucho en ella, necesita, sin embargo, de algún favor de la fortuna, mientras lucha con las cosas más humanas y se desata aquel nudo y todo lazo mortal. ¿En qué está, pues, la diferencia? En que unos están atados, otros encadenados y otros incluso agarrotados. En cambio, quien ha llegado a regiones superiores y se encumbró a lo más alto, arrastra más floja la cadena y, aunque no esté todavía del todo libre, lo podemos considerar como libre.

XVII. Si, pues, algunos de los que ladran contra la filosofía, dijeren, como acostumbran: "¿Por qué hablas con mayor fortaleza de la que vives? ¿Por qué bajas el tono de tus palabras ante el superior y estimas que el dinero es para ti un instrumento necesario? ¿Y por qué te desconcierta la adversidad y lloras ante la noticia de la muerte de tu mujer o de tu amigo, vas en busca de la fama y te pones indignado cuando hablan mal de ti? ¿Por qué tienes un campo mejor cuidado de lo que requiere el uso natural? ¿Por qué no cenas de acuerdo con tus preceptos? ¿Por qué ese mobiliario exageradamente elegante? ¿Por qué se bebe en tu casa un vino más viejo que tú? ¿Por qué esa casa más confortable? ¿Por qué esos árboles que no han de dar más que sombra?

¿Por qué tu mujer lleva en sus orejas la hacienda de una casa rica? ¿Por qué tu servidumbre se ciñe tan costosas libreas? ¿Por qué en tu casa es un arte servir a la mesa, y no se coloca la plata de cualquier manera, sino con arte, y tienes un maestro de trinchar las carnes?".

Añade, si quieres: "¿Por qué tienes posesiones allende el mar? ¿Por qué más de las que conoces? ¿Tan torpe eres o tan negligente que no conoces a tus propios criados? ¿O vives tan desordenadamente que, por tener tantos, tu memoria no alcanza a conocerlos?". Yo te ayudaré a aclarar estos reproches y me haré otros muchos cargos, más de los que tú supones. De momento, te respondo, no como sabio, pues no lo soy, y para alimentar tu maledicencia no lo seré nunca. Lo que me exijo a mí ahora no es ser igual a los mejores, sino ser mejor que los malos. Me contento con ir cercenando cada día algo de mis vicios y con castigar mis errores. No he llegado todavía a la salud, ni tampoco llegaré. Busco para mi gota más calmantes que remedios, muy contento de que me duela menos y menos veces, pero, ciertamente, comparados con vuestros pies, aunque débiles, sigo corriendo.

XVIII. No digo esto por mí, que estoy en la línea de todos los vicios, sino por aquel que hizo algún progreso. "Hablas de una manera, me dirás, y vives de otra". Este mismo reproche, oh, mentes llenas de maldad y enemigas de los mejores varones, ya fue hecho a Platón, a Epicuro y a Zenón [32], porque todos ellos hablaban, no como vivían, sino como debieran vivir. Hablo no de mí, sino de la virtud. Y cuando reprocho los vicios, reprocho en primer lugar los míos. Cuando pueda, viviré como es debido. Y esa malignidad,

---

[32] *Platón* (425-347 a.C.), filósofo griego, discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, fundador de la escuela filosófica La Academia, nació en Atenas. *Zenón de Lea,* filósofo chipriota fundador de la escuela estoica (335-264 a.C.). Véanse notas 38 y 54.

henchida de veneno, no me apartará de los mejores. Ni tampoco esa ponzoña que derramáis sobre otros y con la que os matáis a vosotros mismos, me impedirá que, al menos alabe la vida, no la que llevo, sino la que sé que he de llevar. Ni por eso dejaré de adorar la virtud, ni de seguirla, aunque tenga que ir arrastrándome largo trecho. ¿Tendré que esperar a que algo esté libre de esa malevolencia de la que no se vieron libres, ni Rutilio ni Catón? ¿A quién no tendrán por demasiado rico, los que tienen por poco pobre a Demetrio el cínico? Hombre ciertamente enérgico, luchador contra todo deseo natural y más pobre que todos los cínicos, porque si los demás cínicos se prohibieron poseer nada, él se prohibió incluso pedir, y le niegan que fuera bastante pobre. ¿Te das cuenta? No profeso la ciencia de la virtud, sino la de la pobreza.

XIX. Niegan que Diodoro[33], filósofo epicúreo, que poco ha puso fin a su vida, cortándose el cuello con su propia mano, lo hiciera siguiendo el mandato de Epicuro. Unos quieren ver en esta acción locura, otros irreflexión. Él, en cambio, feliz y en plena conciencia, dio testimonio de sí mismo al dejar la vida y alcanzó la tranquilidad al llegar al puerto y haber echado las anclas. Fue entonces, cuando dijo lo que vosotros oís contra vuestra voluntad: "Viví y recorrí el camino que me trazó la fortuna".

Discutís de la vida de uno y de la muerte de otro, y cuando oís el nombre de hombres ilustres por méritos insignes ladráis como gozquecillos que salen al encuentro de viandantes desconocidos. Pues os conviene que nadie parezca bueno, como si la virtud ajena fuera la reprobación de vuestros delitos. Consumidos por la envidia, comparáis las cosas limpias con vuestras sordideces, sin entender que esto va en

---

[33] *Diodoro,* filósofo epicúreo de quien no se conocen datos de su vida y su obra.

detrimento de vuestra osadía. Porque, si los que siguen la virtud son avaros, licenciosos y ambiciosos, ¿qué es lo que sois vosotros que odiáis hasta el mismo nombre de la virtud? Negáis que alguien practica lo que enseña, ni que viva de acuerdo con sus palabras. ¿De qué os extrañáis si hablan de cosas consistentes, elevadas, que superan todas las vicisitudes humanas, procurando desviarse de los cauces en que vosotros mismos habéis clavado vuestros clavos? Y llevados al suplicio, cada uno pende de un solo madero. En cambio, los que se castigan a sí mismos, cuelgan de tantas cruces como pasiones tienen. Pero los maledicientes se muestran ingeniosos hasta en la afrenta ajena. Creería que están libres de todo esto, si no viera que muchos de ellos escupen a sus espectadores desde el patíbulo.

XX. ¿No cumplen los filósofos lo que dicen? Pero cumplen mucho de lo que dicen, con sólo concebir en su mente cosas rectas y honestas. Porque, si sus dichos respondieran a los hechos, ¿qué mayor felicidad que la suya? Por tanto, no hay por qué condenar sus buenas palabras y su corazón de buenos pensamientos. Loable es el cultivo de los estudios saludables, aunque no se consiga su fruto. ¿Nos ha de extrañar que no lleguen a la cumbre los que emprenden escaladas arduas? Si eres hombre contempla admirado a los que se atrevieron a hacer cosas grandes, aun cuando fracasaran en el intento. Generosa hazaña es aspirar a cosas grandes, intentar alcanzarlas sin mirar a sus propias fuerzas, sino a las de la naturaleza, y concebir aun planes mayores que los que pueden realizar los mejor dotados de un espíritu superior. Quien esto se propone y dice: "Miraré la muerte con el mismo rostro con que oigo hablar de ella. Por grandes que sean, me someteré a los trabajos, fortaleciendo mi cuerpo con el espíritu. Con la misma igualdad de ánimo despreciaré las riquezas tanto presentes como ausentes; no me entristeceré de verlas en otros lugares, ni estaré más animoso si me deslum-

bran a mi alrededor. No haré caso de que venga o se ausente la fortuna. Miraré todas las tierras como si fueran mías y las mías como si fuesen de todos. Viviré como quien sabe que vive para los demás y por eso mismo daré gracias a la naturaleza. ¿Pues de qué otra manera puedo arreglar mis otros asuntos? Ella me hizo a mí para todos y a todos para mí. Cuanto posea no lo guardaré sórdidamente ni lo derrocharé con prodigalidad. Nada creeré poseer mejor que lo que doy bien. No ponderaré los beneficios por el número o el peso, ni por otra estimación que la del que los reciba. Y nunca me parecerá mucho lo que reciba una persona digna. Nunca haré nada por la opinión, sino por la conciencia. Cuanto haga, siendo yo solo testigo, creeré hacerlo en presencia de todo el pueblo. El fin de mi comida y bebida será cumplir la necesidad de la naturaleza, no llenar el vientre y vaciarlo. Seré amable con mis amigos, suave y condescendiente con mis enemigos; concederé antes de que se me pida y atenderé toda petición honesta. Sabré que mi patria es el mundo y los dioses mis protectores; que ellos están por encima de mí y me rodean, censores de mis hechos y mis dichos. Y cuando la naturaleza reclame mi espíritu y mi razón lo despida, saldré con el testimonio de haber amado la buena conciencia y las buenas inclinaciones y que nadie vio disminuida su libertad por mí, ni menos la mía por nadie".

XXI. El que se proponga, intente y quiera hacer esto emprenderá el camino hacia los dioses, y si no llegare a conseguirlo, habrá caído en un intento grandioso. Pero, vosotros que odiáis la virtud y al que la practica, no hacéis nada nuevo. Porque también los ojos enfermos temen al sol y los animales nocturnos aborrecen la luz del día y a su primera claridad se desorientan y corren a buscar sus guaridas y temerosos de la luz se esconden en alguna grieta. Gemid, ejercitad vuestra lengua miserable para ultrajar a los buenos, apresuraos a morder a todos: os romperéis los dientes

mucho antes de clavarlos. "¿Por qué ése es tan amante de la filosofía y lleva una vida de rico opulento? ¿Por qué afirma que hay que despreciar las riquezas y las conserva? ¿Por qué piensa que se ha de despreciar la vida y, sin embargo, vive? ¿Que hay que despreciar la salud y, no obstante, la cuida con tanto mimo y prefiere tenerla inmejorable? Y piensa que el exilio es una palabra vana y dice: ¿Qué mal hay en cambiar de país? Sin embargo, si puede, envejece en su patria. Piensa que no hay diferencia entre una vida larga o breve. Él, sin embargo, si nada se lo impide, alarga su existencia y reverdece complacido en una ancianidad prolongada".

Afirma que hay que despreciar estas cosas, no que no se tengan, sino que no se tengan con ansiedad. No las rechaza, pero cuando se van, él sigue seguro. Porque, ¿dónde podrá él depositar mejor sus riquezas que donde pueda recuperarlas sin queja del que las devuelve? Cuando Marco Catón alababa a Curio y a Coruncario[34] y a aquel siglo en que era delito para los censores la posesión de algunas pocas medallas de plata, él poseía cuatrocientos sextercios. Menos ciertamente de los que tenía Craso[35], pero muchos más de los que tuvo Catón el censor. Si lo comparamos, veremos que Marco Catón superaba a su bisabuelo por mayor diferencia que la que Craso le superó a él. Y no hubiera desdeñado mayores riquezas, si le hubieran sobrevenido. Pues el sabio no se considera indigno de cualquier don de la fortuna. No ama las riquezas, las prefiere; no las recibe en su alma, sino en su casa.

---

[34] *Marco Catón de Útica,* citado varias veces por Séneca como ejemplo y modelo del hombre romano. *Mario Curio Dentato,* cónsul tres veces. Murió en el 270 a.C. Se le cita siempre como modelo de austeridad. *Tiberio Coruncario,* cónsul en el 270. Luchó contra Pirro, rey de Epiro, gran jurisconsulto romano. Véanse notas 2, 6, 11 y 51.

[35] *Craso,* candidato en el primer triunvirato con César y Pompeyo. Derrotado y muerto en la batalla de Carre contra los partos (53 a.C.). Véase nota 11.

Y no rechaza las que ya posee, sino que las guarda, contento de tener mayor materia para su virtud.

XXII. ¿Qué duda puede caber de que el hombre sabio tendrá más oportunidades para mostrar su espíritu en la riqueza que en la pobreza? Porque en ésta no hay más que un único género de virtud, como no abatirse, no deprimirse. En las riquezas, en cambio, tienen campo abierto la templanza, la liberalidad, la diligencia, la buena disposición y la magnificencia. El sabio no se avergonzará de sí, aunque fuere de pequeñísima estatura, pero querrá tenerla de prócer y cuando sea de cuerpo enteco y le falte un ojo, preferirá un cuerpo robusto. Y, para que sepa que tiene en sí algo de más valor, soportará la mala salud y deseará la buena. Pues algunas cosas, aunque pequeñas para el conjunto y puedan quitarse sin mengua del bien principal, añaden, no obstante, una alegría perenne, que nace de la virtud. Por eso, le afectan y alegran las riquezas, como al navegante un viento navegable y seguro o un buen día y un lugar soleado en tiempo frío y brumoso. ¿Cuál de los sabios, hablo de los nuestros, para quienes sólo la virtud es el bien supremo negará que estas cosas que llamamos indiferentes tienen en sí mismas algún valor y que unas son mejores que otras? A algunas de ellas se les hace poca estima, a otras mucha; y las riquezas, no te engañes, están entre las preferibles.

¿Por qué, pues, me dirás, te burlas de mí, si tienen para ti el mismo lugar que para mí? ¿Quieres que te desengañe de que no tienen el mismo lugar? Si las riquezas huyeran de mí, no se llevarían más que a sí mismas. Tú te quedarías pasmado, al verte abandonado, sin ti, si las riquezas te abandonaran. En mí las riquezas tienen algún lugar. En ti tienen el más alto: y a la postre, mis riquezas son mías; tú, en cambio, eres de las riquezas.

XXIII. Deja, pues, de prohibir las riquezas a los filósofos, que nadie condenó a la sabiduría a ser pobre. Tendrá el filósofo grandes riquezas, pero no se las habrá quitado a nadie,

ni estarán manchadas con sangre ajena. Las habrá adquirido sin perjuicio de nadie, sin negocios sucios, cuyo destino sea tan honrado como su adquisición y de las que no se lamentarán más que los malévolos. Son hombres, puedes aumentarlas cuanto quieras, pues entre ellas hay muchas cosas que todos desearían fueran suyas, pero no hay nada, sin embargo, que alguien pueda decir que es suyo. Pero el sabio no olvidará el favor de la fortuna para con él y no se gloriará ni se avergonzará del patrimonio honestamente adquirido por él. Tendrá, sin embargo, de qué gloriarse si abre su casa y tras recibir en ella a toda la ciudad puede decir: "Que cada uno lleve lo que reconozca como suyo". Oh, qué gran varón, justamente rico, si las obras están acordes con sus palabras, y, si después de haberlas promocionado, tuviera lo mismo que antes. Quiero decir que, si confiado y seguro, hubiera permitido al pueblo hacer una investigación de sus riquezas y nadie hubiera podido encontrar nada de que echar mano, ese tal podría llamarse entonces franca y abiertamente rico.

El sabio no dejará que traspase su umbral ningún denario adquirido de malos modos, pero tampoco repudiará ni excluirá las grandes riquezas, don de la fortuna y fruto de la virtud. ¿Por qué habría de negarles un buen lugar? Vengan, pues, y sean admitidas. Ni hará ostentación de ellas, ni las ocultará. Lo primero es propio de un espíritu necio, lo segundo de un varón tímido y pusilánime, que escondiera un gran bien en su seno. Tampoco, como ya dije, las arrojará de casa. Pues, ¿qué?, les dirá: "sois inútiles o es que yo no sé hacer uso de las riquezas? De la misma manera que si pudiera hacer a pie un viaje, preferiría tomar un coche, si quisiera ser pobre, podría ser rico". Y poseerá ciertamente las riquezas como algo liviano y huidizo, y no consentirá que sean pesadas ni para sí ni para los demás.

Dará... ¿Por qué aguzáis el oído? ¿Por qué tendéis la bolsa? Dará, sí, a los buenos y a aquellos que pueda hacer buenos. Dará con la mayor prudencia, eligiendo a los más

dignos, como quien sabe que ha de dar cuenta tanto de lo recibido como de lo gastado. Dará por causas justificadas y rectas, pues entre los gastos torpes se cuenta un don no bien empleado. Tendrá la bolsa fácil, pero no con agujeros, de la que salen muchas cosas sin que se caiga nada.

XXIV. Se equivoca el que piensa que dar es cosa fácil; tarea muy difícil es la de dar con discernimiento y no se derrocha el dinero al voleo y al azar. A uno prometo, devuelvo al otro, socorro a éste, me compadezco de aquél. Al de más allá le encuentro digno de que la pobreza no lo deprima, ni le domine. A algunos no les daré, aunque les falte, porque, aunque les diere, les faltará. A otros ofreceré, y a otros incluso les obligaré a que lo acepten. No puedo ser negligente en este asunto, pues nunca invierto mejor que cuando doy. "Entonces, ¿qué?, dirás, ¿tú das para recibir después?". Mejor, para no perder. Vaya la donación a aquel lugar de donde no pueda reclamarse, pero sí ser devuelta. El beneficio hay que enterrarlo como a tesoro profundamente escondido, que no has de desenterrar si no fuere necesario.

Gran casa es la casa de un hombre rico. ¡Cuántas ocasiones tiene de hacer el bien! ¿Pues, quién llama liberalidad solamente a la que se hace a los que visten toga? Es la naturaleza la que manda hacer el bien a los hombres, sean esclavos o libres, de padres libres o libertos. ¿Qué importa que su libertad sea legal o dada entre amigos? Allí donde haya un hombre, hay lugar para un beneficio. Es posible, por tanto, distribuir el dinero, aun sin franquear el propio umbral y ejercitar la liberalidad, porque ésta no se llama libre porque se deba a los hombres libres, sino porque nace de un espíritu libre. Pero tampoco es sabio ejercerla con personas torpes e indignas. Y nunca está tan exhausta que cuantas veces se encuentra un hombre de bien deja de desbordarse, como si estuviera totalmente llena.

No se han de interpretar erróneamente las palabras que con tanta honestidad, fuerza y entusiasmo dicen los amantes

de la sabiduría. Y lo primero a lo que debéis atender es esto: una cosa es el amante de la sabiduría y otra el que la ha conseguido ya. El primero te dirá: "Yo hablo muy bien, pero todavía estoy envuelto entre muchos males. No me pidas que viva conforme a mi doctrina, pues lo más que hago es formarme y elevarme hasta ser un modelo acabado. Si llego hasta donde me he propuesto, exígeme que los hechos respondan a mis palabras". Pero el que ha alcanzado ya la cima del bien humano se comportará de otro modo y te dirá: "Lo primero es que no te puedes permitir juzgar a los mejores; a mí ya me ocurre, y una prueba de mi rectitud es que no agrado a los malos. Pero para darte la razón de que no envidio a ninguno de los mortales escucha lo que te prometo y en cuánto estimo las cosas: niego que las riquezas sean un bien, pues si lo fuesen, harían buenos a los hombres. Por tanto, como no se puede llamar bien a lo que se encuentra entre los males, les niego este nombre. Por lo demás, confieso que se han de tener y que son útiles y que aportan grandes comodidades a la vida".

XXV. Entonces, ¿qué? Escuchad. ¿Qué razón hay para que yo no las cuente entre los bienes? ¿Y por qué difiero en ellas de vosotros, pues ambos convenimos en que se deben poseer? Ponedme en una casa muy rica, rodeado de oro y plata para usos muy diversos. No me envaneceré por estas cosas, pues aunque estén cerca de mí, están fuera de mí. Llevadme al puente Sublicio[36] y arrojadme entre los mendigos. No por eso me despreciaré al verme sentado entre los que extienden la mano pidiendo limosna. ¿Qué importa que falte un mendrugo de pan al que no le falta poder morir? ¿Qué decir, pues? Que prefiero aquella casa opulenta al puente. Paseando entre alhajas deslumbrantes y finísimas y en medio de un

---

[36] *Puente Sublicio,* el puente de madera más antiguo de Roma. A él acudían muchos mendigos.

lujo refinado, por nada de eso me consideraré más feliz. Por llevar un manto de seda o que mis banquetes estén alfombrados con tapices de púrpura, ni por el contrario seré más desgraciado, si reposare mi cabeza cansada sobre un manojo de heno o si me acostare sobre esa borra que asoma por las costuras de una tela vieja. ¿Adónde voy con todo eso? A demostrar que prefiero presentar el alma que tengo vestido con la pretexta y la clámide[37] de cuestor a ir con las espaldas desnudas o a medio cubrir. No me complaceré tampoco con que mis días transcurran según mis deseos, ni que nuevos parabienes sucedan a los anteriores. Cambia en adversidad este favor del tiempo y que por una y otra parte se vea atacado el ánimo con daños, luto y acometidas diversas sin que haya un solo instante sin quejas: no por eso, metido entre miserias, me llamaré desdichado, ni maldeciré el día: porque ya he decidido que ningún día sea negro para mí. ¿Cómo entender esto? Prefiero atemperar los gozos a reprimir los dolores.

Esto te lo dirá el gran Sócrates: "Hazme vencedor de todas las naciones; que el delicioso coche de Baco[38] me lleve triunfante desde el nacimiento del sol hasta Tebas; que los reyes de los persas me pidan leyes; cuando en todas partes sea saludado como dios más pensaré que soy hombre. Haz que a tan sublime ascensión suceda inmediatamente una caída brusca; que me lleven en andas ajenas para realzar la pompa de un vencedor fiero y altanero: no me sentiré más humillado en carroza ajena, que cuando iba subido a la mía. Entonces, ¿qué? Que prefiero vencer a ser cautivo".

---

[37] *Pretexta.* Los altos magistrados llevaban la toga *pretexta,* con el borde de color púrpura. La usaban también los niños, pero era corta, por el respeto que se les debía a los magistrados. *Clámide,* capa exterior, amplia.

[38] *Sócrates,* filósofo ateniense (470-399 a.C.). *Baco,* se le identifica también como Liber, Dios del vino y de la alegría sin medida.

Despreciaré todo el reino de la fortuna, pero si me dan a escoger, elegiré lo mejor de él. Todo lo que me sucediere, se me hará bueno, pero prefiero las cosas más fáciles y placenteras y menos incómodas para quien trata con ellas. Pero no creas que existe virtud alguna sin trabajo; algunas necesitan de estímulos, otras de freno. Así como el cuerpo ha de contenerse cuesta abajo y ser empujado cuesta arriba, así sucede con las virtudes: Algunas están situadas en las cuestas para bajarlas y las otras para subirlas. ¿Podemos dudar que suben, se esfuerzan y luchan la paciencia, la fortaleza, la perseverancia y cualquiera otra virtud que se opone a la adversidad y doblega a la fortuna? ¿Qué más? ¿Y no es acaso igualmente manifiesto que caminan cuesta abajo la liberalidad, la templanza y la mansedumbre? En éstas detenemos el ánimo para que no caiga; en las otras le exhortamos e incitamos. En consecuencia, a la pobreza le aplicaremos las virtudes más fuertes, aquellas que se fortalecen en la lucha. A las riquezas, las más diligentes, que andan de puntillas y mantienen su equilibrio.

XXVI. Hecha esta división, yo prefiero practicar aquellas virtudes que puedo ejercitar con mayor tranquilidad y no las otras, cuyo ejercicio exige sangre y sudor. "Por tanto, no vivo de diferente manera de la que hablo, dirá el sabio: sois vosotros los que entendéis lo contrario de lo que digo, a vuestros oídos llega solamente el sonido de las palabras, sin inquirir su significado. Pues, ¿qué diferencia, me dirás, hay de mí, que soy ignorante, a ti, que eres sabio, si ambos queremos poseer mucho?". Muy grande: que las riquezas del sabio están bajo servidumbre; las del necio, en el poder. El sabio no permite cosa alguna a las riquezas, éstas, a vosotros, todas. Vosotros os acostumbráis y os apegáis a ellas como si alguien os hubiera prometido su posesión para siempre. El sabio, en cambio, medita sobre todo en la pobreza, cuando está asentado en la riqueza. Nunca confía tanto el general en la paz, que no se prepare para la guerra que le ha sido declarada, aunque no

se lleve a cabo. A vosotros os desvanece la casa hermosa, como si no pudiera quemarse o venirse abajo. Os ciegan la riquezas ostentosas, como si estuvieran exentas de todos los peligros, y como si fueran tan grandes que la fortuna careciera de fuerza para no devorarlas. Jugáis ociosos con las riquezas, sin prevenir sus riesgos. Os sucede a menudo lo que a los bárbaros, que asediados tras las murallas, ignoran las máquinas de guerra, miran perezosos el trabajo de los sitiadores, y no entienden qué finalidad tiene todo aquello que se construye a lo lejos. Lo mismo os sucede a vosotros, os consumís en vuestros negocios, sin atender a las desgracias que amenazan por todas partes, dispuestas a llevaros los más preciosos despojos.

Si alguien arrebata sus riquezas al sabio, le dejará todos sus bienes: porque vive contento en el presente y no le inquieta el porvenir. Como diría Sócrates y cuantos tienen la misma autoridad y el mismo poder sobre los derechos humanos: nada me ha decidido a no plegar las acciones de mi vida a vuestras opiniones. Juntad de todas partes vuestras acostumbradas injurias que yo no pensaré que me injuriáis, "sino que chilláis como infelices muchachos". Aquel a quien cupo en suerte ser sabio, dirá esto: "El que tiene el alma inmunizada contra los vicios, ésta le manda a reprender a los demás, no por odio, sino para su corrección". Y les añadirá esto: "Lo que me mueve es vuestra manera de pensar, no por mí, sino por vosotros: porque aborrecer y ofender a la virtud vale tanto como renunciar a toda buena esperanza. No me hacéis ninguna injuria, como tampoco la hacen a los dioses, los que derriban los altares, aunque muestran su mala intención y propósito, aun allí donde no pueden hacer daño alguno. Soporto vuestras alucinaciones, de la misma manera que Júpiter[39], óptimo má-

---

[39] *Júpiter,* divinidad suprema en la jerarquía de dioses romanos. Corresponde al Zeus griego, que presidía a los dioses en el Monte Olimpo. Era hijo de Saturno y Rhea. En Roma el culto a Júpiter iba acompañado de su hermana y esposa Juno, desde tiempo inmemorial. Véase nota 64.

ximo, las necedades de los poetas. Uno de los cuales le puso alas; otro, cuernos; otro lo presenta como adúltero y trasnochador; otro, cruel con los dioses; otro, injusto con los hombres; otro, raptor y corruptor de hombres libres y hasta de sus propios parientes; otro, parricida y expugnador del trono de su rey y hasta de su mismo padre. Con todo lo cual no se consiguió otra cosa que quitar a los hombres la vergüenza de pecar, si hubieran creído que sus dioses eran así ".

Mas, aunque estas cosas no me afectan, por vuestro propio bien os amonesto a que admitáis la virtud. Creed a los que hace tiempo que la siguen y que afirman seguir algo grande y que cada día expresan más su grandeza. Reverenciadla como a los dioses y a los que la profesan como a sacerdotes. Y siempre que se hiciera mención de las letras sagradas, enmudezca la lengua. Esta expresión, como piensan muchos, no deriva de favor, sino que impone silencio, para que se pueda celebrar dignamente el rito sin que haya alguna mala voz que lo interrumpa.

XXVII. Este silencio es más necesario imponéroslo a vosotros, a fin de que siempre que se pronuncie sentencia salida de aquel oráculo, la oigáis con atención y apretados los labios. Cuando aquel que toca el sistro por orden superior; cuando alguno diestro en cortarse los músculos, cubre de sangre con su propia mano sus brazos y sus hombros; cuando otro aúlla, arrastrándose de rodillas por la calle; y cuando un anciano vestido de lino y llevando una rama de laurel en pleno día, proclama y dice que alguno de los dioses está enojado, concurrís todos y le oís, y guardando un mutuo pasmo, afirmáis que es un varón santo. El mismo Sócrates [40], que, desde aquella cárcel que él purificó con su entrada y la hizo más honorable que cualquier palacio, proclama: "¿Qué lo-

---

[40] *Sócrates*. Véase nota 38.

cura es ésta? ¿Qué naturaleza es ésta, enemiga de los dioses y de los hombres, que difama la virtud y con malignas razones viola las cosas más santas? Si podéis, alabad a los dioses buenos, si no podéis, al menos pasad de largo. Y si os place ejercitar esta tétrica licencia, arremeted unos contra otros. Pues, cuando os enfurecéis contra el cielo, no os digo que cometéis sacrilegio, sino que perdéis el tiempo".

Alguna vez, di yo a Aristófanes[41] materia de burlas y, toda aquella caterva de poetas cómicos derramó sobre mí sus venenosos dicterios. Mi virtud quedó esclarecida por aquellos mismos que la atacaban, pues conviene que se la ponga a prueba y se la ataque. Y nadie conoce mejor su grandeza que quien sintió su fuerza cuando le atacaban: nadie conoce mejor la dureza del pedernal como el que lo golpea. Me siento no de otra manera que como roca en un mar agitado, a la que las olas no cesan de golpear por cualquier lado que se muevan. Pero, ni por eso la mueven un punto de su lugar, ni por ello queda desgastada a pesar de tantos siglos de continuos embates. Acometedme, asaltadme: mi paciencia os vencerá. Sólo para su mal ejecuta su fuerza todo aquel que ataca las cosas firmes e invencibles.

Buscad, por tanto, alguna materia blanda y flexible en que se claven vuestros dardos. Pero vosotros, ¿tenéis tiempo todavía para indagar los males ajenos y juzgar a cualquiera que sea? ¿Por qué este filósofo vive en una casa más amplia? ¿Por qué el otro cena más opíparamente? Os fijáis en las pupas ajenas y vosotros estáis llenos de úlceras. Es como si uno ridiculizara los lunares y verrugas de cuerpos hermosísimos y a él le comiera una sarna horrible. Objetad a Platón que pidió dinero; a Aristóteles que lo recibió, a Demó-

---

[41] *Aristófanes,* autor griego (445-385 a.C.) que se sirvió de la comedia política para ridiculizar y criticar las cuestiones sociales y los problemas de Atenas. Junto con Menandro (343-290 a.C.), está considerado como el máximo exponente de la comedia griega.

crito que lo despreció y a Epicuro que lo malgastó. Podéis reprocharme a mí también, a Alcibíades y a Fedro[42]. Felices vosotros, sobre todo, cuando por primera vez podáis imitar nuestros vicios. ¿Y por qué no examináis más bien vuestros males que os carcomen por todas partes, unos atacando desde fuera, otros mordiendo en vuestras entrañas? No están las cosas humanas como para que a vosotros, aunque conozcáis poco vuestro estado, os sobre tanto ocio para desplegar vuestra lengua, criticando la buena conducta de los mejores.

XXVIII. Vosotros no acabáis de entender todas estas cosas y, por eso, volvéis la cara a vuestra situación. Os sucede como a muchos que, estando sentados en el circo o en el teatro, se les ha quemado la cara y siguen sin enterarse. Pero, yo, oteando las cosas desde lo alto, veo las tempestades que os amenazan y que a no mucho tardar, romperán las lluvias, y poco después se acercarán más y terminarán arrastrándoos a vosotros y a vuestros bienes. ¿Qué decir, entonces? ¿Es que ni siquiera ahora os dais cuenta, aunque no lo sintáis tan cercano, de que un torbellino gira en torno a vosotros y envuelve vuestras almas, y que cuando tratáis de huir, buscando las mismas cosas, unas veces os levanta a una altura sublime, y otras os arrebata hacia los abismos?

---

[42] *Alcibíades,* general ateniense que venció a los espartanos en Cizico (411 a.C.). *Fedro,* literato creador de la fábula griega. *Demócrito,* nacido en Abdera (Tracia, 460-370 a.C.), filósofo. Véase nota 16.

DE LA VIDA RETIRADA O DEL OCIO[43]

A Anneo Sereno

I. ... con gran unanimidad nos lanzan a los vicios[44]. Aunque no intentáramos ninguna otra cosa saludable, la misma soledad nos será provechosa: cada uno de nosotros seremos mejores. ¿Es que, por ventura, no nos es posible acercarnos a los varones mejores y elegir un modelo al que ajustar nuestra vida? Cosa que no se consigue sino con el ocio. Será entonces cuando alcancemos lo que una vez soñamos, sin que nadie se interponga y, que, sin la ayuda del vulgo, pueda hacernos cambiar nuestro criterio todavía débil. Será entonces cuando nuestra vida pueda caminar con paso igual y al mismo ritmo, esa vida que destrozamos nosotros mismos con tan gran diversidad de proyectos. Porque el peor de los

---

[43] La obra está dedicada a Anneo Sereno, amigo de Séneca, a quien dedica también *La firmeza del sabio* y *El ocio*. El diálogo nos ha llegado mutilado, pues carece del principio y del final. Esta circunstancia impide la datación exacta del mismo. Algunos autores apuntan el año 62 a.C. como fecha de composición. Véase nota 17.

[44] El alejamiento de los demás y sobre todo de una vida de ciudades —negocios— nos permite reflexionar y rectificar muchas cosas. El ocio no se opone a la doctrina estoica. Reconoce que hay tres tipos de vida: la que persigue el placer, la contemplativa y la activa. Ninguna de ellas está sin mezcla.

males es que vamos cambiando de vicios, de manera que ni siquiera nos sucede mantenernos en un mal ya acostumbrado. Nos agrada uno tras otro y éste nos empuja también hasta el punto de que nuestros juicios, no sólo son malos, sino también ligeros.

En este nuestro fluctuar abrazamos una cosa y otra, dejamos las cosas que buscábamos y volvemos a las que habíamos abandonado: en constante vaivén se suceden nuestra pasión y el arrepentimiento. Pues todos estamos pendientes de los juicios ajenos; y nos parece lo mejor aquello que tiene muchos pretendientes y admiradores y no lo que merece alabanza y que se elige por sí mismo. Ni tampoco elegimos el camino bueno o malo por sí mismo, sino por las huellas entre las que no hay ninguna de retorno. Quizás me digas: "Y tú, ¿qué haces, Séneca? ¿Abandonas tu partido? Con razón dicen nuestros estoicos: 'estaremos en el tajo hasta el final, no dejaremos de trabajar por el bien común, de ayudar a todos y cada uno, de socorrer, incluso, a nuestros enemigos con mano tendida. Nosotros somos los que no tenemos ningún año libre y, como dice aquel varón excelentísimo:

> *canitiem galea premimus*
> ceñimos con el casco nuestras canas[45].

somos de aquellos para quienes no hay ningún momento de ocio antes de la muerte, de manera que, si las cosas lo permiten, hasta la misma muerte no está ociosa. ¿Cómo es que enseñas la doctrina de Epicuro desde las filas de Zenón? Y si renuncias a tu partido, ¿cómo no tienes el valor de ser tránsfuga mejor que traidor?'". De momento, te responderé lo siguiente: "¿Quieres acaso algo más de mí que mostrarme

---

[45] Frase incompleta con la que comienza este diálogo, que, como decimos en la nota 43 ha llegado hasta nosotros incompleto.

semejante a mis maestros? Pues, ¿qué? Iré, no donde me envíen ellos, sino a la meta que me señalen".

II. Te demostraré ahora que no me aparto yo de los preceptos de los estoicos, pues tampoco ellos se desviaron de los suyos. No obstante, no se me podría acusar de no seguir sus enseñanzas, sino de no seguir sus ejemplos. Diré, en primer lugar, que puede uno desde su temprana edad entregarse con toda su alma a la contemplación de la verdad, buscar una norma de vida y practicarla en secreto. Demostraré después que uno puede hacer esto, una vez cumplidos sus deberes profesionales, ya llegado a viejo. Entonces, el hombre con más derecho que nadie puede continuar su trabajo y dirigir la actividad de los otros. Así lo hacen las vírgenes vestales que, habiendo repartido su tiempo en diferentes oficios, aprenden a realizar las funciones sagradas y, una vez aprendidas, las enseñan a otras[46].

III. Te demostraré también que esto agrada a los estoicos. Y no porque me haya impuesto una ley de no adelantar nada contra lo dicho por Zenón o Crisipo, sino porque el tema mismo me permite adherirme a su opinión. Seguir siempre la opinión de uno, no es propio de un senado sino de un partido. ¡Ojalá que se supieran ya todas las cosas y que la verdad fuese abiertamente proclamada! Entonces, no habría nada que enmendar en nuestras decisiones: ahora buscamos la verdad con los mismos que la enseñan.

En esta cuestión discrepan las dos sectas más importantes: la de los epicúreos y la de los estoicos. Pero ambas nos llevan al ocio por distintos caminos. Dice Epicuro: "El sabio no se ha de implicar en los negocios públicos, a no ser que le obligue alguna circunstancia". Zenón dice: "Se implicará el

---

[46] Virgilio, *Eneida,* IX, 612.

sabio en los negocios públicos, a no ser que algo se lo impidiere". El primero pide el aislamiento por principio, el segundo, de forma condicionada. Pero esta condición es muy amplia: si la república está tan corrupta que no es posible ayudarla; si está llena de males, el sabio no se empleará en esfuerzos baldíos, ni, puesto que no va a sacar resultado alguno se lanzará a la empresa. En el caso de tener poca autoridad o poca fuerza, la república tampoco le admitiría si la salud se lo impidiere. Porque así como no fletaría al mar a un navío agrietado; y como no se alistaría en la milicia si estuviese lisiado, de la misma manera no entraría en un camino que ya cree inútil.

Quien esté todavía en toda su fuerza e integridad, puede quedarse en tierra antes de sufrir borrasca alguna, y entregarse por entero a las artes nobles, viviendo en total aislamiento, entregado al cultivo de aquellas virtudes que pueden practicar hasta los más inmersos en el ocio. Lo que se pide al hombre público es que sea útil a los hombres y, si es posible, a muchos. Si no que se entregue a pocos y si menos todavía, a los más allegados y, en último término, a sí mismo. Pues cuando se hace útil a los demás, dirige un negocio público. Porque, así como el hombre que se deteriora, no sólo se daña a sí mismo, sino también a todos aquellos a quienes hubiese podido aprovechar, si se hubiese puesto mejor, así el que merece bien de sí mismo, aprovecha así a otros, ya que prepara al hombre que en su día les habrá de servir.

IV. Abarquemos con la mente dos repúblicas, una grande y verdaderamente pública en la que caben los dioses y los hombres, en la que no nos fijamos en uno que otro ángulo sino que, por el curso del sol medimos los términos de la misma. La otra república es aquella a la que quedamos adscritos por nuestro nacimiento: ésta es la de los atenienses, cartagineses o cualquiera otra ciudad, que no pertenece a todos los hombres, sino a determinados. Algunos se entregan

simultáneamente a ambas repúblicas: la mayor y la menor; otros, en cambio, sólo a la mayor, y otros, sólo a la menor.

A la república mayor podemos servirla incluso en el retiro. Y no sé si mejor en el retiro, investigando: ¿Qué cosa es la virtud? ¿Es una o múltiple? ¿Es la naturaleza o el arte la que hace a los hombres buenos? ¿Es un único cuerpo o son muchos los que Dios ha esparcido en todo lo que contienen los mares y las tierras? ¿Toda la materia de la que se engendra toda cosa es continua o llena, o es discontinua y el vacío está mezclado con las partes sólidas? ¿Contempla Dios sentado su obra o la impulsa?¿Está Dios extrínsecamente rodeado de la materia y la penetra en su totalidad? ¿Es el mundo inmortal o hay que contarlo entre las cosas caducas y nacidas para el tiempo? Quien esto contempla, ¿qué servicio presta a Dios? Que sus obras tan grandes no queden sin testigo. Solemos decir que el supremo bien consiste en vivir según la naturaleza: la naturaleza nos engendró para las dos cosas, para la contemplación del mundo y para la acción.

V. Demostremos ahora lo primero que dijimos. ¿Con qué fin? ¿No quedará demostrado, si cada cual se consulta a sí mismo, qué ansias tiene por conocer lo desconocido y qué es lo que le mueve a conocer relatos de cosas tanto verdaderas como falsas? Unos se hacen a la mar y sufren las penalidades de una travesía larguísima por la sola recompensa de conocer algo y oculto. Esto mismo es lo que arrastra a la gente hacia los espectáculos. Esto lo que les empuja a escudriñar lo arcano, a investigar lo secreto, a revolver las cosas antiguas, a enterarse de los usos de los pueblos bárbaros. La naturaleza nos dotó de un ingenio curioso, sabedor de su arte y de su belleza. Nos engendró para ser espectadores de tantos y tan grandes espectáculos de cosas, pues perdería su fruto, si cosas tan grandes, tan claras, tan sutilmente guiadas, tan brillantes y no con una sola clase de belleza, se las mostrase únicamente un desierto.

Y para que sepas que la naturaleza quiso que fuesen contempladas, y no sólo miradas, has de advertir en qué lugar nos colocó: nos puso en medio de ella, dándonos la perspectiva de todo lo que nos rodea. Y no sólo hizo al hombre erecto, sino que también lo hizo para la contemplación y para que pudiese seguir el curso de los astros, desde su orto hasta el ocaso. Y para que su rostro girase a su alrededor, le colocó alta la cabeza y la puso sobre un cuello flexible. Después, creó seis signos durante el día y seis signos durante la noche [47], sin dejar parte alguna suya sin desplegar, a fin de que con el incentivo de estas cosas, que ofrecía a sus ojos, creciese el deseo de las otras. Pues, ni siquiera hemos llegado a ver todas las cosas que existen, ni tan grandes ni tan numerosas como son. Pero nuestra mirada se abre al camino con la investigación y echa los cimientos de la verdad, a fin de que la inquisición pase de lo manifiesto a lo oscuro, descubriendo así algo más antiguo que el mundo. ¿De dónde salieron estos astros? ¿Cuál fue el estado del universo antes de que cada una de sus partes se separase? ¿Qué causa dispersó los elementos sumergidos y confusos? ¿Quién asignó a cada cosa su lugar? ¿Acaso, las cosas pesadas descendieron por su propia naturaleza o se volatilizaron las más leves? ¿O además de la tendencia o el peso de los cuerpos, una fuerza más alta dictó la ley a cada uno? ¿Es cierto aquello de que la mejor prueba de que el hombre forma parte de un espíritu divino y que partículas y chispas de los astros se esparcieron por la tierra y se le adhirieron como a un cuerpo extraño?

Nuestro pensamiento derrumba las defensas del cielo y no se contenta con saber lo que está a la vista. Trato de escrutar, dice, lo que está más allá del mundo y se pregunta:

---

[47] Las vírgenes vestales entregadas al servicio de Vesta eran las sacerdotisas de la diosa. Durante los años de servicio, cinco o treinta en época histórica, debían permanecer vírgenes. Véase nota 14.

¿Es una profunda inmensidad o está encerrada también bajo sus límites? ¿Cuál es el estado de las cosas que están fuera del mundo? ¿Son informes y confusas o en todas sus dimensiones tienen igual volumen? ¿Tienen una forma determinada? ¿Están unidas a este mundo o muy alejadas de él y, por tanto, dan vueltas en el vacío? ¿Son átomos todos los elementos con que está construido todo lo que nació o nacerá? ¿O su materia es compacta y toda movible? ¿Son elementos contrarios entre sí o no luchan, sino que más bien se dirigen a un mismo fin por caminos diferentes?

Como has nacido para investigar todos estos problemas, detente a pensar cuán corto es el tiempo que tiene el hombre, incluso si se lo reserva todo entero para sí. Aunque ninguna parte de él le quite la felicidad, ni consienta por negligencia que se le vaya ni un instante; aunque administre su tiempo con suma avaricia y siga investigando hasta el fin de sus días y la fortuna le robe lo que la naturaleza le dio, con todo, el hombre es demasiado mortal para el conocimiento de las cosas inmortales. En consecuencia, yo vivo según la naturaleza, si me doy todo a ella, si soy su admirador y su adorador. Pero la naturaleza quiso que yo hiciera ambas cosas: obrar y entregarme a la contemplación. Y yo hago las dos cosas, pues no hay contemplación sin acción.

VI. "Me interesa saber, dices, si hemos de ir a la contemplación por puro placer, no pidiendo de ella nada más que una asidua contemplación, sin resultado: porque es agradable de por sí y tiene muchos alicientes". A esto te respondo a mi vez: "Importa igualmente saber con qué espíritu te entregas a la vida civil; si es porque estás siempre inquieto, sin que nunca te tomes tiempo alguno para dirigir tus ojos de las cosas humanas a las divinas. Tampoco es digno de aprobación desear bienes de fortuna, sin amor alguno a las virtudes y sin cultivo del espíritu, así como hacer obras desnudas de toda virtud: porque estas cosas deben ir mezcladas y conjuntadas.

Por eso, es un bien imperfecto y fluctuante lanzarse al ocio sin actividad, sin mostrar nunca aquello que aprendió. ¿Quién niega que la virtud debe intentar mostrar en las obras sus avances y no sólo meditar lo que se ha de hacer, sino también ejercitar sus manos de vez en cuando, llevando a la práctica sus especulaciones? Entonces, ¿qué? Si la demora no es culpa del sabio, la falta no es del sabio, sino de la materia. ¿Por qué tendrías que permitirle estar consigo a solas? ¿Con qué espíritu se aparta el sabio a la soledad? Para saber que también allí habrá de practicar aquellos actos que serán de provecho a la posteridad. Somos nosotros los que afirmamos que Zenón y Crisipo realizaron cosas más grandes que si hubieran dirigido ejércitos, tenido cargos honoríficos o promulgado leyes. Pues, ciertamente, las promulgaron, pero no para una sola ciudad, sino para todo el género humano. ¿Por qué, pues, no conviene al hombre bueno semejante ocio, por el que ordenará los siglos venideros y hablará no ante unos pocos, sino ante toda clase de gentes, las que son y las que vendrán? En resumen, Cleantes, Crisipo y Zenón, ¿vivieron según sus enseñanzas? No dudo que responderás que vivieron como enseñaron que se debía vivir. Ahora bien, ninguno de ellos administró la república. "Ninguno de ellos dices, tuvo fortuna, ni cargos honoríficos que suelen tener los que son admitidos a la gerencia de las cosas públicas". Pero no por eso llevaron una vida inactiva: encontraron la manera por la que su ocio fue más útil a los hombres que el apresuramiento y el sudor de los otros. Y, sin embargo, dejaron la impresión de que habían trabajado mucho a pesar de no haber trabajado nada en los asuntos públicos.

VII. Hay, además, tres clases de vida, entre las que suele preguntarse cuál es la mejor: la una se entrega al placer, la otra a la contemplación y la tercera a la acción. Veamos, en primer lugar, si todas estas doctrinas, dejando a un lado toda discusión y el odio implacable que declaramos a los que si-

guen caminos distintos, no tienden al mismo fin, bajo distintos nombres. Ni el que gusta del placer carece de toda contemplación, ni el que se entrega a la contemplación está privado del placer, ni tampoco el que dirigió la vida a su actividad está falto de contemplación. "Va mucha diferencia, me dices, en que una cosa nazca de nuestra voluntad o sea un añadido al propósito de otro". Grande es la diferencia, sin duda, pero una cosa no va sin la otra ni el uno contempla sin acción, ni el otro actúa sin contemplación. Ni tampoco el tercero, a quien convinimos no juzgarle mal, acepta un deleite inerte, sino el que la razón le muestra ser consistente para él "de modo que es también activa esa secta de los voluptuosos". Ciertamente es activa, pues el mismo Epicuro dice que él se alejaría del placer y que hasta apetecería el dolor, cuando el deleite está amenazado de arrepentimiento o cuando se ha de tomar un dolor menor por otro más grave. "¿Adónde va todo esto?". A demostrar que la contemplación gusta a todos. Unos se dirigen a ella por sí misma: para nosotros es una parada, no un puerto.

VIII. Añadamos aquí esto que, según el principio de Crisipo, es lícito vivir en el ocio. Y no digo que haya de resignarse a él, sino que se ha de elegir. Dicen los nuestros que el sabio no ha de acceder a ningún asunto público. ¿Qué importa la manera con que el sabio accede al retiro? ¿Es acaso porque le falta la república o porque él falta a la república? Si a todos ha de faltar la república, y siempre faltará a los que la buscan a disgusto, mi pregunta es: ¿A qué república accederá el sabio? ¿A la de los atenienses, en la que Sócrates fue condenado y de la que Aristóteles huyó para no serlo? ¿Aquella en la que la envidia oprime a la virtud? Me negarás que a esta república no debe acercarse el sabio. ¿Se acercará, entonces, el sabio a la república de Cartago, en la que domina la sedición constante y la libertad se vuelve contra los mejores, en la que la justicia y el bien llegan al sumo en-

vilecimiento, es inhumana la crueldad hacia los enemigos y ella misma hostil hacia los suyos? Sí, también huirá de ésta. Si tratare de recorrerlas una tras otra, no encontraré ninguna que pueda soportar al sabio o que el sabio pueda soportar.

Y si no se encuentra esa república que soñamos, empieza ya a sernos necesario el retiro, porque no existe lugar alguno que sea preferible al ocio. Si alguien dice que no hay nada como navegar y luego se da cuenta de que no se puede navegar en aquel mar, donde suele haber naufragios y en el que aparecen tempestades repentinas, que arrebatan al capitán, he de pensar que éste me aconseja no soltar amarras, aunque alabe la navegación.

DE LA SERENIDAD DEL ALMA [48]

Anneo Sereno

I. Al examinar mi alma, Sereno, aparecían ciertos vicios tan al vivo que podía cogerlos con la mano. Había otros más oscuros y como en los rincones del alma. Y otros volvían, no de forma continua, sino intermitentemente. De éstos diría que son molestísimos, como enemigos trashumantes, que asaltan en ocasiones, sin dar lugar a estar prevenidos como

---

[48] El tema sobre *La serenidad del alma* ha sido recurrente en la literatura clásica, tanto griega como romana. Demócrito, Hiparco, Diógenes Laercio y otros antes de Séneca abordaron el tema. Después de él, Plutarco y otros escribieron sobre el mismo. Con respecto a la datación, no es fácil, como en casi todos los escritos de Séneca, dar la fecha exacta, estaría entre los años 47 al 63 d.C. (unos la sitúan en torno al 64 d.C. y otros la retrasan al 51-63 d.C.). Dedica este tratado a Anneo Sereno, a quien también dedica otras obras, como *Sobre el ocio o de la vida retirada*. Tácito y Plinio "el Viejo" nos hablan de él: el primero como amigo de Séneca y de Nerón. El segundo habla de él como el *praefectus vigilum*. Otros datos del personaje aparecen a lo largo del tratado.

El tratado se abre (I) con la exposición que hace Sereno de los problemas que le afectan y le perturban. Séneca le responde, proponiéndole los remedios para conseguir la ansiada serenidad, no sin antes definir lo que es la *Eudomía* o *serenidad del alma* (II-XVII). Los remedios son varios: cómo conocer bien el ocio, entregarse a la acción, intentar ser útil a los demás, refugiarse en el estudio, etc. Véanse notas 17 y 43.

en tiempo de guerra, ni tan descuidados como en tiempo de paz. Tal es mi situación. ¿Por qué no decirte la verdad a ti como a médico, pues ni me veo libre de estas culpas que temía y aborrecía ni de todo punto rendido a ellas? Es tal mi disposición que, si no es la peor, es, por lo menos lamentable y enojosa. Ni estoy enfermo ni tengo salud. Y no quiero que me digas que los inicios de todas las virtudes son tiernos y que con el tiempo arraigan y cobran fuerza. Pues no ignoro que, incluso en las cosas en que se busca la estima, como los honores o la fama de la elocuencia y las demás cosas que penden del criterio ajeno, se fortifican con el tiempo. De la misma manera, las otras cosas que proporcionan auténtica fuerza o que se dejan engañar con algún disfraz, esperan años, hasta que el tiempo poco a poco les va dando color. Me temo, sin embargo, que la costumbre, que da firmeza a las cosas, grabe en mí este vicio más hondamente.

Esta larga cohabitación, así de bienes como de males, engendra amor. Cuál sea esta enfermedad del alma, perpleja entre ambos extremos y, que no se entrega inflexiblemente ni a lo bueno ni a lo malo, no te la podré exponer tan bien de una vez como dividiéndola en partes. Te diré lo que a mí me sucede; tú encontrarás un nombre para esta enfermedad. Confieso que estoy poseído de un gran amor a la templanza. Me gusta la cama adornada sin ambición. No me agrada la toga sacada del arca y prensada con mil pesas o tormentos que la obligan a que brille. Prefiero la casera y más común, que se ha de guardar y poner sin mayor cuidado. Me gusta la comida que no esté servida por infinidad de criados, ni provoca la admiración de los invitados. No me gusta la comida preparada con muchos días de antelación, ni la que pasó por muchas manos, sino la ordinaria y fácil de hallar, que no es nada exquisita, que no falta en parte alguna, ni sea gravosa al patrimonio ni al cuerpo, ni que tenga que volver a salir por donde había entrado. Me agrada el escanciador poco culto y el esclavo rudo y la plata pesada de mi rústico padre,

todavía sin labrar y sin el nombre del artífice. Me siento también contento con una mesa que no llama la atención por la variedad de colores, ni es conocida de la ciudad por diferentes sucesiones de dueños elegantes. Me conformo con aquella que sea suficiente para el uso diario, en la que no fijen sus ojos los invitados ni les encienda con la envidia.

Y, si bien me agradan estas cosas, mi espíritu queda deslumbrado ante el lujo de algunas casas, con una legión de esclavos, más relumbrantes con el oro de sus libreas, que en una pública procesión. Me desconcierta asimismo entrar en una casa por donde se avanza sobre alfombras preciosas, llena de riquezas por todos los rincones, con artesonados refulgentes y donde se agolpan seguidores y amigos, cortejo ordinario de los patrimonios que se hunden. ¿Y qué diré de la fuentes que, transparentes hasta el fondo, rodean las salas de los festines? ¿Y qué de los banquetes dignos del escenario donde se preparan? Lo que digo es que a mí, que venía de las remotas tierras de la frugalidad, me rodeó por todas partes con gran resplandor el lujo desmesurado. Por un momento se turba mi vista. Pero mi ánimo resiste más fácilmente que mi vista. Me retiré no peor, pero sí más triste, pues me hallé desconcertado entre mis pobres cosas, sintiendo un sordo remordimiento que me hizo dudar de si todo aquello era mejor.

Ninguna de esas cosas me cambia, pero no deja de perturbarme. Me gusta seguir la fuerza de los preceptos de los maestros y meterme en los problemas del pueblo. Me halagan los honores y los fastos, no por la púrpura y las varas, sino porque me hacen más dispuesto y útil a los amigos y familiares y los ciudadanos todos y, en último término, a toda la humanidad. Puesto más cerca, sigo a Zenón, Cleantes y Crisipo, ninguno de los cuales intervino en los asuntos públicos, a los que ninguno de ellos dejó de encaminar a sus discípulos. Cuando algo hiere mi alma no acostumbrada a los embates; cuando algo indigno ocurre, como abunda en la

vida humana, o de no fácil solución; o cuando las cosas a las que no se debe poca estimación, me piden mucho tiempo, luego me vuelvo al ocio. Y como sucede al ganado fatigado, que camina más ligero cuando vuelve a casa, así a mi espíritu place más encerrar su vida entre las paredes de mi casa. Que nadie, por tanto, me robe un solo día, pues nadie me puede devolver algo digno de tamaño dispendio. Que el alma entre en sí misma, gócese en su propia posesión, no se implique en negocios ajenos, ni en nada que la someta a juicio de otro. Y libre de preocupaciones, públicas y privadas, viva feliz en su propia tranquilidad. Sucede, no obstante, que cuando una lectura más fuerte levanta el espíritu y los nobles ejemplos le ponen espuelas, apetece acudir al foro y prestar, a uno la elocuencia, a otro los servicios que, si bien no llegan a ser de provecho, al menos intentan serlo, y de esta manera, refrenar en el foro la soberbia de quien sin razón se engríe de verse próspero.

En los estudios creo más acertado poner los ojos en la sustancia de las cosas; que el lenguaje se ciña a ellas, proporcionándole las palabras adecuadas, de manera que, por donde ellas nos guíen, siga la oración con naturalidad. ¿Qué necesidad hay de adornar lo que ha de durar siglos? ¿Quieres hacer esto para que los venideros no te pasen en silencio? Naciste para la muerte y un entierro silencioso tiene menos molestias. Escribe para tu uso particular alguna pequeña obra, en estilo sencillo; y que sea para ocupar el tiempo, no por pura ostentación: será de menos trabajo hasta para los que estudian las cosas que suceden cada día. Cuando el espíritu se levanta de nuevo con la grandeza de algún pensamiento, pronto se vuelve altivo en sus palabras, porque en su aspiración a cosas más altas, más altivo se torna en su hablar. Y olvidado entonces de la ley del juicio exacto, me elevo más alto y hablo con labios ajenos.

Y para no discurrir más sobre cada cosa, afirmo que en todo me sigue esta enfermedad de tener la mente sana. Y poco

a poco temo caer en ella, o lo que más me preocupa es estar siempre colgado, como en actitud del que va a caer, siendo esta indisposición mayor quizá, que la solicitud que tengo de curarla. Porque siempre miramos con buenos ojos las cosas que se refieren a nosotros, siendo este favor perjudicial al juicio. Pienso que muchos habrían podido llegar a la sabiduría si no estuvieran convencidos de que ya la habían conseguido. Y si no hubieran disimulado en sí mismos ciertos defectos o no hubieran pasado por alto otros, bien abiertos los ojos. No has de pensar que la adulación ajena sea más perjudicial que la nuestra. ¿Quién es el que tiene el valor de decirse la verdad a sí mismo? ¿Quién el que metido en la multitud de halagadores y lisonjeros no se atribuyó a sí mismo mayores méritos de los que le tributaban a él? Suplícote, pues, que si tienes algún remedio para esta afección mía, me juzgues digno de que te deba la tranquilidad. Sé bien que estos movimientos de mi alma no son peligrosos ni me inquietan gran cosa. Te declararé con una comparación verdadera aquello de que me quejo. No me fatiga la tempestad, sino el mareo. Líbrame pues de cualquier mala disposición que haya en mí y ven en auxilio del náufrago que se afana ya por llegar a tierra.

II. Créeme, Sereno: hace ya tiempo que ando buscando en silencio una comparación más adecuada para explicar este estado de espíritu en que vivo. Y no encuentro un ejemplo que más se le acerque, que el de quienes han salido de una grave y larga dolencia, y siguen sintiendo todavía ligeros y momentáneos dolores. E incluso, después de haberse visto libres de ligeras secuelas de la enfermedad, se ven turbados por aprehensiones, y ya curados del todo dan el pulso al médico, sospechando que su cuerpo sufre de calentura. El cuerpo de éstos, Sereno, no está enfermo sino poco acostumbrado a la salud. Les sucede lo que al mar y a los lagos, que aun después de cesar las tormentas y quedar tranquilos y en

calma tienen cierta conmoción. No le son necesarios aquellos remedios drásticos a que fuimos sometidos, tales como: hacerte violencia a ti mismo unas veces, enfadarte contigo otras y otras espolearte con energía. Basta con que te apliques el último remedio, como es la confianza en ti mismo y te persuadas de que vas caminando derecho sin dejarte llevar por las huellas transversales de muchos que van de un lado a otro, algunos de ellos a la orilla misma del buen camino.

Lo que tú deseas es una cosa grande, excelsa y cercana a Dios, no alterarte. A esta estabilidad del alma la llaman los griegos *Eudomía,* sobre la que Demetrio escribió un libro excelente. Yo la llamo *tranquilidad,* pues no es necesario imitarlos, ni traducir las palabras a su estilo. De lo que se trata es de significar con algún nombre, que tenga la fuerza de la denominación griega, aunque no tenga la misma cara. Lo que ahora buscamos es cómo podrá caminar siempre el alma a paso igual y próspero; cómo estará siempre en paz consigo y cómo mirará sus cosas con alegría ininterrumpida, manteniéndose en un estado de placidez, sin desvanecerse ni abatirse. Esto será la tranquilidad. Busquemos, pues, en general el camino por donde llegar a ella: toma tú cuanto quieras de este remedio público. Mientras tanto, hay que exponer todo vicio, a fin de que cada uno reconozca lo que a él le toca. Al mismo tiempo, entenderás que el problema de ese hastío de ti mismo es mucho menor que el de aquellos que, atados a una profesión brillante y trabajando bajo el peso de magníficos títulos, persisten en su simulación más por vergüenza que por propia voluntad.

Todos están en el mismo camino, tanto los que padecen de ligereza de carácter, del tedio o de una constante mudanza de propósitos, a los que siempre agrada más lo que dijeron, como los que se embrutecen en el marasmo de sus bostezos. Añade a éstos, los que a semejanza de los que tienen un sueño difícil, andan mudándose de un lado a otro, hasta que el cansancio les devuelve el sosiego. De este modo, crean un

estado de vida que les conduce, a la postre, no al que le sorprendió en el odio al cambio, sino a la vejez, incapaz ya de nuevas empresas. Añade, además, a los que son poco propicios a todo cambio, no por constancia en el vicio, sino por inercia. Y viven no como desean, sino como comenzaron. Innumerables son los aspectos del vicio y una sola es su consecuencia: estar descontento de sí mismo. Y esto surge de la destemplanza del ánimo y de la cobardía o del poco éxito de sus deseos, pues no se atreven a tanto como apetecen o no lo consiguen si se frustran sus esperanzas, siempre inestables y tornadizas: algo que sucede necesariamente a los que están pendientes de sus deseos. Pasan su vida fluctuando, aprenden y se entregan a cosas poco honestas y difíciles, y cuando su trabajo queda sin premio, les atormenta la deshonra inútil, doliéndose, no de haber deseado el mal, sino de haberlo querido en vano. Entonces se apodera de ellos el dolor que les causa el haber comenzado y el temor de volver a empezar, con una inquietud del alma, que en nada encuentra salida, porque no pueden dominar sus deseos, ni saben obedecerlos. Surge, entonces, una vida irresoluta y una torpeza de espíritu incapaz de tomar una resolución.

Todos estos males se agravan, cuando aburridos de su trabajosa infelicidad, se refugian en el ocio o en los estudios solitarios, que no puede aguantar un espíritu dedicado a los negocios civiles, que se afana por trabajar y que inquieto por naturaleza, encuentra en sí poco solaz. Y así, cuando se ve privado del consuelo y deleites, que le daban las ocupaciones, no puede sufrir su casa, su soledad y el estar entre cuatro paredes, contrariado de haberse quedado solo. De aquí le viene el fastidio, la displicencia hacia su persona sin que su espíritu halle reposo en parte alguna y sin que pueda soportar su triste y amarga ociosidad. Le duele, sí, confesar las causas de sus males y ambiciones, que encerradas en un sitio tan estrecho y sin salida quedan ahogadas en sí mismas. De ahí también nace la tristeza que los marchita con las mil fluctuaciones de un

alma indecisa, a quien mantienen suspensa las esperanzas concebidas y dejan perpleja sus fracasos. De ahí asimismo la pasión de los que detestan su ocio y se quejan de que no tienen nada que hacer. Y la envidia tan enemiga del medro ajeno. Porque la desdichada inercia alimenta la lividez envidiosa y quiere la ruina total, porque ellos no pudieron sacar provecho. Y, finalmente, de esta aversión al enriquecimiento ajeno y de la desesperación por la propia ruina nacen la irritación del alma contra la fortuna y sus quejas contra sus tiempos, así como su retirada a los rincones y su hundimiento en sus propias penas, mientras siente hastío y asco de sí misma.

Por naturaleza, el espíritu del hombre es activo e inclinado al movimiento. Le agrada toda oportunidad de excitarse y distraerse, sobre todo a los espíritus más depravados que voluntariamente quedan atrapados en sus ocupaciones. Les sucede lo mismo que a algunas heridas que apetecen las manos que las irritan. O como a la fea sarna del cuerpo que se complace en aquello mismo que la exaspera. No otra cosa diría a esas almas de las que, a manera de úlceras, se apoderaron las pasiones, el trabajo y la agitación: se deleitan con el trabajo y la agitación. Porque hay ciertas cosas que con un cierto dolor gustan a nuestros cuerpos. Tal es el tenderse en el lecho y cambiar el costado, no cansado todavía y aliviarse con el cambio de postura. Así lo hacía aquel Aquiles de Homero, que ponía remedio a sus dolores con los cambios: ya puesto boca abajo, ya boca arriba, o adoptando varias posturas, pues es propio del enfermo no durar mucho en una sola. De ahí esa tendencia a emprender raras peregrinaciones, a navegar hacia mares remotos; y por mar o por tierra se hace experiencia de la enemiga movilidad.

"Dirijámonos ahora a la Campania". Al instante nos cansan sus campos deliciosos. "Vayamos a lugares agrestes". Atravesemos los montes de los Abruzos y Lucanos. Busquemos, sin embargo, algo ameno en medio de las tierras desiertas, en donde los ojos cansados se alivien de lo hirsuto del paisaje. "Vayamos hacia Tarento y a su puerto celebrado

y a los sitios de invierno más suave o a las casas tan opulentas de aquella vieja ciudad"[49]. "Volvamos ya hacia Roma". Demasiado tiempo hace que nuestras ovejas no sienten el estruendo ni el aplauso, ya es hora de gozar del derramamiento de sangre humana. Pasemos ahora de un viaje a otro y cambiemos un espectáculo por otro. Como dice Lucrecio:

> *Hoc se quisque modo semper fugit.*
> Así cada uno anda huyendo de sí mismo[50].

Pero, ¿de qué le aprovecha, si nunca acaba de huir? Va siguiéndose a sí mismo y le acompaña el más desagradable de los compañeros. Hemos de saber, por tanto, que el mal que sufrimos no nace de los lugares, sino de nosotros mismos; que somos débiles para soportarlo todo: incapaces de soportar mucho tiempo el trabajo, el placer, nuestras cosas o las ajenas. A muchos acarreó la muerte el estar cambiando a menudo de intentos, para volver siempre a las mismas cosas, sin dejar sitio a la novedad. La vida y el mundo mismo comenzó a causarles hastío y les salió de los labios la queja de los ahítos de placer: ¿Hasta cuándo las mismas cosas?

III. Me preguntas qué remedio pienso yo que has de usar para este hastío. "El mejor sería, según Atenodoro[51], entre-

---

[49] *Campania,* región muy fértil del sur del Lacio, capital Nápoles. *Abruzos y lucanos,* regiones de carácter agreste y pobre, destinadas al pastoreo. *Tarento,* la ciudad más importante del sur de Italia. Ciudad antiquísima. En constante comercio con Grecia, alcanzó su apogeo en s. IV a.C. Sometida a Roma en el 213 a.C.

[50] Lucrecio, III, 1081.

[51] *Atenodoro.* Son varios los personajes con este nombre. Unos ven en él a Atenodoro de Tarso que estuvo al frente de la biblioteca de Pérgamo. Amigo de Catón de Utica. Otros ven en él a Atenodoro de Tarso, discípulo de Posidonio, maestro y amigo de Augusto. Finalmente, otros lo identifican con *Atenodoro de Sandón,* discípulo y propagador de la doctrina de Panecio. Véase nota 34.

garte a los servicios de la comunidad y a la administración de los asuntos civiles. Pues así como algunos hombres pasan el día curtiendo su cuerpo al sol y en ejercicios; y a los atletas les resulta utilísimo dedicar la mayor parte del tiempo a fortalecer sus músculos y su fuerza, cosa única a la que se dedicaron, así para vosotros que preparáis vuestro espíritu para el combate de los asuntos civiles, ¿no será muy bella cosa que os entreguéis a la misma tarea? Porque quien tiene el propósito de ser útil a sus conciudadanos y a todos los mortales, saca provecho al mismo tiempo que se ejercita, dedicado a su labor profesional, administrando según sus posibilidades, los intereses privados y comunes". Pero, sigue diciendo Atenodoro, "como en esta tan loca ambición de los hombres son tantos los calumniadores que tuercen al peor sentido las acciones rectas, la sencillez está poco segura. Y, como siempre, es más lo que impide que lo que ayuda, conviene que nos apartemos del foro y de los cargos públicos, pues un espíritu grande siempre tiene donde ejercitarse en el retiro de su casa. Y como el ímpetu de los leones y de otras fieras no queda frenado por las rejas de sus cuevas, así tampoco dejan de ser grandes las acciones de los hombres grandes, sobre todo, cuando están retirados en la soledad. Pero se retira de tal manera que dondequiera que esconda su ocio querrá ser útil a todos y a cada uno con su talento, con su palabra, con su consejo".

"Porque no sólo sirve a la comunidad quien hace públicas las candidaturas, defiende a los reos y delibera sobre la paz y la guerra, sino el que exhorta a la juventud; el que en tiempos en que hay falta de buenos maestros instruye con su virtud los ánimos; y el que detiene o desvía a los que se precipitan en las riquezas y en la lujuria, o por lo menos lo retarda. El que esto hace, en su vida privada cumple siempre una función pública. ¿Acaso sirve más y mejor a la república el pretor y el juez, que entre los ciudadanos y forasteros, o si es urbano, entre los conciudadanos, pronuncia la

sentencia del asesor, que el que, retirado, enseña qué cosa es justicia, qué la fortaleza, el desprecio de la muerte, el conocimiento de los dioses y, finalmente, qué bien tan gratuito es tener una buena conciencia? Y si, por tanto, gastas en el estudio el tiempo que sustraes a los cargos públicos, no por eso los has defraudado, ni has faltado a tu deber. Porque, no solamente lucha el que está en campaña y defiende el ala derecha o la izquierda, sino también el que guarda las puertas y el que en un puesto menos peligroso cumple su misión y no está ocioso, haciendo de centinela y vigilando el depósito de armas. Estos cuidados, aunque sean incruentos, se computan como años de servicio. Si vuelves a los estudios, evitarás todo hastío de la vida; ni por aburrimiento del día estarás deseando que llegue la noche, no te cansarás de ti mismo, ni serás inútil a los otros: tendrás la amistad de muchos e irán en busca tuya los mejores. Pues la virtud, aunque esté en un sitio oscuro, nunca se oculta, sino que envía sus señales y quien fuere digno de ella la encontrará por sus huellas. Si cortamos toda convivencia y renunciamos al trato con los hombres y vivimos solamente vueltos hacia nosotros mismos, a esta retirada sobrevendrá carente de todo deseo, una falta absoluta de ocupaciones".

"Entonces comenzaremos a levantar unos edificios y a derribar otros; a revolver el mar y a conducir sus aguas cuando las dificultades de los lugares, empleando mal el tiempo que la naturaleza nos dio para emplearlo bien, unos usamos de él con templanza y otros con prodigalidad. Unos lo gastamos de tal forma que podemos dar razón de él, otros sin que les queden huellas de él. Cosa sumamente vergonzosa es que el viejo cargado de años no tenga otro argumento para probar que vivió mucho, más que sus arrugas y sus canas".

IV. Me parece, carísimo Sereno, que Atenodoro se rindió antes de tiempo a las circunstancias y se retiró demasiado pronto. No niego que hayamos de retirarnos algún día, pero

ha de ser a paso lento y salvando siempre las banderas y el honor militar. Más estimados y más seguros están aquellos que se rinden al enemigo, manteniendo las armas. Lo mismo juzgo que conviene a la virtud y a quien la ama. Si prevaleciera la fortuna y tuviese la capacidad de actuar, no huya luego volviendo inerme las espaldas, buscando donde esconderse, como si hubiera un lugar libre de la persecución de la fortuna. En tal caso, entréguese con mayor denuedo a los servicios de la comunidad, eligiendo con prudencia alguna actividad en la que pueda ser útil a los ciudadanos. ¿Que no puede servir en el ejército? Aspire a los cargos civiles. ¿Que ha de pasar a la vida privada? Hágase orador. ¿Que le impone silencio? Ayude a los ciudadanos con servicios particulares. ¿Le resulta peligrosa la entrada en el foro? Muéstrese en las casas, espectáculos y banquetes como buen vecino, amigo fiel y sobrio invitado.

Y si no puede ejercer las funciones de ciudadano, que ejerza las de hombre. Por eso, nosotros no nos encerramos en las murallas de una ciudad, sino que salimos con ánimo decidido a comunicarnos con todo el mundo, teniendo por patria a todo el orbe para dar con esto más ancho campo a la virtud. ¿Se te cerró el tribunal, te quedó prohibida la tribuna pública o se te niega la palabra en los comicios? Mira hacia atrás y contempla cuán grande es la latitud de las provincias y pueblos: nunca se te cerrarán regiones tan extensas, que no te queden abiertas otras más dilatadas. Pero advierte que todo esto no sea culpa tuya, porque no quieres servir a la comunidad, sino como cónsul o prítano o cérice o súfeta[52]. ¿Es que no quieres militar, sino como general o tribuno? Si otros están en primera línea y la suerte te puso en la retaguardia, pelea desde allí con la voz, con la arenga, con el

---

[52] *Prítano, sévice* o *súfeta.* Títulos elevados en los cargos públicos. *Prítano,* en Atenas y Corinto. *Cérice,* cargo religioso de gran importancia en Eleucis. *Súfita* o *súfeta,* en Cartago.

ejemplo y con el coraje. Quien está a pie quedo y con sus voces arenga en la guerra, halla la manera de servir a los suyos, incluso después de cortadas sus manos. Lo mismo has de hacer tú, si la fortuna te aleja de los primeros puestos de la república, si estás firme y la ayudas con tus voces. Y si te cierran la boca no desfallezcas, ayúdala con el silencio, que el trabajo de un buen ciudadano nunca es inútil: siempre produce fruto, cuando se le oye y cuando se le ve, con el gesto, con el talante, con su callada obstinación y hasta con su misma manera de andar. Pues así como ciertos productos salutíferos aprovechan con su olor, sin gustarlos ni tocarlos, de la misma manera, la virtud difunde aun desde lejos y escondida mil utilidades. Siempre es provechosa en cualquier situación que se encuentre; ora use de su entera y propia libertad, ora sean precarias sus intervenciones y se vea obligada a recoger velas; ora esté ociosa y muda o metida en una cárcel estrecha o ande libre en un lugar abierto.

Entonces, ¿qué? ¿Piensas que es de poco provecho el ejemplo del que goza una quietud virtuosa? Yo creo que lo mejor de todo es alternar el ocio con la actividad, siempre que una vida laboriosa se viere impedida por impedimentos circunstanciales o por la situación política de la comunidad. Nunca se cierran las cosas hasta el punto de que no sea posible alguna acción honesta. ¿Podrás, acaso, encontrar una ciudad más desdichada que la de Atenas cuando fue maltratada por treinta tiranos? Mataron a mil trescientos ciudadanos, elegidos entre los mejores, sin que esto pusiera fin a la crueldad, que se exacerbaba más a sí misma. En esta ciudad estaba el Areópago, tribunal justísimo y un senado y un pueblo que hacía de senado. Se reunía también allí en sesión diaria un tétrico conciliábulo de verdugos y un desdichado tribunal estrecho para tantos tiranos. ¿Podría, por ventura, tener alguna quietud aquella ciudad donde los tiranos eran tantos como los soldados de la guardia? Tampoco podía ofrecerse a sus habitantes esperanza alguna de libertad, ni se veía salida que pusiera re-

medio contra tantos infortunios. ¿De dónde, pues, habían de salir para reparo de tan miserable ciudad, tantos Hermodios?

Sócrates, sin embargo, estaba en la ciudad y consolaba a los llorosos senadores y exhortaba a los que desconfiaban de la salud de la república y echaba en cara a los ricos que temían perder las riquezas con el tardío arrepentimiento de su peligrosa avaricia y daba a los que le querían imitar un heroico ejemplo, caminando libre entre treinta déspotas y, no obstante, esta misma Atenas le dio muerte en la cárcel. Pues, la ciudad libre no toleró la libertad de quien había insultado impunemente al escuadrón de tiranos. Todo esto para que sepas que incluso en una república afligida, el varón sabio tiene oportunidad de manifestarse, y que, en otra floreciente y afortunada, reinan la petulancia, la envidia y mil otros vicios que paralizan. Por tanto, cualquiera que sea la situación de la república, y en cuanto nos lo permita la fortuna, desplegaremos o recogeremos velas: Sí, nos moveremos y nunca nos quedaremos atados por el miedo. Aquél será varón fuerte, que, amenazado por todas partes de peligro y oyendo de cerca el ruido de las armas y el estruendo de las cadenas, no quiebra ni esconde en ellas la virtud. No debe hacerlo, porque salvarse no es enterrarse. Con razón, según creo, decía Curio Dentato: "Prefiero morir a vivir muerto". El mayor de los males es salir del número de los vivos antes de morir. Pero habrá que hacerlo, si vives en un momento en que los negocios sean menos propicios para la comunidad. Entonces, entrégate más al ocio y a las letras, pero no de otra manera que quien se halla en una travesía peligrosa del mar: acógete inmediatamente al puerto. No esperes a que los negocios te despidan, despídelos antes tú mismo.

V. Pero, ante todo, debemos examinarnos a nosotros mismos; después, los negocios a emprender y, finalmente, las personas por las que o con las que hemos de trabajar. Y lo primero que debemos hacer es tantear nuestra capacidad,

pues con harta frecuencia, nos parece que podemos más de lo que en realidad podemos. Uno, confiado en su elocuencia, se despeña; otro graba su patrimonio más de lo que puede sufrir; otro aplasta su cuerpo enfermizo con un trabajoso oficio. A otros la timidez les impide desempeñar cargos públicos, que requieren un talante decidido. En cambio, la terquedad de otros, les impide llevar las cosas de palacio. Otros no saben dominar su ira y cualquier contrariedad les enfurece. Éstos no saben poner límite a su causticidad, ni pueden contener sus chocarrerías. A todos éstos les será más conveniente el ocio que la ocupación. Una persona altanera e impaciente por naturaleza ha de evitar toda irritación que pueda dañar su libertad.

VI. Después de esto hemos de ponderar las cosas que emprendemos, cotejándolas con nuestras fuerzas. Porque han de ser éstas siempre mayores en el trabajador que el trabajo a realizar, pues, por fuerza, han de oprimir al que las lleva, si son mayores que él. Además hay otros negocios que no tienen tanto de grandes como de fecundos, porque generan otros muchos, de los que surgen nuevas y múltiples ocupaciones de las que debemos huir. Tampoco debemos acercarnos allí de donde no se puede salir libremente. Hemos de poner las manos en aquellas obras que podemos llevar a cabo, o que esperamos poder acabar con certeza. Y se han de abandonar aquellas que, a medida que trabajas en ellas, adquieren mayor volumen y no acaban donde te propusiste.

VII. Se ha de hacer asimismo selección de los hombres, para ver si son dignos de que les confiemos una parte de nuestra vida, o si les alcanza algo de la pérdida de nuestro tiempo. Hay quien nos imputa nuestros favores como deudas. Dice Atenodoro: "Yo no iría a cenar a casa de quien no se juzgase deudor de tenerme por invitado". Creo que iría mucho menos a casa de aquellos que recompensan con una cena los favores de

sus amigos, contando como dádivas los platos, como disculpando su destemplanza en honor de los invitados. Quita tú a los testigos y espectadores y nos les gustará la cocina secreta.

Has de considerar, también, si tu carácter se adapta mejor a la gestión de los negocios o al estudio retirado o a la contemplación, para después inclinarte hacia donde más tienda tu espíritu. Sócrates sacó del foro a Eforo[53], agarrándole de la mano, porque le juzgó más apto para escribir historias y anales. Porque los talentos coaccionados responden mal y es inútil el trabajo cuando la naturaleza lo rechaza.

VIII. Nada tan grato al espíritu como la fiel y dulce amistad. ¡Qué bien tan grande el de los corazones cuando están dispuestos para que se deposite en ellos cualquier secreto con toda seguridad! Cuando los crees más seguros en su conciencia que en la tuya, cuyas palabras mitigan tus cuidados, cuyo parecer aclara tus dudas, cuya alegría disipa tu tristeza y, finalmente, cuya sola presencia te hace sentir feliz. En cuanto nos sea posible, a estos amigos los elegiremos por su falta de codicia, pues los vicios entran solapados y se transmiten hasta el prójimo, dañándole con su contagio. Por tanto, se ha de procurar, como en tiempos de peste, y no sentarnos cerca de los cuerpos infectos y tocados por la enfermedad, porque atraeremos los peligros y con sólo respirar caeremos en la enfermedad. Pondremos también gran diligencia a la hora de elegir los talentos de los amigos, para no escoger a los contaminados. Inicio de enfermedad es mezclar los sanos con los enfermos. Tampoco te mando que no elijas más que al sabio, o que le hagas tu amigo. ¿Dónde hallar a quien tantos siglos ha que estamos buscando? Por el mejor

---

[53] *Eforo de Cirene,* discípulo de Isócrates. Escribió *Historias* en treinta libros. *Isócrates,* uno de los diez oradores de Ática (436-338 a.C.). Discípulo de Pródico, Protágoras y Gorgias, amigo de Sócrates. Gran maestro de oratoria, abrió una escuela de retórica en Quíos y en Atenas.

has de tener al que no es muy malo. Pues aunque buscaras los buenos amigos entre los de Platón y Jenofonte[54], y entre aquella generación nacida de Sócrates, apenas si tendrías oportunidad de hacer otra mejor. O aunque tuvieras la suerte de pertenecer a la época de Catón, que a pesar de haber engendrado a muchos varones dignos, contemporáneos suyos, produjo también a otros muchos, peores que en cualquier otro siglo, maquinadores de grandes crímenes. Los dos bandos fueron necesarios para que Platón fuese conocido: los buenos para que lo aprobaran, y los malos, en quienes experimentase toda su virilidad. Pero ahora, con tanta carestía de hombres buenos, hágase la elección menos peligrosa. Evítense, sobre todo, hombres tristes, que se lamentan de todo, sin que haya cosa alguna de la que no hagan motivo de queja. Aunque te conste de su fidelidad y buen corazón, es enemigo, sin embargo, de la tranquilidad el compañero agriado y que se lamenta de todo.

IX. Pasemos ahora al patrimonio, causa de las mayores tribulaciones humanas. Porque, si lo comparamos con todas las demás cosas que nos acongojan, muertes, enfermedades, miedos, deseos, sufrimientos, dolores y trabajos con los demás daños que nuestro vil dinero nos acarrea, hallaremos que la hacienda es nuestro mayor gravamen. Debemos, en consecuencia, ponderar si no es más leve dolor no tenerla que perderla. Y entenderemos que la pobreza tiene tanta menos ocasión de tormentos, cuanto menores son sus perjuicios. Te engañas, si piensas que los ricos sufren con más ánimos sus pérdidas. El dolor de una herida es igual para los pigmeos que para los gigantes. Bión[55] dijo con elegancia:

---

[54] *Platón* (425-347 a.C.), filósofo griego. *Jenofonte* (430-354 a.C.), historiador y moralista griego, tomó parte en la expansión de Ciro. Véase nota 32.

[55] *Bión,* filósofo cínico, de gran influencia en la literatura romana, sobre todo en Horacio.

"no es menos molesto para los calvos y melenudos que les arranquen los cabellos". Esto has de entender: que ricos y pobres sufren un mismo tormento, pues estando unos y otros apegados a su dinero, no se les puede arrancar sin sentirlo. Ya dije que se tolera mejor y más fácilmente el no adquirir que el perder, y podrás ver que viven más contentos aquellos en quienes jamás puso sus ojos la fortuna, que aquéllos a quienes abandonó.

Conoció esta verdad Diógenes, varón de gran espíritu, dispuesto a no poseer cosa que se le pudiera quitar. Llama como quieras a esto: pobreza, necesidad, miseria; pon a esa seguridad el nombre ignominioso que quieras. Juzgaré que éste no es feliz, si me encuentras a alguien que nada pueda perder. O yo me engaño o es todo un reino vivir entre avaros, estafadores, ladrones, vendedores de esclavos ajenos, siendo yo el único a quien no puede causarse perjuicio. Si alguien pone en duda la felicidad de Diógenes, podrá dudar también del estado de los dioses inmortales o de si viven felices porque no tienen predios, ni huertos, ni quintas cultivadas por un colono extraño, ni grandes rentas que cobrar en el foro. ¿No te avergüenza tu desvanecimiento ante las riquezas? Vuelve ahora tu vista al mundo: verás a los dioses desnudos, que todo lo dan y que no tienen nada. ¿Juzgarás tú por pobre o semejante a los dioses al que se desnudó de todas sus riquezas? ¿Tienes por más feliz a Demetrio Pompeyano, que no tuvo vergüenza en acumular más riquezas que Pompeyo? Cada día se le hacía una relación de los criados que tenía, como al emperador de sus ejércitos, a él que tiempo atrás tuvo por toda riqueza dos sustitutos de esclavos y una celda más amplia. Al mismo Diógenes se le fugó un solo esclavo, llamado Manes, y al saber dónde estaba, no se preocupó de recuperarlo. "Me daría vergüenza, dijo, que Manes pudiese vivir sin Diógenes y que Diógenes pudiera vivir sin Manes". Parece haberme dicho: "Sigue con tu negocio, fortuna. Nada de lo que hay

en Diógenes[56] es ya tuyo". ¿Fugose mi esclavo? Mejor, quedó libre. La familia de los esclavos me pide vestido y comida: hay que llenar los estómagos de voraces animales, comprarles vestido y vigilar sus manos rapacísimas y hay que servirnos de quien siempre vive con llantos y quejas.

¿Cuánto más dichoso es aquel que a nadie debe cosa alguna, sino a quien con facilidad puede negar la deuda, es decir, a sí mismo? Pero ya que no nos hallamos con fuerzas suficientes, conviene por lo menos aminorar nuestros patrimonios para estar menos expuestos a los golpes de la fortuna. Los cuerpos pequeños, que con facilidad se pueden adaptar a sus armas, están más seguros que aquellos otros a quienes su mayor corpulencia les hace blanco de las flechas por todos los costados. La mejor regla del dinero es aquella que ni llega a la pobreza, ni se aleja mucho de ella.

X. Nos agradaría esta medida, si antes nos agrada la templanza, sin la que no hay riquezas que basten. Ni ningún otro recurso es suficiente, sobre todo, que el remedio está en nuestra mano, pudiendo convertir nuestra pobreza en riqueza, con sólo admitir la templanza. Acostumbrémonos a alejar de nosotros el lujo y a medir las cosas por la utilidad que nos producen, no por su suntuosidad, que la comida sacie el hambre, la bebida la sed y el placer discurra según los cauces de la naturaleza. Aprendamos a apoyarnos en nuestros propios medios; a no acomodar nuestra comida y nuestro vestido a los nuevos usos, sino a ajustarlos a las costumbres de nuestros mayores. Aprendamos a refrenar la lujuria, a templar la gula, a apaciguar la ira, a mirar con buenos ojos la pobreza y a practicar la frugalidad. Y aunque nos dé vergüenza dar a nuestros deseos remedios poco costosos, apren-

---

[56] *Diógenes "el Cínico"*, filósofo griego nacido en Sínope en el año 400 a.C. Murió hacia el 325 a.C. Célebre por su actitud y gestos de hondo sentido humano y llenos de sabiduría.

damos a tener a raya nuestras expectativas desenfrenadas y nuestro ánimo proyectado hacia el futuro, sujeto como con cadenas, de modo que alcancemos las riquezas por nosotros mismos más que por la suerte.

Digo, pues, que tanta variedad e iniquidad de sucesos no puede ser repelida sin que no caigan grandes borrascas sobre los que se lanzaron a la mar a velas desplegadas. Conviene, por consiguiente, estrechar el frente de batalla para que las flechas den en el vacío. De todo lo cual resulta que muchas veces los exilios y las calamidades se convierten en remedios y que con leves incomodidades se curan otras más grandes. Porque el alma que no respeta los preceptos ni siquiera puede curarse con blanduras. ¿Y no será para bien suyo que se le prescriba la pobreza, la ignominia y la pérdida de todos sus bienes, oponiendo un mal a otro mal? Acostumbrémonos, por tanto, a cenar sin invitados y a servirnos de menos criados; y a que los vestidos sirvan para el fin que fueron inventados y a vivir en casas más estrechas. Y no sólo hemos de replegarnos en las carreras y en las luchas del coso, sino también interiormente en los estadios de la vida. Incluso los mismos gastos por los estudios, tan nobles como son, serán razonables mientras sean moderados. ¿De qué sirven innumerables libros y bibliotecas, cuyo dueño apenas leyó en toda su vida los índices? Su cantidad abruma al estudiante, no le instruye; más te valdrá dedicarte a pocos autores que andar vagando de uno a otro. Cuarenta mil libros ardieron en la biblioteca de Alejandría, hermosísimo monumento de la opulencia real: alguno habrá que lo alabe, como lo hizo Tito Livio, que la llamó obra egregia de la elegancia y cuidado de los reyes[57].

---

[57] *Tito Livio,* historiador romano (59 a.C-17 d.C). Famoso por su *Historia romana,* desde la fundación de la ciudad. *Biblioteca de Alejandría,* su incendio tuvo lugar en el asedio de esta ciudad por Julio César, en el año 47 a.C. Véase nota 11.

Pero aquello no fue elegancia ni diligencia, sino una estudiada demasía, o por decir mejor no fue estudiada, porque no los reunieron para el estudio sino para sólo la vista. Tal como sucede a muchos ignorantes, incluso de las primeras letras, a quienes los libros no les son instrumentos para el estudio, sino decoración de los comedores, téngase, pues, la suficiente cantidad de libros, pero ninguna para ostentación. "Más honesto, me dirás, es el gasto en libros, que el que se destina a comprar vasos de corinto o tablas pintadas". Advierte que siempre es vicioso lo que es excesivo. ¿Es que hay razón para perdonar a quien se procura armarios de cedro y de marfil y se busca la sombra de autores desconocidos o reprobables, y que se aburre entre tantos miles de libros complaciéndose sobre todo en sus encuadernaciones o títulos? En casa de los más desidiosos encontrarás todas las obras escritas de oratoria e historia, los anaqueles llenos hasta el techo. En los mismos baños incluso y en las termas hay también una biblioteca como ornamento necesario de una casa. Yo perdonaría todo esto si naciera de una excesiva pasión por los estudios. Pero, estas obras exquisitas de ingenios sagrados, entalladas con sus retratos se buscan para adorno y gala de las paredes.

XI. Pero, quizá, entraste en un género de vida difícil, y sin darte cuenta, bien la fortuna pública bien la privada, te puso un lazo que no puedas ni desatar ni romper. Piensa que, al principio, los presos llevan mal las cadenas y cepos de los pies, pero después que se determinan a llevarlos, sin indignarse con ellos, la misma necesidad les enseña a soportarlos con fortaleza y la costumbre con facilidad. En cualquier estado de vida hallarás deleites, compensaciones y gustos, si no estás dispuesto a no dar por nada la que tienes ni a hacerla aborrecible. Con ninguna cosa nos obligó más la naturaleza, pues sabía que habíamos nacido para tantas miserias, como con haber hallado en la costumbre el modo de hacer

familiares las cosas más pesadas. Nadie perseveraría si la intensidad de las adversidades tuviera la misma fuerza que tuvo en los primeros golpes.

Todos estamos atados a la fortuna, pero la cadena de unos es de oro y floja, la de otros, estrecha y vil. Pero esto, ¿qué importa? Una misma es la cárcel en que estamos todos, pues también están presos en ella los mismos que te pusieron en prisión, a no ser que juzgues que es más ligera la cadena en la mano izquierda. A unos encadenan los honores, a otros las riquezas, a otros la nobleza. A unos oprime su humilde linaje y otros tienen sobre la cabeza extraños imperios y otros los suyos propios. A unos detiene en un lugar el destierro, a otros el ejercicio del sacerdocio. Toda la vida es servicio. Cada uno, pues, se ha de acostumbrar a vivir según su condición, sin quejarse de ello lo más mínimo y aprovechando todas las ventajas que nos ofrece. Nada hay tan amargo como que en un alma sensata no encuentre alivio. Muchas veces el arte del buen arquitecto dispone de pequeños espacios para usos variados y la buena distribución hace habitable el sitio, aunque sea angosto, aplica la razón a las dificultades. Así las cosas duras pueden ablandarse y ensancharse las estrechas. Y sábete que las pesadas oprimen menos a quien las sabe sobrellevar. Además de esto no se han de extender los deseos a cosas lejanas; y puesto que no las podemos encerrar, permitámosles solamente las cosas que están cerca. Dando de lado las cosas que no se pueden hacer o no se pueden alcanzar sin dificultad, sigamos lo que está cerca y alienta nuestra esperanza.

Pero sepamos que todas las cosas son igualmente caducas, y aunque en el exterior tienen diferentes apariencias, en su interior son igualmente vacuas. No tengamos envidia a los que ocupan altos puestos, porque lo que nos parece altura es despeñadero. En cambio, aquellos a quienes la mala suerte puso en una situación resbaladiza vivirán más tranquilos, quitando importancia a las cosas de suyo altas, po-

niendo su fortuna, en cuanto les fuere posible, en cosas más bajas. Son muchos los que se ven obligados a asirse necesariamente a la altura en que están situados, de la que no pueden bajar, si no es cayendo. Pero, por esto mismo, han de confesar que su carga más onerosa es la de ser más pesados a otros; y han de confesar también que no están encumbrados, sino amarrados. Con justicia, con mansedumbre, con humanidad y larga y benigna mano, hagan sus prevenciones para su cambio de fortuna, con cuya esperanza las hagan frente con mayor seguridad. Nada, sin embargo, librará a éstos tanto contra estas fluctuaciones del espíritu como poner algún límite a nuestros deseos de crecer y no dejar al albur de la fortuna el dejar de dar, exhortándose ellos mismos a detenerse mucho antes de llegar a los extremos. De esta manera, aunque algunos deseos acucien el ánimo, no conducirán a lo incierto y sin límites.

XII. Esta mi doctrina se dirige a los imperfectos, a los mediocres y a los malsanos, pero no al sabio. Éste no ha de caminar con timidez, ni como a tientas, porque tiene tanta confianza que no duda en salir al encuentro de la fortuna, ni se aparta jamás para cederle el paso. Pero tampoco tiene razones para temerla: porque no sólo tiene esclavos, heredades, dignidades, sino también su mismo cuerpo, sus ojos y sus manos y todo cuanto hace al hombre más amable la vida. Se cuenta incluso a sí mismo entre los bienes precarios y vive como prestado a sí mismo, dispuesto a devolverlo todo sin tristeza cuando se lo reclamen. Tampoco se desestima en nada, pues sabe que nada es suyo, pero hará todas las cosas con tanta diligencia y circunspección como un hombre religioso y santo suele guardar las cosas que fueron confiadas a su fidelidad. Y cada vez que se le mandare restituir, lo hará sin quejarse de la suerte, antes dirá: "Te doy gracias por el tiempo que lo poseí. Cierto que cuidé tus bienes como gran favor por tu parte, pero ahora me los pides y yo los cedo

agradecido y voluntariamente. Si quieres que me quede con algo, también lo conservaré. Pero, si te agrada otra cosa, te restituyo la plata, la casa, mi familia. Todo es tuyo". Si me llamare la naturaleza, la primera que me prestó a mí, le diré también: recibe mi alma, mejor que la que me diste, no vuelvo la espalda ni me escondo; dispuesto estoy a entregarte libremente lo que me diste cuando tenía sentido: llévatelo. ¿Acaso es molesto volver allá de donde viniste?

Mal vivirá quien no sepa vivir bien. La primera a la que se ha de rebajar su valor es la vida, contándola entre las cosas desdeñables. "Son mal vistos, dice Cicerón, aquellos gladiadores que al precio que sea quieren salvar la vida y, al contrario, los aplaudimos, si prefieren su desprecio". Lo mismo nos sucede a nosotros, entiéndelo, porque muchas veces el miedo de la muerte causa la muerte[58].

La fortuna que juega en estas cosas, dice: "¿Para qué te he de reservar animal vil y cobarde? Tanto más herido y maltratado serás, porque no sabes ofrecer el cuello. Y, al contrario, tú que no has hurtado tu cerviz ni esperas el cuchillo con las manos cruzadas servirás más tiempo y morirás con más libertad". El que teme la muerte no hará nunca algo digno de un varón vivo. Pero, quien sabe que en el momento mismo de su concepción firmó su muerte, vivirá conforme a lo estipulado y, juntamente la fuerza de espíritu hará que ninguna cosa de las que depara la vida, le sea arrebatada. Porque si da por seguro e ineludible todo lo que puede sobrevenir, mitigará los golpes de los males, ya que éstos nunca traen nada nuevo a los que los esperan prevenidos. Y solamente son graves y pesados para los que viven descuidados esperando tan sólo las cosas felices. Porque la enfermedad, la cautividad, la ruina y el fuego no me son cosas repentinas, sabiendo yo como sabía en qué alborotada hospedería me había puesto la fortuna.

---

[58] *Cicerón*, orador romano, nacido en Arpino (106-41 a.C.). Adoptó, fundamentalmente, las doctrinas de Aristóteles. Véanse notas 67 y 70.

Tantas veces he visto llorar la muerte de mis vecinos; tantas vi pasar por mi puerta entierros prematuros con cirios; tantas oí el estruendo de soberbios edificios que cayeron. Tantas personas a las que el foro, la curia o la amistosa conversación unieron conmigo. Se los llevó una noche, separando las manos unidas en amistad. ¿He de maravillarme que se acerquen a mí los peligros que siempre me rondaron? Gran parte de los hombres no piensa en la tempestad cuando se hacen a la mar. Yo no me avergonzaré de citar una sentencia buena, porque sea de un autor malo. Publilio, más vehemente que los mismos ingenios trágicos y cómicos, siempre que dejaba las chocarrerías mímicas y los chistes fáciles, dirigidos a los espectadores de las primeras filas del teatro, entre otras sentencias más fuertes, no sólo que el cipario, sino que el mismo coturno[59], dijo ésta:

Cuivis potest accidere, quod cuiquam potest.
A cada cual puede suceder, lo que puede suceder a alguno.

Quien depositare en su corazón esta sentencia y atendiere a los males ajenos, de los que cada día hay tanta abundancia, y advirtiera que puede llegarle a él, este tal se armará antes de ser acometido. Muy tarde se arma el alma de paciencia frente a los peligros, después que han sobrevenido. "No pensé —dirás— que esto iba a sucederme". "Nunca hubiera creído que esto pudiera venirme". ¿Y por qué no? ¿Qué riquezas hay a las que no siga la pobreza, el hambre y la mendicidad? ¿Qué dignidad hay cuya pretexta, cuyo bastón augural y cuyo calzado patricio no vayan acompañados de bajezas, exilios, descréditos y de mil notas infamantes, hasta termi-

---

[59] *Cipario,* telón o cortina individual donde se ocultaban los mimos cuando no actuaban en la escena. También telones naturales, similares al *aulaeum* que cubría la escena entera. *Coturno*, calzado que usaban los actores en las tragedias.

nar en el desprecio total? ¿Qué reino hay al que no le sobrevenga la ruina y la degradación, el tirano y el verdugo? Y estas situaciones no están separadas por grandes intervalos. Pues sólo, en el breve espacio de una hora, se pasa del trono a la postración ante rodillas ajenas.

Persuádete, pues, que todo estado es mudable y que lo que sobrevino a otros puede caer encima de ti. ¿Eres rico? ¿Acaso más que Pompeyo, a quien, cuando Cayo, su antiguo pariente y nuevo hospedador abrió la casa de César para cerrar la suya, le faltó pan y agua? Y el que poseía tantos ríos, que nacían y morían en su imperio, tuvo que mendigar agua de lluvia, muriendo de hambre y de sed dentro del palacio de su deudo, mientras que el heredero preparaba entierro público al que moría de hambre. ¿Llegaste a los más altos honores? ¿Son, acaso, tantos, tan grandes y tan generales como los que tuvo Sejano? Pues advierte que el mismo día que el senado le escoltó, el pueblo lo despedazó. No quedó de él, en quien los dioses y los hombres habían puesto todo lo que se puede juntar, cosa que pudiera llevarse el verdugo. ¿Eres rey? Pues, no te enviaré a Creso, que vio encenderse y apagarse la pira, sobreviviendo no sólo al reino, sino a su misma muerte. Tampoco te enviaré a Yugurta, a quien el pueblo romano vio preso dentro del mismo año en que le había temido. Vimos a Tolomeo, rey de África, y a Mitrídates [60]

---

[60] *Lucio Elio Sejano,* prefecto de la guardia pretoriana de Tiberio, gozó del poder del emperador e influyó sobre él. Fue ejecutado por orden del emperador en el año 31 d.C. *Creso* (s.VI a.C,) fue el último rey de Lidia. Además de sus riquezas, le hizo famoso su muerte legendaria. Después de subir a la pira fue arrebatado por Apolo y llevado a la Tierra de los hiperbóreos. *Yugurta,* rey de Numidia, derrotado en la guerra que después sostuvo con los romanos. Salustio escribió un relato sobre la guerra de Yugurta, años 117-114 a.C. *Tolomeo,* nieto de Marco Antonio y primo de Calígula, a quien éste mandó ejecutar después de haberlo mandado venir de África y recibirlo con honores. *Mitrídates,* rey de Armenia encarcelado por Calígula y enviado después por Claudio a su reino. Véanse notas 7, 11 y 12.

rey de Armenia, entre los guardas de Calígula, siendo el primero exiliado y el segundo con deseos de serlo bajo mejor protección. Si en este vaivén de cosas que suben y bajan no piensas que te amenaza todo lo que puede sucederte, das contra ti fuerzas a las adversidades, a las que quebranta quien las previene.

La consecuencia inmediata de todo esto es que no hemos de trabajar en cosas inútiles o por motivos sin sentido. Quiero decir que, o no codiciemos lo que no podemos conseguir o que, tras haberlo conseguido, entendamos demasiado tarde, cubiertos de vergüenza, la futilidad de nuestros deseos. Dicho de otro modo: que ni nuestro trabajo quede sin fruto, ni éste sea indigno del trabajo. Pues, casi siempre se sigue tristeza o por falta de éxito o por la vergüenza que éste nos causa.

XIII. Hay que cortar de raíz las idas y venidas de gran parte de los hombres, que van rondando ociosos y por casas, teatros y mercados. Se ofrecen a los negocios ajenos, remedando a los que siempre están ocupados. Si preguntas a alguno de éstos cuando sale de casa: ¿adónde vas? ¿Qué piensas?, te responderá: "pues, te diré la verdad, no lo sé. Veré a algunos amigos, algo haré". Van sin determinación, buscando ocupaciones, sin cumplir las que se habían propuesto, sino las que primero les ofrecieron. Su paseo es vano y estéril, como el de las hormigas que suben por los árboles para después de haber llegado a la cima, volver a bajar vacías. Semejantes a éstas pasan su vida muchos, de los que sin razón podríamos decir que están poseídos de una inquieta pereza; a otros compadecerás como si corrieran en un incendio, atropellando a los que encuentran en su camino y, despeñándose ellos, llevan a otros al despeñadero. Éstos, después de haber corrido a saludar a quien no les ha de pagar la cortesía, o para hallarse en un entierro de un desconocido, o para asistir a la vista de un pleito de un litigante em-

pedernido o a la boda de quien se casa muchas veces; o siguiendo su litera y ayudando a elevarla a determinados sitios, cuando vuelven a sus casas, molidos de un cansancio inútil, juran que ni saben a qué salieron, ni dónde estuvieron, para volver a dar los mismos pasos al día siguiente.

Diríjase, pues, tu trabajo hacia una meta y busque un resultado seguro. A los inquietos y locos no los mueve un negocio, los mueven las falsas imágenes de las cosas; porque no deja de empujarlos una cierta esperanza; les cosquillea la apariencia de aquello cuya vanidad no acierta a comprender su mente cautiva. Sucede lo mismo a cada uno de aquellos que salen de casa para engrosar la turba: son arrastrados de un lugar a otro de la ciudad por causas insustanciales y ligeras, y sin tener que trabajar, los echa de casa la salida del sol. Y después de haberse hecho mil veces encontradizos para saludar a muchos, orillado de éstos, a ninguno hallan con más dificultad cuando vuelven a casa que a sí mismos.

De este mal nace el vicio terribilísimo de andar siempre escuchando e inquiriendo los secretos de la república, los secretos de la gente y de averiguar otras muchas cosas, que, ni con seguridad se pueden contar ni son oídas sin ella. Pienso que Demócrito seguía esta doctrina que comienza así: "el que quiera vivir en tranquilidad, ni en público ni en privado gestione muchos asuntos". Se refería, claro está, a los inútiles. Porque si son necesarios, tanto públicos como privados, se han de llevar no sólo muchos, sino incontables. Pero cuando no nos llama ningún interés superior, debemos refrenar nuestra actividad.

XIV. El que se ocupa de muchas cosas, hace muchas veces entrega de sí a la suerte. En efecto, lo más seguro es hacer de ella pocas experiencias, si bien se ha de pensar siempre en ella y sin prometerse nada de su fidelidad. "Me haré a la mar, dice el sabio, a no ser que me lo impida algún accidente". "Llegaré a pretor, si algo no se interpone. El negocio me sal-

drá bien si no se cruza estorbo alguno". Sin duda, por eso afirmamos que al sabio nada le sucede contra su opinión: no le eximimos de los sucesos humanos, sino de los errores. Tampoco afirmamos que les sucedan las cosas como deseó, sino como lo pensó, pues lo primero que pensó fue que podría haber algo que impidiese la ejecución de sus deseos. Y así, es forzoso reconocer que en el ánimo del que no se prometió seguridad en su intentona, entra más templado el dolor de un deseo frustrado.

XV. Hemos de hacernos también flexibles, sin entregarnos con pertinacia a las determinaciones que tomamos, pasando a aquellas otras a las que el azar nos lleva. Ni hemos de temer los cambios de proyecto u orientación, con tal de no caer en la precipitación, vicio el mayor enemigo de la tranquilidad. Hemos de reconocer que la pertinacia es angustiosa y miserable a quien la fortuna golpea a menudo, pero mucho más grave es la ligereza que nunca se contiene. Ambos defectos, pertinacia y precipitación, son enemigos de la tranquilidad: no poder cambiar nada, ni poder sufrir nada. Hay, pues, que apartar el ánimo de todas las cosas externas para volver a sí mismo y estar contento con uno mismo: acepte sus cosas, aléjese en cuanto sea posible de las ajenas, aplíquese a sí mismo, hágase insensible a los daños e interprete con benignidad, incluso las cosas adversas. Sabedor nuestro Zenón del naufragio en que perecieron todos sus bienes, exclamó: "Quiere la fortuna que yo filosofe con más libertad". Amenazaba un tirano con la muerte y con que no sería sepultado al filósofo Teodoro: "tienes de qué alegrarte —le respondió—, porque la medida de mi sangre está en tus manos. Pero, en lo tocante a la sepultura, te equivocas, si piensas que me importa pudrirme encima o debajo de la tierra".

A Cano Julio, varón extraordinariamente grande, a cuya admiración no empece el haber nacido en nuestro siglo, des-

pués de haber tenido largos altercados con Calígula, este nuevo Fálaris[61], le dijo como despedida: "He mandado que te lleven al suplicio para que no te lisonjees con vana esperanza". Él le respondió: "te doy las gracias, óptimo primo príncipe".

Dudo yo de lo que quiso decir con esto, pues se me ocurren muchas interpretaciones. ¿Le quiso afrentar dándole a entender cuán grande era su crueldad, pues con ella tenía como beneficio la muerte? ¿O quizá le dio en el rostro con su cotidiana demencia? Pues le daban las gracias aquellos cuyos hijos hacía matar y aquellos a quienes arrebataba la hacienda. ¿O, por ventura, recibió con alegría la muerte, considerándola una liberación? En cualquier caso, la respuesta fue de un espíritu valiente. Dirá alguno: ¿después de esto pudo Calígula ordenar que Cano viviese? No temió esto Cano. Pues era demasiado conocida la persistencia de Calígula en tales órdenes. ¿Crees tú que pasó sin congoja alguna los diez días que le separaban del suplicio? No parece creíble lo que aquel varón dijo y lo que hizo y lo tranquilo que estuvo. Estaba jugando al ajedrez cuando el alguacil que traía la lista de muchos condenados a muerte, mandó que también le sacaran a él. Después de haber sido llamado, contó los tantos y dijo a su compañero de juego: "advierte que después de mi muerte no has de mentir, diciendo que me ganaste". Entonces, con una señal, llamó al centurión y le dijo: "serás testigo de que le gano un tanto". ¿Piensas tú que Cano jugaba en aquel tablero[62]? Con el juego burló al tirano. Tristes estaban sus amigos por la pérdida de tal varón. "¿Por qué estáis tristes?, les dijo. Vosotros andáis investigando si las

---

[61] La comparación de *Fálaris* y *Calígula* se repite en Séneca. Los dos son personajes crueles. No se conocen más datos de *Cano Julio.*

[62] *Tablero.* ¿Se trata del tablero del ajedrez o de las damas? La palabra latina es *latrunculi,* nombre que se daba a los *calculi* o fichas con que se jugaba en un tablero dividido en cuadrados en blanco y negro.

almas son inmortales y yo lo sabré enseguida". Y hasta el último momento de su muerte no desistió de inquirir la verdad y disfrutar de la muerte, como era su costumbre. Le seguía un discípulo suyo, y estando ya cerca del túmulo en el que se ofrecían todos los días sacrificios a César dios nuestro, le dijo: "¿En qué piensas ahora, Cano? ¿Qué idea tienes? Sacrifica a César". "Me he propuesto averiguar —le contestó Cano— si en aquel velocísimo instante de la muerte siente el alma salir del cuerpo". Y prometió que después de investigarlo, visitaría a sus amigos y les indicaría cuál era el estado de las almas.

Ves aquí la tranquilidad en medio de las tormentas y ves un ánimo digno de la eternidad, que invoca a la muerte como prueba de la verdad. Y puesto en el último trance, hace preguntas al alma cuando sale del cuerpo, aprendiendo así, no sólo hasta la muerte, sino de la misma muerte. No ha existido nadie que filosofase más tiempo que tú. Por eso la memoria de este gran varón no se borrará rápidamente y su nombre se pronunciará no sin respeto. En todo tiempo, oh clarísima cabeza, haremos que todos te recuerden, parte importante de las matanzas de Calígula.

XVI. Pero de nada sirve haber rechazado las causas de la tristeza personal que, a veces comporta un aborrecimiento de todo el género humano. Así sucede cuando nos topamos con la multitud de crímenes con fortuna; y cuando advertimos cuán rara es la simplicidad y cuán desconocida la inocencia y cuán poco guardada la fidelidad, a menos que convenga guardarla; y cuando beneficios y perjuicios, nacidos del placer son igualmente aborrecibles; y cuando la ambición sin límites, hasta tal punto desenfrenada que resplandece por su torpeza, el alma se mueve en la noche de profunda tiniebla, como si ya abatidas todas las virtudes no cabe esperarlas, ni aprovecha tenerlas. Debemos, por tanto, rendirnos a esto: a no tener por aborrecibles, sino por ridículos

los vicios del vulgo y a imitar antes a Demócrito que a Heráclito[63]. Éste, siempre que aparecía en público, lloraba; aquél reía. Para éste todas nuestras acciones eran miserias, a aquél le parecían tonterías.

Hay que quitar importancia a las cosas y llevarlas con ánimo alegre. Es más humano reírse de la vida que llorarla. Sábete, además, que el género humano valora más al que se ríe de él que al que se lamenta: el primero deja alguna parte de esperanza y el segundo llora neciamente aquello que desconfía poder remediar. Y todo bien considerado, mayor grandeza de alma es la del que no puede reprimir la risa, que la del que no puede contener las lágrimas, como no sea movido por una suavísima emoción. Sin que juzgue que en tan gran aparato de cosas no hay alguna que sea grande, sería ni siquiera digna de lástima.

Propóngase cada uno todas aquellas cosas por las que venimos a estar alegres o tristes, y entonces comprenderemos lo que dijo Bión: "Que todos los negocios de los hombres son semejantes en sus principios y que toda su vida no es más santa ni más seria que su concepto nacido de la nada". Y así, es más sensato tomar con calma las costumbres públicas y los humanos vicios sin pasar a reírlos o llorarlos, porque es una eterna miseria atormentarse con los males ajenos, y alegrarse de ellos un deleite inhumano. Como también es inútil compasión llorar y tapar el rostro porque alguno entierre a su hija. En nuestros propios males debemos portarnos de tal manera, que no demos al dolor más que lo que pide la razón, no lo que exige la costumbre. Son muchos los que lloran para que les vean y mantienen los ojos secos, cuando falta quien los mire: piensan que es cosa fea no llorar cuando lo hacen todos. Está tan profundamente arraigado este mal de estar pendientes del parecer

---

[63] *Demócrito de Abdera.* Véase nota 16. *Heráclito de Éfeso,* filósofo griego (500 a.C.).

ajeno, que hasta el dolor, la cosa más espontánea, se convierte en fingimiento.

XVII. Tras esto síguese una parte que, no sin causa, suele entristecer y turbar, como sucede en el destino final de los buenos. Sirva de ejemplo Sócrates, obligado a morir en la cárcel; Rutilio, a vivir en el destierro; Pompeyo y Cicerón, a entregar su cuello a sus mismos clientes y Catón, aquel vivo dechado de todas las virtudes, que apoyado sobre su espada, hace demostración de cómo moría al mismo golpe que la república. Hay que lamentar que la fortuna pague con premios tan inicuos a estos hombres. ¿Y qué puede esperar cada uno cuando ve que los mejores padecen lo peor? ¿Y qué se puede hacer? Poner los ojos en el modo en que ellos sufrieron y, si fueron fuertes, desear tú su valentía; pero si murieron mujeril y flacamente, nada se perdió. O fueron dignos de que su virtud te agrade o indignos de que se imite su cobardía. Porque, ¿qué cosa más degradante que ver cómo la muerte varonil de los grandes varones hace cobardes a los otros?

Alabemos una y otra vez al digno de alabanza y digámosle: "Cuanto más fuerte, más dichoso escapaste ya de los humanos acontecimientos, de la envidia y de la enfermedad; saliste de la prisión, tú, que no pareciste a los dioses digno de mala fortuna, sino merecedor de que la fortuna no tuviese sobre ti ningún dominio. Pero a los que, cuando se acerca la muerte, la rehúyen y ponen los ojos en la vida, hay que ponerlos a raya. A nadie lloraré porque esté contento, ni lloraré al que llora. El primero enjugó mis lágrimas, el segundo se hizo indigno de las de otros con las suyas. ¿He de llorar yo a Hércules[64] porque fue quemado vivo? ¿A Régulo, traspa-

---

[64] *Hércules*, el más célebre de los héroes griegos, figura mitológica, era hijo de Zeus y de Alcmena. Son conocidos los "doce trabajos de Hércules". Véase nota 19.

sado por tantos clavos? ¿A Catón, que con entereza aguantó tantas heridas? Todos éstos, con poco gasto de tiempo, hallaron modo de eternizarse, llegando a la inmortalidad por medio de la muerte".

XVIII. Es también no pequeña materia de preocupaciones el excesivo afán de aparecer ante los demás como persona elegante sin mostrarte cómo eres con nadie. Es una falta en la que caen muchos, cuya vida es fingida y ordenada a la ostentación. Pues esta continua contemplación de sí mismo le tortura, temiendo verse sorprendido en diferente figura de la que suele. Esta preocupación no nos deja nunca, porque juzgamos que siempre que nos miran nos someten a examen. Pero hay muchas circunstancias en que, sin quererlo nosotros, nos dejan al desnudo, y por bien que tanta compostura resulte, no es posible que sea grata ni segura a la vida de los que viven bajo la máscara. En cambio, ¡qué placer se esconde en una sencillez sincera, sin más adorno que ella misma y sin ningún velo encima de sus costumbres!

Pero también la vida corre el peligro del desdén, si todo es patente a todos, pues hay hombres a quienes hastían las cosas que vivieron de cerca. Pero la virtud no tiene peligro de envilecerse por acercarse a los ojos. Y mucho mejor es ser despreciado por la sencillez que atormentado con perpetua simulación. Mas pongamos en ello moderación: hay mucha diferencia entre vivir con sencillez y vivir con negligencia. Conviene mucho entrar dentro de nosotros mismos, porque la conversación con los que no son semejantes a nosotros, descompone lo bien compuesto, agita las pasiones y abre las llagas de todo lo que en el alma está endeble y mal curado. Hay, no obstante, que mezclar y alternar la soledad y la comunicación. La primera nos traerá el deseo del trato con los hombres; la segunda, el de nosotros mismos: y la una será remedio de la otra. La soledad nos curará del hastío de la multitud y ésta del tedio de la soledad.

Tampoco hemos de mantener el espíritu siempre en tensión, sino que lo hemos de hacer bajar a los entretenimientos. Sócrates no se avergonzaba de jugar con los niños, y Catón alegraba con vino su espíritu fatigado por los problemas públicos. Y Escipión moría al ritmo de la danza con aquel su cuerpo triunfador, pero no con retorcimientos afeminados, como hoy suelen hacer muchos que, incluso en su andar, superan la molicie de las mujeres, sino como aquellos antiguos varones que en los juegos y días de fiesta, solían danzar varonilmente, sin que sufriera merma su crédito, aunque los viesen danzar sus enemigos. Se ha de dar algún reposo a los espíritus para que descansados, se levanten mejores y más decididos a trabajar. Y así como de los campos fértiles no se ha de abusar, pues su no interrumpida fertilidad los esquilmará pronto, de la misma manera, el trabajo continuo quebrantará las fuerzas del espíritu, que lo recuperará con el reposo y la distracción. De la asiduidad en el trabajo surge una cierta languidez y decaimiento. Ni la afición de los hombres sería tan fuerte, si el entretenimiento y el juego cuyo ejercicio frecuente no llevara consigo cierto deleite natural; pero por su misma frecuencia quita a los ánimos toda su fuerza y vigor: necesario es el sueño para reparar las fuerzas, pero si duermes día y noche vendrá a ser la muerte. Mucha diferencia va entre aflojar y soltar una cosa. Los legisladores establecieron días festivos para que los hombres se juntasen en público, interponiendo una alegre y casi necesaria relajación en sus trabajos. Y los grandes hombres, como tengo dicho, se tomaban cada mes ciertos días feriados; y otros no dejaban día alguno sin dividirlo entre el ocio y la actividad, como sabemos de Asinio Polión, gran orador, a quien ningún negocio detenía, pasada la hora décima. Y después, ni siquiera leía carta alguna para que no le produjesen nuevas preocupaciones, reparando en aquellas dos horas de descanso el trabajo de todo el día.

Otros interrumpían el trabajo a mediodía, reservando para las tardes los negocios más ligeros. Y nuestros antepasados prohibían que después de la hora décima no se hiciese en el senado deliberación alguna. El soldado divide las guardias y el que viene de la campaña está libre de hacer de centinela de noche. Conviene ensanchar el ánimo dándole algún ocio que lo aliente y le dé fuerzas. El paseo que se hace, sea a pleno campo, para que a cielo abierto y al aire libre, el alma se levante y cobre ánimos. Algún que otro paseo en vehículo, pues un viaje y un cambio de sitio nos darán un nuevo vigor. Dígase lo mismo de un banquete y de una bebida más copiosa, incluso llegando hasta la raya de embriaguez, no para que nos anegue, sino como diversión, pues aleja los cuidados, levanta el espíritu y le cura de la tristeza, como también de ciertas enfermedades. A Baco, inventor del vino, le llamaron Liber, no por la libertad que da a la lengua, sino porque libra el ánimo de la servidumbre de los cuidados y le fortalece, haciéndolo más vigoroso y audaz para todos los inventos. Pero como en la libertad es saludable la moderación, lo es también en el vino. De Solón y Acersilao se dice que se dieron al vino; y a Catón se le tachó de embriaguez, pero el que le tachó de este vicio, más fácilmente conseguirá hacerle el vicio honesto que torpe a Catón.

Pero esta licencia del vino no se ha de tomar muchas veces a fin de que el ánimo no se habitué a las malas costumbres. Si bien se ha de servir como muestra de regocijo y libertad, desechando un poco la austera sobriedad. Porque, si damos crédito al poeta griego: "Alguna vez agrada perder la cabeza"; y si a Platón: "En vano abre las puertas a la poesía el que está en su entero juicio"; y si a Aristóteles: "No hay genio grande sin alguna dosis de demencia"[65] sólo el alma,

---

[65] Expresiones como éstas podemos encontrar entre otros en Horacio (*Odas,* III, 19-18; IV, 12-28) y en Fedro (22-245 a). Véanse notas 42 y 104.

excitada puede decir una cosa grande y superior a los otros. Cuando desprecia lo vulgar y lo usado y se eleva a lo más excelso por un instinto sagrado, es cuando por boca de hombre mortal, canta alguna cosa superior. Mientras el alma está en poder de sí misma no puede alcanzar nada sublime ni de difícil acceso. Es necesario que se aleje de lo acostumbrado y se levante, y que, tascando el freno, arrebate al jinete que lleva las riendas, obligándole a llevarle hasta donde él no se hubiera atrevido a remontarse.

Aquí tienes, carísimo Sereno, los medios con que puedes defender la tranquilidad, los que la pueden restituir y los que pueden resistir a los vicios que tratan de introducirse en el alma. Quiero, no obstante, que sepas que ninguno de estos medios es suficiente para conservar un bien tan frágil, si una intensa y asidua vigilancia no rodea a un alma que tiende a desfallecer.

DE LA BREVEDAD DE LA VIDA [66]

A Paulino

I. La mayor parte de los hombres, Paulino, se queja de la maldad de la naturaleza porque nos ha engendrado para un tiempo tan breve y porque la vida corre tan veloz, tan rápida, que, si exceptuamos a unos pocos, a todos los demás les

---

[66] No sabemos a ciencia cierta quién es este *Paulino* al que se dirige este diálogo. La opinión más común entre los estudiosos de Séneca es que Paulino se refiere a dos personas del mismo nombre mencionadas por Plinio y Tácito, respectivamente. Según esto, serían el padre y el hermano de la mujer de Séneca. El diálogo estaría dedicado al padre como alto funcionario que ha puesto su vida al servicio del estado, al que recomienda pasar ya a un retiro honorable y dedicado al estudio de la filosofía. Se pide también que pase de la acción a otros valores más altos, más conformes con su edad. Respecto a su fecha de composición, se barajan tres: *a)* Unos la retrasan al 62 d.C., año de la retirada del mismo Séneca. *b)* Año 49 d.C., ya que en el cap. XIV habla Séneca de Sila, como el "último de los romanos que había alargado el recinto de las murallas romanas". Ahora bien, en esta fecha Claudio llevó a cabo la ampliación de la muralla. *c)* Año 55 d.C., la fecha menos probable de las tres. La tesis principal del diálogo podríamos resumirla así: "La vida no es breve, sino para quienes la malgastan en actividades distintas al estudio de la filosofía. Desconocen la noción del tiempo y no aprenden ni a vivir ni a morir. Tales son los *occupati* que no controlan el pasado, el presente se les escapa y temen al futuro". Sólo el sabio sabe disfrutar de la vida. Resulta, en conclusión, que el sabio es el que sabe el valor del ocio *(otium)* frente al *negotium* de los ocupados, la "ociosidad" del vulgo.

priva de ella en el preciso momento en que se aprestan a vivirla. Y no solamente la turba, ni el vulgo imprudente a quienes hace llorar esta desgracia común, según ellos; este sentimiento ha suscitado también las quejas de claros varones. De ahí viene aquella exclamación del más famoso de los médicos: "la vida es breve, largo el arte". De ahí también la acusación indigna de un hombre sabio, que hizo Aristóteles[67] contra la naturaleza de las cosas, cuando luchaba por comprenderla: "sólo a los animales les había sido generosa, haciendo que vivieran cinco y hasta diez siglos. Al hombre, en cambio, nacido para tantas y tan grandes empresas, le limitó el término de su vida a un tiempo mucho más reducido".

El tiempo que tenemos no es corto; es que perdemos mucho. La vida se nos ha dado con largueza suficiente para emplearla en la realización de cosas de máxima importancia, si se hace buen uso de ella. Pero cuando se disipa entre lujos y negligencias y se gasta en cosas inútiles, cuando llega el último trance inexorable, sentimos que se nos ha ido la vida, sin reparar siquiera que se va. Lo cierto es que no recibimos una vida corta, somos nosotros los que la acortamos; ni somos indigentes, sino pródigos. Pues así como las riquezas copiosas y regias, cuando llegan a manos de un mal dueño, al momento se disipan; y cuando caen en manos de un buen administrador se acrecientan, aunque sean escasas, con su mismo uso, así también nuestra vida ofrece muchas posibilidades a quien la ordena rectamente.

II. ¿Por qué nos quejamos de la naturaleza? Ella se comportó con generosidad: larga es la vida si la sabemos aprovechar. A uno le domina la insaciable avaricia; a otro la cuidadosa diligencia de tareas inútiles; otro se empapa en vino;

---

[67] *Hipócrates:* "La vida es breve, largo es el arte" *(Aforismos,* I, 1). *Aristóteles:* "sólo a los animales...". La frase es más bien de Cicerón, que la pone en boca de Teofrasto *(Tusculanas,* III, 69). Véanse notas 58 y 70.

otro languidece en la inercia; a éste le fatiga la ambición, siempre pendiente de ajenos juicios; a aquél le lleva por diversas tierras y mares la desenfrenada codicia del lucro. A algunos atormenta la pasión por la guerra, sin advertir nunca los peligros ajenos y sin preocuparse de los suyos propios. Hay quienes por una veneración obsequiosa a sus amos, consumen su vida en una esclavitud voluntaria. A muchos abrevió la vida la envidia de la fortuna ajena o el aborrecimiento de la propia; los más, sin saber adónde van, vacilan entre varios pareceres, atraídos por una inconstante y siempre descontenta liviandad, que los zarandea por doquier. A otros muchos no les agrada ninguna diversión que puedan dar a su vida, de manera que el destino les sorprende aletargados y somnolientos, hasta el punto de que no dudo de la verdad proclamada, a modo de oráculo, por el más grande de los poetas:

> *Exigua pars est vitae, quam nos vivimus.*
> Exigua es la parte de la vida que vivimos[68].

Pues es cierto que toda otra duración es tiempo, no vida. Por todas partes les cercan acuciantes vicios, que no les dejan levantarse, ni les permiten mirar de frente al rostro de la verdad, sino que les oprimen, sumidos y atrapados por sus concupiscencias. Nunca se les permite entrar en sí mismos y, si acaso les llega alguna calma inesperada siguen fluctuando, como sucede en lo profundo del mar, donde una vez pacificados los vientos sigue el oleaje de las olas, sin que jamás les motive el descanso a dejar sus pasiones. ¿Piensas que hablo yo de aquellos cuyos males son manifiestos? Pon los ojos más bien en aquellos a cuya felicidad se recurre, y

---

[68] No aparece aquí con claridad a qué poeta se refiere. Se citan muchos, pero, a pesar de no figurar este verso en las obras de Virgilio, el *maximus poetarum* no puede ser más que Virgilio.

que se ahogan en sus propios bienes. ¿A cuántos les son pesadas sus riquezas? ¿A cuántos ha costado su sangre el vano deseo de ostentar su elocuencia en tantas ocasiones? ¡Cuántos languidecen por sus continuas voluptuosidades! ¡A cuántos no ha dejado un instante de libertad la apretada turba de sus clientes! Recorre uno tras otro todos éstos, desde la clase más baja a la más alta, y verás que uno cita a juicio, el otro se presenta, aquél peligra, éste defiende y el otro sentencia. Nadie se preocupa de sí mismo, consumiéndose los unos en los otros.

Pregunta por el nombre de aquellos cuyos nombres son más conocidos. Verás que se distinguen por estas características: éste es administrador de aquél; aquél del otro y ninguno de sí mismo. Es, por tanto, muy ridícula la indignación de algunos cuando se quejan del desdén de los superiores, porque no tenían tiempo de recibirlos, cuando ellos se querían acercar. ¿Se atreverá alguien a quejarse de la soberbia de otro, cuando no tiene un momento para preocuparse de sí? Sin embargo, el superior, quienquiera que fuere, se dignó mirarte alguna vez, con cara insolente tal vez; puso atentos sus oídos para escuchar tus palabras y te admitió a su lado. Tú, en cambio, no te has dignado mirar dentro de ti, ni oírte siquiera.

III. No hay razón, por tanto, para que atribuyas estas obligaciones a cualquiera, pues, cuando tú las cumplías, no era porque querías estar con otro, sino por no estar contigo. Aunque todos los ingenios que siempre brillaron, estuvieran unánimemente de acuerdo en esto, nunca acabarían de ponderar suficientemente la ceguera de la mente humana. Nadie consiente que le ocupen sus propiedades y, si existe un pequeño litigio en torno a sus límites, acuden a las piedras y a las armas. Pero, permiten que otros intervengan en sus vidas; más aún, ellos mismos introducen en ella a sus futuros propietarios. No se encuentra a nadie que quiera repartir su dinero; por el contrario, ¿entre cuántos distribuyen su vida todos y cada uno de los hombres? Muestran ser miserables

en guardar su patrimonio, pero cuando se presenta la ocasión de perder el tiempo son muy espléndidos, ocasión ciertamente única en que la avaricia sería agradable. Me agradaría traer aquí a alguien de la multitud de los ancianos para decirle: "vemos que has llegado a la última etapa de la edad de la vida humana: llevas sobre ti cien o más años. Entonces, recuerda y pide cuentas a tu edad de cómo has empleado el tiempo. Háblanos y di cuánto tiempo perdiste con el acreedor, cuánto con tu amiga, cuánto en los tribunales, cuánto con el cliente. Explícanos cuánto tiempo has perdido en disputas con tu mujer, cuánto en castigos infligidos a tus esclavos, y cuánto en las calles de la ciudad en cumplimiento de tus acciones sociales. Añade a esto las enfermedades que tú mismo provocaste; añade también el tiempo pasado tumbado sin hacer nada y hallarás que tienes muchos menos años de los que cuentas. Haz memoria de si algún día tomaste una firme resolución y, si duró todo aquel día, según lo habías decidido, y qué uso hiciste de ti mismo. Recuerda cuándo estuvo tu rostro en su estado habitual y cuándo el temor dejó libre tu espíritu. Qué fruto obtuviste para ti mismo de lo que hiciste en tan largo tiempo. Recuerda también cómo muchos te estaban robando la vida, sin darte cuenta de lo que perdías. Y, finalmente, cuánto tiempo te ha quitado un dolor inútil, una loca alegría, la ambición desmedida y el placer de una conversación. Y al ver ahora lo poco que te ha quedado de ti mismo, comprenderás que tu muerte es prematura".

IV. ¿Cuál es, pues, la causa de todo esto? Vivir como si siempre hubieras de vivir: nunca pensáis en vuestra propia fragilidad. No os detenéis a observar el tiempo que se os ha ido: lo gastáis como si tuvierais un caudal pleno y abundante, pero sucede que ese mismo día, que tenéis destinado a un amigo, a un negocio, pudiera ser el último para vosotros. Como mortales que sois, tenéis miedo de todas las co-

sas y las ambicionáis todas como si fuerais inmortales. Oirás decir a muchos: "Cuando llegue a los cincuenta me retiraré a descansar; a los sesenta dejaré las ocupaciones". ¿Y a quién tomas como garante de una vida más larga? ¿Quién te asegurará que todo ha de ocurrir según tú lo dispones? ¿No te avergüenza reservar para ti los restos de tu vida, destinando a la virtud sólo aquel tiempo que no puede ser destinado para otra cosa? ¿No es acaso tarde comenzar a vivir, cuando ha de dejarse de vivir? ¡Qué necio olvido de la mente diferir los sanos consejos hasta los cincuenta o sesenta años, y después comenzar a vivir a una edad a la que llegan tan pocos! Verás que a los más poderosos y más encumbrados hombres se les escapan las palabras para decir que están deseando la tranquilidad, que la alaban y la prefieren a todos sus bienes. Quieren bajar de aquella altura, si lo pudieran hacer con seguridad, puesto que cuando nada del exterior les puede herir o quebrantar, la misma fortuna se viene abajo por sí misma.

V. El divino Augusto, a quien los dioses favorecieron con mayor largueza que a ningún otro mortal, andaba siempre pidiendo el reposo y verse libre de los cuidados de la república. Todas sus conversaciones iban enderezadas a esperar que le llegase la hora del descanso. Con este consuelo dulce, aunque engañoso, de que algún día podría vivir para sí, entretenía sus trabajos.

En una carta enviada al senado, en la que prometía que su ocio no perdería dignidad, ni renunciaría a la primitiva gloria, encontré estas palabras: "Aunque en estas cosas es más gratificante hacerlas que prometerlas, sin embargo, la alegría de haber llegado a tocar el tiempo deseado me anticipa una satisfacción inmensa, hasta el punto de sentir algo de placer con la dulzura de las palabras, por más que esté todavía lejos el momento tan deseado". Tan gran importancia daba al descanso que, ya que no podía conseguirlo, se deleitaba viviéndolo en el pensamiento. El que veía pender de su voluntad todas sus cosas; el que hacía felices a los hombres

y a las naciones, pensaba contentísimo en el día en que se viera libre de su dignidad. Por experiencia sabía cuánto sudor le habían costado aquellos bienes, que deslumbran a todo el mundo, y cuántas zozobras interiores traen consigo. Obligado a decidir sus asuntos, primero con sus ciudadanos, después con sus compañeros y, por último, con sus parientes, derramó la sangre por mar y tierra. Acosado por las armas en Macedonia, Sicilia, Egipto, Libia, Asia ya casi por todas las fronteras, saltó al exterior para combatir con sus ejércitos, cansados del exterminio de romanos. Mientras, pone paz en los Alpes y domina a los enemigos, infiltrados para perturbar la paz y el Imperio. Y mientras mueve sus fronteras más allá del Rin, del Éufrates y del Danubio, se estaban afilando contra él en la misma ciudad de Roma las espadas de Murena, de Escipión, de Lépido y de los Egnacios [69]. No había acabado aún de sortear las asechanzas de éstos, cuando su hija y tantos otros jóvenes nobles, ligados al adulterio como con juramento, hacían temblar su ya quebrantada edad. Y para colmo, el renovado temor de una mujer unida a Antonio, había cortado de raíz estas úlceras, cuando volvían a brotarle otras, y, como un cuerpo cargado de sangre, algo siempre le emanaba por alguna parte.

Por eso deseaba el descanso y, esperando y pensando en él, sus trabajos se le hacían más leves. Marco Tulio Cicerón perseguido de los Catilinas, los Clodios, Pompeyo y Craso [70],

---

[69] *Murena, Escipión, Lépido, Marco Egnacio* y otros fueron conspiradores en repetidas ocasiones contra Augusto, como refiere Dión Casio en su *Historia de Roma.*

[70] *Marco Tulio Cicerón* (106-41 a.C.), citado repetidas veces en los diálogos de Séneca. Es presentado aquí por su inestabilidad política. Hay hechos, sin embargo, que demuestran su fidelidad y valentía, tal es el caso del agitador Catilina, de todos conocido, a quien denunció y condenó. *Clodio,* que exilia a Cicerón y *Antonio* que le asesina en el 44 a.C. *Pompeyo* y *Craso,* enemigos de Cicerón por la oposición de éste a las candidaturas de ambos. Véanse notas 11, 18, 58 y 89.

y en parte amigos dudosos, mientras flotaba con la república y la sujetaba para que no se viniera abajo, por fin, la sacó a flote. Pero ni tranquilo por el éxito, ni buen sufridor en las adversidades, ¿cuántas veces abominó de aquel mismo consulado no sin razón, pero también con exceso? Qué lamentos lanza en una carta escrita a Ático, cuando ya vencido Pompeyo, padre, su hijo se encontraba en España, tratando de rehacer los ejércitos maltrechos. "Me preguntas —escribe— qué hago aquí. Estoy en mi Tusculano, medio libre". Añade a continuación otras cosas porque se lamenta de su vida pasada, se queja del presente y desconfía del futuro. ¡Cicerón se califica a sí mismo de semilibre! Pero, a fe mía, jamás el sabio se rebajará a tomar un adjetivo tan deprimente. Jamás será semilibre: libre con total y sólida libertad, dueño de ti mismo, estarás siempre con total y entera libertad. Pues, ¿qué cosa hay que pueda estar sobre quien está por encima de la fortuna?

VI. Libio Druso[71], varón cruel y violento, después de haber favorecido las nuevas leyes y la sedición de los Gracos, se rodeó de una ingente multitud venida de toda Italia. No previendo el rumbo de las cosas, que ni le permitía realizar, ni tenía libertad para dejar las ya comenzadas, detestando su vida desde su agitada infancia, se cuenta que dijo: "Ni de niño siquiera se me concedió un solo día de descanso".

En efecto, estando todavía bajo tutor y vestido con la pretexta se atrevió ya a proteger a los culpables ante los jueces, interponiendo su influencia con tanta eficacia, que consta haber extorsionado a algunos juicios. ¿Hasta dónde no había de llegar una ambición tan prematura? Claro está que aquella tan acelerada audacia había de degenerar en un inmenso mal, tanto público como privado. Tarde, pues, se quejaba de

---

[71] *Libio Druso,* tribuno de la plebe en el 91 a.C., fue asesinado el año 90 a.C.

"no haber tenido un día de descanso", quien desde niño había sido agitador y peligroso en los tribunales. Se duda si él mismo se quitó la vida o no. Cayó fulminantemente después de una herida en la ingle; alguien pone en duda que su muerte fuera voluntaria. Todos están de acuerdo en que fue muy oportuna.

Superfluo es recordar a varios que fueron considerados como personas muy felices por los demás, y que dieron de sí un testimonio verídico al descubrirnos todos los actos de su vida. Pero en estas lamentaciones ni se enmendaron ni cambiaron la vida de otros. Porque, mientras la publicaban de palabra, los afectos volvían a las antiguas andanzas. La verdad es, que, aunque vuestra vida llegue a mil años, se reduce al más leve de los espacios. Estos vicios devorarán todos los siglos, pero este espacio que la razón prolonga, aunque la naturaleza siga su curso, por fuerza se alejará de vosotros a toda prisa. Pues no sois capaces de impedir, ni detener el curso de la cosa más veloz, y dejáis que se vaya como si no fuera necesaria y se pudiese recuperar. Y en primer lugar pongo aquellos que no están desocupados, sino para el vino y la lujuria: en nada más torpe pueden estar ocupados. Los otros, seducidos por la vana ilusión de una falsa gloria, yerran, sin embargo, con alguna apariencia de dignidad. Sea que me hables de los avaros o me nombres a los más iracundos, o de los que guardan odios injustos, o de los que desencadenan las guerras: todos éstos pecan más virilmente. Pero los que se lanzan a los placeres del vientre o de la lujuria cometen un pecado más torpe. Averigua los días de éstos: fíjate en las horas que pierden en negocios, intrigas, odios. Cuenta los días que pasan en homenajes o recibiéndolos; cuánto tiempo les llevan los pleitos ajenos o propios; cuánto dilapidan en banquetes que ya se convierten en deberes para ellos, y verás cómo ni los males ni los bienes les dejan siquiera respirar.

Todos están de acuerdo, finalmente, en que ninguna acción de los que se entregan a estos vicios puede realizarse

con dignidad: ni la elocuencia, ni las artes liberales, pues, cuanto más disipado está el espíritu, menos capaz es de cosas grandes. Todo lo rechaza como hombre que está harto de todo. En nada se ocupa menos que en vivir, cuando vivir es el arte más difícil.

VII. De las demás artes se encuentran por lo general muchos profesores. Algunas de ellas hasta los niños parecen haberlas aprendido de tal modo que, incluso, las podrían enseñar. El arte de vivir se ha de aprender durante toda la vida. Y lo que quizá te pueda extrañar más, es que toda la vida se ha de aprender a morir. Muchos varones de la más alta categoría, habiendo dejado todos los impedimentos y renunciando a riquezas, cargos y placeres, no se ocuparon de otra cosa hasta el final de su vida, más que en el arte de saber vivir. Y, sin embargo, muchos de ellos se fueron de este mundo confesando que todavía no lo sabían. ¿Puede extrañar que no lo sepan los que ni siquiera lo intentaron? Puedes creerme: es propio del varón eminente, que se encuentra por encima de los errores humanos, no dejar que se le escape nada de su tiempo. Y su vida, por tanto, es la más larga porque toda ella estuvo dedicada a su propio cuidado. En consecuencia, nada dejó de cultivar, ni se mantuvo ocioso. Nada dejó al cuidado ajeno, ni tampoco halló nada digno con que cambiar su tiempo, como guardián vigilantísimo que era de él. En efecto, esto le bastó; siendo, en cambio, inevitable que faltase a aquellos de cuya vida la gente se llevó una gran parte. Ni has de pensar que ellos no entendieron que su daño provenía de ahí. Por el contrario, oirás exclamar a muchos de esos a quienes agobia una gran felicidad, rodeados como están por un inmenso rebaño de clientes o enfrascados en la tramitación de sus asuntos, u ocupados en otras miserias honestas: ¡No me dejan vivir! ¿Por qué no le dejan? Todos aquellos que te reclaman para sí, te alejan de ti mismo. ¿Aquel acusado, cuántos días te quitó? ¿Cuántos, aquel can-

didato? ¿Cuántos, aquella vieja, cansada de enterrar a sus herederos? ¿Cuántos, aquel que simulaba estar enfermo para la avaricia de quienes creían poseer ya sus bienes? ¿Cuántos, aquel amigo poderoso que te busca no por amistad verdadera, sino por pura ostentación?

Te repito, haz cuentas y repasa los días de tu vida: verás cuán pocos y hasta ridículos han sido los días que reservaste para ti. Aquel otro que, por fin, consiguió el consulado, desea dejarlo, y dice: "¿Cuándo se acabará este año?". Tiene el otro a su cargo las fiestas, cuyo turno tuvo a gran suerte que le tocara, y exclama: "¿Cuándo podré escaparme de ellas?". Éste es elegido para abogado defensor de todo el pueblo y llénase el foro de gente, hasta el punto de que su voz no se dejaba oír por el inmenso gentío, y dice: "¿Cuándo se acabará de sentenciar este pleito?". Cada cual acelera su vida y trabaja con el deseo del futuro y con el hastío del presente.

Por el contrario, quien ordena su tiempo en beneficio propio y regula todos sus días como una vida que comprende a todos ellos, ni desea ni teme el mañana. Pues, ¿qué cosa hay que le pueda proporcionar ya una hora más de placer que no conozca? Las conoce todas, las ha experimentado todas hasta la saciedad: que la fortuna ordene como quiera todo lo demás. La vida está ya en puerto seguro; se le podría añadir algo, pero, quitarle, nada. De la misma manera que alguien toma un poco de comida que ni siquiera desea, cuando su estómago está ya satisfecho, pero no saturado.

VIII. No pienses, por tanto, que alguien ha vivido mucho porque ya tiene canas o cara arrugada: No vivió mucho, sino que duró mucho. ¿Acaso puedes decir que navegó mucho, aquel que habiendo salido del puerto fue zarandeado de aquí para allá por una tempestad, arrastrado por la furia de vientos encontrados y, que al fin tocó tierra, moviéndose siempre por los mismos espacios? Éste no navegó mucho, sino que fue golpeado con fuerza.

Me suele admirar ver con frecuencia cómo algunos piden tiempo y cómo esos mismos a quienes se lo piden se muestran muy condescendientes. A unos y a otros les importa la razón por la que han pedido el tiempo, pero a ninguno le interesa el tiempo mismo. Es como si nada se pidiera y como si nada se concediera: se juega con la cosa más valiosa del mundo. Lo que les engaña es que el tiempo no es cosa corpórea, ni perceptible a los ojos. Por eso mismo, se juzga sin valor alguno, o mejor, que no se le dé ningún valor. Hombres preclaros reciben sueldos anuales y por ellos ofrecen su trabajo, su servicio y su destreza: nadie aprecia el tiempo. Pero, obsérvalos cuando están enfermos, lo malgastan, como cosa gratuita. Cómo se abrazan a las rodillas de los médicos, cuando ven encima el peligro de muerte. Si tienen la pena capital, están dispuestos a entregarlo todo para vivir. Tan grande es en ellos la confusión de sus sentimientos. Y si pudiéramos contar el número de años que les queda de vida, como hacemos con los años que hemos vivido, ¡cómo temblarían al ver los pocos que les quedaban y con qué cautela los guardarían! ¡Es fácil, ciertamente, disponer de aquello que es seguro, aunque sea poco!: se ha de guardar con más diligencia aquello que no sabemos cuándo nos puede faltar.

No pienses tampoco que ellos desconocen el valor real del tiempo. Acostumbran decir a los que aman apasionadamente que están dispuestos a darles parte de sus años. Los dan sin entender lo que dicen: porque los dan porque se los quitan a sí mismos, sin aumentar los años de los otros. Pero, ni siquiera se dan cuenta de que se los están quitando por eso. Como ignoran lo que pierden, toleran mejor la pérdida de algo cuyo daño se les oculta. Nadie te restituirá los años y nadie te restituirá a ti mismo. La edad seguirá el camino que comenzó, sin volverse atrás, ni detenerse. No hará ruido ni te advertirá de tu velocidad: se deslizará callada. Tampoco se prolongará por mandato del rey ni por el favor del pueblo. Correrá tal y como se le ordenó desde el principio: nunca se

apartará de su camino y no se detendrá en ninguna parte. ¿Qué se sigue de esto? Que mientras tú estás ocupado, la vida corre veloz. La muerte, entre tanto, se acerca, para la cual, quieras o no habrás de desprenderte de todo.

IX. ¿Acaso puede alguien, hablo de aquellos hombres que se precian de ser prudentes y que cada día están más ocupados, mirar por sí mismos y vivir mejor? Disponen de la edad con riesgo de su propia vida, haciendo planes para un futuro lejano, siendo así que la dilación es la quiebra más grande de la vida. Ella lo primero que hace es robar a cualquiera su primer día, nos quita las cosas presentes, mientras nos promete las futuras. El mayor impedimento para vivir son las expectativas que dependen del mañana. Pierdes lo de hoy y dispones de lo que está en manos de la fortuna, perdiendo lo que está en las tuyas. ¿Adónde miras? ¿Hasta dónde quieres llegar? Todo lo que está por venir, se mueve en lo incierto: empieza ya a vivir; oye el clamor del mayor de los poetas, quien como inspirado por boca divina canta este saludable verso:

> *Optima quaeque dies universis mortalibus aevi*[72]
> *Prima fugit*
> El mejor día de la vida de los desgraciados mortales
> es el que huye el primero.

¿Por qué vacilas? —dice—, ¿por qué te detienes? Si no lo atrapas, huye. Y huirá también si lo atrapas. Por tanto, se ha de luchar necesariamente contra la celeridad del tiempo con la presteza en su aprovechamiento: hay que beber aprisa el agua del arroyo rápido, pues no siempre llevará agua. Y esto vale también para reprobar esa interminable vacilación a la que no llama la mejor edad, sino el mejor día. ¿Por qué, te

---

[72] Virgilio, *Geórgicas*, 3, 66 y sigs.

entretienes prometiéndote una larga serie de meses y de años, según le parece a tu avidez? El poeta habla contigo de un día y de ese mismo día que se te escapa. No hay duda, por tanto, que el día mejor de tu vida es aquel que primero se escapa a los míseros mortales, es decir, a los ocupados. La vejez sigue oprimiendo sus almas juveniles, a la que llegan sin preparación y desarmados.

En efecto, nada tenían previsto; de repente y sin pensarlo cayeron en ella. No sentían que todos los días se acercaban más a ella. Así como una conversación, una lectura o cualquier preocupación interior, engañan a los que van de camino y se dan cuenta de que llegaron antes de lo que creían llegar, así sucede en este camino concurrido y velocísimo de la vida. Dormidos o en vela lo hacemos al mismo paso, de manera que, ocupados como estamos, no nos damos cuenta hasta el final de la jornada.

X. Si yo tratara ahora de dividir en partes y de ordenar los argumentos que acabo de exponer, serían muchos los que acudirían a mi mente para probar que la vida de los ocupados es la más corta. Solía decir Fabiano [73], que no era de esos filósofos que sientan cátedra, sino de los auténticos y antiguos: "contra las pasiones se ha de luchar con denuedo y no con sutilezas. Tampoco se ha de vencer a un ejército adverso con pequeñas heridas, sino con un ataque contundente. Las intrigas han de rechazarse con rotundidez y sin irse por las ramas". Y sin embargo, cuando se trata de corregir un error no basta con deplorarlo, hay que corregirlo.

La vida se divide en tres etapas: la presente, la pasada y la futura. De estas tres, la que vivimos en el presente es la más corta; la venidera es dudosa, la que hemos vivido, cierta. Sobre esta última la fortuna perdió ya sus derechos, porque no

---

[73] *Fabiano,* fecha sin confirmar.

puede someterse a la voluntad de nadie. Ésta la pierden los ocupados, pues ni siquiera pueden mirar hacia el pasado y, si pudieran, su recuerdo les resultaría molesto, pues sería para ellos motivo de arrepentimiento. De mala gana, pues, vuelven a pensar en el tiempo mal empleado, ni se atreven a recordarlo, pues la evocación de sus vicios les pone en evidencia, incluso la de aquellos cuyo recuerdo pudiera producirles ahora algún placer que les recordaría el pasado. Nadie se vuelve de grado a mirar su pasado, a no ser aquel cuya conciencia ha dictaminado sus actos, pues la conciencia no se engaña nunca. Por el contrario, por fuerza ha de tener su recuerdo quien lleno de ambición codició muchas cosas, despreció con soberbia a los otros, abusó de su victoria, engañó con malas artes, arrebató con avaricia y malversó con despilfarro. Ahora bien, ésta es la parte sagrada e irrevocable de nuestra vida que ha superado ya todas las posibilidades humanas y se ha situado por encima del imperio de la fortuna, a la que, ni la pobreza, ni el miedo, ni los achaques de las enfermedades pueden afligir. Ésta no puede ser perturbada ni arrebatada por el miedo: su posesión es perpetua e imperturbable.

Todos y cada uno de los días de nuestra vida están presentes y éstos por momentos. Pero los pasados se te harán presentes tan pronto como se lo mandares y se detendrán y se someterán a tu inspección, según tu capricho, algo que no tienen tiempo de hacer los muy ocupados. Es propio de una mente segura y tranquila discurrir por todos los momentos de su vida, en cambio, el alma de los ocupados está como sometida al yugo y no puede volverse y mirar hacia atrás. Su vida se sumió en lo más profundo y, así como por más que ingieras nada aprovecha, si debajo no hay recipiente que lo reciba y lo conserve, así de nada sirve el tiempo que se te dé, si no hay dónde se deposite: se escapa a través de las almas rotas y agujereadas.

El tiempo presente es muy breve, tan breve que a algunos les parece nulo. Está siempre en marcha, fluye y se preci-

pita: desaparece antes de llegar. No admite más demora que el mundo o las estrellas, cuyo incesante y siempre inquieto movimiento, nunca les permite permanecer en la misma posición. Así pues, sólo a las personas ocupadísimas pertenece el tiempo presente, que es tan breve, que no se le puede agarrar y se les escapa por entre los dedos mientras están entregados a tantas cosas.

XI. ¿Quieres saber, finalmente, lo poco que viven? Pues mira lo mucho que desean vivir. Mendigan las viejas decrépitas a fuerza de súplicas, el aumento de unos pocos años. Fíngense de menos edad, se halagan con esa mentira y se engañan tan a gusto, como si juntamente engañaran al destino. Ahora bien, cuando su debilidad les advierte de su condición mortal, mueren como atemorizadas, no como los que salen de la vida, sino como si fueran expulsados de ella. Claman a voces que fueron necias por no haber sabido vivir. Y si escapan de aquella enfermedad, prometen que vivirán en el descanso. Conocen cuán en vano adquirieron los bienes que no han gozado y cuán en vano se vino abajo todo su trabajo.

Y, ¿por qué no les resulta larga la vida a quienes la viven alejados de todo negocio? Absolutamente nada se cede a otro, nada se dispersa por un lado u otro, nada, por tanto, se deja en manos de la fortuna. Nada se pierde por negligencia, nada se sustrae por prodigalidad y nada hay en ella de superfluo. Toda ella, digámoslo así, está produciendo intereses. Y así, por corta que sea, siempre resulta más que suficiente. Por tanto, cuando llegare el último día, el sabio no dudará en ir a la muerte con paso decidido.

Quizá me preguntes a qué personas llamo ocupadas. No pienses que hablo sólo de aquellos a quienes para que desocupen los tribunales hay que soltarles los perros. Tampoco de aquellos que tienen por más honrosos los achuchones que les da la chusma de seguidores que les rodea, o pasar inad-

vertidos entre extraños. Ni mucho menos hablo de aquellos a quienes sacan de su casa los deberes para ir a estrellarse en los umbrales de la ajena; ni siquiera de aquellos que enriquece la vara de pretor con infames ganancias, que les supurarán algún día. Muchos pasan su ociosidad, bien en su villa, bien en la cama o en medio de su soledad. Aunque se hayan alejado de todos, se sienten molestos consigo mismos. De éstos no se puede decir que tienen una vida ociosa, sino una ocupación desidiosa.

XII. ¿Llamarás tú desocupado al que gasta la mayor parte del día en limpiar con cuidadosa solicitud los vasos de Corinto, famosos por la locura de algunos o en quitar el orín a las mohosas medallas? ¿Al que sentado en el gimnasio, porque ya, oh desesperación, ni romanos son siquiera nuestros vicios, contempla las luchas de los jóvenes atletas? ¿A ese que separa los rebaños de sus esclavos y los clasifica por edades y por el color? ¿A quien da de comer a los atletas más famosos? ¿Qué te parece? ¿Llamas ociosos a esos que pasan muchas horas ante el peluquero, mientras les corta el pelo, por si algo creció desde la noche pasada, y piden consejo sobre todos y cada uno de los cabellos; o mientras se vuelve a componer la cabellera alborotada; o si les falta el pelo a un lado u otro lo elevan hacia delante y así poder cubrir la frente? ¿Cómo, por cualquier descuido del peluquero se enfadan como si estuviera afeitando a un varón? ¿Reparas qué enardecidos se ponen si algo de su cabellera quedó fuera, si algún cabello no está en orden o si todos no entraron en sus rizos? ¿Quién de éstos no prefiere que se descomponga la paz de la república a que su cabello esté alborotado? ¿Quién no cuida más del adorno de su cabello que de la salud? ¿Quién no se precia más de acicalado que de honrado? ¿A éstos llamas tú ociosos, ocupados como están entre el peine y el espejo? ¿Ociosos llamas tú a esos que se han dedicado a componer, escuchar y cantar canciones, mientras

con quiebros de una estúpida melodía violentan la voz que la naturaleza le señaló un camino recto que es el mejor y el más sencillo de todos? ¿Qué decir de aquellos cuyos dedos están sonando sin cesar, mientras miden algún verso que están recitando en su interior? ¿Y de aquellos que cuando son llamados para cosas graves e incluso tristes, se les oye una melodía en voz baja?

Éstos no tienen ocio, sino negocio inútil. Decididamente, yo no pondría los banquetes de éstos entre los momentos libres. ¡Tan ocupados los veo en ordenar su vajilla de plata! Con qué solicitud ciñen las túnicas de sus esclavos favoritos; pendientes de cómo el cocinero presentará el jabalí a la mesa; con qué presteza, a una señal dada acudirán los esclavos a sus puestos; con qué arte se trocearán las aves en pequeños trozos; qué atentos están para que los desgraciados jovencitos limpien los esputos de los borrachos. Con todo esto, no buscan más que conquistar fama de elegantes y espléndidos: de tal manera les persiguen sus vicios hasta el final de la vida que ni beben ni comen sin ambición. Tampoco has de contar entre los ociosos a los que se hacen llevar de una parte a otra en silla o en litera, y se presentan así a la hora del paseo, como si el dejarlo no les estuviera permitido. Necesitan que alguien les advierta cuándo se han de lavar, cuándo han de bañarse y cuándo han de cenar. Hasta tal extremo llega su laxitud de ánimo que, por sí mismos no pueden saber si sienten ganas de comer. De uno de estos delicados oí contar, si es que se puede llamar refinamiento a ignorar la vida y costumbres humanas, que cuando era sacado en brazos del baño y lo ponían en la silla, había dicho, preguntando: ¿Estoy sentado ya? ¿Este que ignoras y está sentado, piensas tú si sabe que vive, o si ve, o si está ocioso? No podría decir fácilmente, si es más digno de compasión por ignorar que estaba sentado o por fingir ignorarlo. Muchas son las cosas que ignoran, pero otras muchas simulan ignorarlas: les deleitan algunos vicios, como si fueran la

prueba de su felicidad. Parece ser que es propio de un hombre demasiado humilde y despreciable saber lo que hace. Ve ahora y piensa que los cómicos exageran en exceso para reprobar nuestra molicie. Puedes creerme que es mucho más lo que se les pasa por alto que lo que imaginan. Y es tanta, en este nuestro siglo, la abundante invención de vicios increíbles, en esto sólo ingenioso, que ya podemos criticar la negligencia de nuestros cómicos. ¡Que haya un hombre tan hundido en la molicie, hasta el extremo que haya de saber por otro si está sentado!

XIII. A ese individuo, por tanto, no se le debe llamar ocioso; se le ha de dar otro nombre: está enfermo, más bien muerto. Es ocioso aquel que sabe lo que es el ocio, pero a quien para entender la posición de su cuerpo necesita que otro se lo indique, sólo está medio vivo. ¿Podrá acaso ser dueño de alguna parte del tiempo? Sería tarea inacabable ir siguiendo a todos y cada uno de aquellos que consumieron su vida jugando al ajedrez, a la pelota o en el cuidado de tostar su cuerpo expuestos al sol. No están ociosos aquellos cuyos placeres les reportan mucho trabajo. Pues ya no hay nadie que dude que no hacen nada provechoso los que se entregan al conocimiento de estudios literarios inútiles, como hacen también gran número de romanos. Enfermedad fue ya de los griegos investigar qué número de remeros pudo tener Ulises[74]; si primero fue escrita la *Ilíada* o la *Odisea;* o si las dos obras son del mismo autor. Además de otras cosas del mismo jaez que, si las adquieres, en nada favorecen a tu íntima conciencia y si las pones de manifiesto, no te considerarán más sabio, sino más pesado.

Fíjate cómo se ha ido extendiendo entre los romanos el inútil estudio de conocimientos fútiles y vanos de contenido.

---

[74] *Ulises,* héroe y protagonista de la *Odisea.* Véase nota 19.

Estos mismos días he oído contar a un sabio las gestas que cada uno de los generales romanos había llevado a cabo el primero: Duilio fue el primero que venció en una batalla naval; Curio Dentado, el primero que metió elefantes en el desfile de su victoria. Y aunque la noticia de estas gestas no lleva a la gloria verdadera, son, no obstante, ejemplos que afectan a la vida civil. Tal erudición no reporta provecho alguno, pero nos recrea con la gozosa vanidad de estos conocimientos. Perdonemos también esto a los investigadores de este hecho: ¿Quién fue el primer romano que persuadió a los romanos a subir a una nave? Éste fue Claudio, llamado, por esto mismo Caudex [75], porque los antiguos llamaban caudex al ensamblaje de muchas tablas: de ahí que las tablillas públicas reciban el nombre de códices. Y todavía ahora, siguiendo la costumbre de los antepasados, siguiendo a las naves que nos traen por el Tíber las provisiones, se las llaman caudicarias.

Y no deja de ser pertinente recordar también que Valerio Corvino [76] fue el primero que tomó Mesana, y el primero de la familia de los Valerios, que se llamó Mesana, tomando así el nombre de la ciudad conquistada y que, mudando el vulgo poco a poco las letras, se vino a llamar Mesala. ¿Me permites ahora que cualquiera investigue si fue L. Sila el primero que lanzara sueltos los leones en el circo, habiendo sido hasta entonces costumbre llevarlos atados, y que fue necesario que el rey Boco enviase arqueros que los matasen? Permítaseme también esto: ¿acaso reporta algún bien saber que fue Pompeyo el primero que llevó al circo dieciocho elefan-

---

[75] *Cesón Duilio Nepote,* general romano que venció a los cartagineses en la batalla naval de Mylae (260 a.C.). *Claudio Caudex,* vencedor de los cartagineses en la primera guerra púnica.

[76] *Valerio Corvino.* Se trata de Valerio Máximo, cónsul en el 263 a.C. De estos hechos hace mención Plinio "el Viejo" (VIII, 53) y también en los del capítulo siguiente (Plinio, VIII, 20 y sigs.). Véanse notas 17 y 48.

tes para entablar un simulacro de batalla contra otros tantos criminales? El primer mandatario de la ciudad, y el mejor de los antiguos, varón, según pregonó la fama, de una eximia bondad entre los antiguos mandatarios, juzgó que era un género de espectáculo memorable, siendo en realidad una manera nueva de matar hombres. ¿Pelean? Es poco. ¿Son alanceados? Es poco todavía: que sean aplastados por la mole ingente de los animales. Habría sido mejor dar al olvido todas estas cosas, no sea que después algún poderoso las conozca y sienta envidia, queriendo imitar una cosa tan inhumana.

XIV. ¡Qué gran ceguera impone a los espíritus humanos una felicidad tan exagerada! Aquel hombre, Pompeyo, creyó estar encumbrado por encima de la naturaleza, cuando arrojó las fieras, nacidas bajo otros cielos a tan gran multitud de miserables esclavos; cuando fomentaba la guerra entre animales tan desiguales; cuando hacía derramar tanta sangre en presencia del pueblo romano, al que después obligaría a derramar mucha más. Y más tarde, él mismo, decepcionado por la maldad egipcia, se entregó a la muerte, siendo atravesado por el puñal del último de sus esclavos. Fue entonces cuando por fin se entendió la vana jactancia de su sobrenombre. Pero, volviendo al punto del que me alejé, mostraré, en otro orden de cosas, la muy engañosa dedicación de algunos. Ese mismo sabio contaba que Metelo, vencedor de los cartagineses en Sicilia, fue el único romano que llevó delante de su carroza triunfal los ciento veinte elefantes capturados. Contó asimismo que Sila fue el último de los romanos que prolongó el recinto amurallado de Roma [77] en que no se permitía ni edificar ni cultivar, no habiendo sido costumbre de los antiguos alargarla cuando se adquiría nuevo

---

[77] *Recinto amurallado.* En el texto latino *pomerium* era la línea divisoria que delimitaba la extensión de la ciudad.

terreno en provincias, sino cuando se adquiría en la misma Italia. Conocer esto es de más provecho que saber si el monte Aventino está fuera del circuito amurallado, como el sabio afirmaba, con estas dos razones: o porque el pueblo se retiró a él, o porque los auspicios a los que Remo había consultado en aquel lugar, las aves no le fueron favorables. Así siguió descontando innumerables cosas que, o son inventadas o muy semejantes a mentiras. Porque, aun concediéndoles que las dice de buena fe y con riesgo de su crédito, sin embargo, ¿podrán disminuir los errores de alguno? ¿De quién frenarán las pasiones? ¿A quién harán más fuerte, al más justo y más liberal? Mientras, nuestro amigo Fabiano solía decir que dudaba si era mejor abstenerse de todo estudio o entregarse a ellos.

Los únicos verdaderamente ociosos son los que se dedican a la sabiduría: ésos son los que viven. Porque no sólo aprovechan bien su tiempo, sino que a la suya añaden todas las demás edades. Cuanto se llevó a cabo en años anteriores a ellos, lo han hecho suyo. Es forzoso confesar, si no queremos ser muy desagradecidos, que aquellos clarísimos creadores de las opiniones más lúcidas nacieron para nuestro bien y encaminaron nuestra vida. Con su trabajo somos llevados al conocimiento de cosas hermosísimas, sacadas por ellos de las tinieblas a la luz. Ningún siglo nos queda prohibido, a todos somos admitidos. Y si con grandeza de espíritu quisiéramos salir de los estrechos límites de la imbecilidad humana, nos queda todavía mucho tiempo donde espaciarnos. Nos es posible disputar con Sócrates, dudar con Carnéades [78], aquietarnos con Epicuro, vencer con los estoicos la naturaleza humana, rebasarla con los cínicos y caminar junto con la naturaleza en compañía de todas las edades. ¿Por qué, pues, no entregarnos de todo corazón, en el transcurso de

---

[78] *Carnéades* (214-129 a.C.), filósofo nacido en Cirene, director de la Academia Nueva platónica, desde el 156 a. C.

esta vida tan corta y caduca, al estudio de estas cosas tan inmensas en que nos movemos y que son comunes a los mejores hombres?

Esos, en cambio, que pasan la vida cambiando de un oficio a otro, molestos consigo mismos y con los demás, cuando hayan llegado al extremo de su locura, después de haber llamado todos los días a las puertas de sus conciudadanos y entrado en todas las que encontraron abiertas; cuando, finalmente, hayan saludado con fingido desinterés a las más diversas familias, ¿a cuántas habrán podido ver en tan inmensa ciudad como es Roma, convulsa en tan diversas concupiscencias? ¿No les despedirán muchos, sumidos en el sueño, la lujuria o su misma descortesía? ¿Cuántos, con el pretexto de una ocupación urgente, quedarán desairados tras el tormento de una larga espera? ¿Cuántos evitarán pasar por el atrio repleto de clientes y se escaparán por una oscura callejuela a sus casas? ¡Como si no fuera más inhumano engañar que excluir! ¿Cuántos, medio dormidos y embotados todavía por la embriaguez de la noche anterior, pagarán a los miserables que perdieron su sueño por guardar el ajeno, con un insolente bostezo los saludos mil veces repetidos, balbuciendo apenas su nombre?

Permítasenos decir que sólo aquellos que se consagran a auténticos deberes, que se esfuerzan ardientemente por tener una diaria e íntima relación con Zenón, con Pitágoras, con Demócrito [79] y el resto de maestros de las buenas artes, como Aristóteles y Teofrasto, ninguno de éstos dejará de recibirlos; ni ninguno permitirá que nadie de los que se acercaron a visitarlos se marche sin haberlo hecho más feliz y

---

[79] *Pitágoras* (m. 532 a.C.), nacido en Samos, fue matemático, filósofo y creador de una comunidad religiosa mistérica. *Demócrito de Abdera* (460-370 a.C.), filósofo original cuyo pensamiento contrasta con el pensamiento de Platón y Aristóteles en su concepción de la realidad (los átomos) y del conocimiento de la misma. Véanse notas 16 y 32.

más amigo suyo; ninguno consentirá que se separe de él con las manos vacías. De noche y de día tienen la puerta abierta a todos los mortales. Ninguno de éstos te obligará a morir. Ninguno te hará perder tus años, pero todos te ayudarán con los suyos. Ninguna de sus conversaciones contigo te será peligrosa, ni su amistad mortal, ni pagarás nada por la atención que te presta.

XV. Tomarás de ellos lo que quieras: por ellos no quedará que quieras sacar lo más que puedas. ¡Qué felicidad y qué hermosa vejez aguarda al que se acogió a la sombra de estos hombres! Tendrá con quien deliberar sobre los temas más importantes y las cosas más pequeñas; tendrá asimismo a quienes podrá consultar todos los días sus problemas personales y de ellos oirá la verdad sin ofenderse y alabanzas sin adulación; y un modelo a cuya semejanza formarse. Solemos decir que no tuvimos la facultad de elegir a nuestros padres: que nos fueron dados por la suerte. Pero a nosotros nos es posible nacer a nuestro propio arbitrio. Hay familias de los más ilustres ingenios: elige aquella en la que quieres ser adoptado. Su adopción no sólo te dará nombre, sino sus mismos bienes, que no son sórdidos, ni tendrás que guardar fraudulentamente y que serán tanto mayores cuantas más partes hicieres de ellos.

Estas cosas te abrirán el camino para la eternidad y te elevarán a un lugar del que nadie te podrá desplazar. Es el único medio para dilatar nuestra vida mortal, o mejor, para convertirla en inmortalidad. Los honores, los monumentos y todo cuanto la ambición dispensó por decretos o levantó con el esfuerzo se hunde inmediatamente. Nada hay que no destruya una vejez prolongada, haciendo desaparecer con más prisa lo que antes consagró. Pero a la sabiduría no puede destruirla. Ni el pasado ni el presente la borrará, ni la disminuirá. La edad futura y la que venga después de ésta, añadirán algo para su veneración. Porque la envidia se asienta cerca de nosotros y con más sinceridad admiramos las cosas que están lejos de nosotros.

La vida del sabio, por tanto, es muy dilatada: no queda reducida a los límites que estrechan la vida de los demás mortales. Sólo él está exento de las leyes del género humano. Todos los siglos están a sus pies como si fuera un dios. ¿Ha pasado ya algún tiempo? Su memoria sigue estando presente en el recuerdo. ¿Sigue estando presente? Lo utiliza. ¿Está aún por llegar? Lo anticipa; por eso la unión de todos los tiempos hace que su vida sea larga. Por el contrario, es brevísima y agitadísima la vida de aquellos que se olvidan de los tiempos pasados, desprecian el presente y temen el futuro. Cuando se acercan a sus postrimerías, se dan cuenta tarde, los desgraciados, de que habían estado tanto tiempo ocupados para no hacer nada.

XVI. Tampoco has de pensar que con este argumento se puede probar "que ellos tuvieron una vida larga por haber llamado algunas veces a la muerte". Su locura los agita con pasiones desordenadas, obligándoles a caer en aquello mismo que temen; y por eso, con frecuencia desean la muerte, porque la temen. Ni has de pensar que es digno de tenerse en cuenta el argumento de los que dicen vivir mucho tiempo, "porque a menudo se les hacen largos los días, o porque mientras llega la hora señalada de la cena, se quejan de lo lentas que discurren las horas". Porque, si alguna vez les dejan libres sus ocupaciones, se irritan en la ociosidad, sin saber disfrutar de ella o dejarla. Así pues, tienden a buscar cualquier ocupación y se les hace pesado todo el tiempo mientras llega la hora: algo así, puedes creerme, tan pesado, como cuando se anuncia el día del combate entre gladiadores o se señala la fecha esperada de cualquier espectáculo o diversión, ya que les gustaría saltarse los días intermedios. Larga, en efecto, les parece la demora de la cosa esperada. Pero, esa hora que esperan con ansia, les parece breve y precipitada, haciéndose más breve por su culpa, pues van de un vicio en otro y no pueden permanecer en una sola de sus

complacencias. No les son largos los días, sino aborrecibles. Por el contrario, las noches les parecen cortísimas, pues las pasan entre los brazos de prostitutas o en la embriaguez. De ahí surge también el delirio de los poetas, que alimentan los errores humanos con fábulas. En ellas aparece Júpiter, cuando enviciado en el adulterio había duplicado las horas de la noche. Hacer a los dioses autores de los vicios, ¿qué otra cosa es no sólo fomentar los vicios, sino ponerlos bajo el patrocinio de los dioses y dar a la culpa una disculpable licencia con el ejemplo de la divinidad? A estos que tan caras compran las noches, ¿podrán dejar de parecerles cortísimas? Pierden el día a la espera de la noche, y la noche con el miedo a la luz. Sus mismos placeres son trepidantes, inquietados por diferentes terrores, pues, en medio de su gozosa exaltación surge este inquietante pensamiento: "¿y cuánto durará todo esto?". Por este sentimiento los reyes comenzaron a lamentar su poderío, no les halagó la grandeza de su fortuna, sino que más bien les aterrorizó el fin que llegaría algún día.

Cuando el insolentísimo rey de los persas [80] desplegaba su ejército por la llanura inmensa de los campos no se detuvo a conocer el número de sus soldados, sino la extensión del terreno que ocupaba. Pero, rompió a llorar al considerar que, después de cien años, nadie de aquella inmensa juventud habría de sobrevivir. Y, sin embargo, aquel mismo Jerjes, que lloraba, habría de conducir a su fatal destino a unos en tierra, a otros por mar, a otros en la batalla y a otros en la fuga. Y en poquísimo tiempo haría desaparecer a todos aquellos de quienes temía que no vivirían cien años.

XVII. ¿Por qué piensas que sus placeres están también llenos de zozobras? Porque no tienen fundamentos sólidos,

---

[80] *Jerjes I,* rey de Persia (486-465 a.C.). Sofoca los levantamientos de Babilonia y Egipto. El pasaje está tomado de Heródoto (VII, 45-46). Véase nota 20.

sino que se desvanecen por la misma vanidad de la que surgen. ¿Qué momentos piensas que son esos que ellos mismos confiesan que son miserables, si tenemos en cuenta que aquéllos de los que están orgullosos y por los que se elevan por encima de los demás hombres, son también poco sinceros? Los bienes superiores son problemáticos y nunca se ha de dar menos crédito a la fortuna que cuando nos parece inmejorable. Para mantenernos en una buena dicha necesitamos de otra y hay que seguir haciendo votos, tras los que ya fueron elevados. Pues todo lo que acontece por casualidad es inestable: cuanto más alto se encaramó, más propicio es a la caída. En efecto, a nadie agrada todo lo que amenaza ruina.

Muy desgraciada, por consiguiente, y no sólo muy breve, es la vida de aquellos que con gran ansia preparan lo que han de poseer con un trabajo mayor. Consiguen con su sudor las cosas que quieren y las ya alcanzadas, las conservan con grandes angustias. Mientras tanto, ni se preocupan lo más mínimo de un tiempo que ya nunca volverá. Nuevas ocupaciones sustituyen a las viejas costumbres; una esperanza despierta a otra y una ambición llama a otra ambición. No se busca el fin de las desgracias, sino que se cambia de asunto. ¿Nuestros honores fueron nuestro tormento? Más tiempo nos roban los ajenos. ¿Dejamos de trabajar como candidatos? Acometemos la elección de otro. ¿Le ponemos la molesta función de acusar? Acometemos la de juzgar. ¿Dejó de ser juez? Ya ejerce de fiscal. ¿Envejeció como procurador mercenario de haciendas ajenas? Ahora está agobiado con la propia. ¿Dejó Mario el ejército? Ejerce el consulado. ¿Quincio se apresura a desprenderse de la dictadura? Se le volverá a arrancar de su arado. ¿Irá Escipión[81], tan poco maduro to-

---

[81] *Publio Cornelio Escipión Africano "el Mayor"*, elegido cónsul en 205 a.C., venció a Aníbal en la batalla de Zama (218 a.C.). Venció también a Antíoco "el Grande", en el 189 a.C., en la batalla de Magnesia. Véase nota 106.

davía, a una empresa tan importante como la guerra de los cartagineses? Volverá vencedor de Aníbal y de Antíoco, estará orgulloso de su consulado y será fiador de su hermano. Y de no haberse él opuesto, ¿no le habrían sentado al lado de Júpiter? No obstante, civiles sediciones acosarán al salvador de la patria, y después de haber desechado desde joven honores que le igualaban a los mismos dioses, le seducirá un orgulloso destierro. Nunca han de faltar motivos de inquietud, felices unos, desgraciados otros. Con las ocupaciones se cerrará la puerta a la quietud: siempre deseada, nunca conseguida.

XVIII. Paulino carísimo, aléjate, pues, del vulgo; vuelve finalmente a un puerto más tranquilo, pero no como obligado por la vejez. Acuérdate de los mares embravecidos que pasaste, de tantas tormentas particulares que te viste obligado a afrontar y de otras públicas que hiciste tuyas. Ya diste suficientes muestras de tu virtud en complicadas y molestas situaciones. Trata ahora de experimentar lo que eres capaz de hacer en el ocio. La mayor parte de tu edad, sin duda la mejor, la diste a la República: tómate también ahora algo de tiempo para ti. Y no te invito a un descanso indolente, ni has de hundir tu buena y activa disposición en el sueño y en los placeres, tan queridos del vulgo. Eso no es descansar. Hallarás mayores ocupaciones que las que hasta aquí realizaste con esfuerzo y que, sosegado y seguro, llevarás a cabo.

En efecto, tú administras los intereses de todo el orbe con moderación, por ser ajenos, con tanta diligencia como si fueran tuyos, tan religiosamente como si fueran públicos. Consigues el amor en un cargo en el que no es pequeña hazaña evitar el odio. Créeme, sin embargo, es mejor llevar los cuentas de la propia vida que las del trigo público. Este vigor de ánimo, tan capaz de grandes cosas, aplícalo a ti mismo, y apártate de ese trabajo ciertamente honorable, pero poco apto para conseguir la felicidad en esta vida. Y persuádete de que haberte exigido, desde los primeros años, toda

clase de estudios liberales, no fue para que se te encomendara el cuidado de muchos miles de fanegas de trigo. Habías dado esperanzas de cosas mayores y más altas. Para eso no faltarán hombres de austera rectitud y de laboriosa capacidad. Para llevar cargas, más aptos son los lentos jumentos que los nobles caballos. ¿Pues, quién se atrevería a frenar su alegre ligereza con una impedimenta pesada?

Piensa, además, en la responsabilidad que supone enfrentarte a semejante trabajo. Tu trabajo dice relación directa con tu estómago humano: la gente con hambre no atiende a razones, ni se calma con la equidad, ni se doblega a súplicas. Pues días después de su muerte, Cayo César pudo lamentar con amargura, si es que hay algún sentimiento en los infiernos, que se moría, dejando al pueblo romano vivo y con alimentos para unos siete u ocho días. Y mientras él trataba de unir los puentes con naves y jugaba con las fuerzas del Imperio, se iba acercando también a los que se encontraban sitiados por el último de todos sus males: la falta de alimentos. Poco faltó para que la imitación de un rey furioso extranjero y estúpidamente soberbio casi le valiera la muerte, el hambre y la ruina total, consecuencia del hambre. ¿Qué espíritu tuvieron entonces quienes tenían la misión de distribuir los alimentos al pueblo, expuestos, como estaban a ser pasados por las armas y sometidos al hierro, a las piedras y al fuego? Con el mayor disimulo escondían un mal tan grande como se ocultaba en sus entrañas. Y no sin razón. Porque ciertas enfermedades se han de curar ignorándolas los enfermos. La causa de la muerte de muchos fue haber conocido su enfermedad.

XIX. Entrégate a estas ocupaciones más tranquilas, más seguras y más elevadas. ¿Crees tú que es igual que el trigo llegue intacto a los graneros sin que el fraude y el descuido de los porteadores lo hayan maleado; y que no se estropee con la humedad, ni se recaliente y así pueda responder a su peso y medida? ¿O prefieres esto a acercarte a esas cosas tan santas y su-

blimes que te enseñarán la naturaleza de los dioses, sus complacencias, su naturaleza y su forma? ¿Qué destino espera a tu alma, una vez que abandonado el cuerpo, la naturaleza nos dé una nueva forma? ¿Qué es lo que mantiene el equilibrio en medio del espacio de unos cuerpos tan pesados o deja suspendidos los más livianos? ¿Qué fuerza empuja el fuego hacia lo más alto, la que mueve a los astros en su curso y, finalmente, todas las demás cosas llenas de grandes misterios?

¿Quieres tú, dejando el suelo, elevar tu espíritu a estas cosas? Ahora mismo, cuando la sangre está caliente, los fuertes han de caminar hacia lo mejor. En este género de vida te esperan muchas de las ciencias superiores, el amor y la práctica de la virtud, el olvido de los placeres, el arte de vivir y morir y un sosiego total. En cambio, la situación de todos los ocupados es miserable, pero lo es más todavía la de los que trabajan en ocupaciones que ni siquiera son suyas. Duermen a sueño ajeno, caminan a paso de otro, comen según el apetito de los demás. Hasta en el amor y el odio, que son acciones tan libres, se ven forzados a obedecer. Si éstos quisieran saber cuán breve ha sido su vida, piensen qué parte de ella ha sido la suya. Por tanto, cuando veas con frecuencia, cómo toman la pretexta y que su nombre es célebre en el foro, no los envidies. Todo esto acarrea mucho perjuicio a la vida y, para que puedan tener un solo año en su memoria, tendrán que destruir todos los años de su vida. A muchos, antes de llegar a la cumbre de su ambición, les dejó la vida en sus primeras luchas. Otros, después de haber llegado, a través de mil indignidades, a los honores supremos, tuvieron un triste desengaño: haber trabajado para el epitafio de su tumba. A otros, en fin, les abandonó la última vejez, entre vanos y agotadores esfuerzos, mientras se disponían a concebir nuevas esperanzas como si fueran jóvenes.

XX. Torpe aquel a quien, siendo ya mayor, se le va el alma entre juicios a favor de litigantes desconocidos y en busca

únicamente de los aplausos de un vulgo ignorante. También torpe aquel que, antes cansado de vivir que de trabajar, se topó con la muerte en medio de sus ocupaciones. Y torpe aquel que, muriendo mientras hacía sus cuentas, fue la risa de su heredero. No puedo pasar por alto un ejemplo que me viene a la memoria. Turanio[82] fue un viejo de puntual diligencia. Cumplidos los noventa años y, después que Cayo César le hubiera jubilado de procurador de Roma, sin que él se lo hubiera pedido, ordenó que se le pusiera en la cama y que su familia le llorase a su alrededor, como si verdaderamente estuviera ya muerto. Toda la casa lloraba el descanso de su viejo dueño y no cesó hasta verle restituido en sus funciones. ¿Tanto importa morir ocupado? Muchos son de esta misma opinión. El ansia del trabajo es en ellos superior a sus facultades. Luchan con la debilidad de su cuerpo, y no tienen en cuenta lo pesado de la vejez, sino porque les aparta del trabajo. La ley no obliga al soldado a partir de los cincuenta, y a partir de los sesenta llama al senador. Los hombres se liberan del descanso con más dificultad que de la ley.

Mientras tanto, se roban unos a otros, rompen el descanso y mientras se hacen mutuamente desgraciados, se pasan la vida sin frutos, sin alegría y sin provecho alguno para el espíritu. Nadie piensa en la muerte y todos alargan sus esperanzas. Algunos incluso disponen de lo que está más allá de su vida: la construcción de grandes mausoleos, la dedicación de monumentos públicos, ofrendas para la hoguera y suntuosos honores fúnebres. Puedes creerme: las muertes de éstos se pueden reducir a hachas y cirios, como entierro de niños.

---

[82] Séneca toma aquí a *Turanio* como uno de los *exempla*, que confirman su tesis de que la vida no es corta, si se sabe aprovechar.

DE LA CLEMENCIA [83]

LIBRO PRIMERO

I. Me impuse escribir sobre la clemencia, oh Nerón César, para servirte a modo de espejo y mostrarte la imagen de ti mismo y así llegues a alcanzar el máximo placer. Porque, aunque el fruto cierto de las cosas buenas es haberlas realizado, y no hay premio alguno digno de las virtudes fuera de las mismas, es siempre confortante examinar y escrutar la buena conciencia. Y después dirigir la mirada hacia una inmensa mu-

---

[83] El tratado, tal como ha llegado a nosotros, es de carácter supuestamente fragmentario. Consta de dos partes o libros, de desigual extensión. Por la lectura del pasaje I, en que se nos habla de tres partes o libros, se cree generalmente que fue concebido como tres libros, de los cuales se conservan el primero y parte del segundo. El diálogo está dedicado a Nerón. Con él pretende servir al joven emperador a modo de espejo para que en él reconozca la imagen de su propio interior *(Sobre la clemencia,* traducción de Carmen Codoñer, Tecnos, Madrid, 1988, pág. XIX y sigs.).

La fecha de redacción del diálogo, "oscilaría entre finales del año 54 d.C. a finales del 55, cuando Nerón tenía 18 o 19 años". Es decir, estamos al comienzo del reinado de Nerón. Con este diálogo Séneca ofrece la imagen de lo que Nerón está llamado a ser con el tiempo. La clemencia es una virtud activa, que sólo puede surgir y derivar de una actitud consciente. "Lo que ahora es natural e impulsivo ha de traducirse en actitud responsable" (II). Para esto hay que saber qué es la clemencia y en qué se distingue de las demás virtudes. De esto tratará en la segunda parte o libro.

chedumbre discorde, sediciosa, desenfrenada y dispuesta, si se rompiera este yugo, a revolverse enfurecida en perjuicio ajeno y propio y a hablar así consigo mismo: "Yo, entre todos los mortales, ¿he sido aprobado y elegido para hacer en la tierra el oficio de los dioses? Yo soy para las naciones el árbitro de la vida y de la muerte. En mi mano está puesta la suerte y la condición de cada uno. Por mi boca pronuncio lo que la fortuna quiere dar a cada uno de los mortales. Naciones y ciudades conciben causas de alegría, según nuestra respuesta. Sin mi favor y mi voluntad ninguna parte del mundo vive próspera. A una señal mía, todos estos miles de espadas, que mantiene envainadas mi paz, se desenvainarán. Bajo mi poder está dictar qué naciones se han de destruir desde los cimientos, cuáles se han de trasladar, a cuáles se les ha de dar la libertad, qué otras han de desaparecer, qué reyes tienen que ser hechos esclavos, en cabeza de quiénes se ha de colocar la regia diadema, qué ciudades deben desaparecer y cuáles han de surgir. En tan diversas situaciones ni la ira me empujó a suplicios injustos, ni la fogosidad juvenil, ni la temeridad y contumacia de los hombres, que a menudo quita la paciencia de los pechos más tranquilos. Tampoco me ha impelido la gloria nefasta, frecuente en los grandes dominadores, de demostrar por el terror el poderío. Enfundada tengo la espada, o mejor, la tengo a mi lado, señal de mi extremo respeto de la sangre más vil. Y no hay hombre alguno que, aunque de otros títulos carezca, sólo por el título de hombre, no merezca mi gracia. Tengo escondida mi severidad y al descubierto mi clemencia. Y de tal manera me guardo, como si tuviera que dar cuenta a las leyes, que he sacado a nueva luz desde el olvido herrumbroso y de la oscuridad. Uno me conoció por su primera edad, otro por su última ancianidad. Perdoné a uno por su nobleza, a otro por su baja condición y cuando no encontré ningún motivo de misericordia, la tuve de mí mismo. Si los dioses inmortales me pidieran hoy mismo cuenta del género humano, estoy presto a devolvérselo hombre por hombre".

Con osadía puedes proclamar, oh César, que todas las cosas confiadas a tu fidelidad y a tu tutela están a buen recaudo y que nada se maquina contra la república por ti, ni por la fuerza, ni clandestinamente. Quisiste una gloria muy rara, que no se ha concedido hasta ahora a ningún príncipe: la de no hacer daño a nadie. No has dejado de trabajar, ni esta tu bondad tan singular ha encontrado admiradores desagradecidos o malévolos: su agradecimiento es tu recompensa. Nunca un hombre fue tan querido de otro hombre como tú del pueblo romano. ¡Tú que eres su mayor bien y por mucho tiempo!

Te impusiste, sin embrago, una carga ingente. Nadie habla ya del Divino Augusto, ni de los primeros tiempos de Tiberio César. Nadie que quiera imitarte va a buscar modelo fuera de ti. Se exige de ti un principado al gusto de los primeros años. Difícil sería esto, si esa tu bondad no te fuese natural y no algo pasajero, pues nadie puede llevar la careta mucho tiempo. Todo fingimiento vuelve pronto a su estado natural. Quienes se apoyan en la verdad, y, por decirlo así, proceden de una cepa sólida, con el tiempo mismo ganan crecimiento y mejoría. Grande era el riesgo que corría el pueblo romano, mientras estuvo incierto de la dirección que tu noble índole tomaría. Ahora la aspiración del público está ya segura de que no se apoderará de ti un olvido repentino de ti mismo. La demasiada felicidad vuelve codiciosos a los hombres, ni los deseos son tan moderados que, como sucede, se queden en la consecución de su objeto. De los grandes bienes se pasa a otros mayores, y de la consecución de lo inesperado se generan las más insensatas esperanzas. Ahora, sin embargo, todos tus ciudadanos confiesan que son felices y que a los bienes que poseen ya nada se les puede añadir más que sean duraderos.

Muchas razones les obligan a confesarlo, cosa en verdad la más tardía en el hombre, a saber: alta seguridad, abundancia para todos y el derecho puesto sobre toda injusticia. Está a la vista la más alegre forma de comunidad política a la que no falta nada para la suma libertad, si no es la licencia de la-

brarse la propia perdición. Pero la razón principal es que a mayores y pequeños invade la general admiración por tu clemencia. Los demás bienes cada uno los siente en proporción de su fortuna y así los espera mayores o menores. Pero de la clemencia todos esperan lo mismo. Y no hay nadie que se complazca tanto en su inocencia, que no se alegre de ver que la clemencia está dispuesta a perdonar los errores humanos.

II. Ya sé que algunos piensan que la clemencia es el sostén de los malos, pues, sin el crimen la clemencia es totalmente inútil y sólo esta virtud queda sin efecto entre inocentes. Pero, en primer lugar, he de decir que, así como la medicina se usa para los enfermos y tiene la estima de los sanos, de la misma manera, la clemencia, si bien la reclaman los merecedores de castigo, también la reverencian los inocentes. Diré, en segundo lugar, que la clemencia tiene también su sitio en la persona de los inocentes pues también el infortunio es imputado a culpa. Y no sólo la clemencia viene en ayuda de la inocencia, sino también muchas veces de la virtud, ya que, si tenemos en cuenta las vicisitudes de los tiempos, puede ocurrir que resulten punibles algunas acciones, a pesar de ser dignas de alabanza. A esto se ha de añadir que la mayoría de los delincuentes pueden volver a la inocencia. En cualquier caso, no es conveniente perdonar indiscriminadamente. Pues cuando se quita la diferencia entre buenos y malos, síguese la confusión y siguen los vicios. Así pues, se ha de aplicar la moderación que sepa discernir los espíritus capaces de sanación de los desahuciados. Tampoco conviene aplicar una promiscua y estrecha, porque tanta crueldad es perdonar a todos como a ninguno. Hay que tener mesura. Pero siendo difícil el equilibrio, todo lo que rebasa de lo justo se ha de inclinar hacia la solución más humana.

III. Todo esto lo diremos con detenimiento en su propio lugar. Ahora dividiré en tres partes toda esta materia. La pri-

mera será de recomendación; la segunda señalará la naturaleza y las atribuciones de la clemencia, puesto que hay vicios que tratan de imitar a las virtudes y no pueden distinguirse sin destacar las señales que los hacen reconocibles. En tercer lugar, indagaremos cómo el alma es conducida a esta virtud, cómo la fortaleza la hace suya con la práctica.

Quiero hacer constar que ninguna de las virtudes es tan necesaria al hombre como ésta, pues no hay ninguna tan humana. Pero, no sólo entre nosotros, que queremos que todo hombre aparezca como animal social, engendrado para el bien común. También entre aquellos que ponen el destino del hombre en el placer y cuyos dichos y hechos los dirigen a su propia utilidad. Porque si el hombre busca la quietud y el ocio que se adapta a su naturaleza, ha alcanzado esta virtud, amante de la paz y que sujeta la mano. Pero la clemencia a nadie conviene más que al rey o al príncipe. Pues las grandes virtudes son honor y decoro, siempre que estén dirigidas al ejercicio del bien, pero es un poder funesto cuando se emplea para el mal. Finalmente, la grandeza de quien todos saben que no tanto quien está por encima de ellos, cuanto a favor suyo, es estable y bien fundada. De aquel cuyo celo es vigilar por el bienestar que todos y cada uno experimentan cada día. De aquel que, cuando aparece en público no sólo no huyen como de un animal feroz y dañino que sale de su cubil, sino que corren en tropel hacia él como astro luminoso y benéfico. Todos están dispuestos a ofrecer por él su pecho a las espadas de los que acechan y a tirarse al suelo, si para salvar su vida hay que hacerle un camino de cadáveres humanos. Cubren su sueño con centinelas nocturnos; defienden sus flancos agolpándose en su derredor y dan la cara a los peligros que le asaltan. Y no les falta razón a los pueblos y ciudades cuando acuerdan proteger y amar a sus reyes y sacrificarse ellos y a sus bienes, si así lo exige la salvación de su soberano. Ni es desprecio de sí mismo o locura el que miles de hombres empuñen la espada por un solo

hombre y que con numerosas muertes se salve la vida que, con frecuencia, es la de un anciano inválido. Así como todo el cuerpo sirve al alma, auque es mayor y más hermoso que ella, pues el alma es sutil e imperceptible, oculta en un sitio desconocido, sin embargo, las manos, los pies, los ojos realizan sus mandatos. Y la piel la defiende, y por orden suya, reposamos o corremos inquietos. Cuando ella ordena o se manifiesta como dueña avara, exploramos el mar en busca de riquezas; y si avara de gloria extendemos al instante nuestra mano derecha a las llamas o nos precipitamos voluntariamente en la sima abierta. De la misma manera, esta inmensa muchedumbre, entregada sólo a esta vida, se gobierna por su espíritu y se inclina a su razón, porque se vería amenazada y quebrantada por sus propias fuerzas, si no estuviese sostenida por su prudencia.

IV. Así pues, por su propia seguridad los pueblos crean un frente de batalla de diez legiones para defender a un solo hombre y corren a la primera línea de fuego, oponiendo sus pechos a las heridas con el fin de que las banderas de su soberano no se rindan. Porque él es el vínculo que da cohesión a la república; él aliento vital que respiran todos esos miles de hombres que, por sí mismos, no serían más que una carga y botín, si perdieran la mente que gobierna la república.

... "Uno es su pensamiento, mientras viva el rey: muerto, rompieron su fidelidad"[84].

Un caso como éste sería la ruina de la *Paz Romana,* un desastre que arruinaría la fortuna de tal pueblo. Y este pueblo alejará semejante peligro, mientras sepa soportar su freno. Pero, si algún día lo rompe, o por casualidad lo sacude, ya no consentirá que se le vuelva a poner. Esta unidad y esta ensambladura del mayor imperio saltarán hechas pe-

---

[84] Virgilio, *Geórgicas,* 4, 212-213.

dazos: y para esta ciudad será lo mismo el término de su dominación que el de su obediencia. No ha de extrañar, por tanto, que a los príncipes y reyes y a todos los que, con uno u otro nombre, defienden el bien público, se les ame todavía más que a las amistades privadas. Porque, si para los hombres sensatos se han de preferir los intereses públicos a los privados, es lógico pensar que sea más caro aquel que se identifica con la república. Pues ya desde antiguo se identificó tanto el César con el Estado que separar al uno del otro, no puede hacerse sin perdición de ambos: porque aquél necesita fuerza y éste cabeza.

V. Parece que mi discurso se ha alejado mucho de su objeto, pero, podéis creerme, trata de la misma materia. Porque si, como hasta aquí se colige, tú eres el alma del Estado y él es tu cuerpo, pienso que comprendes, así lo creo, cuán necesaria sea la clemencia: pues a ti te perdonas, cuando pareces perdonar a otro. Hay que perdonar a los ciudadanos condenados, no de otro modo que a los miembros enfermos; y si alguna vez es menester derramar sangre, has de dominar tu mano para que no corte más que lo imprescindible. Como decía, sienta bien a todos los hombres, según toda su naturaleza. Pero en mayor medida decora a los emperadores, por cuanto tiene que conservar más en ellos y en cuanto mayor medida se manifiesta. ¡Qué poco, en verdad, daña la crueldad privada! Pero la sevicia de los príncipes es la guerra. Pues, aunque en las virtudes reine la concordia, ni una sea mejor o más noble que la otra, alguna, no obstante, conviene más a una persona que a otra.

La magnanimidad, por ejemplo, conviene a todo mortal, incluso a aquel más abajo del cual ya no existe nada. ¿Qué cosa más grande y más valerosa que luchar contra el infortunio? Sin embargo, esta magnanimidad tiene un lugar más amplio en la buena fortuna y se ve mejor en un sitio alto que en uno llano. En cualquier casa que entra la clemencia la

hace feliz y tranquila: pero en una mansión regia, cuanto más rara es, tanto más admirable. ¿Qué cosa más memorable, que aquel cuya cólera no tiene freno y cuya sentencia más dura tiene el asentimiento de los mismos que perecen? ¿Aquel a quien nadie ha de interpelar y más todavía, le ha de suplicar, si se enfureció encendido por la ira; y que este mismo se haga violencia y dé su poder para el perdón y la paz, pensando que matar contra la ley lo pueden hacer todos, pero salvar nadie puede hacerlo sino yo?

A una gran fortuna conviene un gran espíritu, que si no se levanta a su misma altura y se mantiene más alto que ella le derribará por el suelo. Pero es propio de un espíritu ser propicio y sereno y despreciar altivo injurias y ofensas. Es de mujeres enfurecerse en la ira; y propio de fieras, y no de las más nobles, morder y ensañarse con sus víctimas en el suelo. Los elefantes y los leones pasan de largo después de abatir a sus contrarios: ensañarse es cosa de bestias innobles. No va con el rey una ira cruel inexorable: pues no sobresale mucho por encima de aquel al que se iguala, irritándose. Pero si da la vida y devuelve la dignidad a los que peligran y merecieron perderla hace algo que no está permitido más que al poderoso. La vida se quita a un superior, pero nunca se da más que a un inferior. El poder de salvar es propio de la dignidad suprema, que nunca se ha de admirar tanto como cuando le cabe en suerte hacer algo propio de los dioses, por cuyo favor venimos todos a la luz, tanto buenos como malos. Haciéndose, por tanto, el príncipe con el mismo espíritu que los dioses, mire con buenos ojos a aquellos de sus súbditos que sean buenos y útiles. Deje a los otros que formen número; alégrese con que vivan algunos y tolere a los otros.

VI. Detente ahora a pensar qué soledad y qué devastación caerían sobre esta ciudad, si en ella no quedase más que aquello que un juez severo absolvería. Una ciudad en que la turba circula por calles anchísimas sin parar y choca siempre

con algún obstáculo que detiene su curso de rápido torrente; ciudad donde al mismo tiempo pide paso multitud de gente que se dirige a tres grandes teatros y en la que se consume todo lo que producen los campos del mundo entero. ¿Cuántos magistrados no caerían bajo la misma ley con que intentan castigar? ¿Qué acusador está limpio de culpa? Y yo no sé si hay alguien más difícil en conceder el perdón que aquel que mereció suplicarlo muchas veces. Todos hemos pecado: unos gravemente, otros levemente. Unos deliberadamente, otros empujados por las circunstancias o arrastrados por la maldad ajena. Unos hemos sido poco fuertes para seguir los buenos propósitos y perdimos la inocencia de mala gana y con resistencia. Pero no sólo delinquimos, sino que además seguiremos delinquiendo hasta el final de nuestros días. Y aun cuando alguno hubiese purificado su alma, de manera que ya nada pudiere desviarle ni seducirle, sin embargo, llegaría a la penitencia por el pecado.

VII. Y puesto que acabo de hacer mención de los dioses, propondré ahora al príncipe el mejor dechado para formarse, de modo que sea para sus ciudadanos, como le gustaría que los dioses fueran para él. ¿Le conviene tener a los dioses inexorables contra los pecados y los errores? ¿Le conviene por fortuna que nos sean hostiles hasta la perdición total? ¿Quién de los reyes estará seguro de que los arúspices no recogerán sus miembros? Y si los dioses clementes y justos no persiguen al instante con rayos los delitos de los poderosos, ¡cuánto más justo es que el hombre que gobierna a hombres ejerza su poder con espíritu apacible y que piense cuál de las dos situaciones del mundo es la más alegre y hermosa: la del día sereno y limpio o cuando los truenos frecuentes hacen temblar todas las cosas y los relámpagos fulguran por doquier! Pues no es otra la impresión que, de un imperio tranquilo y morigerado, da el cielo sereno y resplandeciente. Un reino cruel está enfurecido y lleno de sombras. Todos tiem-

blan y se llenan de temor ante cualquier ruido inesperado, sin que se libre de trastorno el que todo lo trastorna. Difícilmente se perdona a los que persiguen con terquedad su venganza. Pueden ser dañados y su resentimiento surge de una injuria recibida. Temen además el desprecio y, no poder devolver su merecido a los que se lo hicieron, les parece debilidad, no clemencia. Pero, para quien tiene a mano su venganza, si prescinde de ella, consigue ciertamente un elogio de mansedumbre. La gente humilde tiene más libertad para servirse de la violencia, promover pleitos, buscar pendencias y desahogar su ira. Los golpes entre iguales son más leves. Pero las voces y la destemplanza de palabras en el rey, no es propio de su majestad.

VIII. "¿Te parece grave que se despoje a los reyes de la libertad de hablar, que tienen hasta los más humildes?". "Esto, dices, es servidumbre, no poder". ¿Cómo dices? ¿No adviertes que eso es una servidumbre para ti? Otra es la condición de los que se ocultan en la multitud sin poder salir de ella y que han de luchar mucho tiempo para que sus virtudes se manifiesten; pero también sus vicios quedan en la sombra. Pero el rumor propaga vuestros dichos y hechos y, por eso, nadie ha de guardar con mayor cuidado su fama como aquellos que, hagan lo que hagan, la han de tener muy grande. ¿Cuántas cosas no te están permitidas a ti, que a nosotros nos están permitidas para beneficio tuyo? Yo puedo pasear solo en cualquier parte de la ciudad sin temor alguno y sin que me siga escolta alguna, ni tenga en mi cinta una espada. Tú, en cambio, a pesar de la paz que nos das, tienes que vivir armado. Tú no puedes renunciar a tu fortuna; te tienen sitiado y a donde vayas, te acompañan con gran aparato.

Ésta es la servidumbre de la suprema grandeza: no poder empequeñecerse. Pero esta necesidad te es común con los dioses, pues también a ellos los tiene prisioneros el cielo y no les es dado poder descender, mientras que tú puedes au-

sentarte seguro. Estás aposentado en lo más alto. Nuestros pasos son sentidos por muy pocos. Sin que el público se dé cuenta puedes salir y volver a entrar y cambiar de vestido: a ti no te está permitido ocultarte, como tampoco puede hacerlo el sol. Los ojos de todos se dirigen hacia él. ¿Piensas que sales? Pues sales como el sol. No puedes hablar sin que tu voz sea oída por todos los habitantes de la tierra. No puedes enojarte sin que tiemble el mundo. Ni siquiera puedes castigar a nadie, sin que se estremezca todo lo que tienes alrededor. Así como los rayos caen con peligro para pocos, pero con miedo de todos, así los castigos de los poderes superiores llevan más lejos el terror que el daño, y no sin causa. Porque, en el que todo lo puede se piensa no en lo que hizo, sino en lo que hará. Añade a esto que la tolerancia de las injurias recibidas hace al hombre más vulnerable a las nuevas. Por el contrario, en los reyes la mansedumbre es garantía de su seguridad. Porque la venganza frecuente reprime el odio de pocos, pero irrita el de todos: ha de terminar antes la voluntad que la causa del rigor. Dicho de otra manera: así como los árboles podados rebrotan con copiosas ramas y muchas especies de vegetales para que broten más espesas, se tercian, así la crueldad regia aumenta el número de sus enemigos, eliminándolos. Los padres y los hijos, los parientes y amigos ocupan el lugar de cada uno de ellos.

IX. Quiero demostrarte la verdad de esto con un ejemplo doméstico. El divino Augusto fue un príncipe manso, si alguien quiere juzgarlo desde que comenzó a reinar él solo; mientras el gobierno fue común echó mano de la espada. Cuando tenía la edad que tú tienes ahora, al salir de sus dieciocho años, ya había clavado su puñal en el pecho de sus amigos; insidiosamente había ya apuntado al costado del cónsul Marco Antonio y había sido ya colega suyo en las proscripciones. Pero una vez que pasó los cuarenta años, hallándose en la Galia, le fue delatado que L. Cinna, varón de

ingenio torpe, tramaba contra él asechanzas. Le fue dicho dónde, cuándo y cómo trataba de agredirle, y quien le delataba era uno de sus cómplices. Decidió vengarse de él y mandó reunir en consejo a sus amigos. Pasó una noche agitada, pensando que este joven noble si no fuera por este hecho, era irreprochable en todo, nieto de Gneo Pompeyo, iba a ser condenado. Ya no podía matar a un solo hombre aquel que había escrito en una cena, el edicto de proscripción inspirado por Marco Antonio. Entre gemidos emitía palabras incoherentes y contradictorias: "Entonces, ¿qué? ¿Consentiré que ande suelto y seguro mi agresor, quedando yo sobresaltado? ¿Y no pagará su merecido el que se propuso no matar sino inmolarse, pues había decidido agredirle mientras ofreciese un sacrificio? ¿La cabeza que había sido en vano punto de mira en tantas guerras civiles, en tantas batallas navales, en tantas luchas campales, después de haber impuesto paz en tierra y mar?". Y tras un momento de silencio, increpábase con más recia voz a sí mismo que a Cinna. "¿Por qué vives, si a tantos interesa que tú mueras? ¿Cuál será el fin de los suplicios? ¿Cuál el del derramamiento de sangre? Yo soy la cabeza expuesta a la mirada de los nobles efebos, aquel contra quien afilan sus puñales. ¡No vale tanto la vida si, para que no muera yo, hay que perder tantas cosas!".

Le interpeló, finalmente, Livia su mujer y le dijo: "¿Admites un consejo de mujer? Haz lo que suelen hacer los médicos: cuando los remedios ordinarios fracasan, ensayan los contrarios. Con la severidad no has conseguido nada hasta ahora: Lépido siguió a Salvidieno, Murena a Lépido, Cepión a Murena, a Cepión, Egnacio, por no hablar de otros, cuya tan gran osadía avergüenza. Ahora prueba cómo te irá con la clemencia, perdona a L. Cinna. Ya ha sido descubierto y no te puede hacer daño, pero su perdón puede contribuir a tu gloria". Se alegró Augusto de haber encontrado un buen abogado y dio gracias por ello a su mujer. A sus amigos, que habían sido convocados al consejo, les dio inmediatamente

contraorden y citó solamente a Cinna. Y haciendo salir a todos los demás de la cámara, mandó poner una silla para Cinna. "Lo primero que te pido —le dijo— es que no me interrumpas mientras yo hablo, ni cortes con gritos mis palabras: se te dará todo el tiempo que quieras para hablar"[85].

"Yo, Cinna, encontrándome en el campo de mis enemigos, no que te hubieras hecho un enemigo mío, sino que naciste para ello, te salvé, no obstante, y te di todo tu patrimonio. Hoy eres tan feliz y tan rico que los mismos vencedores envidian al vencido. A petición tuya, pasando por encima de muchos, cuyos padres habían militado conmigo, te concedí el sacerdocio. Ahora has proyectado mi muerte, después de tantos méritos que tengo para contigo". Como, al decirle esto, Cinna le contestara a voz en grito que estaba lejos de cometer tal locura, Augusto le contestó: "No cumples lo prometido, Cinna: habíamos quedado en que no me interrumpirías. Vuelvo a decir, que preparas mi asesinato". Y seguidamente señaló el lugar, los cómplices, el día, el plan de la agresión y a quién se había encomendado el golpe. Y viéndole ya hundido y taciturno, no porque hubiese prometido no hablar, sino por imperativo de su conciencia, le preguntó: "¿Con qué intención haces esto? ¿Para reinar tú? Si para que tú reines el único obstáculo soy yo, muy digno de compasión es ciertamente el pueblo romano. No puedo defender tu casa; no ha mucho tiempo sucumbiste al crédito de un liberto en un proceso civil. ¿Sin duda por eso creíste que nada te era tan fácil como mover pleito contra el César? Si yo sólo soy el único que impide tus esperanzas, ahora mismo abdico. Pero, ¿te soportarán Paulo, Fabio, Máximo, los Casios y los Servilios y un enjambre de nobles varones que no llevan nombres vanos, sino los de quienes hacen honor a las estatuas de sus abuelos?". Para no llenar gran parte de lo tra-

---

[85] Se trata de una serie de personajes, algunos ya citados, que desde el año 40 hasta el 20 a.C. atentaron contra el poder establecido.

tado, repitiendo todo su discurso, pues consta que estuvo hablando más de dos horas, con el fin de alargar este suplicio con que había de contentarse, dijo: "Te doy la vida, Cinna, te la doy dos veces. Antes se la di a un enemigo, ahora a un conspirador y parricida. Desde hoy en adelante comienza la amistad entre nosotros: compitamos en mostrar, si yo soy más fiel en darte la vida, que tú en debérmela". Desde aquel día le confirió espontáneamente el consulado, molesto de que no se hubiera atrevido a pedírselo. Y tuvo en Cinna el amigo más íntimo y fiel; él fue su único heredero. Y nadie conjuró contra su vida[86].

X. Tu tatarabuelo perdonó a los vencidos, si no los hubiera perdonado, ¿a quiénes habría gobernado? Fue en el campo de sus adversarios donde reclutó a Salustio, a los Cocceios y a los Delios, y a toda la corte de amigos de la primera promoción. A su clemencia debía la existencia de los Domicios, los Mesalas, los Asinios, los Cicerones y toda la flor de la ciudad. ¿Y cuánto tiempo tuvo que sufrir hasta que murió Lépido? Durante muchos años toleró que conservara los distintivos de príncipe; y no consintió que le traspasase el cargo de Pontífice Máximo hasta después de su muerte, pues prefirió que se le llamara por su honor antes que ser destituido[87].

Esta clemencia suya le llevó a la salvación y a la seguridad: esta misma clemencia le hizo grato y le consiguió el favor del pueblo a pesar de que todavía su mano no había doblegado la cerviz de los romanos. Esta misma clemencia le sigue dando, aún hoy, la fama que apenas se da a los príncipes. Creemos que era dios, pero no porque se nos impusiera, sino porque Augusto fue un príncipe bueno y confesamos

---

[86] Serie de nombres ilustres que Augusto tiene en cuenta, como ejemplos de clemencia a la hora de perdonar a L. Cinna.

[87] Otra serie de personajes a quienes perdonó Augusto. Son otros tantos ejemplos de la clemencia de éste.

que le conviene el título de Padre de la Patria. Y no por otra causa, sino porque los insultos que suelen herir a los príncipes más que las injurias, no los castigaba con saña; porque respondía a las palabras de agravio con una sonrisa y porque, cuando infligía castigos, parecía sufrirlos él. Y, finalmente, porque a todos los que condenó por adulterio con su hija, lejos de matarlos, los confinó en lugares más seguros, proporcionándoles salvoconducto. Esto es perdonar de verdad, cuando sabes que hay muchos hombres dispuestos a enfadarte contigo mismo, a buscar tu favor con la sangre ajena y cuando estás dispuesto a dar no sólo la vida, sino a asegurarla.

XI. Esto hizo Augusto, ya anciano, o cuando rondaba los años de la ancianidad. En su juventud, exaltado e irascible, hizo muchas cosas a las que después volvía sus ojos de mala gana. Nadie se atrevería a comparar su mansedumbre con la del divino Augusto, aunque recordara sus años juveniles y su senectud más que madura. Él fue más moderado y clemente, pero sólo después que manchara el mar de Accio con sangre romana. Es decir, después de haber hundido las naves en Sicilia, tanto las suyas como las de sus contrarios. Esto fue después de las operaciones de Perugia y las proscripciones [88].

Yo no llamo a la clemencia crueldad cansada. La verdadera clemencia, oh César, es la que tú practicas y que no es fruto del arrepentimiento de la crueldad ni de estar manchado y de no haber nunca derramado sangre de los ciudadanos. La verdadera templanza del espíritu en la cumbre del poder y el amor del género humano y de la patria común,

---

[88] Batalla de *Accio,* año 31 a.C.; batallas de Sicilia en *Mylas* y *Naulveco,* 36 a.C. *Perugia.* Lucio Antonio, hermano de Marco Antonio, se levantó contra Octavio. Éste lo cerca en Perugia y consigue que se entregue. Pero Perugia es incendiada y saqueada (c. 40 a.C.).

ahora entregada a ti no consiste en intentar, bajo la influencia de una pasión o de la temeridad de incitar a la juventud, o de los ejemplos de los príncipes que precedieron, hasta dónde llega el propio poder sobre los súbditos, sino en embotar la espada del propio poder. Tú nos presentaste, oh César, una ciudad incruenta y además algo de que tú te gloriaste con espíritu generoso: "no haber derramado en el universo una sola gota de sangre". Cosa en verdad, tanto más grande y maravillosa cuanto que jamás la espada se entregó tan pronto a manos jóvenes.

La clemencia, por tanto, no sólo nos hace más honorables, sino más seguros; y es además ornato de los tronos y al mismo tiempo su certísima salvación. ¿Por qué los reyes envejecen y entregan su reino a sus hijos y a sus nietos, y en cambio, la dominación de los tiranos es breve y execrable? ¿Qué diferencia hay entre un tirano y el rey, pues aparentemente es igual su situación y su poder? Ninguna, sino que los tiranos se gozan en la crueldad, mientras que los reyes obran movidos por la razón y la necesidad.

XII. "Entonces, ¿qué? ¿Acaso los reyes no matan también?" Sí, pero cuando la utilidad pública lo impone. A los tiranos, en cambio la crueldad les sale del corazón. El tirano se diferencia del rey por los hechos, no por el nombre. Porque Dionisio el Viejo puede con razón y méritos preferirse a muchos reyes. ¿Y qué prohíbe llamar tirano a L. Sila, para quien matar puso fin a la carencia de enemigos? Aunque hubiera renunciado a la dictadura y hubiera vuelto a la vida civil, ¿qué tirano bebió nunca con tanta avidez la sangre humana como él, que mandó matar a siete mil ciudadanos romanos? Y al oír de cerca, cuando estaba sentado en el templo de Bellona, los alaridos de tantos miles que gemían bajo la espada, dijo al Senado aterrorizado: "sigamos, Padres Conscriptos, unos pocos sediciosos caen muertos por orden mía". En esto no mintió: a Sila le parecían pocos. Pero de

Sila[89] volveremos a hablar más adelante cuando estudiemos cómo ha de ser la ira contra los enemigos, si es que existen ciudadanos que separados del mismo cuerpo social, pasen a la condición de enemigos.

Mientras tanto, decía que la clemencia establece una gran diferencia entre el rey y el tirano, a pesar de que ambos vayan escoltados por armas. El rey tiene armas para guardar la paz y el tirano para reprimir con gran miedo grandes odios. Ni siquiera mira con seguridad las mismas manos en quien se confía. Un mal le empuja al otro mal, pues es odiado, porque es temido y quiere ser temido, porque es odiado, haciendo suyo aquel execrable verso que llevó a tantos a la perdición:

Oderint dum metuant!
¡Ódienme mientras me teman![90].

Ignoran cuánta furia estalla cuando el odio crece sobre toda medida. En efecto, un temor moderado reprime todos los espíritus. Un temor continuo y violento, que llega hasta el extremo, hostiga la audacia de los abatidos y les empuja a probar toda clase de experiencias. Así, con una barrera de cuerdas y de plumas recluirás a las fieras. Pero, si un jinete las ataca con flechas por detrás, intentarán la fuga, saltando por encima de la barrera y pisotearán su miedo. Formidable es la valentía provocada por la desesperación. Es posible que el miedo deje alguna inseguridad y que ofrezcan más esperanza que peligro. De lo contrario, cuando los temores

---

[89] *Dionisio "el Viejo"* (430-367 a.C.), tirano de Siracusa. Platón se refugió a su lado, Nepote y Cicerón nos cuentan cosas muy positivas de él. *Templo de Bellona,* diosa de la guerra, ubicado en Roma en el campo de Marte. *L. Sila* fue dictador el año 80 a.C. Véanse notas 7 y 70.

[90] Célebre frase de Accio (s. II a.C.), en la tragedia *Atreo,* que gustaba repetir Calígula.

quedan igualados gusta afrontar los peligros y abusar de la vida como si fuera ajena. El rey pacífico y tranquilo tiene a su disposición todos los resortes que ha de usar para el bien común. Y el soldado glorioso, que ve que es útil a la seguridad pública, sufre de buena gana todos los trabajos, como guardián que es del padre de todos. Pero el tirano feroz y sanguinario por fuerza ha de ser insoportable a sus mismos secuaces.

XIII. Un rey no puede tener buenos y fieles servidores, si se sirve de ellos como potros de tortura y aparejos de muerte en los tormentos; si les hecha de comer carnaza humana como a las fieras. Vive más atormentado y atribulado que sus propios reos, porque tiene a los hombres y a los dioses como testigos y vengadores de sus crímenes y ha llegado a un punto, donde ya no puede cambiar de costumbres. Su crueldad es, entre otras muchas, la peor de sus desgracias, puesto que ya ha de perseverar en ella ni le queda abierto el camino a mejores sentimientos. Los crímenes han de defenderse con crímenes. ¿Y quién más desgraciado que el que se ve obligado a ser malo? Oh, qué digno de lástima es para sí mismo, puesto que para los demás fuera delito tenerla, aquel que afianzó su poder con asesinatos y rapiñas; que convirtió todas las cosas, tanto externas como domésticas, en objeto de sospecha; aquel que temiendo las armas se refugió en ellas, y el que no creyó en la fidelidad de los amigos ni en la piedad de sus hijos.

Aquel que después de mirar a su alrededor ha examinado todo lo que hizo y todo lo que ha de hacer, al descubrir su conciencia llena de crímenes y de remordimientos, con frecuencia teme la muerte. Pero, muchas más veces la desea al verse más aborrecible a sí mismo que a sus vasallos. Por el contrario, el que se cuida de todas las cosas, de unas más, de otras menos, que no deja sin nutrir parte alguna del estado, como si fuera parte de sí mismo; que inclinado a las medidas

más suaves, demuestra que es necesario el castigo, con cuánto disgusto aplica un remedio tan áspero. Aquel que en su corazón no guarda nada hostil ni inhumano; que ejerce su poder tranquila y saludablemente, deseoso de que sus súbditos aprueben sus mandatos, es muy dichoso a sus ojos al poder comunicar su felicidad a los demás. Afable en la conversación y accesible, de rostro amable, que fácilmente conquista el amor del pueblo, con propensión a los deseos equitativos, ni despiadado con los malhechores. Por el contrario, es amado, defendido y querido por toda la ciudadanía. La gente habla de él lo mismo en privado que en público. Todos quieren tener hijos; y la esterilidad, denunciadora de los males públicos queda reprimida. Nadie duda merecer bien de sus hijos, gala de un siglo tan venturoso. Este príncipe, seguro del bien que hace, no necesita de guardias y tiene las armas como simple decoración.

XIV. ¿Qué deber es, entonces, el suyo? El de los buenos padres que suelen reprender a sus hijos, a veces con blandura, otras como amigos y enmendarlos alguna vez con azotes. ¿Hay hombre cuerdo que desherede a su hijo a la primera ofensa? Un padre no se decide a la aplicación de decretos a menos que grandes y repetidas injurias superen su capacidad de paciencia o que importe más el mal que ya tiene que aquel al que le condena. Primeramente ensaya muchas pruebas para reformar un carácter débil, pero que ya se desliza de manera clara hacia su deformación. Cuando ha fracasado, ensaya los últimos remedios. Porque nadie llega a exigir los castigos, si antes no agota los remedios.

Esto que hace el padre lo ha de hacer también el príncipe, a quien llamamos Padre de la Patria, pero no llevado por vana adulación. Los demás títulos son simplemente honoríficos. Los sobrenombres de Grandes, Felices y Augustos se los hemos dado nosotros y, en la majestad ambiciosa de ho-

menajes, hemos acumulado todos los títulos posibles. Le llamamos ciertamente Padre de la Patria para que sepa que se le ha dado la patria potestad, que es la más moderada, porque mira por sus propios hijos y pospone su propio bien al de ellos. Tarda mucho tiempo el Padre en amputarse alguno de sus miembros y, cuando lo hubiere amputado, desea reponerlo; y al amputarlo, gime titubeando mucho y por largo tiempo. Pues, quien condena pronto, está expuesto a condenar con gusto; y muy expuesto también a castigar inicuamente quien castiga demasiado.

XV. El pueblo romano de nuestro tiempo cosió a puñaladas al ciudadano romano Tricón, porque había dado muerte de una paliza a un hijo suyo. La autoridad de Augusto César apenas fue capaz de librarle de tantas manos encrespadas de padres e hijos. Por su parte, Tario, que había sorprendido a su hijo en tentativa de parricidio, le condenó después del proceso, siendo por ello admirado de todos. Porque, contento con el destierro y con un destierro benigno de su hijo parricida, le confinó en Marsella y le asignó una renta anual, igual a la que percibía antes del crimen. Esta magnanimidad paterna consiguió que, en una ciudad en la que nunca falta un patrón para los malvados, nadie pusiese en duda que el reo había sido condenado justamente, pues le había condenado un padre que no podía matarlo. Con este mismo ejemplo te mostraré un buen príncipe para que le compares a un buen padre. A la hora de instruir el juicio de su hijo, Tario convocó al consejo a César Augusto. Éste se presentó en una casa particular y formó parte de un consejo ajeno. No dijo: "mejor que venga él a mi casa". De haberlo hecho así, el juicio hubiera sido de César, no del padre. Oída la causa y bien pensados los argumentos, tanto los que el joven había aducido en su descargo, como los que le acusaban, Augusto exigió que cada cual escribiese su sentencia a fin de que la personal de César no fuese la de todos. Luego, antes de abrir los

codicilos, juró que él no exigiría la herencia de Tario[91], hombre rico.

Dirá alguien: "hombre de espíritu apocado, temeroso de no parecer que con la condena del hijo quería abrir puertas a su esperanza". Yo pienso lo contrario. Cualquiera de vosotros debería tener contra la sospecha maliciosa, confianza suficiente en una buena conciencia. Pienso que los príncipes han de hacer muchas concesiones al qué dirán de la gente. Juró que no reclamaría su hacienda. Cierto, que Tario perdió aquel día a un segundo heredero, pero César compró la libertad de su sentencia. Y después de haber probado que su severidad era gratuita, cosa que siempre ha de tener el príncipe, dijo: "reléguese, donde parezca al padre". No decretó que se le metiese en el saco de tortura ni se le echase a las serpientes, ni se le pusiera en la cárcel, acordándose, no de quien juzgaba, sino de aquel a cuyo juicio asistía. Dijo que el padre debía contentarse con el género más suave de castigos ya que se trataba de un hijo ya casi adolescente. Un hijo que había sido impulsado por mano ajena a cometer aquel crimen, en el que se había portado con timidez muy próxima a la inocencia. Y, por tanto, que debía ser alejado de la ciudad y apartarlo de los ojos de su padre.

XVI. ¡Oh, qué digno fue César Augusto de ser admitido en el consejo de los padres! ¡Y digno de haber sido nombrado coheredero junto con los hijos inocentes! Esta clemencia sienta bien al príncipe, de manera que donde quiera que vaya, haga las cosas con más mansedumbre de manera que ningún ciudadano sea tan vil al rey que éste no deplore su perdición: cualquiera que sea, es una parte del imperio. De las pequeñas cosas tomemos ejemplos para los grandes im-

---

[91] Sigue la serie de ciudadanos romanos que en este y siguientes capítulos muestran su clemencia o su crueldad y de ellos toma pie para elaborar o criticar su conducta.

perios. No hay una sola forma de gobernar: el príncipe manda a sus vasallos, el padre a sus hijos, el maestro a sus alumnos, el tribuno o el centurión a los soldados. ¿No parecerá, acaso, el peor de los padres el que con continuos azotes castiga a sus hijos, incluso por causas levísimas? ¿Y qué maestro será más digno de enseñar las artes liberales: el que desollare a sus discípulos porque les falta la memoria o porque sus ojos al leer van un poco lentos, o el maestro que prefiere enmendarles e instruirles con correcciones y advertencias a su pundonor? Ponles un tribuno o un centurión cruel: habrá desertores por delitos muy perdonables. ¿Es acaso equitativo que el hombre sea gobernado con mayor dureza y gravedad que los animales irracionales? Ahora bien, ningún domador experimentado atemoriza al caballo con golpes frecuentes, pues se tornará rebelde y espantadizo, sino que le halaga con suaves caricias de mano. Lo mismo hace el cazador: ya adiestra a los cachorritos a rastrear las piezas, ya se vale de los venteadores, una vez ejercitados para levantar y perseguir a las fieras. Tampoco les amenaza con frecuencia, pues deprimirá su querencia y hará que su instinto natural degenere en falsa timidez. Y mucho menos les concederá permiso para merodear a su antojo y vagabundear. A estos ejemplos se puede añadir el de las pesadas acémilas que, a pesar de haber nacido para malos tratos y miserias, por el excesivo ensañamiento se ven obligadas a sacudirse el yugo.

XVII. No hay animal alguno más difícil, ni que deba tratarse con mayor cuidado, que el hombre. A ninguno, tampoco se le han de tener tantos miramientos. ¿Qué necedad más grande que avergonzarse de descargar la cólera sobre los jumentos y los perros y no ver en cambio, que, bajo la pésima condición a que está sometido el hombre, hay un hombre? Curamos nuestras enfermedades sin encolerizarnos. Pues bien, aquí tenemos una enfermedad del alma, que requiere una medicina suave y un médico que ataque lo más

mínimo al enfermo. De un mal médico es desahuciar, por no tener que curar. De la misma manera, con los que sufren enfermedades morales habrá de conducirse aquel a quien está encomendada la salud de todos. Ni desesperar demasiado pronto, ni declarar mortales los síntomas. Luche con los vicios, resista. A unos écheles en cara su enfermedad; engañe a los otros con medicinas suaves, porque los curará más pronto y mejor disfrazando los remedios.

Sí, cuídese el príncipe, no tanto de la salud como de no dejar cicatrices deshonrosas. El rey no consigue gloria alguna por un castigo cruel. ¿Quién pone en duda que puede infligirlo? Pero, conseguirá la máxima gloria, si libra a muchos de la ira ajena y no somete a nadie a la suya.

XVIII. Gobernar con moderación a los esclavos es digno de alabanza. Has de considerar también en el esclavo, no los castigos que impunemente le puedes infligir, sino los que te permita la naturaleza del bien y del mal, que manda perdonar a los cautivos y a los comprados por dinero. Con cuánta más justicia manda no abusar de los hombres libres, de los nobles y de los honrados como si fuesen esclavos. Más bien los has de tratar como quienes sólo te son inferiores en jerarquía, y de los que te fue entregada, no la servidumbre, sino la tutela. Los esclavos tienen derecho de asilo, acercándose a una estatua [92]. Y si contra los esclavos todo está permitido, hay algo, no obstante, que el derecho común de todo ser viviente prohíbe que se haga a un hombre, pues es de la misma naturaleza que la tuya. ¿Quién no odiaba a Vedio Polión [93] más que sus propios esclavos, que cebaba los peces con sangre humana y que a aquellos que le habían ofendido man-

---

[92] "Los esclavos tienen derecho de asilo acercándose a una estatua de los dioses o del príncipe".

[93] *Vedio Polión,* caballero romano amigo de Augusto, riquísimo, a quien legó parte de su fortuna.

daba echarlos a un vivero, que no era sino de serpientes? Oh hombre, digno de mil muertes, tanto si lanzaba los esclavos a los peces para que los devoraran, como si sólo los cuidara con tal cebo por alimentarlos. Pues así como los amos crueles son señalados con el dedo por toda la ciudad y son objeto de aversión y odio, de la misma manera, la injuria que hacen los reyes es más notoria y su infamia y su odio se transmite a través de los siglos. ¡Cuánto mejor fuera no haber nacido, que ser contado entre los nacidos para desgracia de los pueblos!

XIX. Nadie podrá inventar algo de más honor para el príncipe que la clemencia, cualquiera que sea la manera y el derecho con que se antepuso a los demás. Confesemos que es más hermoso y magnificente cuanto más alto fuere su poder, ya que no es forzosamente nocivo, si se ajusta a la ley de la naturaleza. Ésta, en efecto, instituyó la realeza, cosa que podemos conocer por los otros animales y particularmente por las abejas, cuya reina ocupa la celda más ancha: colocada en el lugar central y más segura. A esto hay que añadir que está libre de toda obra, que vigila las obras de las demás, y que, desaparecida la reina, todo el enjambre se desmorona. Nunca las abejas toleran más que a una y eligen tras una lucha a la mejor. Sobresale, además, por su elegancia y se distingue de todas, tanto por su tamaño como por su color. Pero lo que más la distingue es que, mientras las abejas son sumamente irascibles y por la pequeñez de su cuerpo pugnaces en demasía y dejan clavados sus aguijones en la herida, la reina, en cambio, no tiene aguijón. Ni la misma naturaleza quiso que fuera cruel ni que fuese su venganza tan cara. Se quitó el dardo y dejó inerme su ira. Gran modelo este para los grandes reyes. Pues acostumbra la naturaleza aparecer en las cosas pequeñas e inculcar por medio de ellas la enseñanza de las grandes. Avergoncémonos de no imitar las costumbres de los pequeños animales, por cuanto el espíritu del

hombre ha de ser tanto más moderado, cuanto más grave es el daño que causa.

Ojalá que el hombre tuviera esa misma ley y su ira se quebrase con su dardo y no le fuera permitido hacer el mal más que una vez, ni desfogar su odio con fuerzas ajenas. Quedaría fácilmente apaciguada su furia si se quedara satisfecho por sí mismo y no desfogase su fuerza sino en peligro de muerte. Pero, ni siquiera puede hacer su viaje con seguridad. Pues, en efecto, es preciso que tema tanto cuanto quiso ser temido y que vigile las manos de todos y que, incluso en tiempos en que no es perseguido, piense que lo es y que no tenga momento alguno libre de temor. ¿Hay alguien que soporte una vida tan penosa, siendo para los otros no peligroso ejercer con seguridad el derecho de soberanía, a satisfacción de todos? Yerra, por tanto, el que cree que el rey está seguro, allí donde nada está asegurado por el rey: la seguridad se ha de afianzar con la mutua seguridad. No es necesario levantar altas ciudadelas, ni fortificar la pendiente de arriscadas colinas, ni hender los flancos de las montañas ni cercarse con muchos nuevos torreones: la clemencia guardará seguro al rey a la vista de todos. ¿Qué cosa más hermosa que vivir, por voluntad de todos, con deseos expresados sin coacción alguna? Si la salud falla un poco, ¿por qué no el miedo en lugar de la esperanza? ¿Que no haya nada tan precioso al vasallo que no quiera comunicarlo por la salud del príncipe? ¿Que todo lo bueno que le sucedió a él, lo quiera también para sí?

En este punto tienes suficientes pruebas de bondad que demuestran que la república no le pertenece a él, sino él a la república. ¿Quién se atreverá a urdirle alguna emboscada? ¿Y quién en caso de poder hacerlo, no quisiera verlo apartado de todos los avatares, a este príncipe bajo el cual florecen la justicia, la paz, el pudor, la seguridad, bajo el cual la opulenta ciudad abunda en toda clase de bienes? Y no mira a su soberano con otro espíritu, con que contemplaríamos lle-

nos de veneración y culto a los dioses inmortales, si nos dieran el poder de verlos.

Entonces, ¿qué? ¿No hay para él un lugar próximo a los dioses, él, que se conduce según la naturaleza de los dioses, que es benéfico, generoso y con poder para mejorar la vida? Es esto lo que debemos desear; esto es lo que importa imitar: que sea tenido por el más alto, para que al mismo tiempo sea tenido por el mejor.

XX. El príncipe suele castigar por dos causas: o por vengarse él o por vengar a otros. Trataré primero de la parte que a él le toca. Es más difícil moderarse cuando la venganza viene reclamada por el dolor propio, que cuando está motivada por la ejemplaridad. Es superfluo advertir aquí que no sea demasiado crédulo para averiguar la verdad y favorecer la inocencia, de manera que así aparezca que el asunto en litigio no interesa menos al juez que al reo: eso pertenece a la justicia, no a la clemencia. Ahora le exhortamos a que, aun manifiestamente ofendido, mantenga el dominio sobre sí mismo y perdone la pena si puede hacerlo sin peligro. En caso contrario, que la mitigue y sea mucho más indulgente cuando se trate de injurias suyas personales que de las ajenas. Pues, así como no es magnánimo ser liberado con lo ajeno, sino que es verdaderamente magnánimo el que se quita a sí mismo lo que da a otro, de la misma manera llamaré clemente, no al que perdona fácilmente el daño ajeno, sino a aquel que agitado por su propia irritación salta bruscamente; al que entiende que es propio de un espíritu superior padecer injurias, aunque esté en la cumbre del poder y que no hay nada más glorioso que un príncipe ofendido impunemente.

XXI. Dos consecuencias suele tener el castigo. O da satisfacción al que recibió la injuria o da seguridad para el resto de sus días. La condición del príncipe es tan elevada que no necesita consuelo; y su poder tan manifiesto que tenga que

buscar en el mal ajeno la reputación de ser fuerte. Digo esto para cuando es atacado y ultrajado por sus inferiores, pues, si algún día ve debajo de sí a quien le fue igual, ya está lo suficientemente vengado. Al rey puede matarle un esclavo, una serpiente, una saeta, pero nadie puede salvarlo, si no es superior a quien le salvó. Debe, por tanto, usar con alegría tan gran don de los dioses, teniendo como tiene poder de dar y quitar la vida, sobre todo, en aquellos que en otro tiempo estuvieron situados en igual cumbre que él. Por el hecho de haber alcanzado este poder, ya cumplió y colmó su venganza, pues equivale a un verdadero castigo. Porque perdió la vida quien se la debe a otro; y todo aquel que fue derrocado a los pies de su enemigo, espera la sentencia sobre su vida y su reino y sigue viviendo para gloria de su salvador. Y una vez salvo, contribuye más a su renombre, que habiendo sido apartado de la vista del mundo. Porque, entonces, es un espectáculo constante de la virtud ajena: hubiera desaparecido muy pronto de haber triunfado. Y, si de verdad pudo sin peligro dejarle su reino y devolverle el trono de donde cayó, la alabanza de aquel que se contentó con tomar del rey vencido nada más que la gloria, surge de manera extraordinaria.

Esto es triunfar incluso de su propia victoria y demostrar que no halló en los vencidos nada digno del vencedor. Con los súbditos, los desconocidos y los humildes se ha de producir con tanta mayor mesura cuanto más bajo es haberlos afligido. Perdonarás a unos de buena gana; desdeña castigar a otros y retira de ellos la mano, como la alejas de las sabandijas que ensucian a quien las toca. Pero en aquellos cuya salvación o castigo anda en boca de toda la ciudad, tienes la ocasión, y has de aprovecharla, de un acto notable de clemencia.

XXII. Pasemos ya a las injurias hechas a otros, para cuyo castigo la ley propone estas tres normas que el príncipe ha de seguir también: o la enmienda de aquel a quien se castiga, o que la pena impuesta a él haga mejores a los demás, o

que éstos vivan más seguros con la supresión de los malvados. Con una pena menor corregirá más fácilmente a éstos, pues vive con más cuidado quien todavía conserva algo de su integridad. Nadie respeta su dignidad si ya la ha perdido y es una especie de impunidad no dar ya lugar al castigo. La sobriedad en los castigos corrige más eficazmente las costumbres de los ciudadanos. La multitud de los delincuentes suscita el hábito de pecar y su sanción se siente menos cuando queda atenuada por el exceso de los condenados. Y, por el contrario, la severidad que busca el remedio máximo, pierde eficacia cuando se aplica sistemáticamente.

El príncipe promueve en la ciudad las buenas costumbres y arranca los vicios; si los soporta, no como quien los autoriza, sino como quien, contra su voluntad y con repugnancia, se ve obligado a castigarlos. La clemencia del príncipe produce la vergüenza del delito y el castigo parece mucho más grave, cuando lo impone un hombre moderado.

XXIII. Podrás ver, además, que se cometen con más frecuencia las faltas que más se castigan. Tu padre durante cinco años mandó coser en el saco de los parricidas a muchos más de los que sabemos que se cosieron en todos los tiempos. Mucho menos se atrevían los hijos a cometer el más grave de los delitos, cuando este crimen no estaba castigado por la ley. Los más claros varones y los mejores conocedores de la naturaleza humana prefirieron pasarlo por alto como crimen increíble a demostrar que era posible cometerlo, fijándole un castigo. En consecuencia, los parricidas comenzaron con la ley y fue el castigo el que les sugirió el delito. La piedad filial llegó a su máxima degradación después de que pudimos ver con más frecuencia sacos que cruces[94]. En la ciudad en que

---

[94] *Más sacos que cruces.* A los culpables se les metía en un saco de cuero cuya boca se cosía y se les arrojaba al mar. La tortura más frecuente era la crucifixión.

los hombres apenas son castigados, se da como un consenso en la virtud y se practica la indulgencia a favor del bien público. Que la ciudad piense en ser moral, y lo será, pues se indignará más contra los que quebrantan la moral general, cuando vea que son pocos. Créeme: es peligroso demostrar a la ciudad que los malos son muchos más.

XXIV. El senado decretó una vez que el vestido distinguiese a los esclavos de los libres. Se vio después lo peligroso que era que los esclavos comenzasen a contarnos. Sábete que se ha de temer lo mismo, si no se perdona a nadie. Pronto aparecerá la preponderancia que la parte más inmoral tiene en la ciudad. No menos repugnantes son para el príncipe los muchos suplicios que a los médicos los muchos entierros: el que más moderadamente manda, mejor es obedecido. El espíritu humano es por naturaleza contumaz y se rebela y obstina contra los obstáculos y dificultades y prefiere seguir a ser conducido. Y así como los caballos generosos y nobles se conducen mejor con freno fácil, de la misma manera la bondad natural va por su propio impulso en pos de la clemencia y la ciudad la juzga digna de mantenerla para sí, pues se beneficia más por esta vía. La crueldad es un mal menos humano ni digna de un espíritu comprensivo como el hombre. Rabia de fiera es gozarse con la sangre y las heridas; es transformarse en bestia asilvestrada que renuncia a ser hombre.

XXV. Te pido, Alejandro, que me digas, ¿qué diferencia hay entre arrojar a Lisímaco a un león o que tú mismo le destroces con tus dientes? Tuya es aquella boca, tuya aquella ferocidad [95]. Y cómo desearías para ti mismo aquellas garras, aquellas fauces, capaces de engullir a un hombre entero. No te exigimos que esa mano, asesina certísima de tus amigos,

---

[95] Se refiere a *Alejandro Magno,* modelo de tirano, según Séneca, citado varias veces en los diálogos con el mismo calificativo de tirano.

sea a nadie saludable; que este tu ánimo feroz, insaciable calamidad de las naciones, se harte de otra cosa que de sangre y de carnaza. Escoger entre los hombres un verdugo para matar a un amigo, tendría para ti el nombre de clemencia. He aquí por qué la sevicia ha de ser objeto de mayor abominación, a saber, porque comienza traspasando los límites, primero ordinarios y después humanos. Busca nuevos y más refinados suplicios, llama en su ayuda al ingenio e inventa medios para variar y acrecentar el dolor. Finalmente se solaza con los males de los hombres. Es entonces cuando aquella cruel dolencia del alma llega al último delirio; cuando la crueldad se trueca en placer y empuja a matar a un hombre, porque éste lleva tras sí la aversión, el odio, el veneno, el puñal. Serán tantos los peligros que le acosan, cuantos los hombres para quienes él es un peligro: unas veces le amenaza una conspiración, otras se ve envuelto por una revuelta pública.

Una pequeña plaga no conmueve a ciudades enteras, pero cuando se enfurece y amenaza a todos, hiere a todos y por todas partes es atajada. Las serpientes pequeñas se deslizan y pasan inadvertidas, por eso el público no las teme. Pero tan pronto como una supera el tamaño acostumbrado y adquiere el carácter de monstruo; cuando con su veneno infecta las fuentes y con su aliento seca y devasta todo el espacio por donde se desliza, por todas partes es asaeteada. Los males pequeños pueden taparse y evadirse, pero se sale al encuentro de los grandes. Un solo enfermo ni siquiera altera a los de su casa, pero cuando la frecuencia de muertos denuncia la peste, se alza el griterío de la ciudad y se emprende la huida y todas las manos se alzan a los dioses. Bajo un solo techo prendieron las llamas; la familia y los vecinos las apagan con agua. Pero cuando el incendio se extiende y devora muchas casas, se le intenta apagar, demoliendo parte de la ciudad.

XXVI. Bajo la amenaza cierta de cruz, manos serviles trataron de vengar también la crueldad de los particulares: na-

ciones y pueblos se esforzaron por exterminar la de los tiranos, pues para ellos era una calamidad o una amenaza. Sus mismos secuaces se levantaron algunas veces contra ellos, cebando en su persona la mala fe, la impiedad y la ferocidad que de ellos aprendieron. ¿Qué puede esperar de aquel a quien enseñó a ser malo? La perversidad no siempre obedece ni se queda en el límite que se le fija. Pero imagina que la crueldad ha adquirido su medida, ¿qué reino es el suyo? No otro que el de las ciudades entradas a saco y las caras terribles del pánico de la gente. Todo está triste y confuso; se recela incluso de los mismos placeres. Nadie va seguro a los convites en los que han de vigilar la lengua, incluso los ebrios. Tampoco a los espectáculos, que se convierten en pretexto de acusación y peligro. A pesar de los grandes dispendios hechos en su preparación y de la magnificencia real y la fama de los artistas más famosos, ¿pueden ser divertidos los juegos en la cárcel? ¿Qué mal es éste, dioses clementes, de matar, de torturar y de solazarse con el fragor de las cadenas, de cortar la cabeza de los ciudadanos, de derramar copiosa sangre dondequiera se vaya, aterrorizando y poniendo en fuga a la gente sólo con su presencia? ¿Sería otra la vida si llegaran a reinar los leones o los osos? ¿Si se diera poder a las serpientes y a cualquier otro animal nocivo sobre nosotros? Estos animales privados de razón y condenados por nosotros por crimen de ferocidad, se abstienen de dañar a los suyos, e incluso entre las fieras, la semejanza es garantía de seguridad.

Pero la rabia de los tiranos no se reprime ni aun con sus parientes, sino que se ensaña por igual con propios y extraños. Y se excita más a medida que se ejerce, para deslizarse después de las matanzas individuales a la destrucción de las naciones. Y piensa después que tiene poder para prender fuego a las casas y meter el arado por las ciudades antiguas. Cree, asimismo, que no es de emperadores mandar matar a uno o dos; y piensa que su crueldad está dentro del orden, si al mismo tiempo, no cae una banda de infelices.

Felicidad es salvar a muchos y traerlos de la muerte a la vida y, por ellos, merecer la corona cívica. Ningún ornamento más digno y más hermoso para el supremo puesto del príncipe que esa corona por haber salvado vidas de ciudadanos; no las armas hostiles arrebatadas a los vencidos; no los carros tintos de sangre bárbara, ni los despojos ganados en la guerra. Poder divino es salvar pueblos enteros: matar en masa e indiscriminadamente es el poder del incendio y de la ruina.

LIBRO SEGUNDO

I. Una palabra tuya, oh Nerón César, me impulsó más que nada a escribir sobre la clemencia. Una palabra que no recuerdo haberla oído cuando la pronunciaste, ni repetido después sin admiración a los otros. Una palabra que brotó en ti con la mayor espontaneidad; palabra generosa, magnánima, de gran mansedumbre; palabra no estudiada ni falsificada para oídos ajenos, que demostró cuánta era tu bondad en competencia con tu fortuna. Teniendo que castigar a dos ladrones, Burro[96], hombre excelente, prefecto de tu palacio y nacido para servirte a ti como príncipe, te pedía que escribieses los nombres de los culpables y la causa por la que querías castigarlos. Y como diferías tú muchas veces este asunto, él seguía insistiendo. Y como te alargase disgustado el papel y tú se lo devolvieras también disgustado, tú exclamaste: "quisiera no saber escribir"[97]. Exclamación digna de ser escuchada por todos los pueblos que habitan el Imperio Romano, y por aquellos que viven en su entorno con libertad

---

[96] *M. Antonio Burro,* prefecto del pretorio, al frente de las tropas pretorianas instaladas en Roma. Fue colaborador de Séneca en los primeros cinco años al servicio de Nerón.

[97] *"Quisiera no saber escribir".* Este mismo dato lo encontramos en Suetonio (cap. 10), en su *Vida de Nerón.*

dudosa y cuanto se levanta contra él con todas sus fuerzas y su coraje. Exclamación digna de pronunciarse ante la asamblea de todos los mortales y que príncipes y reyes deberían jurar. Exclamación digna de la inocencia pública del género humano, que merecería hacer revivir aquella edad remota.

Precisamente ahora convenía un acuerdo sobre la equidad y el bien, una vez expulsada la codicia de lo ajeno, de la que nace todo el mal; el resurgimiento de la piedad e integridad con la fe y la modestia y que, tras el largo dominio de los vicios, diesen paso a un siglo de felicidad y de virtud.

II. Es grato confiar y en gran parte esperar, oh César, en un futuro como éste. Esta mansedumbre de tu espíritu se transmitirá y difundirá poco a poco por toda la geografía del Imperio y todas las cosas se transformarán a tu imagen. La salud procede de la cabeza: en consecuencia, si el alma vive o languidece, todas las cosas funcionan con energía, o son presa del desfallecimiento. Serán los ciudadanos y los aliados dignos de esta bondad y volverán las buenas costumbres a todo el orbe y no habrá manos manchadas de sangre. Deja que me detenga un poco más en este punto, no para adular a tus oídos, pues no es esa mi costumbre; preferiría más bien ofender con la verdad que agradar adulando.

Entonces, ¿qué? Quiero que tus hechos y tus dichos te sean lo más conocidos posible y, lo que ahora es talante e ímpetu natural en ti, se convierta en juicio ponderado. Pues pienso entre mí mismo que muchos de los dichos grandilocuentes, pero detestables, se introdujeron en la vida humana y se han hecho célebres en todo el mundo. Tal es el siguiente: "Ódienme, mientras me teman". Semejante a éste es el verso griego que dice: "Muera yo y arda en llamas el mundo"[98]. Y otros de este estilo. Ni sé cómo los talentos en

---

[98] Véase nota 90 de este mismo tratado.

materia tan desmesurada y aborrecible, expresaron sentimientos vehementes y agitados. Ninguna voz animosa he oído hasta ahora, que se inspire en el bien y en la clemencia. ¿Qué es lo que digo? Que, aunque sea de tarde en tarde, a disgusto y tras grandes vacilaciones, has de escribir de forma ineludible esta condenación que te hizo la escritura odiosa. Pero, que sea siempre como lo haces ahora: con grandes dudas y muchas dilaciones.

III. Y para que no nos engañe el preciso nombre de clemencia y nos lleve al extremo contrario, veamos qué es clemencia, en qué consiste y qué fines tiene.

La clemencia es la moderación del espíritu en poder castigar. O también, la benignidad del superior para con el inferior en la determinación de las penas. Es más seguro proponer muchas definiciones, no sea que una definición sola no dé suficiente comprensión del asunto y, por así decirlo, se pierda el sentido por la misma fórmula. Entonces, podemos definirla también como una inclinación del alma hacia la benignidad en la imposición de penas. Otra definición, que hallará contradictores, aunque es la que más se acerca a la verdad, es esta que dice: "la clemencia es la moderación que remite una parte de la pena merecida o debida". Se puede objetar que ninguna virtud hace con nadie menos de lo debido. Ahora bien, todos entienden que clemencia es doblarse más acá de lo que por justicia podría imponerse.

IV. Creen los ignorantes que la severidad es contraria a la clemencia. Pero ninguna virtud es contraria a otra virtud. ¿Qué es, pues, lo contrario a la clemencia? La crueldad, que no es otra cosa que la dureza de corazón en la imposición de penas. "Pero algunos no imponen penas y, sin embargo, son crueles, como los que matan a gente desconocida y a caminantes, no por ganancia sino por matar. Y no contentos con matar se ensañan con las víctimas. De esta clase fueron Bu-

siris y Procustes[99] y los piratas, que azotaban a los secuestrados y los echaban vivos al fuego". Ésta es realmente crueldad, pero como no pretende la venganza, ya que no existió la ofensa, ni se acomete a nadie por delito alguno, pues no hubo crimen, cae fuera de nuestra definición, que comprendía la intemperancia del corazón en la imposición de penas. Podemos decir que ésta no es crueldad, sino ferocidad, que se goza en la sevicia. Y podemos llamarla también locura, pues son diversos sus géneros y ninguno tan cierto como el que llega a la matanza y descuartizamiento de hombres. Llamaré, por tanto, crueles a aquellos que tienen motivo para castigar, pero no guardan moderación: como Fálaris[100], del que se dice que no se ensañaba contra hombres inocentes, sino sobre toda norma humana digna de aprobación. Podremos evitar sutilezas y definir la crueldad como una inclinación del alma a lo más riguroso. De ella se aleja la clemencia lo más posible, que es, sin embargo, compatible con la severidad.

Viene a nuestro propósito definir aquí qué es *compasión,* pues muchos la alaban como virtud, y al hombre bueno lo llaman compasivo. Y ésta es un vicio del alma. Tanto sobre la severidad como sobre la clemencia ya expusimos los extremos que se han de evitar, no sea que bajo la apariencia de severidad caigamos en la crueldad, y bajo la apariencia de clemencia, en compasión. En ésta incurrimos en un peligro más leve, pero el error es igual en los que se apartan de la verdad.

---

[99] *Busiris,* rey de Egipto que sacrificaba a los forasteros en el altar de Júpiter. Murió a manos de Hércules. *Procustes,* bandido del Ática que acostaba a los extranjeros en un lecho a la medida de la víctima alargándole los miembros o cortándole las piernas según su estatura. Véase *Metamorfosis* de Ovidio, IX, 182-183; VII, 430. Véase nota 39.

[100] *Fálaris,* tirano de Agrigento (s. VI a.C.), cruel y torturador hasta el punto de meter a sus víctimas en el vientre de un toro de bronce que encargó al griego Perilos y quemarlas encendiendo fuego bajo el toro.

V. Por tanto, así como la religión rinde culto a los dioses, y la superstición los ofende, de la misma manera todos los buenos mostrarán clemencia y mansedumbre, pero evitarán la compasión. Es un vicio de alma pusilánime que se viene abajo a la vista de los males ajenos. Por eso es frecuentísima en los peores. Viejas y mujercillas hay que se conmueven con las lágrimas de los mayores criminales y que, si pudieran echarían abajo las puertas de la cárcel. La compasión no mira a la causa, sino a la desgracia; la clemencia se apoya en la razón. Ya sé que la secta de los estoicos tiene mala reputación entre los ignorantes, por demasiado dura e incapaz de dar a príncipes y reyes ningún buen consejo. Se la acusa de que prohíbe al sabio la compasión y le prohíbe el perdón. Esto, dicho así, está mal visto, porque parece que no deja ninguna esperanza a los errores humanos, sino que, más bien, reduce a pena todos los delitos. Y si es así, ¿para qué me sirve esta ciencia que manda a desconocer toda humanidad y cierra el puerto más seguro contra las borrascas de la fortuna como es la ayuda mutua?

Y, sin embargo, no hay secta más benigna ni más amable; ninguna más filantrópica ni más solícita del bien público. Su propósito no es otro que ser útil y socorrer no sólo a uno mismo, sino a todos y cada uno de los hombres. La compasión es dolencia moral ante la vista de las miserias ajenas, o una tristeza surgida al contacto con los males de otra persona, que cree que le han sobrevenido a quien no los merecía. Pero la enfermedad moral no cae en el varón sabio: serena es su mente y no puede recaer sobre él nada que le desoriente. Y nada conviene tanto al hombre como un gran espíritu. Y no puede ser grande, si el miedo y la tristeza le aplastan y su mente le deprime y le encoge. Pero esto no le sucederá al sabio, ni siquiera en sus calamidades, sino que rebotará el golpe con todo el ímpetu de la fortuna y la verá hecha pedazos a sus pies. Conservará siempre el mismo rostro plácido, imperturbable y eso no lo podría hacer si aco-

giera en sí a la tristeza. Más todavía, el sabio es provisor y en todo momento tiene las resoluciones a punto. Pues nunca lo puro y transparente procede de lo turbio. La tristeza es incapaz para discernir las cosas, para saber elegir lo que es útil, para evitar los peligros y para apreciar la equidad. Por eso el sabio no tiene compasión, pues no es posible sin miseria del alma. Las demás cosas que suelen hacer los sensibleros, las hace él de buen grado y con grandeza de espíritu.

VI. Enjugará las lágrimas ajenas, pero no llegará a derramar las suyas. Echará una mano al náufrago, dará asilo al desterrado, ayuda al indigente, pero no esa ayuda humillante que lanzan con asco y desdén la mayor parte de los que quieren parecer compasivos y temen ser contagiados por aquellos mismos a quienes socorren. Más bien dará como un hombre a otro da del bien que es común. Entregará al hijo a las lágrimas de su madre, mandará que le suelten las cadenas y le alejará de la arena. Dará sepultura incluso al mismo cadáver del culpable, pero hará todo esto con espíritu tranquilo y sin inmutar su rostro. Por tanto, el sabio no compadecerá, pero socorrerá, será útil. Nacido para socorrer a todos y para el bien común del que dará su parte a cada uno. También hará extensión de su bondad incluso a los desventurados, dignos de reprensión o susceptibles de enmienda, y a cada cual, según su merecimiento. Pero a los afligidos y a los que más sufren les atenderá con mayor atención.

Siempre que pueda hará frente a la fortuna. ¿Dónde si no puede emplear mejor su riqueza o sus fuerzas que en las restauraciones de las cosas que el azar derribó? Cierto que ni su rostro ni su espíritu se deprimirán ante la figura escuálida y harapienta de un mendigo, ni la de un anciano apoyado en su báculo. Por lo demás, ayudará a todos y, como los dioses, mirará a los desdichados con más benevolencia. La compasión es vecina de la miseria, porque tiene algo derivado de ella. Has de saber que son débiles los ojos que se cubren de lá-

grimas ante las legañas ajenas. Has de saber también que es dolor, no alegría, reír con los que siempre ríen y abrir la boca cuando todos bostezan. La compasión es el vicio de las almas que se preocupan demasiado de la miseria. Algo que, si yo se lo impusiera al sabio, faltaría poco para exigirle lamentos y gemidos en los funerales de un extraño.

VII. Pero, ¿por qué no perdonará? Definamos también ahora qué es el perdón y sabremos por qué el sabio no debe darlo. El perdón es la remisión de la pena merecida. Los que tratan este tema con detenimiento abundan en razones por las que los sabios no deben conceder el perdón. Por mi parte, como si estuviera en juicio ajeno, diré breves palabras. Se perdona a aquel que merecía el castigo. El sabio, en cambio, no hace más de lo que debe. No omite nada de lo que debe, por tanto, no condena la pena que debe exigir. Pero lo que quiere alcanzar con el perdón, te permite conseguirlo por otra vía más honesta: porque el sabio perdona, consuela y corrige. Hace lo mismo que si perdonara, pero sin perdonar. Porque el que perdona confiesa que ha omitido algo que debió hacer. A éste le amonestará sólo de palabra y no le impondrá castigo, atendiendo a que está en edad de enmendarse. A otro, abiertamente afligido por lo inaudito de su crimen, mandará que se le deje incólume, porque fue engañado o porque el vino le puso en la trampa. Dará a los enemigos, a veces incluso con alabanzas, si por causas honestas, por fidelidad, por cumplir un pacto, por una libertad se vieron obligados a participar en la guerra. Todas estas obras son, no de perdón, sino de clemencia.

La clemencia mantiene libre su albedrío. No juzga según fórmula, sino según la equidad y la bondad. Le permite absolver y dirimir la contienda, según le pareciere. No hace ninguna de estas cosas, como si hiciera menos de lo justo, sino como quien estima como muy justa su decisión. Pero perdonar es no castigar lo que juzgas digno de castigo. Per-

dón es remisión de una pena debida: el primer fruto de la clemencia es que aquellos a los que libera ya no tendrán que pagar nada más. Es más completa que el perdón y más honorable. A mi juicio es una discusión sobre palabras; sobre la cosa en sí hay acuerdo.

El sabio perdonará muchas cosas, salvará a muchos de corazón poco sano, pero sanable. Imitará a los buenos labradores que no sólo cultivan árboles derechos y esbeltos, sino también a aquellos que por cualquier causa se torcieron, aplicándoles remedios para enderezarlos: a unos los podan, para que las ramas no impidan su crecimiento; a otros, cuando están enfermos por defecto del lugar, los abonan; y a los que les cubre la sombra de otros árboles, les abren el cielo. El sabio perfecto verá, según esto, qué remedio y qué método es el mejor para tratar a cada uno, y de qué modo pueden enderezarse los corazones torcidos.

CONSOLACIÓN A POLIBIO [101]

I. ... las ciudades y los monumentos, mas si con nuestra vida los comparas, son perdurables. Pero si los reduces a la condición de la naturaleza son caducos, pues destruye todas las cosas y las devuelve al lugar de donde las sacó. Porque, en efecto, ¿qué cosa podrán hacer esas manos mortales que sea inmortal? Las siete famosas maravillas y otras mucho más admirables, que la ambición de los siglos posteriores levantó, se verán

---

[101] La consolación es un género literario creado por los griegos y que más tarde cultivaron los filósofos de todas las escuelas. En latín *Consolatio,* en griego *logosparamythetikos,* "nace con el propósito definido de procurar alivio a los desdichados, mitigar duelos y pesares en los afligidos por alguna desgracia, con el recurso de unos principios morales". No es el caso de hacer en esta nota una historia de la *Consolatio.* Remitimos a la historia de la literatura grecorromana que recuerda los autores y las características de esta composición. Sí debemos decir una palabra sobre la *Consolatio* en Séneca. Entre los diálogos de Séneca (véase Introducción), aparecen tres *Consolaciones: Consolación a Marcia, Consolación a Polibio* y *Consolación a Helvia,* su madre, con fechas muy distintas.

En esta antología del pensamiento senequiano de sus *Diálogos* damos la *Consolación a Polibio,* como modelo del género consolación. *Polibio* era un liberto de Claudio, integrante de la corte administrativa del emperador. Estaba encargado de la asesoría en asuntos jurídicos, literarios y de condición, como nos cuenta Suetonio (*Claudio,* 28). La datación de la obra parece cierta en el 42-43 d.C. (Para el estudio de las tres consolaciones véase *Diálogos: Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio,* versión, traducción y notas de Juan Mariné Isidro, Gredos, Madrid, 1996, pags. 9-39).

algún día arrasadas. Así es: no hay nada eterno y pocas cosas duraderas. Cada una es frágil a su modo, sus fines varían y, en suma, todo lo que tuvo principio ha de tener fin. Hay quienes amenazan al mundo con su destrucción; y todo este universo que comprende las cosas divinas y humanas, vendrá un día en que, si juzgas lícito creerlo, lo descompondrá y lo hundirá en su antigua confusión y tinieblas. Venga, pues, alguien a llorar ahora por las vidas de cada uno; que se lamente sobre las cenizas de Cartago, Numancia y Corinto [102] o de cualquiera otra cosa que cayese de mayor altura, cuando hasta este universo que no tiene donde caer, se ha de disipar. Venga otro hombre también y quéjese de que los hados algún día se han de atrever a tan abominable destrucción; no le perdonarán a él.

¿Quién hay de tan soberbia y de tan desenfrenada arrogancia, que en esta ley inexorable de la naturaleza, que empuja todas las cosas a un mismo fin, quiera salvarse él y los suyos solamente y librar a una casa de la ruina que amenaza a todo el orbe? El mayor consuelo es, entonces, pensar que lo que le ha sucedido lo han padecido también otros antes que él, y que lo padecerán todos los que vinieren al mundo. Por eso juzgo que la naturaleza hizo común lo que había hecho más doloroso, a fin de que la igualdad mitigara la crueldad del destino.

II. Y no te ayudará poco la consideración de que el dolor, ni a ti ni a la persona que te faltó, ha de ser de provecho, por lo que no querrás prolongar lo que ciertamente es inútil. Si con la tristeza hemos de sacar algún provecho, no me niego a derramar por tu desgracia las lágrimas que han sobrado de las mías. Pues todavía en estos ojos, consumidos por el llanto doméstico hallaré alguna lágrima, si es que te han de ser de provecho. ¿A qué esperas? Quejémonos, pues, que yo quiero

---

[102] *Cartago, Numancia* y *Corinto.* Tres ciudades destruidas por el fuego. Cartago y Corinto (norte de África y Grecia, respectivamente), en el 146 a.C.; Numancia (en España), en el 134 a.C. Véase nota 22.

tomar por mía esta causa: "Oh fortuna injustísima a juicio de todos, pues te apartaste de aquel que, por beneficio tuyo había llegado a tanta estimación y estaba libre de la envidia, cosa que pocas veces sucede. Y ahora le has infligido el mayor dolor en vida del César y después de haberle rodeado bien por todas partes, conociste que sólo ésta quedaba descubierta a tus golpes. ¿Qué otra cosa podías hacerle? ¿Quitarle las riquezas? Nunca vivió sujeto a ellas y, ahora, en cuanto puede las desecha, y con tanta facilidad como tiene en adquirirlas, su desdén es el mayor fruto que saca de ellas. ¿Quitarle los amigos? ¿Sabías tú que era tan amable que con facilidad podría poner a otros en lugar de los que le quitases? Porque de todos los que he conocido con influencia en la casa real, sólo sé que éste es el único cuya amistad, aunque a todos conviene, les es aún más deleitable. La tenía tan asentada como para que tú no pudieras desacreditarle. ¿Le privarías de la salud? ¿Sabías que su espíritu estaba tan fundado en los estudios liberales, en los que no sólo había sido educado, sino nacido, que se sobreponía a todos los dolores del cuerpo? ¿Le quitarías la vida? ¡Qué poco daño le habrías hecho! La fama de su talento le había prometido una edad larguísima: ha procurado que perviva lo mejor de sí mismo y escapar a su condición de mortal, escribiendo excelentes obras de elocuencia. Mientras dure el honor de las letras y mientras se mantenga la fuerza de la lengua latina o la gracia de la griega, vivirá entre los varones insignes cuyos ingenios igualó o, si su modestia rechaza esto, como discípulo aventajado. En consecuencia, sólo pensabas en cómo podrías hacerle más daño, pues cuanto mejor es un hombre, tantas más veces suele soportarte, siempre que te enfureces sin razón, aun en medio de sus favores. ¿Qué poco te costaba librar de esta afrenta a quien parecía haber alcanzado por tu liberalidad un alto conocimiento, y no por tu acostumbrado antojo, como sueles?".

III. Añadamos, si quieres, a estas quejas las buenas inclinaciones de aquel mancebo, cortadas en sus prometedores inicios. Fue digno de tenerte como hermano y tú, ciertamente, eras dignísimo de no tener que dolerte de nada, ni siquiera de un hermano indigno. Todos los hombres sin excepción le rinden un homenaje sincero. Todos le echan de menos en honor tuyo y le alaban por él mismo. Nada había en él que no hicieras tuyo con gusto. Cierto que tú habrías sido también bueno, con un hermano menos bueno, pero en él tu piedad halló el objeto idóneo y se entregó con mucha más generosidad. Nadie conoció su poder por haberte injuriado y a nadie amenazó con que tú eras su hermano. Tu discreción le había servido de ejemplo y tenía presente el honor y la responsabilidad tan grandes que eras tú para los tuyos: y él supo llevar muy bien esta carga. ¡Oh hados crueles e injustos con toda virtud! Antes de que tu hermano conociese su felicidad, te fue arrebatado.

Bien veo que mi indignación es poca, porque no hay nada tan difícil como hallar palabras justas para un dolor profundo. No obstante, quejémonos, si con esto podemos conseguir algo. "¿Qué es lo que quisiste hacer, oh injusta y violenta fortuna? ¿Tan pronto te arrepentiste de tu generosidad? ¿Qué crueldad es ésta de separar a dos hermanos y con tan sanguinario robo deshiciste un grupo tan bien avenido? ¿Quisiste sacrificar y rebajar sin motivo alguno a una familia de jóvenes magníficos, tan unidos, sin que ninguno de ellos desmereciese? ¿No vale nada, entonces, la inocencia cumplidora de toda ley, nada, la antigua frugalidad? ¿Nada, la abstinencia más severa de todo placer en la prosperidad, nada, un desinterés total vivido desde el poder absoluto? ¿Nada, el sincero y puro amor de las letras, nada una conciencia limpia de toda mancha?".

Llora, Polibio, y advertido con la muerte de un hermano de lo que se puede temer de los demás, llega incluso a temer los mismos consuelos de su pena. ¡Hazaña indigna!

Llora Polibio y se duele aún gozando de un favor del César. Sin duda esto ambicionabas, oh fortuna cruel: demostrar que nadie puede ser defendido contra ti, ni siquiera por el mismo César.

IV. Podemos seguir quejándonos más de los hados, pero no podemos cambiarlos: porque son duros e inexorables. Nadie los mueve ni con insultos, ni con lágrimas, ni con razones. Nada perdonan ni nada le rebajan a nadie. Dejemos, por tanto, las lágrimas inútiles, pues más fácilmente nos añadirá a los difuntos que nos los devolverá. Y si nos atormenta y no alivia se han de abandonar desde el primer momento, apartando el espíritu de consuelos vanos y del amargo deseo de llorar. Porque, si la razón no puede poner fin a nuestras lágrimas, a buen seguro que la fortuna no se opondrá. Venga, pues, mira a tu alrededor a todos los mortales: por todas partes encontrarás suficiente y frecuente materia para llorar. La pobreza laboriosa reclama a uno a su trabajo cotidiano; inquieta a otro la ambición que no reposa; otro tiene miedo de las riquezas con que había soñado y es víctima de sus propios sueños. A otro le acosan las preocupaciones, a otros los quehaceres, a otro la turba que asedia constantemente su puerta. Éste se queja de tener hijos, este otro de haberlos perdido. Antes se nos acabarán las lágrimas que las razones para lamentarlas. ¿No ves qué clase de vida nos ha prometido la naturaleza, que quiso que el llanto fuese lo primero de los hombres al nacer? Así comienza nuestra vida en el mundo y así continúa a lo largo de los años que siguen. Así pasamos la vida y por eso mismo hemos de hacer con moderación lo que se ha de hacer con frecuencia. Y considerando las muchas penalidades que se ciernen sobre nuestras espaldas, debemos si no acabar con las lágrimas, por lo menos guardar algunas. En ninguna cosa, tan frecuente como ésta, hemos de ser tan parcos.

V. De no poco consuelo te será también pensar que a nadie es tan grato tu dolor como a quien parece ofrecérsele. O él no quiere o no entiende tu tormento. Según esto, no hay motivo alguno para esta demostración. "Porque si aquel por quien se hace no la siente, es superflua, y si la siente, es penosa". Déjame decirte que no hay nadie en el orbe entero que se deleite con tus lágrimas. Entonces, ¿qué? ¿Piensas que tu hermano tiene contra ti una intención que nadie tiene, como es causarte aflicción con tu propio suplicio y apartarte de tus ocupaciones, quiero decir de tus estudios y del servicio de César? Esto no es verosímil, pues siempre te amó como hermano, veneró como a padre y respetó como a superior. Quiere de ti ser motivo de añoranza, no de tormento. ¿Qué utilidad, por tanto, tiene consumirte en el dolor de tu mismo hermano, si es que a los muertos les queda todavía algún sentimiento, desea que se acabe? Todo esto, tratándose de otro romano, cuya voluntad pudiera parecer no tan clara, yo lo podría poner en duda y te diría: "Si tu hermano deseara que te atormentases con incesantes lágrimas, no merece éste cariño tuyo; y si él no lo quiere, deja ese dolor que os abruma a los dos. Ni el hermano que no te quiere debe ser añorado así, ni puede quererlo un hermano que te quiere". Pero, como se trata de éste, cuyo afecto te era bien patente, hemos de creer con toda seguridad que nada puede serle más doloroso que tu pena por su muerte, así como perturbar y sumir tus ojos en un llanto sin fin, indignos como son de este castigo.

Nada, sin embargo, alejará tanto a tu amor de esas lágrimas inútiles, como el pensar que debes dar a tus hermanos ejemplo de cómo sobrellevar con entereza esta afrenta de la fortuna. Has de hacer tú mismo ahora lo que hacen los grandes generales cuando se encuentran perdidos, a saber, simular buen humor y ocultar expresamente las adversidades con alegría fingida, a fin de que el ánimo de los soldados no desmaye, si ven hundido el espíritu del general. Adopta una ex-

presión distinta a tu ánimo y, si puedes, has de desechar de todo punto el dolor. Y, si no puedes, enciérralo en tu interior y reprímelo para que no aparezca al exterior. Procura que te imiten tus hermanos, porque ellos tendrán por justo todo lo que te vean hacer y se animarán al ver tu rostro. Has de ser con ellos tanto su consuelo como su consolador; y no podrás combatir su dolor, si te abandonas al tuyo.

VI. También apartará de ti el excesivo dolor saber que nada de lo que haces puede pasar inadvertido. El consenso de la gente te ha dado una alta representación y tu deber es mantenerlo. Estás rodeado de una gran afluencia de consoladores que dicen consolarte y sondean tu estado interior, valorando la fortaleza que muestras frente al dolor. Y si tú solamente sabes utilizar con destreza las circunstancias favorables, o si también sabes llevar con varonil entereza las adversas: todos te miran a los ojos. Más libres son las acciones de aquellos cuyos sentimientos se pueden encubrir. Para ti no hay secreto libre: la fortuna te ha puesto bajo una fuerte luz. Todos sabrán cómo te has portado en esta herida y si al recibirla arrojaste las armas, o si te mantuviste en tu puesto. Hace tiempo ya que el amor del César te elevó al más alto rango. Al que también te alzaron tus estudios. Nada plebeyo va contigo, nada humilde. Pero, ¿qué cosa hay tan rastrera y afeminada como el dejarse consumir por el dolor? En un duelo igual, no te está permitido lo mismo que a tus hermanos. La opinión que se ha formado de tus estudios y costumbres no te permite muchas cosas. Es mucho lo que los hombres exigen de ti y esperan mucho de ti. Si querías que todo te fuese lícito, no tendrías que haber atraído a ti las miradas de todos: es ahora cuando has de cumplir cuanto prometiste. Vigilan tu espíritu cuantos alaban las obras de tu ingenio y las hacen copiar; y aunque algunos no necesitan tu fortuna, necesitan tu talento. Nunca puedes hacer nada indigno de varón perfecto y erudito; sin que muchos se avergüencen de

haberse admirado de ti, no te está permitido llorar sin medida. Y no sólo es esto lo que no te está permitido: no puedes alargar el sueño a parte del día, ni retirarte a la vida descansada del campo, huyendo del tropel de los negocios. Tampoco puedes recrear tu cuerpo agotado por la continua asistencia a tu trabajo laborioso con un viaje de placer, ni entretener tu espíritu con la variedad de espectáculos, ni disponer del tiempo a tu arbitrio. No te están permitidas muchas cosas que incluso lo están a los más humildes y a los que yacen en un rincón: gran servidumbre es una gran fortuna. No te está permitido hacer cosa alguna a tu gusto: has de dar audiencia a tantos miles de hombres y ordenar tantas solicitudes; has de estudiar montones de asuntos procedentes de todas las partes del mundo y así, poderlas presentar ordenadamente al examen del príncipe máximo. No te está permitido, repito, llorar: tienes que enjugar tus propias lágrimas para que puedas oír los llantos de tantos como lloran y las súplicas de los que se sienten en peligro, ansiosos de alcanzar la misericordia del piadosísimo César.

VII. Esto, sin embargo, te proporcionará remedios más livianos: piensa en César cuando quieras olvidarte de todo. A su benevolencia contigo, le debes una lealtad y una dedicación total. Conocerás entonces que no te es más lícito a ti sucumbir a la pesadumbre que a aquel que, si hemos de creer a las fábulas, sostiene el mundo en sus hombros. Al mismo César, a quien todo está permitido no le están permitidas por esta causa muchas cosas: su desvelo guarda el sueño de todos, su trabajo el ocio de todos, su entrega los entretenimientos de todos, su ocupación el descanso de todos. Desde el día en que César se dedicó al gobierno del mundo se sustrajo a sí mismo y, a la manera de los astros, que sin parar despliegan su carrera, nunca le es lícito detenerse ni ocuparse en cosa suya. Así, también a ti te incumbe en cierto modo, la misma obligación: no te está permitido velar por

tus intereses, ni volver a tus aficiones. Mientras sea César el dueño del mundo, no puedes entregarte ni al placer ni al dolor, ni a ninguna otra cosa: te debes todo a César. A esto has de añadir que, como siempre proclamas que César es más querido que tu misma vida, no puedes quejarte mientras él viva de tu suerte. Si César está bien, están a salvo los tuyos, nada has perdido. Conviene que tus ojos se mantengan, no sólo secos, sino también enjutos. En él lo tienes todo y él te basta por todo. Poco agradecido eres a tu vida próspera, si te permites llorar por algo, estando él a salvo, cosa bien impropia de tus sentimientos tan comedidos y respetuosos.

VIII. Quiero darte también otro remedio, si no más seguro, sí más particular. Cuando te retiras a tu casa es el momento en que más tendrás que temer la tristeza. Mientras contemplas a tu divinidad, la tristeza no encontrará modo de entrar en ti; César se apoderará de toda tu persona. Pero si te alejas de él, entonces, aprovechando la ocasión, el dolor estará al acecho de tu soledad y se deslizará silenciosamente en tu alma despreocupada. No hay, por tanto, razón alguna para descuidar ni un solo momento tus aficiones. Será entonces cuando tus letras, tan fielmente y por tanto tiempo amadas, te recompensarán con su agradecimiento; entonces te defenderán como a tu superior y cultivador. Entonces, Homero y Virgilio [103] a quienes tanto debe el género humano, como ellos te deben a ti por haberlos dado a conocer a más gente que para la que habían sido escritos, permanecerán largo tiempo a tu lado. De este modo estarás libre de peligros todo el tiempo que confíes a su protección. Por escrito has de poner, tanto como seas capaz, las obras de tu César, a fin de que puedan difundirse a través de todos los siglos por un prego-

---

[103] *Homero* y *Virgilio,* a los que tradujo en lengua latina y griega respectivamente.

nero doméstico. Él, en efecto, te dará la materia y el tiempo para ordenar y describir ordenadamente sus hechos. No me atrevo a proponerte que, con la gracia en ti habitual, compongas cuentos y fábulas, al estilo de Esopo [104], tarea no acometida por los ingenios romanos. Es, ciertamente, empresa difícil que un ánimo tan fuertemente herido pueda entregarse tan pronto a estas tareas tan entretenidas. Ten, sin embargo, por señal cierta, que tu ánimo se ha fortalecido y vuelto en sí, cuando de los estudios más graves, puedas pasar a éstos más ligeros. Porque, en los primeros, la misma gravedad de los asuntos que te ocupan lo distraerá por más que todavía esté enfermo y en lucha consigo mismo. Por el contrario, los segundos que se han de componer sin fruncir el ceño, no lo soportará hasta que no vuelva a ser el mismo de siempre en todo momento. Deberás, por tanto, ocuparte lo primero en materias más serias y templarlo luego con otras más alegres.

IX. Te será también de gran alivio preguntarte con frecuencia: ¿Lloro por mí o por el muerto? Si es por mí está demás la excusa del afecto; y el dolor, que sólo se justifica por ser honesto, cuando está movido por la conveniencia propia, empieza a apartarse del afecto. Nada hay, en efecto, que desdiga tanto de un hombre de bien, como el mezclar el cálculo con el duelo de un hermano. Si me lamento por él, menester es que sea decisivo uno de estos dos argumentos. Porque si a los difuntos no les queda sensación alguna, mi hermano, libre ya de todas las incomodidades de la vida, restituido al lugar donde estaba antes de nacer y exento de todo mal, no hay cosa que tema, ninguna que desee o tema. Pero, ¿qué locura es no dejar más de dolerse por quien jamás ha de tener dolor? Si en los difuntos hay alguna percepción, ya el espí-

---

[104] *Esopo,* principal cultivador de la fábula en griego. Esclavo liberto en Samos (s. VI a.C.), sus fábulas fueron traducidas al latín por Fedro. Véase nota 42.

ritu de un hermano, como liberado de una larga prisión, se regocija, dueño por fin de sí mismo. Y disfruta del espectáculo de la naturaleza, mirando con desdén desde un lugar superior todas las cosas humanas y viendo más de cerca las divinas, cuya explicación había buscado tanto tiempo en vano.

¿Por qué, pues, me aflijo por el que o es bienaventurado o no es nada? Llorar al bienaventurado es envidia; llorar a quien no es nada, necedad. ¿Te conmueve, acaso, pensar que ha sido privado de unos bienes magníficos y precisamente cuando los tenía a mano? Cuando pienses en las muchas cosas que dejó, piensa que son muchas más las que no teme. No le atormentará la cólera, ni le afligirá la enfermedad; no le acongojará la sospecha. No le perseguirá la envidia devoradora, enemiga del progreso de los demás, no le turbará el miedo, ni le inquietará la veleidad de la fortuna que en un instante muda sus favores. Si haces bien la cuenta es mucho más lo que se le ha perdonado que lo que se le ha quitado. No gozará de las riquezas, de tu influencia ni de la suya; no recibirá favores, ni los hará. ¿Le juzgas desdichado por haber perdido todas esas cosas o dichoso porque no las desea? Créeme, es más feliz aquel que no necesita de la fortuna que el que la tiene propicia. Todos estos bienes que nos encantan con un deleite atractivo, pero falaz: dinero, prestigio, poder y otros muchos a los que con pasmo mira la ciega codicia del género humano, se consiguen con fatigas, se miran con envidia: hunden a los mismos que ensalzan. Amenazan más que benefician: se escurren y son inciertos. Jamás se poseen con firmeza, porque, aun cuando no se tema el tiempo futuro, la misma conservación de una gran felicidad causa zozobra. Si quieres dar crédito a los que más a fondo penetran la verdad, toda nuestra vida es un suplicio. Arrojados a este mar profundo y proceloso, que sube y baja con flujos y reflujos y que ora nos lleva con las olas repentinas, ora nos arroja con mayores daños, zarandeándonos sin cesar, nunca

hacemos pie en tierra firme. Vamos fluctuando a merced de las olas y chocamos unos contra otros, a veces sufriendo naufragios, que estamos temiendo siempre. En este mar tan proceloso, expuesto a todos los vendavales, los navegantes no tienen más puerto que el de la muerte. No quieras, por tanto, mal a tu hermano: descansa, libre es, por fin; seguro, inmortal, por fin. Dejó con vida a César y a toda su descendencia y te dejó vivo a ti y a tus hermanos. Antes que la fortuna variara en algo sus favores, la dejó cuando todavía se le mostraba favorable y le colmaba de dones a manos llenas. Gozando está ahora de un cielo sereno y despejado. Desde un lugar humilde y abatido saltó a ese otro, cualquiera que sea, que acoge en su dichoso seno a las almas liberadas de sus ataduras, y ahora vaga allí y contempla todos los bienes de la naturaleza.

Te equivocas: tu hermano no perdió la luz, sino que alcanzó otra más pura. A todos nos es común el viaje hasta allí: ¿por qué lloramos sus hados? Él no nos dejó, sino que se nos anticipó. Puedes creerme, hay una gran felicidad en la misma facilidad de morir. Nada hay cierto, ni siquiera por un plazo de un solo día. ¿Quién en esta realidad tan oscura y confusa puede adivinar si la muerte tuvo envidia de tu hermano o buscó su bien?

X. Seguro que te ayudará también la justicia que muestras en toda circunstancia, si piensas que no se te hizo injusticia por haber perdido a tu hermano. Más bien se te hizo un favor, porque pudiste poseer y disfrutar tanto tiempo de su amor. Injusto es quien no deja al donante el derecho a disponer libremente de su regalo; avaricioso el que no juzga como ganancia lo que recibió, sino que cuenta como pérdida lo que restituye. Ingrato el que llama injusticia al fin del deleite; necio el que piensa que no hay fruto, sino en los bienes presentes, y el que no se complace también con los pasados y no estima por más firmes los que se fueron, ya que no hay

temor de que se acaben. Restringe demasiado sus goces quien juzga que sólo goza de los que tiene y ve sin valorar en nada eso mismo que tuvo. Porque con mucha presteza nos abandona el placer que corre, pasa y se aleja antes de llegar. Hay, por tanto, que proyectar el espíritu al pasado y evocar la memoria de cualquier cosa que nos deleitó en cualquier momento y revivirla una y otra vez. La memoria de los placeres es más larga y más fiel que su presencia. Cuenta, pues, entre tus mayores bienes el haber tenido un hermano excelente. Y no pienses cuánto tiempo hubieras podido tenerlo, sino cuánto tiempo lo has tenido. La naturaleza no te lo dio en propiedad, como tampoco a tus otros hermanos, sino en préstamo. Cuando le pareció, te lo reclamó al punto, no atendiendo a tu satisfacción sino a tu modo de obrar. ¿No será tenido por hombre injusto el que se disgusta por haber devuelto el dinero prestado, y sobre todo, si lo recibió sin intereses? La naturaleza dio la vida a tu hermano, y te la dio a ti también. Si ahora ella, usando de su derecho, reclamó más pronto su deuda a quien quiso, no es suya la culpa, pues conocidas eran sus condiciones: impútese a la codiciosa esperanza del espíritu mortal, que con frecuencia, se olvida de lo que es la naturaleza y que nunca se acuerda de su destino, sino cuando es advertido de ello.

Alégrate, pues, de haber tenido un hermano tan bueno y da gracias de su usufructo; dalo por bueno, a pesar de haber sido más bueno de lo que deseabas. Piensa que fue muy agradable haberlo tenido y humano perderlo. Porque nada tan inconsecuente como desesperarse por haber tenido poco tiempo a un hermano y no alegrarse de haber tenido tal hermano.

XI. "Pero me fue arrebatado cuando menos lo esperaba", dirás. A cada uno le engaña su credulidad y el olvido voluntario de la caducidad de los seres que ama. La naturaleza a nadie ha prometido que esté dispuesta a eximirle de sus de-

cretos inexorables. Ante nuestros ojos pasan cada día los entierros de personas conocidas y desconocidas y, sin embargo, nosotros, divertidos con otras cosas, llamamos repentino lo que toda la vida se nos está anunciando como venidero. En consecuencia: no es injusticia de los hados, sino depravación insaciable del espíritu humano, que se exaspera por tener que salir de la vivienda donde había sido admitido de forma transitoria.

Cuánto más justo fue aquel que al anuncio de la muerte de su hijo, pronunció esta sentencia digna de un gran varón:

Yo, cuando lo engendré, ya sabía que tenía que morir.

No te extrañes de que de un varón así naciese un hijo que supo morir valerosamente. No fue para él una noticia sorprendente la muerte de su hijo. Pues, ¿qué tiene de sorprendente que muera un hombre, cuya vida entera no es otra cosa que un viaje con destino a la muerte?

Yo, cuando lo engendré, ya sabía que tenía que morir.

Después de esto, añadió algo que demostraba mayor cordura y entereza:

Y para esto lo crié [105].

A todos nos crían para esto y todo el que nace a la vida está destinado a la muerte. Gocémonos con lo que nos dan y devolvámoslo cuando nos lo pidan. Los hados atraparán a cada uno en su hora, pero nadie escapará: que el espíritu mantenga la guardia, que no tenga miedo de lo que es inevitable, que espere siempre lo que es incierto. ¿Para qué hacer

---

[105] Séneca cita un verso de *Telamón*, de Ennio Quinto el "Padre de la poesía latina" (239-169 a.C.).

mención de los generales y sus descendientes y de tantos varones ilustres por sus consulados o triunfos que acabaron con suerte inexorable? Reinos enteros con sus reyes y pueblos enteros con sus ciudadanos sucumbieron al rigor del destino: todos, mejor dicho, todo tiende a sus postrimerías, aunque el fin de todos no es el mismo. A uno le abandona la vida en mitad de su carrera, otro se queda en la salida misma, a otro, a duras penas en su extrema senectud, ya fatigado y deseoso de salir. En uno u otro momento, todos finalmente caminamos hacia un mismo lugar. No te sabré decir si es mayor necedad ignorar la ley de la mortalidad o mayor desvergüenza rehusarla. Acércate, toma en tus manos los versos de aquellos dos escritores que han sido dados a conocer gracias al intenso trabajo de su talento y que tú pusiste en prosa con tal arte, que aunque haya desaparecido su estructura métrica, conservan su encanto. Porque de tal suerte los vertiste de una lengua a otra, cosa sumamente difícil, que todas sus calidades te han seguido a una lengua extraña a ellos. En todos aquellos escritos no encontrarás un solo libro que no te sugiera múltiples ejemplos de la inconstancia humana, de calamidades imprevistas y de lágrimas derramadas por una u otra causa. Con cuánto aliento hiciste vibrar el aire con magníficas palabras y te avergonzarás de desfallecer tan pronto y de no reconocer la calidad de tu prosa. No dejes que los que poco ha se admiraban de tus escritos, se pregunten: ¿Cómo es posible que un espíritu tan frágil haya concebido pensamientos tan sólidos y consistentes?

XII. Aparta, pues, la vista de las circunstancias que te atormentan y vuelve los ojos a estas otras tan numerosas e importantes que te consuelan. Mira a tus eminentes hermanos, mira a tu esposa y a tu hijo. La salud de todos éstos la acordó contigo la fortuna a cambio de esta paga: tienes mucha gente en quien puedes descansar, libérate de esta infamia y no des a todos la sensación de que un solo dolor tiene para ti más

poder que todos estos consuelos tan numerosos. Ya ves que todos ellos han sido heridos conjuntamente contigo y ves que no pueden socorrerte, sino que más bien has de entender que son ellos los que deben ser atendidos por ti. Y por eso, es más urgente que hagas frente a la desgracia común, sabiendo que ellos tienen menos instrucción y talento. Por otra parte, sirve también de consuelo dividir el dolor de uno entre muchos: como se divide entre muchos, la porción que te toque quedará reducida a una mínima parte.

No dejaré de traerte muchas veces a la memoria a César. Mientras él gobierne el mundo y muestre que se mantiene más seguro el Imperio con favores que con armas; y mientras esté él al frente del destino de los hombres, no hay peligro de que te sientas un perdedor: él es tu único amparo y consuelo suficiente. Levántate, y siempre que las lágrimas inunden tus ojos, ponlos en César: se secarán con la vista de la más grande y la más clara divinidad. Su resplandor los deslumbrará de manera que no podrá mirar a otra cosa y los mantendrá fijos en él. A éste, en quien pones la vista de día y de noche y del que nunca apartas tu atención, has de llamar contra la fortuna. Y no dudo de que, vista su bondad y liberalidad para con todos los suyos, habrá ya restañado esta tu herida con numerosos alivios y acumulado lo que pudiera hacer frente a tu dolor. Por otra parte, aunque ninguna de estas cosas te hubiere hecho, ¿no constituye para ti el supremo consuelo tener puesta la vista y el pensamiento en César? ¡Que los dioses y las diosas le presten mucho tiempo a la tierra; que iguale los hechos del divino Augusto; que sobrepase los años! ¡Que mientras esté entre los mortales, no sienta nada mortal en su familia! ¡Que por mucho tiempo acredite con su autoridad que su hijo regirá bien el Imperio Romano y que lo vea como compañero de su padre antes que como su sucesor! ¡Que sea lejano y conocido únicamente por nuestros nietos el día en que su verdadero linaje lo reclame al cielo!

XIII. Aparta de él tus manos, fortuna, y no muestres en él tu poder, salvo para servirle de provecho. Deja que él cure al género humano, tiempo ha enfermo y endeble. Deja que restituya en su lugar y repare todo lo que el frenesí de su antecesor descompuso. Que resplandezca siempre esta estrella, que salió para dar luz al mundo, arrojado al abismo y anegado en las tinieblas. Pacifique a Germania y abra el camino a Britania; que renueve los triunfos de su padre y los corone con otros nuevos, de éstos yo también seré su espectador; así me lo promete su clemencia, que es la primera de sus virtudes. Porque, en efecto, no me derribó como si no quisiera él volverme a levantar, mejor aún, ni siquiera me derribó, si no que me sostuvo cuando la fortuna me empujó y estaba a punto de caer, hizo uso del poder de su mano divina y me depositó suavemente en tierra. Intercedió por mí ante el senado y no sólo me dio la vida, sino que la pidió. Que él considere y juzgue mi causa, como él quiera que sea; que su equidad la declare como buena o la tenga por buena su clemencia. Con espíritu igual la recibiré de él como un favor suyo, ya sea que me sepa inocente, ya que lo quiera.

Mientras tanto, es gran consuelo de mis miserias contemplar cómo su misericordia se expande por el mundo entero. No temo que me abandone en este rincón en que estoy hundido, cuando ha sacado de él a muchos que estaban sepultados ya bajo el peso de muchos años y los devolvió a la luz. Sabe él muy bien el momento en que debe socorrer a cada uno y yo procuraré que no haga de menos el llegar hasta mí. ¡Feliz clemencia la tuya, oh César, pues hace que los desterrados lleven bajo tu gobierno una vida más tranquila que la que llevaron bajo Gayo Calígula las personalidades políticas! No tiemblan ni esperan la espada a cada hora, ni se aterran a la vista de cualquier nave. Por ti gozan de una fortuna, cuyo rigor es limitado, así como de la esperanza de su mejoría y de la quietud del presente. Ten por cierto, en fin, que son justísimos los rayos que, incluso, veneran los heridos por ellos.

XIV. Así pues, o yo me engaño, o ese príncipe, consuelo común de todos los hombres, ha recreado ya tu espíritu, aplicándole remedios eficaces a una herida tan grande. Por todos los medios posibles te ha devuelto ya tu firmeza. Y su infalible memoria te ha presentado los ejemplos que podían conducirte a la serenidad. Te ha expuesto con su habitual elocuencia los preceptos de los sabios. Nadie mejor que él para este oficio de consejero. Las palabras, cuando las diga él, tendrán otro peso, como emitidas por un oráculo: su autoridad divina aplastará toda la fuerza del dolor. Imagínate, pues, que te dice: no eres tú solo a quien la fortuna ha escogido para infligir una afrenta como la tuya. No existe ni ha existido en el mundo entero familia alguna exenta de lágrimas. No mencionaré los ejemplos vulgares que, aunque menores, son, sin embargo, incontables. Te llevaré a los fastos y a los anales públicos. ¿Ves todas esas estatuas que llenan el atrio de los Césares? Ninguno de ellos deja de ser notable por alguna desgracia familiar. Ninguno de estos varones que resplandecieron para ornato de los siglos, dejó de verse atormentado por la torturante soledad de los suyos, o su muerte causó en los suyos el más profundo dolor. ¿Para qué recordarte a Escipión el Africano, a quien le fue anunciada la muerte de su hermano, estando en el exilio? El hermano que lo libró de la cárcel no pudo sustraerlo al hado. Y a todo el mundo fue evidente la rebeldía que el amor del Africano mostró al derecho. En efecto, el mismo día que sacó a su hermano de las manos del oficial del tribuno, se atrevió a oponerse, siendo él un ciudadano particular, al mismo tribuno de la plebe. Lloró, no obstante, a su hermano, con la misma entereza con que le había defendido. ¿A qué evocar ahora a Escipión Emiliano, que vio casi al mismo tiempo el triunfo de su padre y el entierro de dos hermanos? Muy joven, casi un niño, soportó la ruina repentina de su casa, al derrumbarse sobre el mismo triunfo de Paulo, con tanta entereza como debía so-

portarlo un varón, nacido expresamente para que no faltase a Roma un Escipión [106] ni Cartago le sobreviviese.

XV. ¿A qué recordar la concordia de los dos Lúculos, rota por la muerte? ¿A qué recordar a los Pompeyos, a quienes la saña de la fortuna ni siquiera les dejó que cayesen en una misma ruina? Sexto Pompeyo fue el primero en sobrevivir a su hermano, a cuya muerte quedaron rotas las ataduras de la paz romana, tan firmemente atadas. Y fue también el que sobrevivió a su hermano, varón excelente, a quien la fortuna había encaramado sólo para derribarlo de no menor altura de la que había derribado a su padre. Y sin embargo, tras este golpe, Sexto Pompeyo no sólo afrontó el dolor, sino también la guerra. En todas partes se nos ofrecen innumerables ejemplos de hermanos separados por la muerte, pero también es cierto, que apenas se vio nunca una pareja de ellos, que hayan llegado juntos a la vejez. Pero me limitaré a los ejemplos de nuestra familia. Nadie habrá, en efecto, tan falto de sentimientos y de sensatez que se queje de que la fortuna impuso luto sobre alguien, si llegas a ver que ella deseó las lágrimas de los Césares.

El divino Augusto perdió a Octavia, su carísima hermana, y no le eximió la naturaleza de la necesidad de llorar, ni siquiera a él, a quien había destinado al cielo. Más aún, tras verse agobiado por toda suerte de vejámenes domésticos, también él perdió al hijo de su hermana, a quien había dispuesto para sucederle. Finalmente, para no contar todos sus llantos, perdió a sus yernos, a sus hijos y a sus nietos; y nadie más que él, mientras vivió entre los hombres, experi-

---

[106] *Publio Cornelio Escipión* nació en el 236 a.C. y murió en el 184 a.C. Vencedor de Aníbal en el 218 a.C. y de los cartagineses. Terminada la guerra de España, volvió a Roma para pasar después a África, donde venció a los cartagineses en Zama, terminando así la segunda guerra púnica. De ahí recibió el sobrenombre de "el Africano". Véase nota 81.

mentó que era hombre. No obstante, aceptó en su corazón tantos y tan profundos duelos en él todo cabía. Y el divino Augusto salió vencedor, no sólo de los pueblos extranjeros, sino también de sus penas [107].

Gayo César, nieto del divino Augusto, mi tío abuelo, en los primeros años de su juventud, mientras se preparaba para la guerra contra los partos, perdió a su queridísimo hermano Lucio, príncipe de la juventud, a otro príncipe de la juventud. Y esta muerte afligió su alma con una herida mucho más grave, que la que después hirió su cuerpo; y soportó ambas con igual entereza y valor. Tiberio César, mi tío, vio morir entre sus brazos y besos a Druso Germánico, mi padre y hermano menor suyo, mientras se abría paso por el interior de Germania y sometía al poder de Roma a pueblos muy aguerridos. Puso límites, sin embargo, al duelo no sólo para él, sino también para los demás, imponiendo los usos de un duelo romano a todo el ejército que, afligido y desconcertado como estaba, reclamaba el cuerpo de su Druso. Y como razón declaró que se había de mantener la disciplina, no sólo en su condición de soldados, sino también en las manifestaciones de dolor. No habría podido él retener las lágrimas de los otros, si primero no hubiese reprimido las suyas [108].

XVI. Marco Antonio, mi abuelo, no inferior a nadie, sino a aquel por quien fue derrotado, en el momento en que afirmaba la república e iba investido del poder triunviral, no veía nada por encima de él y todo lo contemplaba a sus pies a excepción de sus dos colegas, tuvo la noticia de que su hermano había sido asesinado. ¡Tiránica fortuna, qué juegos urdes con los males de los hombres! Al tiempo en que Marco

---

[107] Recoge los ejemplos de emperadores —principalmente de la época de Séneca— y de sus hijos y familiares que sufrieron la muerte y la desgracia con entereza y dignidad.

[108] Véase nota 99.

Antonio era árbitro de la vida y de la muerte de sus ciudadanos, un hermano suyo era llevado al suplicio. Y a pesar de esto, Marco Antonio sufrió esta amarga herida con la misma grandeza de espíritu con que había sufrido las demás adversidades, y su duelo consistió en vengar a su hermano con la sangre de veinte legiones [109]. Pero, pasando por alto otros muchos ejemplos y silenciando en mí mismo otras muertes que tanto sentí, por dos veces arremetió contra mí la fortuna con un luto por un hermano. Por dos veces entendió que se me podía dañar, pero no vencer. Perdí a mi hermano Germánico, a quien quise tanto como comprende quien piense cómo aman a sus hermanos los buenos hermanos. Pero, de tal modo dominé mis sentimientos que ni dejé de hacer cosa alguna exigible a un buen hermano, ni hice nada reprensible en un príncipe.

Imagínate, entonces, que te recuerda estos ejemplos el padre del pueblo, mostrándote a la vez, que para la fortuna no hay cosa sagrada ni inviolable y que se atrevió a sacar entierros de estos penates, de los que luego sacaría dioses. No se maraville nadie, por tanto, de que la fortuna haga cosas con crueldad y ensañamiento. ¿Podrá ella, acaso, guardar mesura y equidad respecto a las cosas particulares, cuando su sevicia implacable ensució los tálamos de los mismos dioses? No cambiará, por más reproches que le hagamos, no sólo por nuestra boca, sino también por la de todos. Será insolente contra todas las súplicas y todas las quejas. Así será, pues así ha sido la fortuna en las cosas humanas. Nada ha dejado intacto y nada dejará. Irá de una parte a otra arrebatada, atreviéndose, como ha acostumbrado siempre, a entrar a cometer injusticias, incluso en aquellas casas a las que se entra pasando por los templos, y de las puertas coronadas con laurel colgará velos negros. Con votos y plegarias públi-

---

[109] Véase nota 99.

cas tratemos de obtener de ella, si es que todavía no ha decidido acabar con el género humano, si todavía le es grato el nombre de Roma, que considere intocable para ella a este príncipe, así como para todos los mortales, que nos ha sido dado en plena decadencia de la humanidad. Que aprenda de él a ser clemente y se muestre benigna con el más clemente de todos los príncipes.

XVII. Es necesario, pues, que pongas tu mirada en todos aquellos que te acabo de nombrar, que o están ya en el cielo o cercanos a entrar en él, y soportes con serenidad los golpes de la fortuna, que también hacia ti tiende sus manos y que no las aparta tampoco de aquellos por quienes juramos. Has de imitar su firmeza, tolerando y superando sus penalidades, en la medida, al menos, en que un hombre puede seguir los pasos de los dioses. Aunque en otras cosas haya mucha diferencia entre noblezas y dignidades, la virtud está al alcance de todos: no rechaza a nadie que se estime digno de ella. En efecto, harás muy bien a los que podían indignarse de no verse libres de este mal, y que, sin embrago, no juzgaron una injusticia, sino una ley de la naturaleza mortal, verse equiparados sólo en esto al resto de los hombres y sobrellevaron lo que les había sucedido, ni con acritud ni rebeldía excesivas, ni tampoco blanda ni afeminadamente. No es humano, en efecto, no sentir las desgracias de la gente como tampoco es impropio de un varón no soportarlas.

Tras hacer un repaso de los Césares a quienes la fortuna arrebató hermanos y hermanas, no puedo silenciar a quien debería ser eliminado del catálogo de los Césares. A ese aborto de la naturaleza, perdición y afrenta del linaje humano, cuyo imperio, asolado y arruinado por él mismo, es ahora restaurado por la benevolencia de un príncipe clementísimo. Gayo César, ese hombre incapaz de sentir dolor o de alegrarse como un príncipe, muerta que fue su hermana Drusila, huyó de la vista y trato de sus conciudadanos, no asistió

a las exequias de su hermana, ni le rindió los honores debidos, sino que en su quinta de Alba, aliviaba su tristeza por esa muerte tan prematura, recurriendo al juego de dados y otras trivialidades semejantes. ¡Qué vergüenza para el Imperio! El consuelo de un príncipe romano por la suerte de una hermana fue el juego. Ese mismo Gayo [110] con la inconstancia de un demente, ora dejándose crecer la barba y cabello, ora recorriendo sin rumbo las costas de Italia y Sicilia, nunca lo bastante seguro de si quería para su hermana llanto o adoraciones, al mismo tiempo que le dedicaba templos y honores divinos, infligía castigos muy crueles a los que se mostraban poco tristes. Con la misma intemperancia de ánimo soportaba los golpes de las adversidades, que se engreía por encima de la condición humana, cuando llegaba la prosperidad. Lejos de todo varón romano disipar el dolor con pasatiempos inoportunos, irritarlo con una crueldad y sordidez insufrible o disfrutar con la desgracia ajena, consuelo absolutamente inhumano.

XVIII. Por lo que a ti respecta, nada tienes que alterar en tus costumbres, pues decidiste entregarte a los estudios que acrecientan perfectamente la felicidad, al mismo tiempo que aminoran la adversidad, y que son el mejor ornato del hombre y su mejor consuelo. Entrégate, pues, a tus estudios, rodéate de ellos como defensa de tu espíritu, a fin de que el dolor no penetre en ti por resquicio alguno. Alarga asimismo la memoria de tu hermano en alguno de tus escritos; porque entre las cosas humanas, sólo ésta es a la que ningún contratiempo puede dañar, ni vejez alguna agotar. Las demás obras, monumentos de piedra, mausoleos de mármol, túmu-

---

[110] Frente al ejemplo de los emperadores y su familia que llevaron con dignidad la muerte de los suyos recuerda Séneca el mal ejemplo de Gayo César (Calígula), "ese hombre incapaz de sentir dolor, y quien debería ser eliminado del catálogo de los césares". Véanse notas 25 y 60.

los de tierra, elevados a ingente altura no subsisten largo tiempo, pues también ellos fenecen: la memoria del ingenio es inmortal. Dale ésta a tu hermano, procúrale un lugar en ella. Es mejor que lo consagres definitivamente con tu ingenio destinado a perdurar, que no que lo llores con un dolor inútil.

Por lo que atañe a la misma fortuna, aunque ahora no se puede defender su causa ante ti, pues todo lo que nos dio es aborrecible, trataremos de que cuando el tiempo te haya hecho un juez más imparcial, puedas volver a reconciliarte con ella. Pues, ciertamente, ya ha previsto muchas cosas para justificarse y te concederá muchas más para reparar la injusticia. Y finalmente, todo lo que ella te quitó, ella misma te lo había dado. En consecuencia, no emplees tu talento contra ti mismo, ni quieras aumentar tu dolor. Sin duda, es capaz tu inteligencia de hacer pasar por importante lo insignificante y, al contrario, rebajar lo importante a simple nimiedad. Que se dedique ahora por entero a tu consuelo, guardando para otro momento esta facultad. Y, de todos modos, has de plantearte si aun esto no será también superfluo. Pues la naturaleza nos exige algo, pero la vanidad lo acrecienta. Yo sé que nunca te podré pedir que no te aflijas en absoluto; sé bien que hay hombres de doctrina más dura que fuerte, que llegan a afirmar que el sabio no debe sentir el dolor. Me parece que éstos no han vivido circunstancias como éstas, de lo contrario, la fortuna les habría sacudido su pretenciosa sabiduría y les habría obligado a admitir la verdad contra su voluntad. No hará poco la razón con disminuir solamente lo que de excesivo o superfluo hay en el dolor, pero admitir que éste no existe en absoluto, ni se puede esperar ni desear. Guarde mejor unos límites, de modo que no presente signos ni de frialdad ni de locura y podamos adoptar una actitud propia de una mente sensible no perturbada: corran las lágrimas pero que también dejen de fluir. Salgan gemidos de lo hondo del pecho, pero que también tengan un límite. Con-

trola tus sentimientos de manera que te aprueben los sabios y tus mismos hermanos. Procura que la memoria de tu hermano esté presente en todo momento, mencionándolo en tus conversaciones y teniéndole presente siempre en el recuerdo. Lo conseguirás sólo si evocas su memoria agradable, no dolorosa, pues es natural que el espíritu rehúya siempre a lo que regresa con tristeza. Piensa en su moderación, piensa en su habilidad, en su manera de actuar, en su dedicación a las cosas que realizaba, en su seriedad al prometerlas. Cuenta a otros sus dichos, celebra sus hechos y recuérdatelos a ti mismo. Piensa cómo fue y cómo se podía esperar que fuera. Porque de tal hermano, ¿qué cosa no se podía esperar con seguridad?

He compuesto esta consolación como he podido, con mi espíritu debilitado y embotado por esta ya larga inactividad. Si te parece que no corresponde a tu talento o que no ayuda a curar tu dolor, piensa que uno, a quien le preocupan sus propias desdichas, no puede tener tiempo para consuelos ajenos. Y piensa que difícilmente se le ocurren palabras latinas a un hombre en cuyo ambiente resuena sólo el griterío ensordecedor de los bárbaros, inaguantable incluso para unos bárbaros más civilizados [111].

---

[111] A pesar de esa "hermandad universal" que predica Séneca, menospreciaba a los que no eran grecorromanos y a los bárbaros, sin duda por los años vividos en África y en el exilio en Córcega.

COLECCIÓN AUSTRAL

Serie azul: Narrativa
Serie roja: Teatro
Serie naranja: Poesía
Serie verde: Ciencias/Humanidades

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

Leandro Carré Alvarellos
471 **Leyendas tradicionales gallegas**

VV. AA.
472 **Antología de la poesía española del Siglo de Oro**
Selección y edición de Pablo Jauralde Pou
Apéndice didáctico de Mercedes Sánchez Sánchez

Antonio Buero Vallejo
473 **Las meninas**
Edición y apéndice didáctico de Virtudes Serrano

Walt Whitman
474 **Hojas de hierba**
Edición de José Antonio Gurpegui
Traducción de José Luis Chamosa y Rosa Rabalán

Carmen Martín Gaite
475 **Cuéntame**
Edición y apéndice didáctico de Emma Martinell

Molière
476 **El misántropo / Los enredos de Scapin**
Edición y traducción de Mauro Armiño

José Ortega y Gasset
477 **La España invertebrada**
Prólogo de Federico Trillo-Figueroa

Enrique Jardiel Poncela
478 **Angelina o El honor de un brigadier /**
Un marido de ida y vuelta
Edición de Francisco J. Díaz de Castro
Apéndice didáctico de Almudena del Olmo Iturriante

José M.ª de Pereda
479 **Peñas arriba**
Edición de Anthony H. Clarke

Xavier de Maistre
480 **Relatos completos**
Prólogo de Rafael Conte

VV. AA.
481 **Antología esencial de la poesía italiana**
Edición de Antonio Colinas

Gustavo Adolfo Bécquer
482 **Desde mi celda. Cartas literarias**
Edición y apéndice didáctico de M.ª Paz Díez-Taboada

Oscar Wilde
483 **La importancia de llamarse Ernesto / El abanico de lady Windermere**
Edición de Fernando Galván
Traducción de A. Abad Ojuel y Ricardo Baeza

J. A. Gaya Nuño
484 **El santero de San Saturio**

Jon Juaristi
485 **El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos**

Antonio Gala
486 **Las manzanas del viernes**
Prólogo de José Romera Castillo

Miguel Hernández
487 **Antología poética**
Edición y apéndice didáctico de José Luis V. Ferris

Antonio Buero Vallejo
488 **Misión al pueblo desierto**
Edición de Virtudes Serrano y Mariano de Paco

VV. AA.
489 **Antología esencial de la poesía inglesa**
Edición de Ángel Rupérez

H. Ibsen
490 **Casa de muñecas / La dama del mar**
Edición de Mario Parajón

Rafael Conte
491 **Robinsón o la imitación del libro**

Ödön von Horváth
492 **Juventud sin Dios**
Edición y traducción de Berta Vias Mahou

Friedrich Nietzsche
493 **El gay saber**
Edición, traducción y apéndice didáctico de José Luis Jiménez Moreno

Lev N. Tolstói
494 **Ana Karenina**
Prólogo de César Vidal
Traducción de Alexis Marcoff

José Sanchis Sinisterra
495 **Ay, Carmela / El lector por horas**
Edición y apéndice didáctico de Eduardo Pérez Rasilla

VV. AA.
496 **Promoción poética de los 50**
Edición de Luis García Jambrina

Enrique Jardiel Poncela
497 **Cuatro corazones con freno y marcha atrás / Los ladrones somos gente honrada**
Edición y apéndice didáctico de Fernando Valls y David Roas

Friedrich Nietzsche
498 **El origen de la tragedia**
Prólogo de Carlos García Gual
Traducción de Eduardo Ovejero Mauri

Ana M.ª Matute
499 **Olvidado rey Gudú**
Prólogo de Soledad Puértolas

Brian Morris
503 **El surrealismo y España**
Traducción de Fuencisla Escribano

VV. AA.
504 **Prosa del 27**
Edición de Domingo Ródenas

William Shakespeare
505 **Enrique IV**
Edición y traducción de Ángel-Luis Pujante

Fernando Fernán-Gómez
506 **La Puerta del Sol**
Prólogo de Santos Sanz Villanueva

Calderón de la Barca
507 **Antología poética**
Edición de Luis Alberto de Cuenca

J. W. von Goethe
508 **Las penas del joven Werther**
Introducción de Miguel Salmerón
Traducción de Berta Vias Mahou

Oscar Wilde
509 **El retrato de Dorian Gray**
Traducción y edición de Mauro Armiño

Julio César
510 **Comentarios de la guerra de las Galias**
Traducción y edición de Alfonso Cuatrecasas

Boccaccio
511 **Decamerón**
Edición y apéndice didáctico de Anna Girardi
Traducción de Pilar Gómez Bedate

Edward Malefakis
512 **Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX**
Traducción de Antonio Bosch, Alfredo Pastor y Juan-Ramón Capella

VV. AA.
513 **Antología de la poesía catalana contemporánea**
Selección y edición de José Corredor-Matheos

Erasmo de Rotterdam
514 **Coloquios**
Traducción y edición de Pedro Rodríguez Santidrián

Publio Virgilio
526 **Bucólicas / Geórgicas**
Traducción y edición de Arturo Soler Ruiz

VV. AA.
527 **Antología de cuentos e historias mínimas (siglos XIX y XX)**
Edición de Miguel Díez R.

Luis Cernuda
528 **Antología poética**
Edición de Ángel Rupérez

Luis Mateo Díez
529 **Los males menores (microrrelatos)**
Edición de Fernando Valls
Apéndice de Enrique Turpin

Henri Poincaré
530 **Ciencia e hipótesis**
Introducción de Javier Lorenzo

Ödön von Horváth
531 **Un hijo de nuestro tiempo**
Edición y traducción de Berta Vias Mahou

José Luis García Delgado
532 **La modernización económica en la España de Alfonso XIII**

Choderlos de Laclos
533 **Las amistades peligrosas**
Prólogo de Félix Romeo
Traducción de Almudena Montojo

VV. AA.
534 **Poesía satírica y burlesca de los Siglos de Oro**
Edición de Ignacio Arellano y Victoriano Roncero

William Shakespeare
535 **Troilo y Crésida**
Traducción y edición de Ángel-Luis Pujante

Juan Marsé
536 **Cuentos completos**
Edición y apéndice de Enrique Turpin

Jean Canavaggio
537 **Cervantes**
Traducción de Mauro Armiño

Alfred de Musset
538 **Cuentos**
Prólogo de Antonio Martínez Sarrión

Suetonio
539 **Vida de los doce césares**
Traducción y edición de Alfonso Cuatrecasas

AA. VV.
540 **Antología de la poesía satírica**
Edición de Antonio Martínez Sarrión

Prosper Mérimée
541 **Carmen**
Prólogo de Alberto González Troyano

Antonio Gala
542 **Inés desabrochada**
Prólogo de Andrés Peláez Martín

Julio Valdeón/Joseph Pérez/Santos Juliá
543 **Historia de España**

Benito Pérez Galdós
544 **Doña Perfecta**
Edición Germán Gullón

Francisco Martínez de la Rosa
545 **La conjuración de Venecia**
Edición y apéndice didáctico de Juan Francisco Peña

Enrique Gil y Carrasco
546 **El señor de Bembibre**
Edición y apéndice didáctico de Juan Carlos Mestre y Miguel Ángel Muñoz

Conrad Ferdinand Meyer
547 **El santo**
Traducción y edición de Isabel Hernández

Rimbaud
548 **Poesías**
Traducción y edición de Antonio Martínez Sarrión

Claudio Rodríguez
549 **Antología poética**
Edición de Ángel Rupérez

Luis Mateo Díez
550 **Las horas completas**
Prólogo de Nicolás Miñambres

William Shakespeare
551 **Medida por medida**
Traducción y edición de Ángel-Luis Pujante

CIENCIAS/HUMANIDADES

Son muchos los problemas que surgen en el estudio de la vida y las obras de Lucio Anneo Séneca (c. 3 a.C. - 65 d.C.). Desde su nacimiento, en Córdoba, hasta su muerte, en Roma, tropezamos con un baile de fechas y una serie de sombras al interpretar los aspectos más íntimos de su vida, como la incompatibilidad de la doctrina estoica de que hace gala con su vida de lujo, o sus silencios y complicidades con los emperadores a quienes aconsejó, tal como nos refieren Dión Casio y Tácito, entre otros. Todo esto no impide que lo consideremos como el más ilustre exponente del estoicismo de la época imperial, un maestro del recto pensar y del justo obrar, con una vida apasionante que acabó cuando Nerón le ordenó suicidarse al ser acusado de complicidad en una conjura contra su persona.

Esta edición ofrece al lector una selección de los más importantes TRATADOS MORALES *(De la providencia, De la firmeza del sabio, de la felicidad, de la vida retirada o del ocio, De la serenidad del alma, De la brevedad de la vida* y *De la clemencia)* y, además, la *Consolación a Polibio.* En ellos, Séneca nos muestra su filosofía del *vir fortis,* del dominio de sí mismo, de la fidelidad a la propia conciencia y de la entrega y servicio a los demás.

$ 8.500

COLECCIÓN AUSTRAL

261862

9 788467 018622